W.G. Sebald

Austerlitz

Seis años después de *Los anillos de Saturno* apareció *Austerlitz*, el último gran libro del más original narrador de nuestro tiempo: la historia de un hombre al que, de niño, roban patria, idioma y nombre, y no puede sentirse ya en casa en este mundo. En la oscura nave de la estación de Amberes —así empieza su historia el narrador— había un hombre joven, rubio, con pesadas botas de excursionista, unos pantalones de faena azules y una vieja mochila, ocupado intensamente en tomar notas y hacer dibujos en un cuaderno. El narrador lo observa fascinado, y entonces comienza una relación que, unas veces más íntima, otras más distante, se desarrolla durante decenios y va cautivando cada vez más a quien la narra.

Jacques *Austerlitz* se llama el enigmático extranjero y, sólo cuando la casualidad vuelve a reunir a los dos hombres en los lugares más inesperados, se va revelando, paso a paso, la historia de ese viajero solitario y melancólico. *Austerlitz*, que vive en Londres desde hace muchos años, no es inglés. En los años cuarenta, siendo niño, un niño judío refugiado, llegó a Gales y se crió en casa del párroco de un pequeño pueblo, con el predicador y su mujer, personas mayores y tristes. El chico crece solitario y cuando, después de muchos años, conoce su verdadero origen y su nombre verdadero, sabe también por qué se siente extranjero entre los hombres.

W.G. Sebald recoge en su nuevo libro la historia de un ser trastornado, desarraigado, que no puede encontrar su hogar en la tierra. Busca en el pasado, que revive una vez más en el denso lenguaje de uno de los narradores más importantes y originales de nuestro tiempo.

epublibre

W. G. Sebald

Austerlitz

ePub r1.2
Mangeloso 08.09.2021

Título original: *Austerlitz*
W. G. Sebald, 2001
Traducción: Miguel Sáenz
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
Informes de erratas: deslocalizado, rodovil, diego77

ePub base r2.1

En la segunda mitad de los años sesenta, en parte por razones de estudio, en parte por otras razones para mí mismo no totalmente claras, viajé repetidamente de Inglaterra a Bélgica, a veces para pasar sólo un día o dos y a veces para varias semanas. En una de esas excursiones belgas que, según me parecía, me llevaban siempre muy lejos en el extranjero, llegué, un radiante día de verano, a la ciudad de Amberes, que hasta entonces conocía únicamente de nombre. Nada más llegar, mientras el tren entraba lentamente en la oscura nave de la estación por el viaducto de curiosas torrecillas puntiagudas a ambos lados, comencé a sentirme mal, y esa sensación de estar indispuesto no desapareció en todo el tiempo que estuve aquella vez en Bélgica. Recuerdo aún mis pasos inseguros al recorrer todo el centro de la ciudad por la Jeruzalemstraat, la Nachtegaalstraat, la Pelikaanstraat, la Paradijsstraat, la Immerseelstraat y muchas otras calles y callejas, y cómo finalmente, atormentado por el dolor de cabeza y pensamientos desagradables, me refugié en el zoológico, situado en la Astridsplein, al lado mismo de la Centraal Station. Allí, hasta sentirme un poco mejor, estuve sentado en un banco en penumbra, junto a un aviario en donde revoloteaban numerosos pinzones y luganos. Cuando se acercaba ya el mediodía, paseé por el parque y finalmente eché una ojeada aún al Nocturama, inaugurado hacía sólo unos meses. Necesité un buen rato para que mis ojos se acostumbraran a la semioscuridad artificial y pudieran reconocer los distintos animales que, tras los cristales, vivían sus vidas crepusculares, iluminadas por una luna pálida. No recuerdo ya exactamente qué animales vi en aquella ocasión en el Nocturama de Amberes. Probablemente fueron murciélagos y jerbos de Egipto o del desierto de Gobi, erizos, búhos y lechuzas nativos, zarigüeyas australianas, martas, lirones y lémures que saltaban de rama en rama, corrían velozmente de un lado a otro por el suelo de arena amarillo grisáceo o desaparecían de pronto en el bambú. La verdad es que sólo persiste en mi recuerdo el mapache, al que observé largo rato mientras él estaba con rostro serio junto a un riachuelo, lavando una y otra vez el mismo trozo de manzana, como si confiase en poder escapar mediante esos lavados, que iban mucho más allá de toda meticulosidad razonable, a aquel mundo falso al que, en cierto modo sin comerlo ni beberlo, había ido a parar. Por lo demás, de los animales que albergaba el Nocturama sólo recuerdo que varios de ellos tenían unos ojos sorprendentemente grandes y esa mirada

fijamente penetrante que se encuentra en algunos pintores y filósofos que, por medio de la contemplación o del pensamiento puros, tratan de penetrar la oscuridad que nos rodea.

Además, creo que me rondaba también por la cabeza la pregunta de si, al caer la verdadera noche, cuando el zoo se cerraba al público, encendían para los habitantes del Nocturama la luz eléctrica, a fin de que, al hacerse de día sobre su universo en miniatura invertido, pudieran dormir con cierta tranquilidad. Con el paso de los años, las imágenes del interior del Nocturama se han mezclado con las que he guardado de la llamada Salle des pas perdus de la Centraal Station de Amberes. Si hoy trato de evocar esa sala de espera veo enseguida el Nocturama y, si pienso en el Nocturama, me viene a la mente la sala de espera, probablemente porque aquel día, al salir del zoo, fui directamente a la estación o, para ser exacto, estuve primero un rato en la plaza, delante de la estación, mirando la fachada del fantástico edificio, que por la mañana, al llegar, sólo había percibido vagamente. Ahora, sin embargo, veía cuánto excedía aquel edificio construido con el patrocinio del rey Leopoldo de lo puramente funcional, y me admiraba el muchacho negro totalmente cubierto de cardenillo que, desde hace ya un siglo, se alza solo contra el cielo de Flandes con su dromedario, como monumento al mundo de los animales y los pueblos indígenas, en lo alto de un mirador, a la izquierda de la fachada de la estación. Cuando entré en la gran sala de la Centraal Station, cubierta por una cúpula de más de sesenta metros de altura, mi primer pensamiento, provocado quizá por la visita al zoo y la vista del dromedario, fue que allí, en aquel vestíbulo espléndido aunque entonces bastante venido a menos, hubiera debido haber jaulas para leones y leopardos empotradas en los nichos de mármol y acuarios para tiburones, pulpos y cocodrilos, lo mismo que en algunos zoos, a la inversa, hay trenecitos con los que se puede viajar a los continentes más lejanos. Probablemente por esa clase de ideas, que en Amberes, por decirlo así, surgían por sí solas, esa sala de espera, que hoy, como sé, sirve de cantina al personal, me pareció otro Nocturama, una superposición que, naturalmente, podría deberse también a que, precisamente cuando entré en la sala de espera, el sol se estaba hundiendo tras los tejados de la ciudad. No se había extinguido todavía por completo el resplandor de oro y plata de los gigantescos espejos semioscurecidos del muro que había frente a las ventanas cuando la sala se llenó de un crepúsculo de inframundo, en el que algunos viajeros se sentaban muy distantes, inmóviles y silenciosos. Como los animales del Nocturama, entre los que, llamativamente, había habido muchas razas enanas, diminutos fenecs, liebres saltadoras y hámsters, también aquellos viajeros me parecían de algún modo empequeñecidos, ya fuera por la insólita altura del techo de la sala, ya por la oscuridad que se iba haciendo más densa, y supongo que por eso me rozó el pensamiento, en sí absurdo, de que se trataba de los últimos miembros de un pueblo reducido, expulsado de su país o en extinción, y de que aquéllos, por ser los únicos supervivientes, tenían la misma expresión apesadumbrada de los animales del zoo. Una de las personas que esperaban en la *Salle des pas* perdus era Austerlitz, un hombre que entonces, en 1967, parecía casi joven, con el pelo rubio y extrañamente rizado, como sólo había visto antes en Sigfrido, el héroe alemán de *Los Nibelungos* de Fritz Lang. Lo mismo que en nuestros últimos encuentros, Austerlitz llevaba pesadas botas de excursionista, una especie de pantalones de faena de algodón descoloridos y una chaqueta de vestir, hecha a medida pero hacía tiempo pasada de moda, y con independencia de esos rasgos exteriores se distinguía también de los restantes viajeros en que era el único que no miraba con indiferencia al vacío sino que se ocupaba en tomar notas y hacer dibujos, evidentemente en relación con aquella sala espléndida, en mi opinión más pensada para alguna ceremonia oficial que para aguardar la siguiente conexión de París o de Ostende, en la que los dos nos sentábamos, porque, cuando no estaba escribiendo algo, su atención se dirigía a menudo largo rato a la hilera de ventanas, las pilastras acanaladas u otras partes o detalles estructurales. Una vez, Austerlitz sacó de su mochila una cámara fotográfica, una vieja Ensign de fuelle, e hizo varias fotos de los espejos, entretanto totalmente oscurecidos, fotos que sin embargo no he podido encontrar hasta ahora entre los varios centenares, en su mayoría sin clasificar, que me confió después de encontrarnos de nuevo en el invierno de 1996. Cuando finalmente abordé a Austerlitz con una pregunta relativa a su evidente interés por la sala de espera, sin sorprenderse en absoluto por mi franqueza, la respondió enseguida sin el menor titubeo, de la misma forma que he podido comprobar desde entonces con frecuencia en quienes viajan solos, que por lo general agradecen que se les hable después de haber pasado a veces días enteros de silencio ininterrumpido. A veces ha resultado incluso, en esas ocasiones, que estaban dispuestos a abrirse sin reservas a un extraño. No ocurrió así en la Salle des pas perdus con Austerlitz, quien tampoco después me dijo apenas nada sobre sus orígenes y su vida. Nuestras conversaciones de Amberes, como a veces las llamó más tarde, giraron ante todo, de acuerdo con sus asombrosos conocimientos especializados, sobre cuestiones de historia de la arquitectura, y también fue así en aquella velada en que estuvimos sentados juntos hasta cerca de la medianoche en la sala de espera, en el restaurante situado al otro lado, exactamente frente a la gran sala abovedada. Los escasos clientes que permanecieron allí hasta hora tardía fueron desapareciendo poco a poco, hasta que estuvimos solos en el bufé, cuya disposición se parecía en todo a la de sala de espera como una imagen refleja, con un solitario bebedor de fernet y la

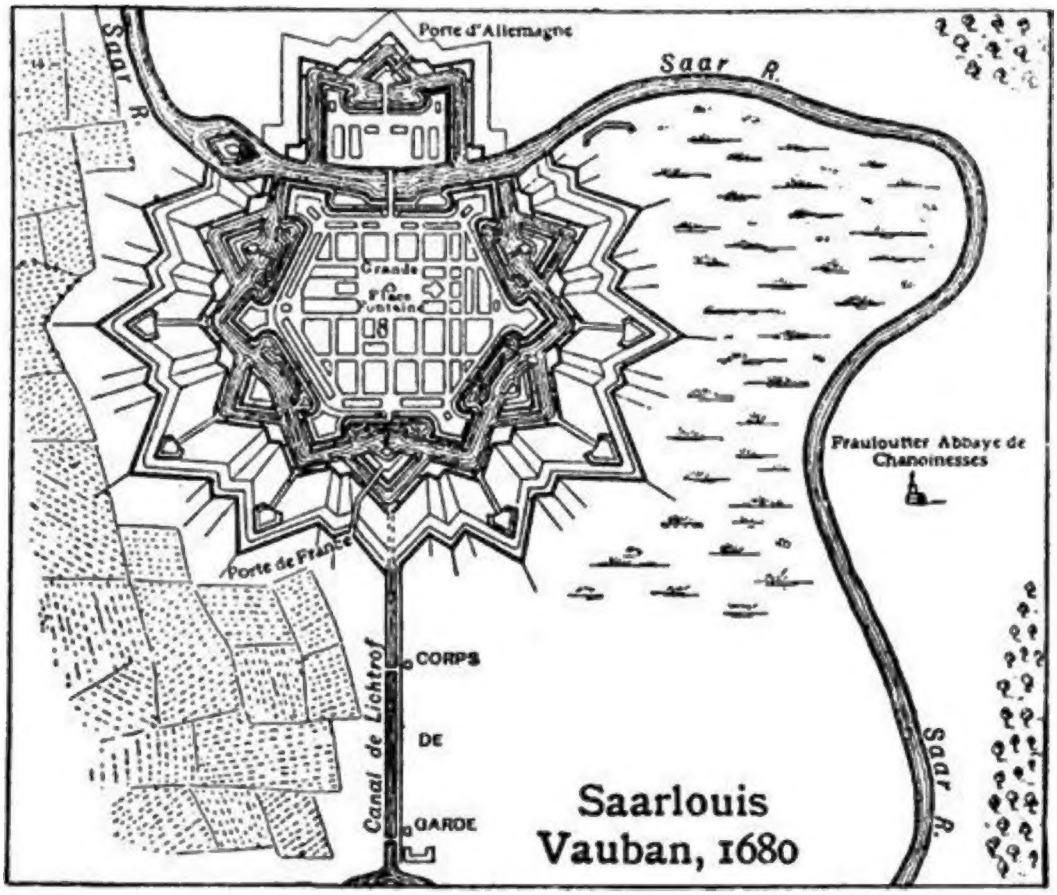
señora del bufé que, con las piernas cruzadas, reinaba en un taburete tras el mostrador y, con entrega y concentración totales, se limaba las uñas. De aquella señora, cuyo cabello rubio oxigenado se amontonaba en nido de pájaro, Austerlitz dijo de paso que era una diosa de otros tiempos. De hecho, detrás de ella había en la pared, bajo el escudo del león del reino de Bélgica y como pieza principal del bufé, un poderoso reloj, en cuya esfera, en otro tiempo dorada pero ahora ennegrecida por el hollín de los trenes y el humo del tabaco, giraba una aguja de unos seis pies. Durante las pausas que se producían en nuestra conversación, los dos nos dábamos cuenta de lo interminable que era el tiempo hasta que pasaba otro minuto, y qué terrible nos parecía cada vez, aunque lo esperáramos, el movimiento de aquella aguja, semejante a la espada del verdugo, cuando cortaba del futuro la sexagésima parte de una hora con un temblor tan amenazador, al detenerse, que a uno se le paraba casi el corazón. Hacia finales del siglo XIX, así había comenzado Austerlitz a responder a mi pregunta sobre la historia del origen de la estación de Amberes, cuando Bélgica, una manchita amarilla grisácea apenas visible en el mapamundi, se extendió con sus empresas coloniales al continente africano, cuando en los mercados de capital y las bolsas de materias primas se hacían los negocios más vertiginosos y los ciudadanos belgas, animados por un optimismo sin límites, creían que su país, durante tanto tiempo humillado por la dominación extranjera, dividido y mal avenido, estaba a punto de convertirse en una nueva gran potencia económica, en aquella época ya remota que sin embargo determina hasta hoy nuestra vida, fue deseo personal del rey Leopoldo, bajo cuyo patrocinio se producía aquel progreso aparentemente inexorable, utilizar aquel dinero del que se disponía en abundancia para construir edificios públicos, que debían dar renombre mundial a su floreciente Estado. Uno de esos proyectos iniciados por la autoridad más alta fue el de la estación central de la metrópolis flamenca en que ahora nos sentábamos, diseñada por Louis Delacenserie e inaugurada en el verano de 1905, en presencia del monarca, después de diez años de planificación y construcción, dijo Austerlitz.

El modelo recomendado por Leopoldo a su arquitecto fue la nueva estación de Lucerna, en la que le cautivaba especialmente la concepción de la cúpula,[1] que tan espectacularmente excedía de la escasa altura habitual en las estaciones de ferrocarril, una concepción adoptada por Delacenserie en su

construcción inspirada por el Panteón romano, de una forma tan impresionante, que incluso hoy, dijo Austerlitz, exactamente como era la intención del arquitecto, al entrar en la sala nos sentíamos como si, más allá de todo lo profano, nos encontrásemos en una catedral consagrada al comercio y el tráfico mundiales.

Delacenserie tomó de los palacios del Renacimiento italiano los principales elementos de su monumental edificio, dijo Austerlitz, pero había también reminiscencias bizantinas y moriscas, y quizá hubiera visto yo al llegar las redondas torrecillas de granito blanco y gris, cuyo único fin era despertar en el viajero asociaciones medievales. El eclecticismo de Delacenserie, en sí ridículo, que en la Centraal Station, en el vestíbulo de escaleras de mármol y en el techo de acero y cristal de las plataformas reunía pasado y futuro, era en realidad el medio estilístico consecuente de la nueva época, dijo Austerlitz, y por ello, continuó, resultaba apropiado que en los lugares elevados, desde los que, en el Panteón Romano, los dioses miraban a los visitantes, en la estación de Amberes se mostraran, en orden jerárquico, las divinidades del siglo XIX: la Minería, la Industria, el Transporte, el Comercio y el Capital. En torno al vestíbulo de entrada, como debía de haber visto yo, había a media altura escudos de piedra con símbolos como gavillas de trigo, martillos cruzados, ruedas aladas y otros análogos, en los que, por cierto, el motivo heráldico de la colmena de abejas no representaba, como se hubiera podido creer al principio, la Naturaleza al servicio del hombre, ni la laboriosidad como virtud social, sino el principio de la acumulación de capital. Y entre todos esos símbolos, dijo Austerlitz, en el lugar más alto estaba el tiempo, representado por aguja y esfera. El reloj, a unos veinte metros sobre la escalera en cruz que unía el vestíbulo con los andenes, único elemento barroco de todo el conjunto, se encontraba exactamente donde, en el Panteón, como prolongación directa del portal, podía verse el retrato del Emperador; en su calidad de gobernador de la nueva omnipotencia, estaba situado aún más alto que el escudo del Rey y el lema *Eendracht maakt macht*. Desde el punto central que ocupaba el mecanismo del reloj en la estación de Amberes se podía vigilar los movimientos de todos los viajeros y, a la inversa, todos los viajeros debían levantar la vista hacia el reloj y ajustar sus actividades por él. De hecho, dijo Austerlitz, hasta que se sincronizaron los horarios de ferrocarril, los relojes de Lille o Lüttich no iban de acuerdo con los de Gante o Amberes, y sólo desde su armonización hacia mediados del XIX reinó el tiempo en el mundo de una forma indiscutida. Únicamente ateniéndonos al curso que el tiempo prescribía podíamos apresurarnos a través de los gigantescos espacios que nos separaban. Desde luego, dijo Austerlitz al cabo de un rato, la relación entre espacio y tiempo, tal como se experimenta al viajar, tiene hasta hoy algo de ilusionista e ilusoria, por lo que, cada vez que volvemos del extranjero, nunca estamos seguros de si hemos estado fuera realmente. Desde el principio me asombró cómo elaboraba Austerlitz sus ideas mientras hablaba; cómo, por decirlo así, partiendo de la distracción, podía desarrollar las frases más equilibradas, y cómo, para él, la transmisión narrativa de sus conocimientos especializados era una aproximación gradual a una especie de metafísica de la historia, en la que lo recordado cobraba vida de nuevo. Así, nunca olvidaré que terminó sus explicaciones del proceso utilizado para la fabricación de los altos espejos de la sala de espera preguntándose a sí mismo, mientras al irse levantaba otra vez la vista hacia aquellas superficies débilmente resplandecientes, *combien des ouvriers périent, lors de la manufacture de tels miroirs, de malignes et funestes affectations à la suite de de vapeurs de mercure et de cyanide*
l'inhalation
. Y lo mismo que había terminado aquella primera velada, Austerlitz continuó sus observaciones al día siguiente, para el que habíamos concertado una cita en la terraza de paseo junto al Escalda. Señalando el agua extensa que centelleaba al sol de la mañana, dijo que, en un cuadro pintado por Lucas van Valckenborch hacia mediados del XVI, durante la llamada pequeña época glaciar, se podía ver el Escalda helado desde la orilla opuesta y, detrás de él, muy oscura, la ciudad de Amberes y una franja de tierra llana

que se extiende hasta la costa. Del sombrío cielo que hay sobre la torre de la catedral de Nuestra Señora está cayendo una nevada y allá en el río, al que miramos trescientos años después, dijo Austerlitz, los habitantes de Amberes se divierten sobre el hielo, gente corriente con trajes de color terroso y personas distinguidas de capa negra y gorguera de encaje blanco. En primer plano, hacia el margen derecho del cuadro, una señora se ha caído. Lleva un vestido amarillo canario; el caballero que se inclina solícito hacia ella, unos pantalones rojos, muy llamativos a la pálida luz. Cuando lo miro ahora y pienso en ese cuadro y sus diminutas figuras, me parece como si el momento representado por Lucas van Valckenborch nunca hubiera terminado, como si la señora de amarillo canario acabara de caerse o desmayarse, y se le hubiera ladeado de la cabeza la cofia de terciopelo negro, como si el pequeño accidente, que sin duda no han notado la mayoría de los espectadores, volviera a repetirse una y otra vez, como si no cesara ni pudiera remediarse ya, ni por nada ni por nadie. Aquel día, Austerlitz, después de que hubiéramos dejado nuestros puestos aventajados en la terraza y paseado por el centro de la ciudad, habló largo rato de las huellas del dolor que, como él decía saber, atravesaban la historia en finas líneas innumerables. En sus estudios de la arquitectura de las estaciones de ferrocarril, dijo cuando, a últimas horas de la tarde, cansados de tanto andar, nos sentamos en un café del Mercado de los Guantes, no podía quitarse de la cabeza el tormento de las despedidas y el miedo al extranjero, aunque esas ideas no formaran parte de la historia de la arquitectura. Desde luego, precisamente nuestros proyectos más poderosos eran los que traicionaban de forma más evidente nuestro grado de inseguridad. Así, la construcción de fortalezas, de la que Amberes era uno de los ejemplos más destacados, mostraba bien cómo, para tomar precauciones contra toda incursión de potencias enemigas, nos veíamos obligados a rodearnos cada vez más de defensas, en etapas sucesivas, hasta que la idea de unos cercos concéntricos que se iban ampliando tropezaba con sus límites naturales. Si se estudiaba el desarrollo de la construcción de fortificaciones de Floriani, da Capri y San Micheli a Montalembert y Vauban, pasando por Rusenstein, Burgsdorff, Coehoorn y Klengel, resultaba sorprendente, dijo Austerlitz, la persistencia con que generaciones de maestros de la arquitectura militar, a pesar de su talento indudablemente extraordinario, se aferraban a una idea que, como hoy puede verse fácilmente, era básicamente equivocada: la de que mediante la elaboración de un *tracé* ideal de baluartes romos y revellines muy salientes, que permitía batir con los cañones de la fortaleza toda la zona de despliegue ante los muros, se podía hacer una ciudad tan segura como podía estar seguro algo en el mundo. Nadie tenía hoy, dijo Austerlitz, una idea siquiera aproximada de la desmesura de la literatura sobre la construcción de fortificaciones, del carácter fantástico de los cálculos geométricos, trigonométricos y logísticos en ella recogidos y de los hipertróficos excesos del lenguaje especializado del arte de la fortificación y del asedio, ni entendía los términos más sencillos, *como escarpa y cortina, falsabraga, reducto o glacis*, aunque incluso desde nuestro punto de vista actual podemos darnos cuenta de que, hacia finales del XVII, los distintos sistemas cristalizaron finalmente en el dodecágono en forma de estrella con fosos delanteros, como diseño preferido: un modelo típico ideal, derivado por así decirlo de la sección áurea y que, de hecho, como podía comprenderse muy bien contemplando los intrincados planos de fortificaciones como las de Coevorden, Neuf-Brisach y Saarlouis, incluso para el profano resultaba enseguida convincente como emblema del poder absoluto y de la ingeniosidad de los ingenieros que estaban a su servicio.



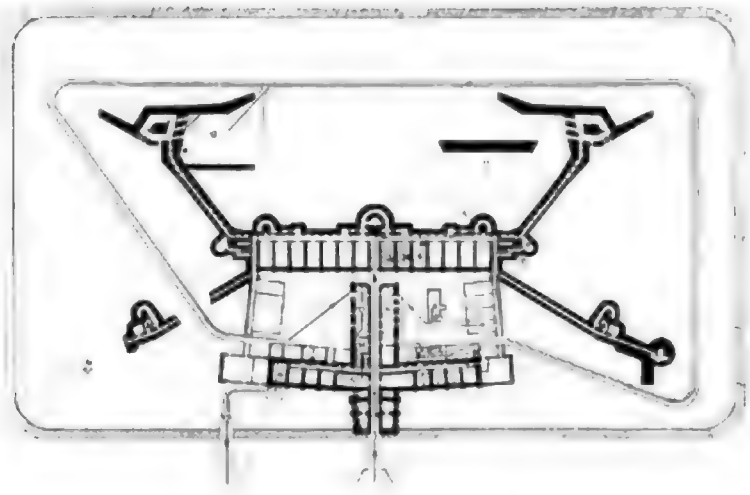
Sin embargo, en la práctica bélica, las fortalezas en estrella, que durante el siglo XVIII se construyeron y perfeccionaron por todas partes, no cumplían su finalidad, porque, al estar centrado como se estaba en ese esquema, se había olvidado que, como era natural, las mayores fortalezas atraían también el mayor poder enemigo, de forma que, en la medida en que uno se atrincheraba cada vez más, se situaba cada vez más hondamente a la defensiva y por ello, en fin de cuentas, podía verse obligado a contemplar impotente, desde una plaza fortificada por todos los medios, cómo las tropas enemigas, al trasladarse a un terreno elegido *por ellas* en otra parte, dejaban sencillamente de lado aquellas fortalezas convertidas en verdaderos arsenales, erizadas de cañones y abarrotadas de hombres. Por eso había ocurrido con frecuencia que, precisamente por la adopción de medidas de fortificación —las cuales, dijo Austerlitz, se caracterizaban básicamente por la tendencia a una elaboración paranoide—, se había mostrado el punto débil decisivo, abriendo la puerta al enemigo, por no hablar del hecho de que, al complicarse cada vez más los planes de construcción, aumentaba también el tiempo necesario para realizarlos y, con ello, la probabilidad de que, ya al acabarse si es que no antes, las fortalezas hubieran sido superadas por la evolución de la artillería y los conceptos estratégicos, que tenían en cuenta la comprensión creciente de que todo se decidía en el movimiento y no en la inmovilidad. Y cuando realmente se quería poner a prueba la resistencia de una fortaleza, tras un monstruoso derroche de material bélico, dijo, el resultado solía ser más o menos indeciso. En ninguna parte se había visto tan claramente, dijo Austerlitz, como allí en Amberes, donde en 1832, durante las negociaciones sobre partes del territorio belga que continuaron después de la instauración del nuevo reino, la ciudadela construida por Pacciolo, que el duque de Wellington protegió además con un cerco de defensas y estaba ocupada en aquellos momentos por los holandeses, fue asediada por un ejército francés de cincuenta mil hombres, antes de que, a mediados de diciembre, éste consiguiera, desde el ya ocupado fuerte Montebello, tomar por asalto la semiderruida defensa de la luneta St. Laurent y avanzar con baterías de brecha hasta debajo mismo de los muros. El sitio de Amberes, tanto por su costo como por su vehemencia, dijo Austerlitz, fue único, al menos durante unos años, en la historia de la guerra; y alcanzó su memorable culminación cuando, con los gigantescos morteros inventados por el coronel Paihans, se lanzaron contra la ciudadela setenta mil bombas de mil libras que lo destruyeron todo, salvo algunas casamatas. El barón De Chassé, general holandés, anciano comandante del montón de piedras que quedaba de la fortaleza, había hecho colocar ya la mina para saltar por los aires con aquel monumento a su lealtad y su heroísmo, cuando le llegó un mensaje de su rey, justamente a tiempo, autorizándolo a rendirse. Aunque con la toma de Amberes, dijo Austerlitz, se puso de manifiesto toda la insensatez de la ciencia de la fortificación y el asedio, incomprensiblemente sólo se extrajo la enseñanza de que las defensas que

rodeaban la ciudad debían reconstruirse de forma mucho más poderosa y desplazarse más lejos aún. En consecuencia, en 1859 la vieja ciudadela y la mayoría de los fuertes exteriores fueron arrasados y se emprendió la construcción de una nueva *enceinte* de diez millas de longitud y de ocho fuertes, situados a más de media hora de camino ante esa *enceinte*, proyecto que, sin embargo, resultó inadecuado antes de transcurrir siquiera veinte años, en vista del alcance entretanto superior de los cañones y del creciente poder destructor de los explosivos, de forma que, obedeciendo a la misma lógica, se comenzó a construir de seis a nueve millas antes de la *enceinte* un nuevo cinturón de quince obras exteriores muy fortificadas. Entonces se planteó otra vez el problema durante sus buenos treinta años de construcción, como no podía ser de otro modo, de si el crecimiento de Amberes más allá del antiguo término municipal, provocado por su rápido desarrollo industrial y comercial, no exigiría desplazar la línea de los fuertes tres millas más, con lo que, evidentemente, hubiera sido de más de treinta millas y hubiera llegado hasta el término de Mechelen, con la consecuencia de que todo el ejército belga no hubiera bastado para proporcionar una guarnición adecuada a esas instalaciones. De manera que, dijo Austerlitz, siguieron trabajando sencillamente en la terminación del sistema que se encontraba ya en construcción y, como se sabía, no respondía ya hacía tiempo a las verdaderas necesidades. El último eslabón de la cadena fue el fuerte Breendonk, dijo Austerlitz, cuya construcción terminó poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, en la que, al cabo de pocos meses, resultó ser completamente inútil para la defensa de la ciudad y del país. En el ejemplo de esas construcciones fortificadas, siguió más o menos Austerlitz, levantándose de la mesa y echándose la mochila a la espalda, terminando las observaciones que había hecho en el Mercado de los Guantes, se podía ver cómo nosotros, a diferencia de las aves, que durante siglos construyen el mismo nido, tendíamos a proyectar nuestras empresas muy por delante de cualquier límite razonable. Habría que hacer alguna vez, dijo aún, un catálogo de nuestras construcciones, en el que aparecieran por orden de tamaño, y entonces se comprendería enseguida que las que se situaban *por debajo* del tamaño normal de la arquitectura doméstica —las cabañas de campo, los refugios de ermitaño, la casita de vigilante de esclusas, el pabellón de hermosas pistas, el pabellón de los niños en el jardín—, eran las que nos ofrecían al menos un vislumbre de paz, mientras que de un edificio gigantesco como, por ejemplo, el Palacio de Justicia de Bruselas en la antigua colina del patíbulo, nadie que estuviera en su sano juicio podría afirmar que le gustase. En el mejor de los casos, se admiraba, y en esa admiración había ya una forma de espanto porque de algún modo sabíamos naturalmente que los edificios que crecen hasta lo desmesurado arrojan ya la sombra de su destrucción y han sido concebidos desde el principio con vistas a su existencia ulterior como ruinas. Esas frases dichas por Austerlitz cuando casi se estaba yendo seguían estando en mi mente cuando, a la mañana siguiente, con la esperanza de que quizá volviera a aparecer, yo estaba sentado ante un café, en el mismo *bistrot* del Mercado de los Guantes en el que, la noche anterior, se había despedido sin más. Y, como hojeaba los periódicos mientras esperaba, tropecé, no sé ya si fue en la *Gazette van Antwerpen* o en *La Libre Belgique*, con una noticia sobre la fortaleza de Breendonk, de la que se deducía que los alemanes allí, en 1940, inmediatamente después de que el fuerte, por segunda vez en su historia, hubiera tenido que rendirse a ellos, establecieron un campo de acogida y penitenciario que subsistió hasta agosto de 1944 y que, desde 1947, inalterado en lo posible, sirve de monumento nacional y de museo de la Resistencia belga. Si el día anterior no hubiera surgido en la conversación con Austerlitz el nombre de Breendonk, esa indicación, suponiendo que la hubiera advertido siquiera, difícilmente me hubiera inducido a visitar la fortaleza ese mismo día. El tren de pasajeros con que fui necesitó media hora larga para el corto trayecto hasta Mechelen, de donde sale un autobús de la plaza de la estación hasta el pueblo de Willebroek, en cuya periferia, rodeada por un terraplén, una cerca de alambre espinoso y un ancho foso de agua, se encuentra en medio de los campos la zona de la fortaleza, casi como una isla en el mar. Hacía un calor inusitado para la época del año y grandes cúmulos se alzaban sobre el horizonte suroccidental cuando atravesé el puente con la entrada en la mano. Tenía aún en la cabeza, de la conversación del día anterior, la imagen de un bastión en forma de estrella con altos muros que se alzaban sobre una planta geométricamente exacta, pero lo que tenía ante mí era una masa de hormigón baja, redondeada por todas partes en sus flancos exteriores y que, de modo espantoso, parecía jorobada y deforme, el ancho dorso, pensé, de un monstruo que, como una ballena de las olas, se había alzado del suelo flamenco. Tuve miedo de entrar por la negra puerta en la fortaleza misma y, en lugar de ello, la rodeé primero por fuera a través de la hierba de un verde intenso, casi azulado, que crecía en la isla. Desde cualquier punto de vista que tratara de contemplar la construcción, no me permitía reconocer ningún plan, desplazaba continuamente sus convexidades y oquedades y excedía tanto de mi comprensión que, finalmente, no podía relacionarla con ninguna forma de civilización humana para mí conocida, ni siquiera con los mudos vestigios de nuestra prehistoria y protohistoria. Y cuanto más tiempo mantenía la vista en ella, tanto más frecuentemente me obligaba, como

me daba cuenta, a bajar la vista, tanto más incomprensible me resultaba.

Cubierta en algunos lugares por úlceras abiertas, de las que brotaba la grava bruta, y llena de costras de rastros goteantes como de guano y estrías calcáreas, la fortaleza era un singular engendro monolítico de la fealdad y la violencia ciega. Incluso cuando más tarde estudié la planta geométrica del fuerte,

con las excrecencias de sus miembros y tenazas, con los baluartes semicirculares que sobresalían como ojos del frente de la sección principal y el muñón de apéndice del cuerpo trasero, sólo pude reconocer en él, a pesar de su estructura ahora evidentemente racional, en el mejor de los casos el esquema de algún ser semejante a un cangrejo, pero no el de una construcción diseñada por la inteligencia humana.

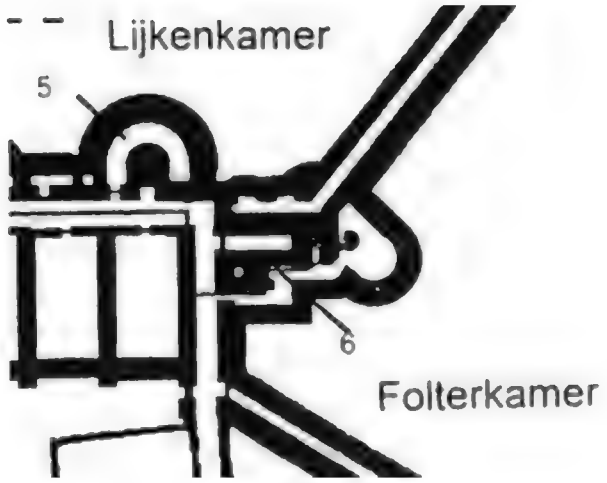


El camino que rodeaba la fortaleza pasaba junto a los postes negros de alquitrán del lugar de las ejecuciones y junto al terreno de trabajo donde los presos tenían que nivelar los terraplenes en torno a los muros, más de un cuarto de millón de toneladas de guijarros y tierra, para cuyo desplazamiento no

disponían más que de palas y carretillas. Esas carretillas, de las que todavía puede verse una en la antecámara de la fortaleza, eran de cierto primitivismo, que también en aquellos tiempos daba miedo. Consistían en una especie de angarillas con dos toscos asideros a un extremo y una rueda de madera recubierta de hierro en el otro. En las barras transversales de las angarillas había un cajón hecho de tablas sin cepillar, de costados inclinados, toda aquella torpe construcción era como la de las llamadas carretillas de mano, con las que, en mi país, los campesinos sacaban el estiércol del establo, salvo que las carretillas de Breendonk eran dos veces más grandes y, sin carga, debían de pesar ya un quintal. Era para mí impensable cómo los presos, que sin duda sólo en los casos más raros habrían realizado nunca un trabajo físico antes de su detención e internamiento, podían empujar esas carretillas, llenas de pesados escombros, por aquellos suelos arcillosos quemados por el sol y atravesados por surcos duros como la piedra, o por el barro que se formaba después de un solo día de lluvia, impensable cómo se apoyaban contra la carga, hasta que el corazón se les reventaba casi, o cómo, cuando no avanzaban, alguno de los vigilantes los golpeaba en la cabeza con el mango de la pala. Lo que pude imaginarme, a diferencia de aquel trabajo agotador prolongado día tras día y durante años en Breendonk, lo mismo que en otros campos principales y secundarios, cuando finalmente entré en la fortaleza y vi enseguida a la derecha, a través de los cristales de una puerta el llamado casino del personal de las SS, las mesas y bancos, la gruesa estufa abultada y las máximas pulcramente pintadas con letra gótica en la pared, fueron los padres de familia y los buenos hijos de Vilsbiburg y de Fuhlsbüttel, de la Selva Negra y del Münsterland, cuando se sentaban allí terminado el trabajo para jugar a las cartas o escribían cartas a sus amadas en el hogar, porque al fin y al cabo había vivido entre ellos hasta los veinte años. El recuerdo de las catorce estaciones que el visitante tiene que pasar entre el portal y la salida se ha oscurecido en mí con el paso del tiempo, o más bien se oscureció ya, si se puede decir así, el día en que estuve en la fortaleza, ya fuera porque no quería ver realmente lo que allí se veía, ya porque, en aquel mundo sólo iluminado por el débil resplandor de pocas lámparas y separado para siempre de la luz de la naturaleza, los contornos de las cosas parecían fundirse.

Incluso ahora, cuando me esfuerzo por recordar, cuando he vuelto a ocuparme del plano de cangrejo de Breendonk y leo en la leyenda las palabras *antigua oficina, imprenta, barracas, sala Jacques Ochs, celdas de confinamiento, depósito de cadáveres, cámara de reliquias y museo*, la oscuridad no se desvanece sino que se espesa al pensar lo poco que podemos retener, cuántas cosas y cuánto caen continuamente en el olvido, al extinguirse cada vida, cómo el mundo, por decirlo así, se vacía a sí mismo, porque las historias unidas a innumerables lugares y objetos, que no tienen capacidad para recordar, no son oídas, descritas ni transmitidas por nadie, historias por ejemplo, esto se me vuelve a ocurrir ahora por primera vez desde aquellos tiempos, al escribir, como las de los colchones de paja, que, como sombras, yacían sobre los catres de madera amontonados, porque la paja que había en ellos se desintegraba con el paso de los años, se hacía más delgada y más corta, se encogía, como si fueran los restos mortales de aquellos, así lo recuerdo ahora, pensé entonces, que en otro tiempo habían yacido allí en aquella oscuridad. Y recuerdo también cómo, penetrando más en el túnel, que era en cierto modo la espina dorsal de la fortaleza, tuve que defenderme contra la sensación que arraigó en mí, y que hasta hoy me invade a menudo en sitios desagradables, de que con cada paso que daba el aire para respirar disminuía y el peso sobre mí aumentaba. En cualquier caso entonces, en aquella hora del mediodía silenciosa de principios del verano de 1967 que, sin encontrar a

ningún otro visitante, pasé en el interior de la fortaleza de Breendonk, apenas me atreví a ir hasta el punto en que, al final de un segundo túnel largo, un corredor no mucho más alto que un hombre y, según creo recordar, escarpado, descendía hacia una de las casamatas.



Esa casamata, en la que se siente enseguida que se está bajo una capa de hormigón de varios metros de espesor, es una habitación estrecha, uno de cuyos lados acaba en punta y el otro es redondeado, cuyo suelo está un buen pie más bajo que el corredor por el que se entra, y por eso es menos una mazmorra que una fosa. Mientras miraba esa fosa, su fondo que, según me parecía, se hundía cada vez más, el suelo de piedra lisa y gris, la rejilla del desagüe en su centro y el cubo de lata que había al lado, surgió del abismo la imagen de nuestro lavadero en W. y al mismo tiempo, evocada quizá por el gancho de hierro que colgaba del techo de una soga, la de la carnicería por delante de la cual tenía que pasar siempre al ir al colegio y en donde, al mediodía, estaba a menudo Benedikt con un mandil de goma, regando las baldosas con una gruesa manga. Nadie puede explicarme exactamente qué ocurre dentro de nosotros cuando se abren de golpe las puertas tras las que se esconden los terrores de la infancia. Pero todavía sé que allí, en la casamata de Breendonk, me subió a la nariz un asqueroso olor a jabón verde, que ese olor, en algún lugar demente de mi cabeza, se relacionaba con la palabra *Würzelbürste* (cepillo de fregar) que siempre me ha repugnado y que mi padre utilizaba con predilección, que unas estriaciones negras comenzaron a temblar ante mis ojos y que me vi obligado a apoyarme con la frente en el muro inyectado de manchas azuladas, grisáceo y, según me pareció, cubierto de frías gotas de sudor. No fue que con la náusea surgiera en mí una idea de la clase de, así llamados, interrogatorios rigurosos que hacia la época de mi nacimiento se realizaban en aquel lugar, porque sólo unos años más tarde leí en Jean Améry sobre la horrible proximidad física entre torturadores y torturados, sobre el tormento soportado por él en Breendonk, en el que fue izado por las manos atadas a la espalda, de forma que, con un crujido y un ruido de astillas que, como dice, no había olvidado hasta el momento en que escribía, las cabezas de los huesos saltaron de las cotilas de las articulaciones de los hombros y él quedó colgado en el aire con los brazos dislocados, tirándole por detrás hacia arriba y cruzados y retorcidos sobre su cabeza: *la pendaison par les mains liées dans le dos évanouissement*
jusqu'à
…, así se dice en el libro Le jardín des Plantes, en el que Claude Simon desciende de nuevo al almacén de sus recuerdos y en donde, en la página 235, comienza a contar la fragmentaria historia de la vida de cierto Gastone Novelli que, como Améry, fue sometido a esa forma especial de tortura. Antes del relato hay una anotación del 26 de octubre de 1943, del diario del general Rommel, que dice que, a causa de la total impotencia de la policía en Italia, hay que tomar las riendas. Como consecuencia de las medidas introducidas entonces por los alemanes, Novelli, dice Simon, fue detenido y llevado a Dachau. Sobre lo que ocurrió allí, sigue diciendo Simon, Novelli nunca llegó a hablarle, salvo en una sola ocasión, en que le dijo que, tras su liberación del campo, podía soportar tan mal la vista de un alemán, incluso de uno de los seres así llamados civilizados, tanto de sexo masculino como femenino, que, apenas recuperado a medias, se fue a Sudamérica con el primer barco, para vivir allí como buscador de oro y de diamantes. Durante algún tiempo Novelli vivió en la verde selva con una tribu de gente pequeña y piel cobriza brillante que un día, sin que se hubiera movido una hoja, apareció a su lado como por ensalmo. Él adoptó sus costumbres y, lo mejor que pudo, recopiló un diccionario de su idioma, compuesto casi exclusivamente de vocales y, sobre todo, del sonido A en infinitas variaciones de entonación y acento, del que, como escribe Simon, en el

Instituto de Lingüística de San Pablo no se ha registrado una sola palabra. Más tarde, de vuelta a su patria, Novelli comenzó a pintar cuadros. Su motivo principal, que utilizó en formas y composiciones siempre nuevas —*filiforme, gras, soudain plus épais ou plus grand, puis de nouveau mince, boiteux*— era la letra A, que rasguñaba en las superficies que pintaba de color, unas veces con el lápiz, otras con el mango del pincel o con otro instrumento más tosco aún, en hileras estrechamente apretadas e imbricadas, siempre iguales y sin embargo sin repetirse nunca, que subían y bajaban en oleadas como un grito largamente sostenido.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA

Aunque Austerlitz, aquella mañana de junio de 1967 en que, finalmente, fui a Breendonk, no volvió a presentarse en el Mercado de los Guantes de Amberes, nuestros caminos se cruzaron de una forma para mí incomprensible hasta hoy, en casi todas mis excursiones belgas de entonces, totalmente sin método. Ya pocos días después de habernos conocido en la Salle des pas perdus de la Centraal Station, me lo encontré por segunda vez en un barrio industrial de la periferia suroccidental de la ciudad de Lüttich, a la que llegué a pie hacia la noche, viniendo de St. Georges-sur-Meuse y Flémalle. El sol atravesó otra vez la pared de nubes azul tinta de una tormenta que se estaba formando, y las naves y patios de las fábricas, las largas hileras de viviendas obreras, las paredes de ladrillo, los tejados de pizarra y los cristales de las ventanas resplandecían como por las brasas de un fuego interno. Cuando en las calles comenzó a diluviar, me refugié en un bar diminuto que, creo, se llamaba Café des Espérances y en donde, con sorpresa no pequeña, encontré a Austerlitz en una de las mesitas de formica, inclinado sobre sus notas. Como siempre desde entonces, en ese primer reencuentro continuamos nuestra conversación, sin dedicar una palabra a la improbabilidad de nuestra nueva reunión en un sitio semejante, no visitado por ninguna persona razonable. Desde el lugar en que estuvimos sentados hasta entrada la noche en aquel Café des Espérances se veía por una ventana trasera un valle quizá atravesado hacía tiempo por vegas, en el que el reflejo de los altos hornos de una gigantesca fundición de hierro resplandecía contra el cielo oscuro, y me acuerdo todavía claramente de que Austerlitz, mientras los dos mirábamos casi fijamente el espectáculo, me explicó en un discurso de más de dos horas cómo, en el curso del siglo XIX, la visión surgida en las cabezas de empresarios filántropos de una ciudad obrera se había convertido de pronto en la práctica de los cuarteles, lo mismo que siempre, eso, lo recuerdo, dijo Austerlitz, nuestros mejores planes, en su proceso de realización, se convertían exactamente en lo contrario. Varios meses después de ese encuentro en Lüttich volví a tropezarme con Austerlitz, de forma puramente casual, en el antiguo Monte del Patíbulo de Bruselas, y concretamente en las escaleras del Palacio de Justicia que, como me dijo enseguida, eran la mayor acumulación de sillares de toda Europa.

La construcción de esa singular monstruosidad arquitectónica, sobre la que Austerlitz pensaba escribir

un estudio en aquella época, se emprendió precipitadamente en los años ochenta del siglo XIX por insistencia de la burguesía belga, antes de que los grandiosos planos, presentados por cierto Joseph Poelaert, hubieran sido desarrollados con detalle, lo que tuvo por consecuencia que, eso dijo Austerlitz, en aquel edificio de más de setecientos mil metros cúbicos hubiera pasillos y escaleras que no llevaban a ninguna parte, y habitaciones y salas sin puertas en las que nadie había entrado nunca y cuyo vacío rodeado de muros era el secreto más recóndito de todo poder sancionado. Austerlitz siguió contándome que, buscando un laberinto de iniciación de los francmasones, del que había sabido que se encontraba en el sótano o en el desván del Palacio, había vagado muchas horas por aquella montaña de piedra, por bosques de columnas, pasando junto a estatuas colosales, subiendo y bajando escaleras, sin que nadie le hubiera preguntado nunca qué quería. A veces, en sus recorridos, cansado o para orientarse por los puntos cardinales, había mirado por las ventanas profundamente empotradas en los muros sobre los tejados gris plomo del Palais, desplazados unos sobre otros como masas flotantes de hielo o hacia abajo en gargantas y patios interiores como pozos, en los que nunca había penetrado un rayo de sol. Cada vez más lejos, dijo Austerlitz, había ido por los pasillos, unas veces torciendo a la izquierda y otras a la derecha, e interminablemente en línea recta, bajo muchos altos dinteles, y algunas veces había subido escaleras crujientes, de aspecto provisional, que salían aquí o allá de los pasillos principales y llevaban medio piso arriba o abajo, para acabar en oscuros callejones sin salida, a cuyo extremo había armarios de persiana, pupitres para escribir de pie, escritorios, sillones de oficina y otros elementos de mobiliario amontonados, como si alguien hubiera de resistir tras ellos en una especie de estado de sitio. Sí, eso afirmó Austerlitz, incluso había oído decir que en el Palacio de Justicia, a causa de su complicación interna que superaba realmente toda imaginación, en el curso de los años, una y otra vez, en algunas salas vacías y en pasillos apartados se había podido establecer pequeños negocios, por ejemplo un estanco, una oficina de apuestas o un bar, y una vez incluso, al parecer, un servicio de caballeros en el sótano por alguien llamado Achterbos, que un día se había instalado en su vestíbulo con una mesita y un plato para el dinero, convirtiéndolo en un retrete público con clientela de paso de la calle y, luego, mediante la contratación de un ayudante que sabía manejar el peine y las tijeras, se transformó por algún tiempo en peluquería. Historias apócrifas semejantes, que contrastaban extrañamente con su objetividad normalmente rigurosa, me contó Austerlitz también no pocas veces en los encuentros que siguieron, por ejemplo cuando, durante una tranquila tarde de noviembre, estuvimos sentados en un café con billares de Terneuzen —todavía recuerdo a la dueña, una mujer con gafas de gruesos cristales que tejía una media de color verde intenso, los huevos de carbón incandescentes en el fuego de la chimenea, el húmedo serrín del suelo, el amargo olor a achicoria— y, por una ventana panorámica por la que trepaba, enmarcándola, un gomero, mirábamos el estuario monstruosamente ancho y de un gris nebuloso del Escalda. Una vez, en la época anterior a la Navidad, Austerlitz vino a mi encuentro por el paseo de Zeebrugge, cuando se hacía de noche y no se veía un alma. Resultó que los dos habíamos reservado plaza en el mismo transbordador, de forma que volvimos juntos lentamente al puerto, a la izquierda el vacío Mar del Norte y a la derecha las altas fachadas de los bloques de viviendas situados en las dunas, en los que temblaba la luz azulada de los televisores, extrañamente inestable y fantasmal. Cuando nuestro barco zarpó era ya de noche. Estábamos juntos, de pie, en la cubierta de popa. La blanca estela se perdía en la oscuridad, y recuerdo aún que una vez pensamos que veíamos algunos copos de nieve girando en la luz de la lámpara. Sólo en esa travesía nocturna del canal de la Mancha supe, por cierto, por una observación hecha casualmente por Austerlitz, que era profesor en un instituto de historia del arte de Londres. Como con Austerlitz era casi imposible hablar de uno mismo o de su persona, y como, por consiguiente, ninguno de los dos sabía de dónde procedía el otro, desde nuestra primera conversación en Amberes habíamos utilizado siempre sólo el francés, yo con terrible torpeza, Austerlitz en cambio de una manera formalmente tan perfecta, que durante mucho tiempo lo consideré francés. Me impresionó entonces muy extrañamente cuando cambiamos al inglés para mí más practicable, el que apareciera entonces en él una inseguridad que hasta entonces había permanecido totalmente escondida, la cual se manifestaba en un ligero defecto de articulación y en accesos ocasionales de tartamudeo, en los que agarraba tan fuertemente la gastada funda de sus gafas que sostenía siempre en la mano izquierda, que se podía ver lo blanco bajo la piel de sus nudillos.

En los años que siguieron visité a Austerlitz casi cada vez que estaba en Londres, en su lugar de trabajo en Bloomsbury, no lejos del Museo Británico. La mayoría de las veces me pasaba una o dos horas con él en su estrecho despacho, que parecía un almacén de libros y papeles, y entre los legajos que se apilaban en el suelo y en las sobrecargadas estanterías, apenas había sitio para él, por no hablar de sus alumnos.

Austerlitz fue para mí, que al comienzo de mis estudios universitarios en Alemania no aprendí casi nada de los humanistas que allí enseñaban, que en su mayoría habían hecho su carrera académica en los años treinta y cuarenta y seguían sumidos en sus ilusiones de poder, el primer maestro al que podía escuchar desde mis tiempos de la enseñanza primaria. Me acuerdo todavía hoy de la facilidad con que comprendía lo que él llamaba sus intentos de pensar, cuando se explayaba sobre el estilo arquitectónico de la era capitalista, del que se ocupaba desde la época de sus propios estudios, especialmente de la compulsión del orden y de la tendencia al monumentalismo, que se manifestaba en tribunales de justicia y establecimientos penitenciarios, en estaciones de tren y edificios de bolsa, en óperas y manicomios y en las viviendas para trabajadores dispuestas en retículas cuadradas. Sus investigaciones, me había dicho Austerlitz una vez, habían dejado atrás hacía tiempo su objeto original, que había sido un proyecto de tesis, y se le habían escapado de las manos en interminables trabajos preparatorios de un estudio, basado totalmente en sus propias ideas, sobre las semejanzas de familia que había entre todos esos edificios. Por qué se había dedicado a un campo tan amplio, dijo Austerlitz, no lo sabía. Probablemente lo habían aconsejado mal al iniciar sus primeros trabajos de investigación. Sin embargo, también era cierto que, hasta entonces, seguía obedeciendo a un impulso no muy comprensible para él mismo, que estaba unido de algún modo a una fascinación, perceptible ya pronto en él, por la idea de una red, por ejemplo de todo el sistema ferroviario. Ya al comienzo de sus estudios, dijo Austerlitz, y más tarde durante su primera época en París, había visitado casi diariamente, sobre todo en las horas de la mañana y de la noche, alguna de las grandes estaciones, la mayoría de las veces la Gare du Nord o la Gare de
l'Est
, para contemplar la entrada de las locomotoras de vapor en las naves de cristal negras de hollín o el silencioso deslizarse de los trenes Pullman, brillantemente iluminados y misteriosos, que se dirigían hacia la noche como barcos en la infinita extensión del mar. No pocas veces se había sentido en las estaciones de París, que, como él decía, consideraba lugares de felicidad y desgracia, en medio de las más peligrosas y para él totalmente incomprensibles corrientes de sentimiento. Todavía puedo ver a Austerlitz cuando, una tarde en el instituto de Londres, hizo esa observación sobre la que más tarde llamó una vez manía de las

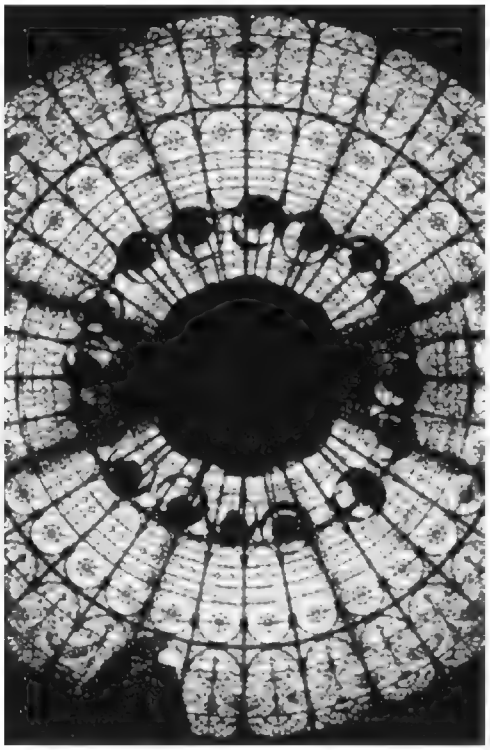
estaciones, no tanto para mí como para él mismo, y ésa fue también la única alusión a su vida espiritual que se permitió conmigo, hasta que, a finales de 1975, volví a Alemania con la intención de establecerme a la larga allí, en un país natal que, tras una ausencia de nueve años, se me había vuelto extraño. Por lo que recuerdo, escribí a Austerlitz desde Munich un par de veces, pero no recibí respuesta a esas cartas, ya fuera porque, como pensé entonces, Austerlitz estaba de viaje en algún lado, o porque, así pienso ahora, evitaba escribir a Alemania. Fuera cual fuera el motivo de su silencio, el vínculo entre nosotros se rompió, y tampoco lo renové cuando, apenas un año más tarde, decidí emigrar por segunda vez y volver a la isla. Evidentemente, hubiera debido comunicar a Austerlitz el cambio imprevisto de mis planes. Si no lo hice, pudo haberse debido a que, poco después de mi regreso, cayó sobre mí una mala época, que empañó mi sentido por la vida de otros y de la que salí sólo muy poco a poco, al reanudar mis escritos largo tiempo descuidados. En cualquier caso, en todos esos años no pensé a menudo en Austerlitz, y cuando alguna vez pensaba en él, en un abrir y cerrar de ojos volvía a olvidarlo, de forma que la reanudación de nuestra relación, en otro tiempo tanto estrecha como distante, sólo se produjo dos años más tarde, en diciembre de 1996, por una rara concatenación de circunstancias. Yo estaba entonces precisamente algo inquieto, porque, al buscar una dirección en la guía de teléfonos, me había dado cuenta de que, por decirlo así de la noche a la mañana, mi ojo derecho había perdido casi totalmente la vista. Aunque levantara la vista de la página abierta ante mí y la dirigiera a las fotografías enmarcadas de la pared, con el ojo derecho sólo veía una serie de formas oscuras, extrañamente distorsionadas arriba y abajo: las figuras y paisajes que conocía en todos sus detalles se habían disuelto, de forma indiferenciada, en un amenazador rayado negro. Al mismo tiempo me parecía continuamente como si viera en los márgenes de mi campo visual con claridad no disminuida, como si sólo tuviera que dirigir la atención hacia un lado para hacer desaparecer aquella debilidad, histérica como creí al principio. Sin embargo, no lo conseguía, a pesar de haberlo probado reiteradamente. Más bien, las zonas grises parecían extenderse, y a veces, cuando abría y cerraba los ojos alternativamente, para poder comparar el grado de agudeza visual, me parecía como si también en el lado izquierdo se hubiera producido cierta disminución de la visión. Bastante alterado ya por lo que, según temía, era una pérdida progresiva de la vista, recordé haber leído una vez que, hasta muy entrado el siglo XIX, se echaba en la retina a las cantantes de ópera, antes de salir a escena, lo mismo que a las jóvenes a las que se presentaba un pretendiente, unas gotas de líquido destilado de la planta solanácea belladona, con lo que sus ojos resplandecían con un brillo arrebatado, casi sobrenatural, aunque ellas no pudieran percibir casi nada. No sé ya cómo relacioné esa reminiscencia, aquella oscura mañana de diciembre, con mi propio estado, salvo que, en mi pensamiento, tenía algo que ver con la falsedad de la apariencia hermosa y el peligro de su extinción prematura, y que, por eso, me inquieté por la continuación de mi trabajo, pero al mismo tiempo me sentía lleno, si puedo decirlo así, de una visión salvadora, en la que, liberado de tener que leer y escribir continuamente, me veía sentado en un sillón de mimbre en un jardín, rodeado por un mundo sin contornos, sólo reconocible aún por sus débiles colores. Como en los días que siguieron no se produjo ninguna mejoría en mi estado, poco antes de Navidad fui a Londres a ver a un oftalmólogo checo que me habían recomendado, y como siempre que bajo a Londres solo, también aquel día de diciembre se removió en mí una especie de sorda desesperación. Miraba el paisaje llano, casi sin árboles, sobre los gigantescos campos pardos, las estaciones de tren en las que nunca me apearía, la bandada de gaviotas que, como siempre, se había congregado en el campo de fútbol de las afueras de Ipswich, las colonias de huertos familiares, los arbustos raquíticos, cubiertos de hierba de los lazarosos muerta, que crece en los terraplenes, las marismas y canales junto a Manningtree, las barcas hundidas de lado, la torre del agua de Colchester, la fábrica de Marconi en Chelmsford, la pista de carreras de galgos vacía de Romford, las feas traseras de las casas adosadas, junto a las cuales la vía férrea se dirige a los suburbios de la metrópoli, el camposanto de Manor Park y las torres de viviendas de Hackney, todas las vistas siempre iguales, siempre, cuando voy a Londres, que pasan por mi lado y, sin embargo, no me son familiares, sino que —a pesar de los muchos años transcurridos desde mi llegada a Inglaterra— han seguido siendo ajenas y siniestras. Siento miedo especialmente cada vez en el último trecho del trayecto, cuando el tren, poco antes de entrar en la estación de Liverpool Street, pasando por varias agujas tiene que deslizarse por un paso estrecho y donde los muros de ladrillo ennegrecidos de hollín y gasoil que se alzan a ambos lados de la vía, con sus arcos redondos, columnas y nichos me recordaron también aquella mañana un columbario subterráneo. Eran ya alrededor de las tres de la tarde cuando llegué a Harley Street, a una de las casas de ladrillo malvas ocupadas casi exclusivamente por ortopedas, dermatólogos, urólogos, ginecólogos, neurólogos, psiquiatras y otorrinolaringólogos, y estuve junto a la ventana en la sala de espera de Zdenek Gregor, llena del suave resplandor de las lámparas y un poco excesivamente caldeada. Del cielo gris, suspendido muy bajo sobre la ciudad, descendían flotando algunos copos aislados que desaparecían en los oscuros abismos de los patios

traseros. Pensé en el comienzo del invierno en las montañas, en el silencio completo y en el deseo que siempre tenía de niño de que todo quedara cubierto de nieve, el pueblo entero y el valle hasta las mayores alturas, y en que entonces me imaginaba cómo sería cuando en la primavera nos desheláramos y saliéramos del hielo. Y mientras en la sala de espera recordaba la nieve en los Alpes, los cristales empañados del dormitorio, las cornisas ante la entrada, las blancas caperuzas de los aisladores de los postes de telégrafo y el abrevadero de la fuente, helado a veces durante meses, me venían a la mente los primeros versos de uno de mis poemas favoritos... *And so I long for snow to sweep across the low heights of London*... Me imaginé que veía fuera, en la oscuridad creciente, los distritos de la ciudad surcados por innumerables calles y vías férreas, cómo hacia el este y el norte se imbricaban, un arrecife de casas sobre el siguiente y luego el siguiente y el siguiente, y que ahora, en aquella gigantesca excrecencia de piedra, caería la nieve, lenta y constantemente, hasta que todo quedara cubierto y enterrado. *London a lichen mapped on mild clays and its rough circle without purpose*... Un círculo exactamente así, borroso en los márgenes, dibujó Zdenek Gregor en una hoja de papel, cuando, después de haberme reconocido, trató de ilustrar la extensión de la zona gris de mi ojo derecho. Se trataba, dijo, de un defecto la mayoría de las veces sólo temporal, en el que en la mácula, como si fuera papel de pared, se formaba una burbuja, inyectada de un líquido claro. Sobre las causas de esa alteración, descrita en la literatura especializada como coriorretinopatía serosa central, reinaba una amplia incertidumbre, dijo Zdenek Gregor. Realmente sólo se sabía que aparecía casi exclusivamente en hombres de mediana edad, entregados a leer y escribir con exceso. Inmediatamente después de la consulta habría que hacer aún, dijo, para determinar más exactamente el lugar de la retina dañado, una, así llamada, angiografía fluorescente, es decir, una serie de fotografías de mi ojo, o mejor, si había entendido bien, del fondo del ojo a través del iris, la pupila y el humor vítreo. Su ayudante técnico, que me aguardaba ya en una pequeña habitación expresamente dispuesta para ese fin, era un hombre muy elegante de turbante blanco, casi, pensé tontamente, como el profeta Mahoma. Me subió cuidadosamente la manga de la camisa y metió la punta de una aguja, sin que yo sintiera lo más mínimo, en la vena que sobresalía bajo el pliegue de la parte interior de mi codo. Mientras dejaba que penetrara en mi sangre el líquido de contraste, me dijo que podía ser que al cabo de un rato sintiera un ligero malestar. En cualquier caso, la piel se me pondría de un amarillo descolorido durante unas horas. Después de haber esperado en silencio algo más, cada uno en su sitio en la sala iluminada por una débil lamparita, como un compartimiento de coche cama, me rogó que me acercara y pusiera la cabeza en una especie de soporte de un armazón fijado a la mesa, con la barbilla en una depresión plana y la frente contra una banda de hierro.

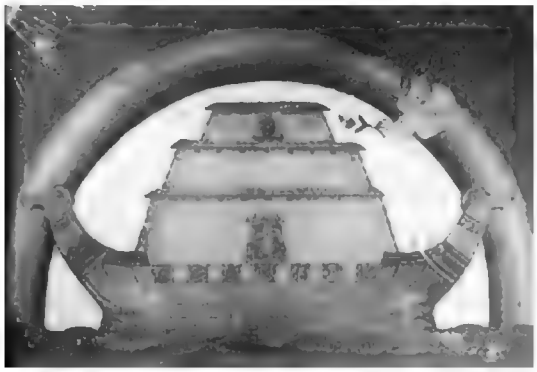
Y ahora, al escribir esto, vuelvo a ver los puntitos de luz que, a cada presión sobre el disparador, saltaban hacia mis ojos, muy abiertos. Media hora más tarde estaba sentado en el Salon Bar del Great Eastern Hotel, en la Liverpool Street, aguardando el siguiente tren a casa. Había escogido un rincón oscuro, porque, entretanto, me sentía realmente mal con mi piel amarilla. Ya en el trayecto en taxi hasta allí había pensado que el vehículo trazaba amplias curvas a través de un parque de atracciones, de tal manera daban vueltas en el parabrisas las luces de la ciudad, y también ahora giraban ante mis ojos los débiles globos de los apliques, los espejos que había detrás del bar y las baterías multicolores de botellas de bebidas alcohólicas, como si estuviera en un tiovivo. Con la cabeza apoyada en la pared y respirando hondo y despacio cuando me venían náuseas, llevaba observando un rato ya a los trabajadores de las minas de oro de la City, que a esa hora temprana de la noche acudían a su abrevadero habitual, todos parecidos, con sus trajes azul oscuro, camisas a rayas y corbatas de colores chillones, y mientras trataba de comprender las misteriosas costumbres de aquella especie animal no descrita en ningún bestiario, su forma de apiñarse, su comportamiento semisociable y semiagresivo, su modo de enseñar la garganta al vaciar el vaso, el murmullo de sus voces cada vez más excitado o la súbita desaparición de éste o de aquél, noté de repente, al borde de aquella turba ya tambaleante, a una persona aislada que no podía ser otra que Austerlitz, a quien, como me di cuenta en aquel momento, echaba en falta desde hacía veinte años. No había cambiado de aspecto, ni en su porte ni en su ropa, y hasta llevaba todavía su mochila al hombro. Sólo el cabello rubio y ondulado, que le brotaba igual que antes de la cabeza de un modo extraño, se había vuelto más pálido. A pesar de ello, él, al que siempre había considerado unos diez años mayor que yo, parecía ahora diez años más joven, ya fuera porque yo mismo estaba mal, ya porque él pertenecía a ese tipo de solteros que conservan hasta el fin algo juvenil. Por lo que recuerdo, estuve bastante rato totalmente cohibido, en mi asombro por el inesperado retorno de Austerlitz; en cualquier caso, me acuerdo de que, antes de dirigirme hacia él, pensé bastante rato en su semejanza, que me llamaba la atención por primera vez, con Ludwig Wittgenstein, y en la expresión de espanto que los dos tenían en la cara. Creo que fue sobre todo la mochila, de la que Austerlitz me contó luego que, poco antes de iniciar sus estudios, la había comprado de

excedentes del ejército sueco, por diez chelines, en un *surplus-store* de Charing Cross Road, y de la que afirmó que era la única cosa realmente fiable en su vida, aquella mochila, creo, fue la que me dio la idea, en sí disparatada, de que había cierto parecido físico entre él, Austerlitz, y el filósofo fallecido de cáncer en 1951 en Cambridge.

Wittgenstein llevaba también continuamente su mochila, en Puchberg y Otterthal lo mismo que cuando iba a Noruega, o a Irlanda, o a Kazajstán, o a casa con sus hermanas para pasar la Navidad en la Alleegase. Siempre y por todas partes, esa mochila, sobre la que Margarete escribe una vez a su hermano que la quiere casi tanto como a él, viajó con Wittgenstein, creo, incluso a través del Atlántico, en el *Queen Mary*, y luego de Nueva York a Ithaka. Cada vez más me parece ahora, cuando tropiezo en alguna parte con una fotografía de Wittgenstein, como si Austerlitz me mirase desde ella o, cuando miro a Austerlitz, como si viera en él a aquel desgraciado pensador, tan encerrado en la claridad de sus reflexiones lógicas como en la confusión de sus sentimientos, tan notables eran las semejanzas entre los dos, en la estatura, en la forma de estudiarlo a uno como por encima de una barrera invisible, en su vida sólo provisionalmente organizada, en su deseo de arreglárselas siempre con lo menos posible y en su incapacidad, no menos característica en Austerlitz que en Wittgenstein, para demorarse en cualquier tipo de preliminares. Así, Austerlitz, aquella noche en el bar del Great Eastern Hotel, sin malgastar palabra en nuestro encuentro, ocurrido de forma puramente casual después de tanto tiempo, reanudó la conversación más o menos donde la había interrumpido. Se había pasado la tarde, dijo, echando una ojeada al Great Eastern, que pronto sería totalmente renovado, principalmente al templo masónico, incorporado a fines de siglo por los directores de la compañía de ferrocarriles al hotel, que entonces acababa de terminarse y amueblarse de la forma más lujosa. En realidad, dijo, he renunciado hace tiempo a mis estudios arquitectónicos, pero a veces recaigo en mis viejas costumbres, aunque ahora no tome notas ni haga dibujos ya, sino que me limite a mirar todavía con asombro las extrañas cosas que hemos construido. No había ocurrido ese día otra cosa, cuando su camino lo hizo pasar junto al Great Eastern y, obedeciendo a una idea súbita, entró en el vestíbulo y allí, según resultó, fue recibido de la forma más atenta por el gerente, un portugués llamado Pereira, a pesar de mi petición, desde luego no muy corriente, dijo Austerlitz, y de mi peculiar aspecto. Pereira, siguió diciendo Austerlitz, me llevó por una amplia escalera al primer piso y abrió para mí, con una gran llave, el portal por el que se entra en el templo, una sala revestida de losas de mármol de color beige y de ónice marroquí rojo, con suelo ajedrezado blanco y negro y un techo abovedado, en cuyo centro una sola estrella dorada despide sus rayos hacia las nubes oscuras que la rodean por todas partes.



Luego recorrí con Pereira todo el hotel, en gran parte ya cerrado, el comedor con capacidad para más de trescientos invitados bajo la alta cúpula de cristal, los salones para fumadores y billares, subiendo por las *suites* y escaleras hasta el cuarto piso, donde antes estaban las cocinas, y bajando al primero y segundo sótanos, en otro tiempo un frío laberinto para almacenar vino del Rin, burdeos y champaña, preparar millares de pasteles y sazonar verduras, carne roja y pálida carne de ave. Sólo el sótano del pescado, donde percas, lucios, platijas, lenguados y anguilas se amontonaban sobre losas cortadas en pizarra negra, incesantemente inundadas de agua, era, como me dijo Pereira, un pequeño reino de los muertos, dijo Austerlitz, y que, si no fuera ya tan tarde, haría conmigo otra vez una ronda. Sobre todo le gustaría mostrarme el templo y, en él, el cuadro ornamental de tonos dorados del arca de tres pisos flotando bajo un arco iris, a la que en ese momento regresa la paloma, llevando en el pico la rama verde.



De forma extraña, dijo Austerlitz, aquella tarde, mientras estaba con Pereira ante aquel hermoso motivo, había pensado en nuestros encuentros belgas hacía ya tanto tiempo, y en que pronto tendría que encontrar para su historia, que sólo en los últimos años había averiguado, un oyente como yo había sido en Amberes, Lieja y Zeebrugge. Y si me había encontrado ahora en el bar del Great Eastern Hotel, en el que nunca había entrado en su vida, era, contra toda probabilidad estadística, de una lógica interna asombrosa y realmente ineludible. Austerlitz enmudeció después de decir eso y, según me pareció, estuvo mirando un rato muy a lo lejos. Toda mi infancia y juventud, comenzó por fin mientras volvía a mirarme, no supe quién era en realidad. Desde mi punto de vista de hoy, comprendo naturalmente que sólo mi nombre y el hecho de que hasta mis quince años se me ocultara hubieran tenido que ponerme sobre la pista de mis orígenes, pero en los últimos tiempos me ha resultado claro también por qué una instancia anterior o superior a mi capacidad de pensar, y que al parecer reina en alguna parte de mi cerebro con la mayor cautela, me ha protegido siempre de mi propio secreto, impidiéndome sistemáticamente sacar las conclusiones más lógicas y hacer las investigaciones pertinentes. No ha sido fácil salir de mis inhibiciones hacia mí mismo, ni será fácil

exponer el asunto ahora en sucesión medianamente ordenada. Me crié, así comenzó Austerlitz aquella noche en el bar del Great Eastern Hotel, en la pequeña ciudad de provincias de Bala, Gales, en casa de un predicador calvinista y antiguo misionero que se llamaba Emyr Elias y estaba casado con una mujer medrosa, de familia inglesa. Siempre me ha sido imposible volver a pensar en aquella casa desgraciada, que estaba aislada del pueblo en un alto y era demasiado grande para dos personas y un único niño. En el piso superior había varias habitaciones que permanecían cerradas año tras año. Todavía hoy sueño a veces que una de aquellas puertas cerradas se abre y yo, cruzando el umbral, entro en un mundo más amable y menos ajeno. Algunas de las habitaciones no cerradas tampoco se utilizaban. Amuebladas sólo escasamente con una cama o un armario, con las cortinas corridas incluso durante el día, estaban sumidas en una especie de penumbra que pronto borró en mí todo sentido de mi propia personalidad. Por eso no recuerdo ya casi nada de mis primeros tiempos en Bala, salvo lo mucho que me dolió que me llamaran de repente por otro nombre, y lo terrible que fue, después de haber desaparecido mis cosas, tener que andar por allí con aquellos pantalones cortos ingleses, las medias hasta la rodilla, que continuamente se me bajaban, una camiseta como de red de pescar y una camisa de color gris ratón, demasiado ligera. Y recuerdo que, en mi estrecha cama de la casa del predicador, estaba a menudo despierto durante horas, tratando de imaginarme los rostros de los que, eso temía, yo había abandonado por mi propia culpa; pero sólo cuando el cansancio me paralizaba y se me cerraban los párpados en la oscuridad, veía, por un momento inconcebible, a mi madre, que se inclinaba sobre mí, o a mi padre, que, sonriendo, se ponía el sombrero. Después de ese consuelo resultaba mucho peor despertarse a la mañana siguiente, tener que comprender cada día otra vez que no estaba ya en casa, sino en algún lugar muy lejano, en una especie de cautividad. Sólo recientemente he vuelto a recordar cuánto me oprimía el que, durante todo el tiempo que estuve con el matrimonio Elias, nunca abrieran una ventana, y por eso quizá años después, un día de verano, cuando, de camino a algún lado, pasé junto a una casa cuyas ventanas estaban todas abiertas, me sentí fuera de mí mismo de una forma tan indescriptible. Al reflexionar en esa experiencia de liberación, volví a recordar hace unos días que una de las dos ventanas de mi dormitorio estaba tapiada por dentro, mientras que por fuera había permanecido inalterada, una circunstancia que, como nadie está al mismo tiempo dentro y fuera, sólo descubrí a la edad de trece o catorce años, aunque debió de inquietarme durante toda mi infancia en Bala. Siempre me helaba en la casa del predicador, siguió diciendo Austerlitz, no sólo en invierno, en que a menudo se encendía únicamente el hogar de la cocina y no era raro que el suelo de piedra de la entrada estuviera cubierto de escarcha, sino también en el otoño y hasta muy entrada la primavera, y en aquellos veranos infaliblemente lluviosos. Y, lo mismo que en la casa de Bala reinaba el frío, también reinaba en ella el silencio. La mujer del predicador estaba continuamente ocupada con la casa, quitando el polvo y fregando las baldosas, haciendo la colada, limpiando los apliques de latón de las puertas o preparando las pobres comidas que normalmente tomábamos en silencio. De vez en cuando se limitaba a recorrer la casa comprobando que todo —inamovible, como tenía que ser siempre para ella— estuviera en su sitio. Una vez la encontré sentada en una silla, en una de las habitaciones semivacías del piso superior, con lágrimas en los ojos y la nariz, y un pañuelo arrugado en la mano. Cuando me vio de pie en el umbral, se levantó, me dijo que no era nada, sólo un enfriamiento que había atrapado y, al salir, me pasó los dedos por el pelo, única vez, que yo recuerde, que ocurrió eso. Entretanto el predicador, como era su costumbre inalterable, estaba en su estudio, que daba sobre un rincón oscuro del jardín, pensando en el sermón que pronunciaría el domingo siguiente. Nunca escribió ninguno de esos sermones, sino que los elaboraba únicamente en su cabeza, torturándose por lo menos durante cuatro días. Todas las noches salía de su estudio totalmente abatido, sólo para volver a desaparecer en él a la mañana siguiente. Los domingos, cuando comparecía ante la comunidad congregada en la capilla y, a menudo durante una hora, con elocuencia poderosa y realmente conmovedora, como todavía me parece oír, dijo Austerlitz, explicaba el Juicio Final que nos aguardaba a todos, los colores del Purgatorio y los tormentos de la condenación, así como, con las más maravillosas imágenes estelares y celestiales, la entrada de los justos en la Bienaventuranza eterna, era un hombre distinto. Siempre conseguía, al parecer sin esfuerzo, como si inventara las cosas más espantosas improvisando, llenar los corazones de sus feligreses de tal arrepentimiento que no pocos de ellos, al terminar el servicio religioso, se iban a casa con el rostro blanco como la cal. Él, el predicador, sin embargo, estaba el resto del domingo de un humor relativamente alegre. Durante la comida, que empezaba siempre con una sopa de tapioca, hacía medio en broma algunas observaciones didácticas a su mujer, exhausta de cocinar, se informaba de cómo me iban las cosas, normalmente preguntando «*And how is the boy*?», y trataba de sacarme un poco de mi taciturnidad. Al final de la comida venía siempre el flan de arroz, que era el plato favorito del predicador y que éste disfrutaba la mayoría de las veces en silencio. En cuanto la comida terminaba, se echaba una hora en el canapé para descansar, o se sentaba, cuando hacía buen

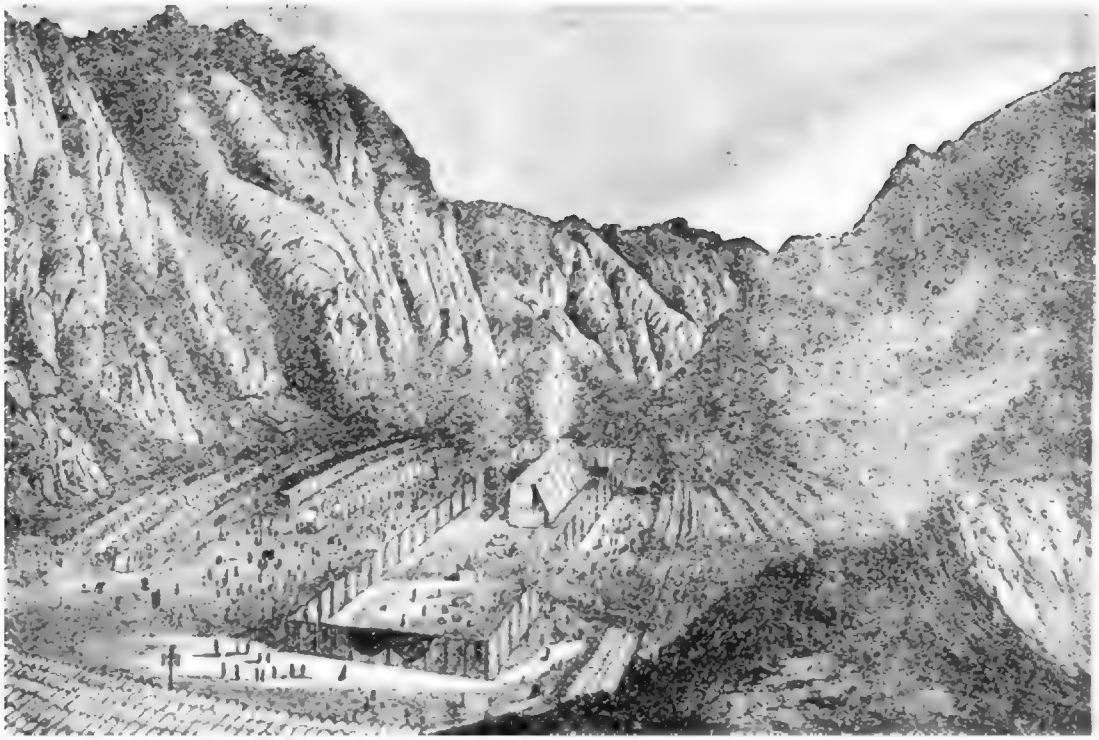
tiempo, en el jardín delantero de la casa, bajo el manzano, y miraba al valle abajo, contento del trabajo realizado aquella semana como el Señor de los Ejércitos después de crear el mundo. Antes de ir a las plegarias de la noche, sacaba de su pupitre de persiana la cajita de lata en que guardaba el calendario publicado por la Iglesia de los Metodistas Calvinistas de Gales, un librito gris, bastante desgastado, que indicaba los domingos y días festivos de los años 1928 a 1946 y donde, semana a semana, había hecho sus anotaciones sucesivamente frente a cada fecha, para lo que sacaba el delgado lápiz de tinta del lomo del librito, humedecía la punta con la lengua y, muy lenta y pulcramente, como un colegial bajo vigilancia, anotaba la capilla donde había predicado ese día, y los pasajes de la Biblia en que se había basado, por ejemplo, bajo el 20 de julio de 1939: The Tabernacle, Llandrillo: *Psalms* CXXVII, 4 «*He telleth the number of the stars: he calleth them all by their names*», o bajo el 3 de agosto de 1941: Chapel Uchaf, Gilboa: *Zephaniah* III, 6 «*I have cut off the nations: their towers are desolate; I made their streets waste, that none passeth by*», o bajo el 21 de mayo de 1944: Chapel Bethesda, Corwen: *Isaiah* XLVIII, 18 «*O that thou hadst hearkened to my commandments! then had thy peace been as a river and thy righteousness as the waves of the sea*!». La última anotación en el librito, que es una de las pocas posesiones del predicador que pasaron a mis manos después de su muerte y que, en los últimos tiempos, he hojeado a menudo, dijo Austerlitz, fue hecha en una de las hojas añadidas. Está fechada el 7 de marzo de 1952 y dice: Bala Chapel: Psalms CII,6 «*I am like a pelican in the wilderness. I am like an owl in the desert*». Naturalmente, los sermones dominicales, de los que debo de haber escuchado más de quinientos, se me fueron de la cabeza en su mayor parte, pero, aunque el significado de las distintas frases y palabras me estuviera vedado durante mucho tiempo, comprendía sin embargo, tanto si Elias utilizaba el inglés como el galés, que se trataba de lo pecaminoso y del castigo de los hombres, del fuego y las cenizas y del inminente fin del mundo. Sin embargo, no son esas bíblicas imágenes de destrucción las que se relacionan hoy en mi recuerdo con la escatología calvinista, dijo Austerlitz, sino lo que vi con mis propios ojos cuando estaba de viaje con Elias. Muchos de sus colegas más jóvenes fueron llamados poco después de empezar la guerra al servicio militar, y Elias, por ello, tenía que pronunciar sermones, al menos un domingo cada dos, en otra parroquia, a menudo muy alejada. Viajábamos por el país al principio en un pequeño vehículo de dos ruedas tirado por un poni casi tan blanco como la nieve, en el que Elias, según su costumbre, iba a la ida en el más sombrío estado de ánimo. A la vuelta, sin embargo, su humor se iluminaba, como en su casa las tardes de domingo; efectivamente, ocurría incluso que se pusiera a tararear para sí y, de vez en cuando, chasqueara el látigo sobre las orejas del caballito. Y esos aspectos luminosos y oscuros del predicador Elias tenían su reflejo en el paisaje montañoso que nos rodeaba. Recuerdo, dijo Austerlitz, que una vez atravesamos el interminable valle del Tanat, a derecha y a izquierda, en las pendientes, nada más que arbustos retorcidos, helechos y vegetación de color herrumbre, y luego, el último trecho hasta el collado, sólo rocas grises y niebla que se iba desplazando, de forma que temí que nos estuviéramos acercando al último confin del mundo. A la inversa, una vez presencié, cuando acabábamos de llegar al paso de Pennant, cómo, en una muralla de nubes que se estaba formando al oeste, se abría un hueco y los rayos del sol caían por una estrecha vía sobre el fondo del valle, que estaba muy abajo ante nosotros, a una profundidad de vértigo. Donde hacía un momento no había habido más que una oscuridad insondable, resplandecía ahora, rodeado de sombras negras por todas partes, un pequeño pueblo, con unos cuantos huertos frutales, praderas y campos que centelleaban verdes como la Isla de los Bienaventurados y, cuando bajamos por el paso con caballo y vehículo, todo se hizo cada vez más claro, las laderas de las montañas se destacaron luminosas de la oscuridad, la hierba fina, curvada por el viento, relucía allí abajo, en las orillas del riachuelo, los plateados sauces brillaban, y pronto volvimos a salir de aquellas alturas yermas, entre árboles y arbustos, entre los robles que susurraban suavemente, los arces y los serbales que, por todas partes, tenían ya bayas rojas. Una vez, creo que a los nueve años, estuve con Elias algún tiempo muy abajo, en el sur de Gales, en una región donde los flancos de las montañas, a ambos lados de la carretera, habían sido abiertos y los bosques destrozados y talados. Ya no recuerdo cómo se llamaba el pueblo al que llegamos al caer la noche. Estaba rodeado de escoriales de carbón, cuyos derrames llegaban en algunos sitios hasta las calles. Como alojamiento nos habían preparado una habitación en casa de uno de los principales de la iglesia, desde la que podía verse una torre de extracción con una rueda gigantesca, que giraba unas veces de un modo y otras de otro en la oscuridad que se iba espesando, y más lejos, valle abajo, se veían, a intervalos regulares de tres o cuatro minutos quizá, altos haces de llamas y chispas de los hornos de fundición de una planta siderúrgica, que ascendían muy alto en el cielo. Cuando yo estaba ya en la cama, Elias se quedó largo rato aún sentado en un taburete junto a la ventana, mirando afuera en silencio. Creo que fue la vista del valle que, de forma cambiante, unas veces se iluminaba por el resplandor del fuego para volver a hundirse enseguida en la oscuridad, la que inspiró a Elias el sermón que pronunció al día siguiente sobre la Revelación, un sermón sobre la venganza del Señor, la guerra y la devastación de las

moradas humanas, con el que, como le dijo el principal al despedirse, se había superado ampliamente a sí mismo. Si los feligreses se habían quedado casi petrificados de espanto durante el sermón, el poder de Dios evocado por Elias no hubiera podido impresionarme tan duraderamente de no haber sido por el hecho de que, en la pequeña ciudad situada a la salida del valle, en la que Elias tenía que dirigir aún, aquella misma noche, la oración, había caído en plena tarde una bomba en el cine. Los escombros humeaban aún cuando llegamos al centro de la población. La gente estaba en la calle, en pequeños grupos, y algunos se tapaban todavía la boca con la mano, de terror. El coche de bomberos había atravesado el redondo parterre de flores y en la hierba yacían, con sus trajes de domingo, los cadáveres de los que, como Elias no tuvo necesidad de decirme, habían pecado contra el santo mandamiento del *sabbat*. Poco a poco, se formó en mi cabeza una especie de mitología de la venganza del Antiguo Testamento, cuyo elemento principal, por cierto, fue siempre el hundimiento de la comunidad de Llanwddyn en las aguas del embalse de Vyrnwy. Hasta donde recuerdo, fue al volver de algunas de sus obligaciones fuera, en Abertridwr o en Pont Llogel, cuando Elias detuvo el vehículo a la orilla del lago y me llevó a pie hasta el centro del muro de contención, donde me habló de su casa paterna, que estaba allí abajo, a una profundidad de quizá cien pies bajo el agua oscura, y no sólo de su casa paterna, sino de otras cuarenta casas y granjas al menos y de la iglesia de San Juan de Jerusalén, y de tres capillas y tres pubs, que, todos sin excepción, desde el otoño de 1888, cuando se acabó la presa, quedaron sumergidos. Especialmente conocido, eso, dijo Austerlitz, le había contado Elias, había sido Llanwddyn en los años anteriores a su hundimiento, sobre todo porque, en la hierba del pueblo, cuando en verano había luna llena, se jugaba al fútbol a veces toda la noche, y concretamente, al mismo tiempo, por más de diez docenas de muchachos y hombres, en parte venidos de los pueblos cercanos. La historia del fútbol de Llanwddyn ocupó mi imaginación mucho tiempo, dijo Austerlitz, en primer lugar, sin duda, porque Elias, ni antes ni después, me hizo ninguna observación sobre su propia vida. En aquel momento en el muro de contención de Vyrnwy, en que, intencionadamente o por descuido, me dejó mirar dentro de su pecho de predicador, me sentí tan identificado con él que Elias, el justo, me pareció el único superviviente de la catástrofe de la inundación de Llanwddyn, mientras que me imaginaba a todos los otros, sus padres, sus hermanos, sus parientes, sus vecinos y el resto de los habitantes del pueblo todavía allí abajo, sentados aún en sus casas y deambulando por las calles, pero sin poder hablar y con los ojos muy abiertos. Esa idea surgida en mí de la existencia subacuática de la población de Llanwddyn tuvo algo que ver también con el álbum que Elias, la noche de nuestra vuelta a casa, me mostró por primera vez, y que contenía diversas vistas de su pueblo natal hundido en las ondas.

Como por lo demás no había otras imágenes en casa del predicador, he mirado una y otra vez esas escasas fotografías, que más tarde pasaron a ser de mi posesión junto con el calendario calvinista, hasta que las personas que me miraban desde ellas, el herrero con su mandil de cuero, el encargado de la posta, que era el padre de Elias, el pastor que, con sus ovejas, recorre las calles del pueblo, y sobre todo la niña que, con su perrito en el regazo, se sienta en una silla en el jardín, me resultaron tan familiares como si viviera con ellas en el fondo del lago.

Por las noches, antes de dormirme en mi fría habitación, me parecía a menudo como si me hubiera sumergido también en el agua oscura, como si, lo mismo que las pobres almas de Vyrnwy, tuviera que mantener los ojos muy abiertos para ver, muy alto sobre mí, una luz débil y la imagen reflejada, rota por las ondas, de la torre de piedra, que se alza tan aterradoramente sola en la orilla boscosa. A veces me imaginaba incluso haber visto a este o a aquel de las fotografías del álbum en alguna calle de Bala o fuera, en el campo, especialmente en los cálidos días de verano, cuando no había nadie más por allí y el aire centelleaba ligeramente. Elias me prohibió hablar de cosas semejantes. En cambio me sentía en todo momento libre con Evan, el zapatero, que tenía su taller no lejos de la casa del predicador y reputación de visionario. De Evan aprendí también, casi al vuelo, el galés, porque sus historias me entraban mucho mejor que los interminables salmos y versículos bíblicos que tenía que aprenderme de memoria para la catequesis. A diferencia de Elias, que siempre ponía la enfermedad y la muerte en relación con los reveses, el justo castigo y la culpa, Evan hablaba de difuntos a los que la suerte había golpeado a destiempo, se sabían engañados en algo que les correspondía y ansiaban volver a la vida. Quien tuviera ojos para ello, decía Evan, podía verlos no pocas veces. A primera vista parecían gente normal, pero, si se los miraba más atentamente, su rostro se desdibujaba o titilaba un poco en los márgenes. Además eran por lo general un palmo más pequeños de lo que habían sido en vida, porque la experiencia de la muerte, afirmaba Evan, nos disminuye, lo mismo que un trozo de paño encoge cuando se lava por primera vez. Los muertos iban casi siempre solos, pero a veces vagaban también en pequeños escuadrones; se los había visto con guerreras de colores o envueltos en capas grises, cuando, entre los muros que cercaban los campos, sobre los que apenas sobresalían, marchaban hacia la colina que había sobre el pueblo, al suave redoble del tambor. De su abuelo contaba Evan que, una vez, en el camino de Frongastell a Pyrsau, había tenido que echarse a un lado para dejar pasar a uno de esos cortejos de espectros que lo había alcanzado, y que se componía de seres enanos. Avanzaban apresurados, ligeramente echados hacia delante y hablando entre sí con voz de falsete. En la pared, sobre el bajo banco de trabajo de Evan, dijo Austerlitz, colgaba de un gancho el velo negro que su abuelo había quitado al féretro cuando aquellas pequeñas figuras embozadas pasaron llevándolo junto a él, y sin duda fue Evan quien me dijo una vez, dijo Austerlitz, que del próximo mundo no nos separa más que un paño de seda así. Realmente, durante todos los años que pasé en la casa del predicador en Bala, nunca pude desechar la sensación de que se me estaba ocultando algo muy obvio, en sí evidente. A veces era como si tratara de saber la verdad en sueños; otras veces creía que caminaba a mi lado un hermano mellizo invisible, lo contrario de una sombra, por decirlo así. También detrás de las historias bíblicas que me daban a leer en la catequesis desde los seis años sospechaba un sentido que se refería a mí, un sentido que se diferenciaba por completo del que se deducía del escrito cuando recorría las líneas con el dedo índice. Todavía veo, dijo Austerlitz, cómo, murmurando para mí como si fuera un conjuro, deletreo una y otra vez de nuevo la historia de Moisés de la edición expresamente pensada para niños, de letra grande, que me había regalado Miss Parry cuando, por primera vez, conseguí recitar sin faltas y con buena entonación el capítulo sobre la confusión de las lenguas que me había dado para aprender de memoria. Sólo tengo que

pasar unas páginas de ese libro, dijo Austerlitz, para recordar cuánto me asustaba el pasaje en el que se hablaba de que la hija de Levi hizo una canastilla de juncos, que embadurnó de barro y brea, y puso entonces al niño en esa canastilla y lo abandonó en el cañaveral a orillas del agua... *yn yr hesg ar fin yr afon*, ése era, creo, el texto. Más adelante en la historia de Moisés, dijo Austerlitz, me atrajo especialmente el pasaje en el que los hijos de Israel atraviesan un terrible desierto, muchos días de viaje con mucho detalle, en los que el ojo, en todo lo que abarca, no ve otra cosa que cielo y arena. Intenté imaginarme las columnas de nubes que, como se dice con extraño giro, los precedían en su camino, y me sumí, olvidando cuanto me rodeaba, en una ilustración a toda página en la que el desierto de Sinaí, con sus crestas montañosas desnudas e imbricadas y el fondo rayado de gris, que a veces he tomado por el mar y a veces por espacio aéreo, se asemejaba totalmente a la región en que me crié. Realmente, dijo Austerlitz en una ocasión posterior, cuando abrió ante mí su Biblia infantil de Gales, sabía que, entre las diminutas figuras que poblaban el campamento, yo estaba en mi verdadero lugar. Examiné cada pulgada cuadrada de esa ilustración que, precisamente por su familiaridad, me parecía inquietante. En una superficie algo más clara de la ladera de la montaña, que se precipitaba abruptamente a la derecha, creía reconocer una cantera y, en las líneas regularmente curvadas de abajo, las vías de un tren. Sin embargo, lo que más me dio que pensar fue la plaza cercada del centro y la construcción parecida a una tienda del extremo posterior, sobre la que se elevaba una nube de humo blanco.



Fuera lo que fuera lo que en aquella época pasaba también dentro de mí, el campamento de los hebreos en las montañas del desierto me resultaba más próximo que la vida en Bala, cada día más incomprensible, eso al menos, dijo Austerlitz, me parece hoy. Aquella noche en el bar del Great Eastern Hotel había dicho aún que en la casa del predicador en Bala no había aparato de radio ni periódicos. No recordaba, dijo, que Elias y su mujer Gwendolyn hubieran mencionado nunca los combates en el continente europeo. No podía imaginarme ningún mundo que no fuera Gales. Sólo después del fin de la guerra comenzó a cambiar aquello paulatinamente. Con las fiestas de la victoria, en las que también en Bala se bailó en las calles adornadas con banderitas de colores, pareció despuntar una nueva época. Para mí comenzó con que, de forma prohibida, fui al cine por primera vez y, a partir de entonces, veía todas las tardes de domingo, desde la cabina del proyeccionista Owen, uno de los tres hijos del visionario Evan, el llamado noticiario. Hacia esa época empeoró el estado de salud de Gwendolyn, al principio de forma apenas perceptible, pero pronto con rapidez creciente. Ella, que siempre había mantenido el orden más meticuloso, comenzó primero a descuidar la casa y luego a descuidarse a sí misma. En la cocina andaba ahora desorientada y cuando Elias, lo mejor que podía, preparaba una comida, ella apenas comía nada. Fue sin duda por esas circunstancias por las que, en el trimestre de otoño de 1946, fui enviado a un colegio privado de las proximidades de Oswestry. Como la mayoría de esos establecimientos docentes, Stower Grange era, para un adolescente, el lugar menos apropiado imaginable. El director, un tal Penrith-Smith, que, con su toga polvorienta, vagaba sin cesar desde la mañana temprano hasta tarde en la noche, sin objetivo, era un hombre distraído e irremediablemente ausente por completo, y también el resto del profesorado se componía, en aquel período inmediatamente posterior a la guerra, de los personajes más singulares, en su mayoría de más de sesenta años o con algún achaque. La vida escolar seguía su camino más o menos sola, más bien a pesar de los pedagogos que enseñaban en Stower Grange que gracias a ellos. Desde luego no estaba determinada por ninguna ética del tipo que fuera, sino por usos y costumbres que se remontaban a muchas generaciones de alumnos, algunos de carácter francamente oriental. Había las formas más diversas de gran tiranía y pequeño despotismo, de servicios forzosos, de esclavitud, de dependencia, de favor y postergación, de veneración por los héroes, de ostracismo, de imposición de castigos y perdón, por medio de las cuales los pupilos, sin ninguna supervisión, se gobernaban a sí mismos y hasta puede decirse que gobernaban la institución, sin exceptuar a los profesores. Incluso cuando Penrith-Smith, que era un hombre notablemente bondadoso, por alguna razón que hubiera llegado a su conocimiento, tenía que castigar físicamente a alguno de nosotros en su despacho de director, era fácil tener la impresión de que la víctima concedía temporalmente al ejecutor del castigo un privilegio que, en realidad, sólo le correspondía a él, el que recibía el castigo. A veces, sobre todo los fines de semana, parecía como si todos los profesores se hubieran ido, dejando abandonados a su suerte a los que tenían a su cuidado en la institución, que estaba situada a dos millas al menos de la ciudad. Sin ninguna vigilancia paseábamos algunos por allí, mientras otros tendían intrigas para reforzar su autoridad o, en el laboratorio, amueblado sólo con unos bancos y sillas inseguros, y que por alguna razón incomprensible llamaban el Mar Rojo, tostaban pan en un hornillo de gas que difundía un olor dulzón, y preparaban huevos revueltos con un sustitutivo de color azufre, del que, como de otras sustancias destinadas a las lecciones de Química, había grandes existencias en uno de los armarios de pared. Naturalmente, en las condiciones reinantes en Stower Grange, hubo quienes, durante toda su vida escolar, sólo fueron desgraciados. Recuerdo por ejemplo, dijo Austerlitz, a un muchacho llamado Robinson que, evidentemente, sabía adaptarse tan mal a las asperezas y singularidades de la vida escolar que, a los nueve o diez años, intentó varias veces escapar, bajando en plena noche por la cañería de desagüe de un canalón y huyendo a campo traviesa. A la mañana siguiente, con su bata de cuadros que, curiosamente, se ponía expresamente para la fuga, lo traía cada vez un policía, entregándolo al director como si fuera un delincuente común. Para mí, sin embargo, a diferencia del pobre Robinson, los años en Stower Grange, dijo Austerlitz, no fueron una época de cautiverio sino de liberación. Mientras que la mayoría de nosotros, incluso aquellos a quienes atormentaban sus coetáneos, iban tachando en el calendario los días que les

faltaban para volver a casa, yo hubiera preferido no volver nunca a Bala. Desde las primeras semanas comprendí que aquel colegio, a pesar de sus inconvenientes, era mi única salida, y por eso hice enseguida cuanto pude para orientarme en aquella extraña confusión de innumerables reglas no escritas y aquella anarquía que con frecuencia rayaba en lo carnavalesco. Me vino muy bien el hecho de que pronto comenzara a destacar en el campo de rugby, porque, quizá a causa de un dolor que rumoreaba en mí sordamente pero del que entonces no era consciente todavía, atravesaba bajando la cabeza las filas de mis adversarios mejor que cualquiera de mis compañeros. La intrepidez que demostraba en los partidos, que, en mi recuerdo, se jugaban siempre bajo un frío cielo de invierno o en medio de una lluvia torrencial, me dio en muy breve plazo un estatus especial, sin que, de otro modo, por ejemplo reclutando vasallos o sometiendo a muchachos más débiles, tuviera que esforzarme por conseguirlo. Fue también decisivo para mis progresos en el colegio el que nunca considerase estudiar y leer como una carga. Muy al contrario, encerrado, como había estado hasta entonces, en la Biblia galesa y las homilías, me parecía ahora como si al pasar cada página se abriera otra puerta. Leía todo lo que ofrecía la biblioteca del colegio, formada de un modo totalmente arbitrario, y lo que conseguía prestado de mis profesores, libros de geografía y de historia, relatos de viajes, novelas y biografías, y me quedaba hasta la noche ante libros de consulta y atlas. Poco a poco surgió así en mi cabeza una especie de paisaje ideal, en el que el desierto arábigo, el imperio azteca, el continente antártico, los Alpes nevados, el Paso del Noroeste, la corriente del Congo y la península de Crimea formaban un solo panorama, poblado de todas las figuras correspondientes. Como en cualquier momento que quisiera, en la clase de latín lo mismo que durante el servicio religioso o en los ilimitados fines de semana, podía imaginarme en ese mundo, nunca caí en las depresiones que padecían tantos en Stower Grange. Sólo me sentía abatido cuando, en las vacaciones, tenía que volver a casa. Ya en mi primer regreso a Bala, el Día de Difuntos, me sentí como si mi vida volviera a estar bajo la mala estrella que, hasta donde podía recordar, me había acompañado. Con Gwendolyn las cosas habían empeorado aún en mis dos meses de ausencia. Ahora se pasaba todo el día en la cama, mirando fijamente el techo. Elias iba a verla un rato cada mañana y cada noche, pero ni él ni Gwendolyn decían una sola palabra. Era, me parece ahora al recordar el pasado, dijo Austerlitz, como si el frío de sus corazones los estuviera matando lentamente. No sé qué enfermedad acabó con Gwendolyn, y creo que tampoco ella hubiera podido decirlo. En cualquier caso, para oponerse a la enfermedad no tenía más que la curiosa necesidad, que sentía varias veces al día y quizá también durante la noche, de empolvarse con una especie de talco barato del que había un gran espolvoreador junto a su cama. Gwendolyn utilizaba aquella sustancia fina como el polvo, algo grasienta, en tales cantidades, que el suelo de linóleo en torno a su lecho y, pronto, la habitación entera y los pasillos del piso superior quedaron cubiertos de una capa blanca, ligeramente pegajosa a causa de la humedad del aire. Sólo recientemente he vuelto a acordarme de ese blanqueamiento de la casa del predicador, dijo Austerlitz, cuando, en el relato de infancia y juventud de un escritor ruso, leí sobre una manía de empolvarse parecida que tenía su abuela, una señora que, no obstante, a pesar de pasarse la mayor parte del tiempo en un sofá y alimentarse casi exclusivamente de gominolas y leche de almendra, disfrutaba de una constitución de hierro y dormía siempre con las ventanas abiertas de par en par, por lo que ocurrió también una vez que una mañana, después de haber habido tormentas toda la noche, se despertó bajo una capa de nieve, sin sufrir por ello el menor daño. Evidentemente, no ocurrió así en la casa del predicador. Las ventanas de la habitación de la enferma estaban constantemente cerradas, y el polvo blanco, que se había depositado grano a grano por todas partes y a través del cual había ahora auténticos senderos, no tenía nada de nieve centelleante. Más bien recordaba a los ectoplasmas de los que Evan me había hablado una vez, que las videntes podían echar por la boca en grandes burbujas que luego caían al suelo, donde se secaban rápidamente convirtiéndose en polvo. No, no era ninguna nieve recién caída que entrara en la casa del predicador; lo que la llenaba era algo desagradable que no sabía de dónde venía, y para lo que sólo mucho más tarde encontré en otro libro la denominación sin duda totalmente incomprensible, pero para mí sin embargo, eso dijo Austerlitz, enseguida iluminadora, de «horror arsénico». Fue en el invierno más frío desde tiempos inmemoriales cuando volví por segunda vez del colegio de Oswestry a casa y encontré a Gwendolyn apenas viva. En la chimenea de la habitación de la enferma ardía sin llama un fuego de carbón. El humo amarillento que brotaba de los trozos resplandecientes y no acababa de dispersarse se mezclaba con el olor a ácido fénico que flotaba en toda la casa. Me quedé durante horas junto a la ventana, estudiando las maravillosas formaciones de montañas de hielo de dos o tres pulgadas de altura que había formado sobre los listones transversales el agua que chorreaba sobre los cristales. En el paisaje nevado de fuera aparecían de vez en cuando figuras aisladas. Envueltas en mantas y paños oscuros echados por los hombros, con el paraguas abierto contra los copos que caían, subían tambaleándose la colina. Las oía sacudirse las botas abajo, a la entrada, antes de que, acompañadas por la hija del vecino, que ahora llevaba

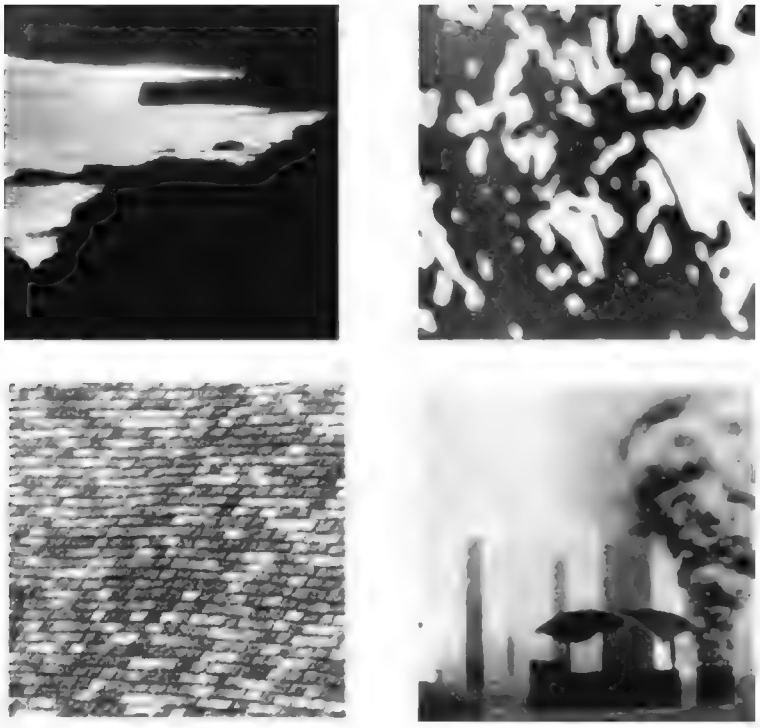
la casa para el predicador, treparan lentamente por las escaleras. Con cierta vacilación y como si tuvieran que agacharse por debajo de algo, cruzaban el umbral y dejaban sobre la cómoda lo que habían traído: un tarro de lombarda en conserva, una lata de *corned beef* o una botella de vino de ruibarbo. Gwendolyn no se daba cuenta ya de la presencia de esos visitantes, y los visitantes, por su parte, no se atrevían a mirarla. Por lo general se quedaban a mi lado junto a la ventana, miraban afuera como yo y, a veces, carraspeaban un poco. Cuando se habían ido otra vez, todo quedaba tan silencioso como antes, salvo el aliento superficial que oía a mis espaldas y entre cuyas bocanadas parecía transcurrir cada vez una eternidad. El día de Navidad, Gwendolyn, con el mayor esfuerzo, se incorporó otra vez. Elias le había traído una taza de té azucarado, pero ella se limitó a humedecerse los labios. Luego dijo, tan bajo que apenas se la podía oír: *What was it that so darkened our world*? Y Elias le respondió: *I know, dear, I know*
don't
don't
. Gwendolyn vegetó aún hasta el Año Nuevo. El día de la Epifanía, sin embargo, llegó a su etapa final. Fuera, el frío se había hecho cada vez más intenso y había también cada vez más silencio. Hasta el lago Bala, que al llegar a Gales había considerado yo un océano, estaba cubierto por una espesa capa de hielo. Pensé en los rubios y anguilas de sus profundidades y en los pájaros, de los que los visitantes me habían dicho que, totalmente helados, caían de los árboles. Durante todos esos días nunca se hizo realmente de día y cuando, finalmente, a una distancia enorme, el sol salió un poco del neblinoso azul, la moribunda abrió mucho los ojos y no quiso apartar ya la vista de la débil luz que entraba por los cristales de la ventana. Sólo al hacerse oscuro bajó los párpados, y no mucho después comenzó a surgir de su garganta, a cada respiración, un ruido gorgoteante. Pasé toda la noche sentado a su lado con el predicador. Al amanecer el estertor cesó. Entonces Gwendolyn arqueó el cuerpo un poco, antes de volver a hundirlo. Fue como una especie de estiramiento, exactamente como había sentido una vez en una liebre herida a la que, cuando la levanté en la linde del campo, se le paró el corazón de miedo entre mis manos. Sin embargo, inmediatamente después de la tensión de la muerte, fue como si el cuerpo de Gwendolyn se encogiera un poco, de forma que tuve que pensar en lo que Evan me había dicho. Vi hundirse en las órbitas sus ojos y su hilera de dientes inferiores que, torcidos, se montaban entre sí y habían quedado ahora semidescubiertos por sus delgados labios, muy echados hacia atrás, mientras fuera, por primera vez desde hacía mucho tiempo, la aurora rozaba los tejados de Bala. Cómo pasó el día que siguió a la hora de la muerte no lo recuerdo ya exactamente, dijo Austerlitz. Creo que, por agotamiento, me acosté y dormí muy profundamente y mucho tiempo. Cuando me levanté otra vez, Gwendolyn yacía en el ataúd que había en la habitación delantera, sobre cuatro sillas de caoba. Llevaba su vestido de boda, guardado todos aquellos años en un arca en el piso superior, y unos guantes blancos con muchos botoncitos de madreperla, que yo no había visto nunca y ante los cuales, por primera vez en la casa del predicador, se me llenaron los ojos de lágrimas. Elias estaba sentado junto al ataúd, velando a la muerta, mientras fuera, en el granero que crujía por la escarcha, un joven predicador ayudante, que había venido de Corwen en un poni, ensayaba solo el sermón de difuntos que pronunciaría el día del entierro. Elias nunca se sobrepuso a la muerte de su esposa. Duelo no es la palabra apropiada para el estado en que había caído desde que ella empezó a agonizar. Aunque entonces, a los trece años, no lo comprendí, hoy veo que la desgracia acumulada en él había destruido su fe, precisamente en el momento en que más la necesitaba. Cuando en el verano volví a casa, desde hacía semanas no le era ya posible desempeñar su puesto de predicador. Una vez subió al púlpito aún. Abrió la Biblia y leyó, con la voz quebrada y como si leyera sólo para sí, el versículo de las Lamentaciones: *He has made me dwell in darkness as those who have been long dead*. Elias no pronunció ya el sermón al respecto. Se quedó sólo un rato allí, mirando por encima de las cabezas de sus feligreses paralizados por el espanto, con los ojos inmóviles de alguien que se ha quedado ciego, según me pareció. Luego bajó lentamente del púlpito y salió de la capilla. Lo llevaron a Denbigh antes de que terminara el verano. Lo visité allí una sola vez, en la época anterior a Navidad, con un principal de la parroquia. Los pacientes se alojaban en un gran edificio de piedra. Recuerdo que tuvimos que esperar en una habitación pintada de verde. Al cabo de un cuarto de hora vino un guardián y nos llevó a ver a Elias, que estaba en una cama con barrotes, con el rostro hacia la pared. El guardián dijo: *Your here to see you, parech*
son's
, pero, aunque le habló una segunda y una tercera vez, Elias no le respondió. Cuando salimos de la habitación, otro de los residentes, un hombrecito de pelo hirsuto y canoso, me tiró de la manga y me susurró, tapándose la boca con la mano: *not a full shilling, you know*
he's
, lo que, curiosamente, dijo Austerlitz, acogí entonces como un diagnóstico tranquilizador, que me hacía

soportable toda aquella situación desesperada... Más de un año después de la visita al establecimiento de Denbigh, al comienzo del trimestre de verano de 1949, cuando estábamos precisamente en plena preparación de los exámenes que determinarían nuestra carrera ulterior, así reanudó Austerlitz su relato tras cierto tiempo, Penrith-Smith, el director del colegio, me llamó una mañana a su despacho. Todavía lo veo ante mí con su toga deshilachada, mientras, rodeado de nubes de humo azul de su pipa, de pie a la luz del sol que entraba oblicuamente por el enrejado de la ventana de cristales emplomados y a su modo típicamente confuso, me repitió varias veces, hacia delante y hacia atrás, que me había portado ejemplarmente, dadas las circunstancias, de forma totalmente ejemplar, habida cuenta de los acontecimientos de los dos últimos años, y si, en las próximas semanas, no defraudaba las esperanzas, sin duda justificadas, que habían puesto en mí mis profesores, tendría a mi disposición una beca de los Stower Grange Trustees para los dos últimos años de la enseñanza secundaria. De momento, sin embargo, era su deber comunicarme que no debía firmar mis exámenes escritos como Dafydd Elias sino como Jacques Austerlitz. *It appears*, dijo Penrith-Smith, *that this is your real name*. Los padres que me habían acogido, con los que él había hablado largamente cuando ingresé en el colegio, habían tenido la intención de explicarme mis orígenes a su debido tiempo, antes de comenzar los exámenes, y posiblemente de adoptarme, pero, tal como estaban ahora las cosas, dijo Penrith-Smith, dijo Austerlitz, eso, lamentablemente, quedaba excluido. Él sólo sabía que el matrimonio Elias me había acogido en su casa al comienzo de la guerra, cuando yo era todavía un niño, y por eso no podía darme más detalles. Sin duda, cuando la situación de Elias mejorase, todo lo demás se podría arreglar. *As far as the other boys are concerned, said Penrith-Smith, you remain Dafydd Elias for the time being. no need to let anyone know. just that you will have to put Jacques Austerlitz on your examination papers or else your work may be considered invalid*
There's
It's
. Penrith-Smith había escrito el nombre en un papel y, cuando me dio la hoja, no supe decirle más que «*Thank you, Sir*», dijo Austerlitz. Lo que más me desconcertó al principio fue que la palabra Austerlitz no me decía nada. Si mi nuevo nombre hubiera sido Morgan o Jones, habría podido relacionarlo con la realidad. Incluso el nombre de Jacques me era conocido por una cancioncilla francesa. Pero Austerlitz no lo había oído nunca, y por eso estuve convencido desde el principio de que, salvo yo, nadie se llamaba así, ni en Gales, ni en las Islas Británicas, ni en ninguna otra parte del mundo. Realmente, desde que hace unos años comencé a investigar mi historia, nunca he encontrado a otro Austerlitz, ni en la guía de teléfonos de Londres ni en las de París, Amsterdam o Amberes. Recientemente, sin embargo, cuando, por pura distracción, puse la radio, oí decir al locutor en ese momento que Fred Astaire, del que hasta entonces yo no sabía absolutamente nada, se llamaba civilmente Austerlitz. El padre de Fred Astaire, que, según aquel sorprendente programa, procedía de Viena, tenía un empleo de experto cervecero en Omaha (Nebraska). Allí nació Fred Astaire. Desde la galería de la casa en que vivía la familia Austerlitz se podía oír cómo movían los trenes de mercancías de un lado a otro en el centro de clasificación de la ciudad. Ese ruido de trenes que ni siquiera de noche se interrumpía y la idea ligada a él de viajar lejos con el ferrocarril eran el único recuerdo de su primera infancia, dijo al parecer Fred Astaire más tarde. Y sólo unos días después de haber tropezado yo con esa historia de una vida para mí totalmente desconocida, supe por una vecina, que se califica a sí misma de lectora apasionada, que en los diarios de Kafka había encontrado a un hombrecito de piernas torcidas con mi nombre, que circuncida al sobrino del escritor. Creo tan poco que esas pistas lleven aún a alguna parte como esperanzas tengo en un apunte que encontré hace algún tiempo en una documentación sobre la práctica de la eutanasia y del que se deduce que cierta Laura Austerlitz, el 28 de junio de 1966, ante un juez de instrucción italiano, dio testimonio sobre los crímenes cometidos en 1944 en un molino de arroz de la península de San Saba, junto a Trieste. En cualquier caso, dijo Austerlitz, hasta ahora no he conseguido localizar a esta tocaya mía. Ni siquiera sé si hoy, treinta años después de haber prestado su testimonio, está todavía viva. En lo que se refiere a mi propia historia, como queda dicho, hasta aquel día de abril de 1949, en que Penrith-Smith me dio la hoja por él escrita, nunca había oído el nombre de Austerlitz. No podía imaginar cómo se deletreaba, y leí aquella palabra extraña, según me pareció semejante a una contraseña, tres o cuatro veces sílaba a sílaba, antes de levantar la vista y decir: *excuse me, Sir, but what does it mean*?, a lo que Penrith-Smith me respondió: creo que descubrirá que es un pequeño lugar de Moravia, escenario de la famosa batalla, ya sabe. Y realmente, en el transcurso del siguiente año escolar se habló de la forma más detallada del pueblo moravo de Austerlitz. Efectivamente, en el plan de estudios del penúltimo curso se incluía la historia europea, que en general se consideraba como materia complicada y no exenta de riesgos, por lo que, en general, se limitaba a la época comprendida entre 1789 y 1814, que terminaba con una gran hazaña inglesa. El profesor que debía darnos a conocer esa época,

gloriosa y espantosa a un tiempo, como subrayaba a menudo, era un tal André Hilary, que acababa de ocupar su puesto en Stower Grange al ser licenciado del servicio militar y que, como se vio pronto, conocía la era napoleónica hasta en sus menores detalles. André Hilary había estudiado en el Oriel College, pero había estado rodeado desde pequeño por un entusiasmo por Napoleón que se remontaba en su familia a varias generaciones. Su padre lo había hecho bautizar con el nombre de André, eso me dijo una vez, dijo Austerlitz, en recuerdo del mariscal Masséna, duque de Rivoli. Realmente, Hilary podía recordar la órbita descrita en el cielo por el llamado corneta corso, desde su inicio hasta su extinción en el Atlántico meridional, con todas las constelaciones que había atravesado y los acontecimientos y personas iluminados por él en cualquier punto de su ascendencia o declive, sin la menor preparación y del mismo modo que si hubiera estado allí presente. La infancia del emperador en Ajaccio, sus estudios en la academia militar de Brienne, el sitio de Tolón, las fatigas de la expedición a Egipto, su retorno por un mar lleno de buques enemigos, el cruce del Gran San Bernardo, las batallas de Marengo, de Jena y de Auerstedt, de Eylau y Friedland, de Wagram, Leipzig y Waterloo, todo eso lo evocaba Hilary ante nosotros de la forma más vívida, en parte narrándolo —pasando a menudo de la narración a la representación dramática y de ésta a una especie de juego teatral con distintos papeles, que cambiaba con sorprendente virtuosismo—, y en parte investigando las jugadas de Napoleón y sus adversarios con la fría inteligencia de un estratega imparcial, contemplando desde lo alto todo el escenario de aquellos años, a vista de águila, como había dicho una vez, no sin orgullo. A la mayoría de nosotros se nos grabaron las lecciones de historia de Hilary, dijo Austerlitz, no sólo porque con frecuencia, probablemente a causa de un desplazamiento de discos que padecía, nos exponía su tema echado en el suelo, lo que de ningún modo nos parecía cómico, porque precisamente entonces era cuando Hilary hablaba con especial claridad y autoridad. Su obra maestra era indudablemente la batalla de Austerlitz. Comenzando por el principio, nos describía el terreno, la calzada que, desde Brno, lleva por el este hasta Olmütz, el accidentado terreno moravo a su izquierda, los altos de Pratzen a la derecha, la curiosa Bergkegel, que recordó a los soldados veteranos de Napoleón las pirámides egipcias, los pueblos de Bellwitz, Skolnitz y Kobelnitz, la reserva de caza y el recinto de los faisanes, incluidos en el terreno, el curso del Goldbach y los estanques y lagos del sur, el campamento de los franceses y el de los noventa mil aliados, que se extendía nueve millas. A las siete de la mañana, según Hilary, dijo Austerlitz, las cumbres de las mayores elevaciones emergieron de la niebla como islas del mar y, mientras la claridad iba aumentando sobre las cimas, la bruma lechosa de los valles se espesaba visiblemente. Como un lento alud, las tropas rusas y austríacas habían bajado de las laderas de las montañas y pronto, cada vez más inseguras del objeto de su desplazamiento, vagaron por las pendientes y los terrenos de pastos, mientras que los franceses, en un solo ataque, capturaron sus posiciones de partida ya semiabandonadas en las alturas de Pratzen y desde allí cayeron sobre el enemigo por la espalda. Hilary nos pintó un cuadro de la disposición de los regimientos con sus uniformes rojos, verdes y azules, que en el transcurso de la batalla se mezclaban en dibujos siempre nuevos, como los cristales de un caleidoscopio. Repetidas veces oímos los nombres de Kolovrat y Bagration, Kutusov, Bernadotte, Miloradovich, Soult, Murat, Vandamme y Kellermann, vimos las negras nubes de humo flotando sobre los cañones, las balas de cañón silbando sobre las cabezas de los combatientes, el centelleo de las bayonetas cuando los primeros rayos del sol atravesaron la niebla; percibíamos realmente, según creíamos, el choque de las pesadas caballerías y sentíamos, como una debilidad en nuestro propio cuerpo, el derrumbamiento de filas enteras bajo las oleadas de enemigos que se dirigían contra ellas. Hilary podía hablar durante horas sobre el 2 de diciembre de 1805, pero no obstante opinaba que en su presentación lo acortaba todo demasiado, porque, si se quería contar verdaderamente, dijo varias veces, de una forma sistemática no imaginable, lo que ocurrió aquel día, y quién exactamente dónde y cómo pereció o logró salvarse, o aunque sólo fuera qué aspecto tenía el campo de batalla al caer la noche y cómo gritaban y gemían los heridos y moribundos, haría falta tiempo ilimitado. Al final, no quedaba otro remedio que resumir todo aquello de lo que no se sabía nada con la ridícula frase «la batalla oscilaba de un lado a otro» u otra igualmente inepta e inútil. Todos nosotros, incluso los que creemos haber prestado atención a lo más mínimo, recurrimos sólo a decorados que se han utilizado con harta frecuencia en la escena. Tratamos de presentar la realidad, pero, cuanto más nos esforzamos, tanto más se nos impone lo que siempre se ha visto en el teatro histórico: el tambor caído, el soldado de infantería que apuñala a otro, el ojo desorbitado de un caballo, el invulnerable emperador, rodeado de sus generales, en medio del fragor congelado de la batalla. Nuestra dedicación a la historia, según la tesis de Hilary, era una dedicación a imágenes prefabricadas, grabadas ya en el interior de nuestras mentes, a las que no hacemos más que mirar mientras la verdad se encuentra en otra parte, en algún lugar apartado todavía no descubierto por nadie. También a mí, añadió Austerlitz, a pesar de las muchas descripciones que he leído, me ha quedado sólo de la batalla de los tres emperadores la imagen de la caída

de los aliados. Todo intento de comprender el desarrollo de las llamadas vicisitudes del combate desemboca inevitablemente en esa escena, en que los soldados rusos y austriacos huyen a pie y a caballo sobre los helados estanques de Satschen. Veo las balas de cañón suspendidas una eternidad en el aire, veo otras cayendo en el hielo, veo a los desgraciados, con los brazos en alto, resbalarse de los témpanos que se vuelcan, y lo veo, curiosamente, no con mis propios ojos, sino con los del miope mariscal Davout, que ha llegado a marchas forzadas desde Viena con sus regimientos y que, con las gafas atadas en la nuca con dos cintas, parece en medio de esa batalla uno de los primeros automovilistas o aviadores. Si hoy pienso en las exposiciones de André Hilary, dijo Austerlitz, recuerdo también otra vez la idea que entonces se me ocurrió de estar vinculado de alguna forma misteriosa al glorioso pasado del pueblo francés. Cuantas más veces pronunciaba Hilary ante la clase la palabra Austerlitz, tanto más se convertía en mi nombre, y tanto más claramente creía reconocer que lo que al principio había sentido como una mancha vergonzosa, se había transformado en un punto luminoso que flotaba continuamente ante mí, tan prometedor como el sol del propio Austerlitz al levantarse sobre la niebla de diciembre. Todo aquel año escolar me pareció haber sido elegido, y a esa idea, que de ningún modo correspondía, como sabía también, a mi dudosa situación, me he aferrado casi durante toda la vida. Ninguno de mis compañeros de Stower Grange, creo, supo mi nuevo nombre, y también los profesores informados de mi doble identidad por Penrith-Smith siguieron llamándome Elias. André Hilary fue el único a quien yo mismo dije cómo me llamaba en realidad. Fue poco después de haber tenido que presentar una composición sobre los conceptos de Imperio y Nación, cuando Hilary, fuera de las horas regulares, me llamó a su habitación para devolverme personalmente mi trabajo, que había calificado con una A y tres estrellas, y no quería hacerlo, como me dijo, junto con todos aquellos otros papeluchos. Él mismo, que sin embargo había publicado esto o aquello en revistas históricas especializadas, no hubiera podido hacer una investigación tan sagaz en un plazo tan relativamente breve, dijo, y quería saber si quizá en mi casa, por mi padre o algún hermano mayor, había sido iniciado en la historia. Cuando respondí que no a la pregunta de Hilary, tuve que esforzarme por no perder el dominio, y en esa situación, para mí, según me pareció, insoportable, le confesé mi verdadero nombre, y entonces él tardó largo rato en calmarse. Una y otra vez se llevaba la mano a la frente y lanzaba exclamaciones de asombro, como si la Providencia le hubiera enviado finalmente el alumno que siempre había deseado. Durante el tiempo que permanecí en Stower Grange, Hilary me apoyó y favoreció de todas las formas imaginables. En primer lugar le debo, dijo Austerlitz, el que, en los exámenes finales, en las asignaturas de historia, latín, alemán y francés, yo dejara muy atrás al resto de mi promoción y, dotado de una generosa beca, pudiera seguir mi propio camino hacia la libertad, como en aquella época creía confiadamente. A guisa de despedida, André Hilary me regaló, de su colección de recuerdos napoleónicos, un cartón oscuro con un marco dorado, en el que, tras el cristal centelleante, estaban fijadas tres hojas de sauce un tanto quebradizas de un árbol de la isla de Santa Elena, y un liquen, parecido a una pálida ramita de coral, que uno de los antepasados de Hilary, como se deducía de la diminuta inscripción, había desprendido el 31 de julio de 1830 de la pesada placa de granito que hay sobre la tumba del mariscal Ney. Ese recuerdo, en sí sin valor, se encuentra hasta hoy en mi posesión, dijo Austerlitz. Significa para mí más que cualquier otro cuadro; por un lado, porque las reliquias guardadas en él, el liquen y las hojas de árbol secas y lanceoladas, han permanecido intactas más de un siglo, y por otro porque me recuerda todos los días a Hilary, sin el que, indudablemente, no hubiera podido salir de las sombras de la casa del predicador de Bala. Hilary fue también quien, después de la muerte de mi padre de acogida, a principios de 1954, en el asilo de Denbigh, se encargó de liquidar su escaso legado y luego de iniciar el proceso de mi nacionalización, que, dado que Elias había eliminado todo indicio sobre mis orígenes, presentaba no pocas dificultades. En la época en que yo, como él antes que yo, estudiaba ya en el Oriel College, me visitaba regularmente y, siempre que podíamos, hacíamos juntos excursiones a las abandonadas y desmoronadas casas de campo que en los años de la posguerra había por todas partes, también en los alrededores de Oxford. Mientras estuve en el colegio, dijo Austerlitz, aparte del apoyo de Hilary, me ayudó especialmente la amistad de Gerald Fitzpatrick para salir de las dudas sobre mí mismo que ocasionalmente me oprimían. Al entrar en el último período de estudios, siguiendo la costumbre general de los internados, me asignaron a Gerald para que fuera mi chico para todo. Su cometido era mantener ordenada mi habitación, limpiarme las botas y traerme la bandeja con las cosas para el té.

Desde el primer día, cuando me pidió una de las nuevas fotografías del equipo de rugby en la que se me podía ver en la fila delantera, totalmente a la derecha, me di cuenta de que Gerald se sentía tan solo como yo, dijo Austerlitz, que luego, apenas una semana después de nuestro reencuentro en el Great Estern Hotel, me envió una copia de la foto que había mencionado, sin otro comentario. Aquella noche de diciembre, sin embargo, en el ya tranquilo bar del hotel, Austerliz siguió hablándome de Gerald, que desde su llegada a Stower Grange padeció una grave nostalgia, totalmente contraria a su alegría natural. Continuamente, dijo Austerlitz, en cada minuto libre, ordenaba en su caja de tesoros las cosas que había traído de casa y, una vez, no mucho tiempo después de haber entrado a mi servicio, lo observé una desoladora tarde de sábado, cuando fuera caía torrencialmente la lluvia de otoño, mientras, al final de un pasillo, trataba de prender fuego a un montón de periódicos apilados, junto a una puerta abierta que llevaba al patio trasero. Contra la luz gris que él tenía detrás vi su figura pequeña y en cuclillas, y las llamitas que lamían los bordes de los periódicos, sin querer arder debidamente. Cuando le pregunté qué hacía, dijo que lo que querría sería un incendio gigantesco y, en lugar del edificio del colegio, un montón de escombros y cenizas. A partir de entonces me ocupé de Gerald, lo eximí de ordenar y limpiar botas y preparaba yo mismo el té y lo tomaba con él, infracción del reglamento que desaprobaban la mayoría de mis compañeros y también el profesor encargado de mi residencia, como si fuera contra el orden natural de las cosas. En las horas de la noche, Gerald iba conmigo a menudo al cuarto oscuro donde, en aquella época, hice mis primeros pinitos fotográficos. El cuchitril situado detrás del laboratorio de química no se había usado en años, pero en los armarios de las paredes y los cajones había todavía varias cajas con rollos de película, una gran provisión de papel fotográfico y una mescolanza de diversos aparatos, entre ellos una Ensign como la que más tarde tuve. Principalmente me ocupó desde el principio la forma y la introversión de las cosas, la curva de una barandilla de escalera, la moldura del arco de piedra de una puerta, la inconcebiblemente exacta confusión de la paja de un haz de hierba seca.



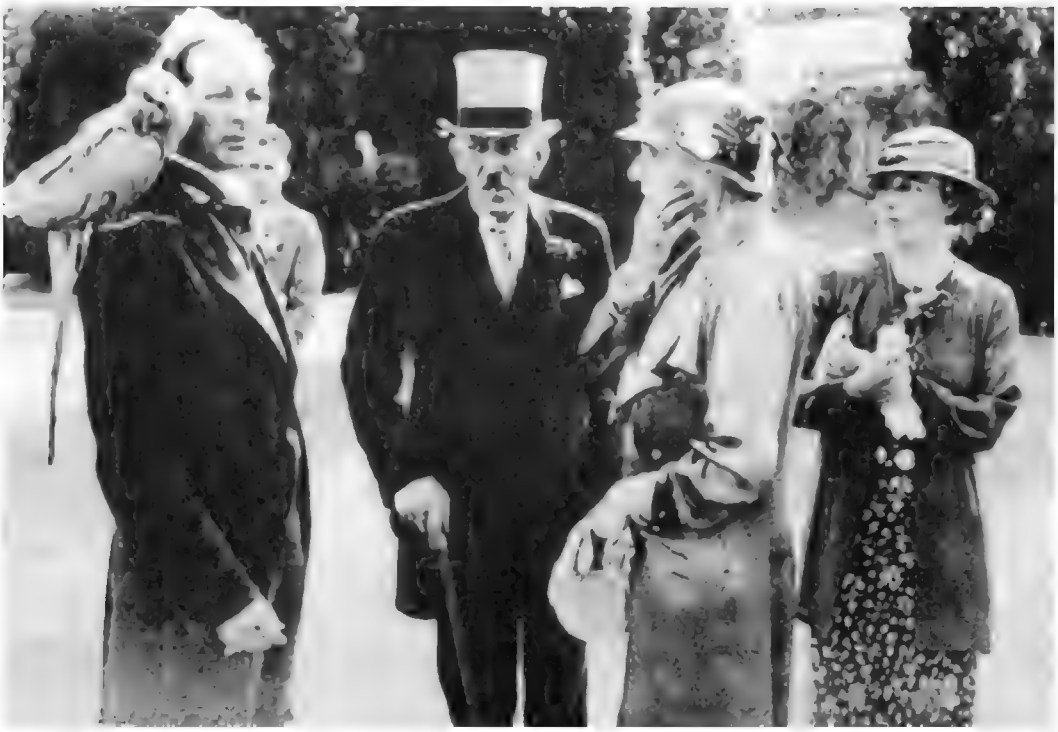
Hice copias de cientos de esas fotos en Stower Grange, en su mayoría de formato cuadrado, pero siempre me pareció inadmisible dirigir el visor de mi cámara hacia personas aisladas. Me cautivaba siempre especialmente en el trabajo fotográfico el momento en que se ve surgir del papel impresionado, por decirlo así de la nada, las sombras de la realidad, exactamente como los recuerdos, dijo Austerlitz, que emergen en nosotros en medio de la noche y se oscurecen rápidamente para el que quiere sujetarlos, como una copia fotográfica que se deja demasiado tiempo en el baño de revelado. A Gerald le gustaba ayudarme en el cuarto oscuro, y todavía lo veo, cuando, a mi lado en el cuarto iluminado sólo débilmente por la lámpara rojiza, estaba de pie, agitando con las pinzas las fotografías de un lado a otro en la pila de agua. En esas ocasiones me hablaba con frecuencia de su hogar, pero sobre todo de las tres palomas mensajeras que allí, me decía, aguardaban su regreso no menos ansiosamente que él aguardaba el suyo. Hacía más de un año, por su décimo cumpleaños, me dijo Gerald, dijo Austerlitz, su tío Alphonso le había regalado dos palomas azul pizarra y una blanca como la nieve. Siempre que podía, cuando alguien del lugar iba en coche por el país, hacía que dejara las palomas a cierta distancia, e infaliblemente volvían a encontrar su palomar. Sólo la Tilly, la blanca, hacia finales del pasado verano, se quedó mucho más tiempo fuera, después de haberla enviado en un vuelo de ensayo desde Dolgellau, situado a pocas millas valle arriba, y sólo al día siguiente, cuando él iba a abandonar ya toda esperanza, volvió por fin... subiendo a pie por el camino de grava de la entrada, con un ala rota. He tenido que pensar luego a menudo en esa historia del ave volviendo sola a casa en un largo recorrido y en cómo pudo, a través de un terreno escarpado y rodeando los muchos obstáculos, llegar a su destino, y esa pregunta, dijo Austerlitz, que todavía hoy me conmueve cuando veo volar una paloma en alguna parte, estaba para mí unida siempre, de una forma más bien ilógica, al pensamiento de cómo Gerald perdió finalmente la vida... Creo, así continuó Austerlitz tras un rato considerable, que fue el segundo o tercer día de visita de sus padres cuando Gerald, lleno de orgullo por su privilegiada relación conmigo, me presentó a su madre Adela, que en aquella época no podía tener más de treinta años y se sentía muy feliz de que su hijo menor, después de las dificultades iniciales, hubiera encontrado un protector en mí. Gerald me había hablado ya de su padre Aldous, que el último invierno de la guerra se estrelló en los bosques de las Ardenas y yo sabía también de su madre y que, desde entonces, vivía sola con un viejo tío y un tío abuelo todavía más viejo, algo fuera de la pequeña ciudad marítima de Barmouth, en una casa de campo, el lugar más hermoso, afirmaba Gerald, de toda la costa galesa. A esa casa de campo, después de saber Adela por Gerald que yo no tenía padres ni parientes, fui invitado repetidas veces, en realidad constantemente, incluso luego durante mi servicio militar y mis estudios universitarios, y hoy quisiera, dijo Austerlitz, haber podido desaparecer sin dejar huella en la paz que reinaba allí sin pausa. Ya al comienzo de las vacaciones escolares, cuando en el pequeño tren de vapor de Wrexham subíamos hacia el oeste por el valle del Dee, noté que mi corazón comenzaba a abrirse. Curva tras curva, nuestro tren seguía las sinuosidades del curso del río y, a través de la abierta ventana del vagón, miraban dentro los prados verdes, las casas de piedra gris y blanqueadas, los relucientes tejados de pizarra, los sauces que ondulaban plateados, los bosques de alisos más oscuros, los pastos de ovejas que ascendían detrás, las más altas

montañas, a veces totalmente azules y encima el cielo, con las nubes que se desplazaban siempre de oeste a este. Fuera pasaban volando jirones de vapor, se oía pitar a la locomotora y se sentía el viento fresco en la frente. Mejor que entonces, en aquel trayecto de setenta millas como mucho, para el que necesitamos unas tres horas y media, no he viajado nunca, dijo Austerlitz. Naturalmente, cuando nos detuvimos en la estación de Bala a mitad de camino, tuve que pensar en la casa del predicador, que se veía en alto allí arriba, pero me resultó siempre inimaginable haber sido uno de sus infelices habitantes casi toda mi vida anterior. Cada vez que veía el lago de Bala, especialmente en invierno, cuando la tempestad lo agitaba, recordaba también la historia que el zapatero Evan me había contado de los dos ríos de manantial, Dwy Fawr y Dwy Fach, de los que se dice que atraviesan el lago, muy abajo en sus oscuras profundidades, sin mezclarse con sus aguas. Los dos ríos llevaban esos nombres, eso, dijo Austerlitz, había dicho Evan, por los únicos seres humanos que en otro tiempo no perecieron sino que se salvaron del diluvio bíblico. En el extremo superior del lago Bala, el ferrocarril pasaba sobre un bajo collado al valle de Afon Mawddach. Las montañas se hacían entonces más altas y se acercaban cada vez más a la vía, hasta descender a Dolgellau, donde volvían a retirarse y unas pendientes más suaves se hundían hacia el estuario del Mawddach que, como un fiordo, penetra mucho tierra adentro. Por último, cuando, dejando la orilla meridional, recorrimos al paso el puente de casi una milla, sobre poderosos postes de roble, para llegar al otro lado —a la derecha, el lecho del río inundado por el mar, semejante en marea alta a un lago de montaña, y a la izquierda, hasta el claro horizonte, la bahía de Barmouth—, apenas sabía, de alegría, adónde mirar. En la estación de Barmouth nos recogía Adela, casi siempre con el pequeño carruaje tirado por un caballo, y sólo hacía falta media hora más para que la grava de la entrada de Andromeda Lodge crujiera bajos nuestras ruedas, se detuviera el poni alazán y pudiéramos apearnos en nuestro refugio para las vacaciones. La casa de dos pisos, construida de ladrillo gris claro, estaba protegida hacia el norte y el nordeste por las colinas de Llawr Llech, que descienden abruptamente; hacia el suroeste, el terreno era muy abierto en semicírculo, de forma que desde la explanada se veía la desembocadura del río en toda su extensión, desde Dolgellau hasta Barmouth, mientras que estos lugares quedaban excluidos del panorama, en el que apenas había viviendas, por un saliente rocoso a un lado y, al otro, por una pendiente de laureles. Sólo más allá del río —en determinadas condiciones atmosféricas, dijo Austerlitz—, se podía pensar que, a una eternidad de distancia, se veía, diminuto, el pueblecito de Arthog, detrás del cual se alza, hasta casi tres mil pies sobre el mar que centellea más lejos, el lado de sombra del Cader Idris. Si el clima en todos los alrededores era sumamente suave, las temperaturas, en aquel lugar especialmente favorecido, eran unos grados superiores aún a la media de Barmouth. En el jardín, totalmente abandonado durante los años de la guerra, que subí por la pendiente que había detrás de la casa, crecían plantas y arbustos que nunca había visto en Gales, ruibarbos gigantes y helechos neozelandeses más altos que un hombre, coles de agua y camelias, bambúes y palmeras y, sobre una pared rocosa, se precipitaba al valle un riachuelo, cuyo polvo blanco se enredaba en el moteado crepúsculo bajo la cubierta de hojas. Sin embargo, no sólo eran las plantas propias de zonas más cálidas las que daban la sensación de estar ahora en otro mundo; lo exótico en Andromeda Lodge eran en primer lugar las cacatúas de plumaje blanco, que revoloteaban en torno a la casa en un radio de dos o tres millas, gritando desde los arbustos y bañándose y divirtiéndose en la lluvia pulverizada del riachuelo que caía. El tío abuelo de Gerald había traído a casa varias parejas de las Molucas y las había instalado en el invernadero de los naranjos, donde pronto se multiplicaron, convirtiéndose en una colonia numerosa. Vivían en pequeños barriles de jerez que habían apilado contra una de las paredes laterales, formando una pirámide, y que las cacatúas, en contra de sus costumbres nativas, dijo Austerlitz, habían llenado de virutas de madera de una serrería situada más abajo, a orillas del río. Incluso el duro invierno de 1947 habían soportado la mayoría de ellas, porque Adela había encendido la estufa del invernadero durante los dos heladores meses de enero y febrero. Era maravilloso observar, dijo Austerlitz, con qué habilidad aquellas aves, sujetándose con el pico, trepaban por los enrejados y, al descender, realizaban a veces toda clase de giros acrobáticos; cómo entraban y salían volando por las ventanas abiertas o saltaban y corrían por el suelo, siempre activas y, se tenía la impresión, siempre ocupadas en algo. En general se parecían en muchas cosas a los hombres. Se las oía suspirar, reír, estornudar y bostezar. Carraspeaban antes de empezar a hablar en su lengua de cacatúa, se mostraban despiertas, calculadoras, intrigantes y astutas, falsas, malvadas, vengativas y peleonas. Les gustaban algunas personas, sobre todo Adela y Gerald, y perseguían a otras con auténtico odio, por ejemplo al ama de llaves galesa, que sólo raras veces se dejaba ver fuera, efectivamente, parecían saber con exactitud a qué hora, siempre con un sombrero negro en la cabeza y con el negro paraguas en la mano, iba ella a la capilla y la acechaban en esas ocasiones, que se repetían regularmente, para gritarle las mayores indecencias. También la forma en que se reunían en grupos que cambiaban continuamente y luego se sentaban otra vez en parejas, como si sólo conocieran la armonía y fueran

inseparables para siempre, era un espejo de la sociedad humana. En un claro rodeado de madroños tenían incluso su cementerio, aunque no administrado por ellas mismas, con una larga fila de tumbas, y en una de las habitaciones del piso superior de Andrómeda Lodge había un armario empotrado construido evidentemente con ese fin, en el que, en cajas de cartón de color verde oscuro, había cierta cantidad de congéneres de las cacatúas, sus hermanos de vientre rojo o penacho amarillo, guacamayos azules, periquitos y cotorras, macaos, ararás y pericos terrestres, todos ellos traídos por el bisabuelo o el tatarabuelo de Gerald de su circunnavegación del mundo o, si no, adquiridos por unas guineas o *louis d'or*, como decía en las tarjetas de origen que había en las cajas, a un comerciante de El Havre, llamado Théodore Grace. La más hermosa de todas aquellas aves, entre las que había también algunos picamaderos, torcecuellos, milanos y oropéndolas, era el llamado loro gris. Todavía veo muy bien, dijo Austerlitz, la inscripción de su sarcófago de cartón verde: Jaco, *Ps. erithacus L.* Procedía del Congo, y en su exilio galés, como decía el obituario que lo acompañaba, había alcanzado la avanzada edad de sesenta y seis años. Había sido, se podía leer, sumamente dócil y de fiar, aprendía fácilmente, hablaba de muchas cosas consigo mismo y con otros, silbaba canciones enteras y, en parte, las componía también, pero lo que más le gustaba era imitar las voces de los niños y hacer que éstos le enseñaran. Su única mala costumbre era que, cuando no le daban huesos de albaricoque y nueces duras, que sabía partir con la mayor facilidad, vagaba malhumorado y roía por todas partes los muebles. Gerald sacaba con frecuencia de su caja a ese papagayo determinado. Medía unas nueve pulgadas y, como su nombre indicaba, tenía el plumaje gris ceniza, además de una cola carmín, un pico negro y una cara blanquecina, caracterizada, como se podía pensar, por un profundo pesar. Por lo demás, siguió diciendo Austerlitz, había en casi todas las habitaciones del Andromeda Lodge alguna colección de cosas naturales, armarios con numerosos cajones, algunos con cristal, en los que había ordenados a centenares los huevos bastante redondos de los papagayos, colecciones de conchas, minerales, escarabajos y mariposas, luciones, culebras y lagartos en formaldehído, conchas de caracol y estrellas de mar, cangrejos y camarones y grandes herbarios de hojas de árbol, flores y hierbas.

Adela le contó una vez, dijo Austerlitz, que la transformación del Andromeda Lodge en una especie de museo de historia natural había comenzado al conocer el antepasado de Gerald coleccionista de papagayos, en 1869, a Charles Darwin, cuando éste trabajaba en una casa alquilada por él no lejos de Dolgellau en su estudio sobre el origen de las especies. Darwin había sido entonces con frecuencia invitado de los Fitzpatrick en Andromeda Lodge y, según la leyenda familiar, había alabado una y otra vez la vista paradisíaca que desde allí se disfrutaba. De esa época databa también, eso, dijo Austerlitz, le había dicho Adela a él, el cisma que hasta hoy continuaba del clan de los Fitzpatrick, según el cual, en cada generación, uno de los dos hijos renegaba del catolicismo y se hacía naturalista. Así, Aldous, padre de Gerald, fue botánico, mientras que su hermano Evelyn, más de veinte años mayor, se mantuvo aferrado al credo tradicional papista, considerado en Gales como la peor de las perversiones. En realidad, la línea católica de la familia había sido siempre la de los excéntricos y locos, como podía verse claramente en el caso del tío Evelyn. En la época en que, como invitado de Gerald, yo pasaba todos los años varias semanas con los Fitzpatrick, dijo Austerlitz, Evelyn tenía quizá cincuenta y tantos años, pero estaba tan afectado por la enfermedad de Bechterew, que tenía el aspecto de un anciano y sólo podía desplazarse, totalmente

inclinado hacia delante, con el mayor esfuerzo. Sin embargo, precisamente por eso, para que no se le oxidaran del todo las articulaciones, estaba siempre en movimiento en su vivienda del piso superior, en la que, a lo largo de las paredes, como en una escuela de baile, habían colocado una especie de barandillas. A esas barandillas se agarraba, avanzando pulgada a pulgada, con la cabeza y el tronco doblado apenas más alto que la mano, lamentándose suavemente.



Para hacer la ronda de su dormitorio, entrar en el cuarto de estar, salir del cuarto de estar al pasillo y, desde el pasillo, volver a su dormitorio, necesitaba una hora larga. Gerald, que en aquella época era ya opuesto a la religión católica, me dijo una vez, dijo Austerlitz, que el tío Evelyn se había encorvado tanto por pura tacañería, que justificaba ante sí mismo porque todas las semanas enviaba a la misión del Congo el dinero que no se había gastado, la mayoría de las veces una suma de doce o trece chelines, para la salvación de las almas negras que languidecían en el error. En la habitación de Evelyn no había cortinas ni ninguna clase de mobiliario, porque no quería utilizar nada innecesariamente, aunque se tratase de algo adquirido hacía mucho tiempo que sólo hubiera que traer de otra parte de la casa. En el suelo de parqué, a lo largo de las paredes, por donde iba siempre, había hecho poner hacía años para protegerlo una tira de linóleo, que entretanto se había desgastado de tal modo al arrastrar los pies, que apenas podía reconocerse nada del dibujo de flores original. Sólo cuando durante varios días la temperatura del termómetro que había junto a la ventana descendía al mediodía por debajo de los cincuenta grados Fahrenheit debía el ama de llaves encender en la chimenea un fueguecillo diminuto, que ardía con casi nada. A la cama se iba siempre, para ahorrar electricidad, al hacerse oscuro, es decir, en invierno ya hacia las cuatro de la tarde, aunque estar echado era posiblemente para él un tormento mayor aún que andar, por lo que, por regla general, a pesar del estado de agotamiento en que se encontraba después de sus constantes desplazamientos, no podía dormirse en mucho tiempo.

Se le oía entonces, por la reja de un pozo de ventilación, que unía su dormitorio con el cuarto de estar de la planta baja y, de forma no prevista, funcionaba como una especie de medio de comunicación, cuando, durante horas, invocaba a los santos más diversos, especialmente, si no me engaña la memoria, a las mártires Catalina e Isabel, muertas de la forma más aterradora, rogándoles que intercedieran en su, como él decía, eventual comparecencia ante el trono de su Señor celestial... A diferencia del tío Evelyn, así volvió a reanudar Austerlitz sus recuerdos del Andromeda Lodge que, evidentemente, lo conmovían mucho, sacando del bolsillo de la chaqueta una especie de estuche plegable que contenía algunas fotografías de tamaño postal, a diferencia del tío Evelyn, dijo Austerlitz pues, el tío abuelo Alphonso, unos diez años mayor, que continuaba la línea de los Fitzpatrick naturalistas, parecía francamente joven. Siempre de talante sereno, se pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, haciendo largas excursiones, incluso con tiempo pésimo, o se sentaba cuando hacía bueno, con su bata blanca y el sombrero de paja puesto en una silla plegable, en los alrededores de la casa, y pintaba acuarelas. Al hacerlo llevaba siempre unas gafas que tenían en lugar de cristales un tejido de seda gris, de forma que veía el paisaje a través de un fino velo, con lo que los colores palidecían y el peso del mundo se deshacía ante sus ojos. Las imágenes que Alphonso llevaba al papel, dijo Austerlitz, eran en realidad sólo insinuaciones de cuadros, aquí una pendiente rocosa, allá un terraplén, un cúmulo, fragmentos casi sin color, fijados por un barniz hecho de unas gotas de agua y un grano de verde montaña o de azul ceniza. Recuerdo, dijo Austerlitz, que Alphonso nos dijo una vez a su sobrino nieto y a mí que todo palidecía ante nuestros ojos y los colores más hermosos habían desaparecido ya en su mayor parte o sólo se encontraban aún donde nadie los veía, en los jardines submarinos a muchas brazas de profundidad bajo la superficie del mar.

En su infancia, dijo, había admirado abajo, en Devonshire y Cornwall, junto a los acantilados de creta, donde el oleaje ha abierto y pulido oquedades y cubetas desde hace millones de años, la infinita variedad de lo que crecía oscilando entre lo vegetal, lo animal y lo mineral, los zooides y algas coralígenas, anémonas de mar, abanicos de mar y plumas de mar, los antozoos y crustáceos, que, en los cálices de roca dos veces al día sepultados por la marea, rodeados de largas frondas de algas y revelados luego otra vez totalmente a la luz y el aire, en todos los colores del espectro verde cardenillo, escarlata y rejalgar, amarillo azufre y negro terciopelo habían desarrollado su vida maravillosamente irisada. Una franja que subía y bajaba con las mareas rodeaba entonces toda la costa suroccidental de la isla, pero ahora, apenas medio siglo más tarde, ese esplendor había sido aniquilado casi totalmente por nuestras pasiones coleccionistas y otras perturbaciones e influencias imponderables. Otra vez, dijo Austerlitz, subimos con el tío abuelo Alphonso a la colina que había detrás de la casa, una noche tranquila y sin luna, para poder mirar el mundo misterioso de las polillas. La mayoría de nosotros, dijo Austerlitz, lo único que sabemos de las polillas es que se comen las alfombras y la ropa y por eso hay que ahuyentarlas con alcanfor y naftalina, mientras que, en realidad, son uno de los géneros más antiguos y admirables de toda la historia de la Naturaleza. Poco después de caer la oscuridad, estábamos sentados en un promontorio, muy por encima del Andromeda Lodge, detrás de nosotros las pendientes más altas y delante la inmensa oscuridad sobre el mar, y apenas Alphonso había puesto su lámpara de camisa incandescente en una hondonada plana, rodeada de brezos, y la había encendido, comenzaron las mariposas nocturnas, de las que no habíamos llegado a ver ninguna al subir, a acudir en masa en miles de curvas y espirales y rizos, hasta que, como copos de nieve, formaron una nevada silenciosa en torno a la luz, mientras que otras, chirriando ya las alas, caían sobre la sábana extendida bajo la lámpara o, agotadas de los locos círculos, se posaban en las grises profundidades de las cajas de huevos encajadas en un cajón por Alphonso para protegerlas. Sin duda recuerdo, dijo Austerlitz, que los dos, Gerald y yo, no podíamos salir de nuestro asombro ante la multiplicidad de aquellos invertebrados, normalmente ocultos a nuestras miradas, y que Alphonso nos dejó sencillamente mirar y admirar largo rato, pero ya no recuerdo qué clase de mariposas vinieron, quizá feosias trémulas (*Pheosia tremula*), falenas domésticas (*Pyralis farinalis*), banderas españolas (*Anthocharis euphenoides*) y catocalas negras (*Mormo maura*), *Plusiae chrysitis* y cuncunillas grasientas (*Agrotis ipsilon*), esfinges de las euforbias y vespertilias, partenias y viejas damas, mariposas de la muerte y hepiálidas; en cualquier caso fueron muchas docenas, de figura y apariencia tan distintas que ni Gerald ni yo podíamos abarcarlas. Algunas llevaban cuello y capa, como caballeros distinguidos, eso dijo Gerald una vez, que se dirigieran a la ópera; otras eran de un color principal sencillo y mostraban, al agitar las alas, forros fantásticos, se veían líneas transversales y onduladas, sombras, manchas en forma de hoz y campos más claros, pecas, franjas en zigzag, flecos y nervaduras y colores como no se hubieran podido imaginar, verde musgo con mezcla de azul, alazán y azafrán, amarillo de arcilla y blanco satinado, y un brillo metálico como de latón pulverizado o de oro. Muchas de ellas llevaban aún una vestidura impoluta, otras en cambio, que habían acabado casi su vida, aparecían desgastadas y desgarradas. Alphonso nos habló de cómo cada una de aquellas criaturas extravagantes tenía sus peculiaridades, cómo algunas sólo vivían en terreno de alisos, otras en calurosas pendientes de piedra, en pobres pastos o en pantanos. De las orugas que las preceden en su existencia, dijo que casi todas se alimentaban de una clase de alimento, ya fuera raíces de grama, hojas de sauce, agracejo u hojas marchitas de zarzamora, y de hecho devoraban el alimento elegido, eso dijo Alphonso, hasta perder el conocimiento, mientras que las mariposas, durante toda su vida, no comían nada más y se dedicaban únicamente a reproducirse lo más aprisa posible. Sólo parecían padecer a veces sed, y por eso había ocurrido al parecer que, en períodos de sequía, cuando durante mucho tiempo no había caído rocío por la noche, se pusieran juntas en marcha, en una especie de nube, para buscar el río o el arroyo más próximos, donde, al intentar posarse en el agua viva, se ahogaban en gran número. Y se me ha quedado también en la memoria la observación de Alphonso sobre el oído extraordinariamente sensible de las polillas, dijo Austerlitz. Eran capaces de reconocer los gritos de los murciélagos a grandes distancias, y él, Alphonso, había observado que siempre, a la noche, cuando el ama de llaves salía al patio para llamar a su gata Enid con voz chillona, alzaban el vuelo desde los arbustos y huían hacía los árboles más oscuros. Durante el día, dijo Alphonso, dormían escondidas bajo las piedras, en grietas de las rocas, entre la paja del suelo o en el follaje. La mayoría están como muertas cuando se las encuentra, y tienen que despertarse temblando o, con movimientos convulsivos de alas y patas, saltar por el suelo, antes de poder levantar el vuelo. La temperatura de su cuerpo es entonces de treinta y seis grados, como la de los mamíferos y los delfines y los atunes a toda velocidad. Los treinta y seis grados son un nivel máximo, que en la Naturaleza ha demostrado ser una y otra vez el más favorable, una especie de umbral mágico, a veces se le había ocurrido, eso, dijo Austerlitz, había dicho Alphonso, que todos los males del hombre están relacionados con esa desviación de

la norma ocurrida en algún momento y con el estado de calentamiento, ligeramente febril, en que continuamente se encuentra. Hasta que llegó el amanecer, dijo Austerlitz, estuvimos aquella noche de verano en la hondonada de la montaña, muy alto sobre la desembocadura del Mawddach, mirando cómo las mariposas, quizá unas diez mil, estimó Alphonso, acudían volando. Las estelas de luz, admiradas sobre todo por Gerald, que parecían dejar tras sí en diversos anillos, serpentinas y espirales, no existían en realidad, explicó Alphonso, sino que eran sólo huellas fantasma causadas por la pereza de nuestros ojos, que creían ver aún cierto resplandor en el lugar de donde el insecto, que sólo había brillado una fracción de segundo a la luz de la lámpara, había desaparecido ya. Eran esos fenómenos irreales, dijo Alphonso, el relampaguear de lo irreal en lo real, determinados efectos de luz en el paisaje que se extendía ante nosotros o en los ojos de una persona amada, los que inflamaban nuestros sentimientos más profundos o, en cualquier caso, los que considerábamos como tales. A pesar de no haberme dedicado luego a la historia natural, dijo Austerlitz, muchas de las observaciones botánicas y zoológicas del tío abuelo Alphonso se me han quedado en la memoria. Hace sólo unos días consulté el pasaje de Darwin, que me mostró una vez, donde se describe una bandada de mariposas volando sin interrupción durante varias horas a diez millas de la costa suramericana, en la que era imposible, incluso con el catalejo, encontrar un trozo de cielo vacío entre las tambaleantes mariposas. Especialmente inolvidable, sin embargo, me ha resultado siempre lo que Alphonso nos contó entonces sobre la vida y la muerte de las polillas, y todavía hoy profeso a esas criaturas, entre todas, el mayor respeto. En los meses más cálidos ocurre no pocas veces que alguno de esos insectos voladores nocturnos se extravíe en mi casa, viniendo del trozo de jardín que hay detrás de ella. Cuando me levanto a la mañana temprano, lo veo todavía inmóvil en algún lugar de la pared. Saben, creo yo, dijo Austerlitz, que han equivocado su camino, porque, si no se los pone otra vez fuera cuidadosamente, se mantienen inmóviles, hasta que han exhalado el último aliento, efectivamente, se quedan, sujetos por sus garras diminutas, rígidas por el espasmo de la muerte, aferrados al lugar de su desgracia hasta después de acabar su vida, hasta que un soplo de aire los suelta y los echa a un rincón polvoriento.

A veces, al ver una de esas polillas que mueren en mi casa, me pregunto qué clase de miedo y de dolor sienten sin duda en el momento en que se extravían. Como sabía por Alphonso, dijo Austerlitz, no había realmente ninguna razón para negar a las criaturas más pequeñas una vida interior. No sólo nosotros y los perros, vinculados desde hace muchos siglos con nuestros sentimientos, y otros animales domésticos soñamos de noche, sino también otros pequeños mamíferos, los ratones y topos viven cuando duermen, como puede saberse por sus movimientos oculares, en un mundo sólo existente en su interior, y quién sabe, dijo Austerlitz, quizá sueñan también las polillas o la lechuga del huerto cuando mira de noche la luna. Yo mismo, en las semanas y meses que pude pasar en casa de los Fitzpatrick, no pocas veces me sentí, incluso durante el día, como si soñara. La vista desde la habitación del techo azul, que Adela llamaba siempre mi habitación, rayaba verdaderamente en lo irreal. Veía desde arriba las copas de los árboles, cedros y pinos parasol, semejantes a una tierra ondulada, que, desde la carretera que había bajo la casa, descendían hasta la orilla del río, veía los oscuros pliegues de la masa montañosa al otro lado y pasaba horas mirando el mar de Irlanda, que cambiaba continuamente con las estaciones y las condiciones atmosféricas. Cuántas veces he estado junto a la ventana abierta, sin poder pensar con claridad ante aquel espectáculo nunca repetido. Por la mañana se veía allí fuera la mitad del mundo, y el gris del aire depositado en capas sobre el agua. Por la tarde se alzaban a menudo cúmulos en el horizonte suroccidental, blancos como la nieve, pendientes y

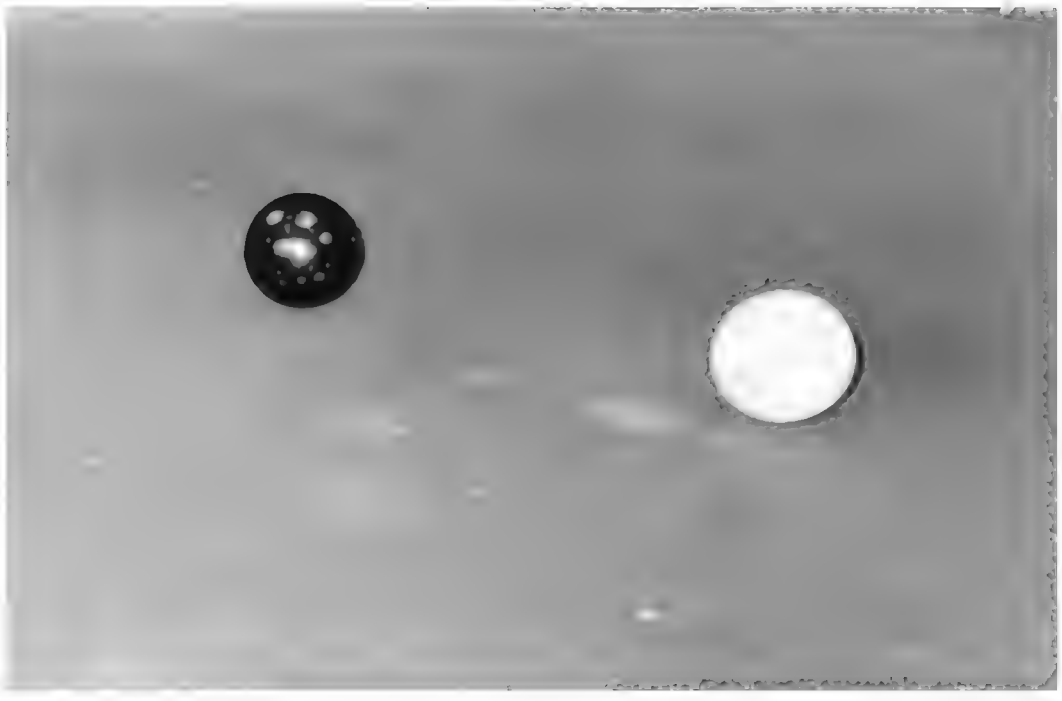
paredes escarpadas que se empujaban entre sí y se amontonaban, alzándose cada vez a más altura, tanta, me dijo Gerald una vez, dijo Austerlitz, como las cumbres de los Andes o del Karakorum. Luego caían a lo lejos chubascos, que eran arrastrados a tierra desde el mar como las pesadas cortinas de un teatro, y en las tardes de otoño las nieblas venían hacia la playa, se agolpaban en las laderas de las montañas y penetraban valle arriba. Sin embargo, especialmente en los claros días de verano había sobre toda la bahía de Barmouth un resplandor tan uniforme, que las superficies de la arena y el agua, la tierra firme y el mar, y el cielo y la tierra no podían separarse ya. Todas las formas y colores se disolvían en una neblina gris perla; no había contrastes ni graduaciones, sólo transiciones fluidas, con pulsaciones de luz, un único desdibujamiento del que sólo brotaban aún los fenómenos más fugitivos y, curiosamente, de eso me acuerdo muy bien, fue precisamente el carácter fugitivo de esos fenómenos lo que me dio entonces una especie de sensación de eternidad. Una noche, después de haber hecho en Barmouth varias compras, fuimos, Adela, Gerald, el perro Toby y yo, por el largo puente para peatones que está junto a la línea férrea, la cual, como he dicho, dijo Austerlitz, cruza el amplio estuario del Mawddach, de más de una milla. Allí, previo pago de una tasa de medio penique por cabeza, podía sentarse uno en alguno de los bancos parecidos a cabinas, protegidos por tres lados contra el viento y la intemperie, con la espalda hacia tierra y la vista en el mar. Era el final de un hermoso día del veranillo de San Martín, el aire fresco y salado soplaba a nuestro alrededor y la marea se precipitaba a la luz del atardecer, deslumbrante como una apretada bandada de caballas, por debajo del puente y río arriba, con tal fuerza y rapidez que, a la inversa, se podía creer que se iba en una barca hacia la mar. Los cuatro estuvimos sentados en silencio hasta que el sol se puso. Ni siquiera Toby, normalmente inquieto siempre, que tenía la misma extraña gorguera de pelo en torno a la cara que el perrito de la niña de Vyrnwy, se movía a nuestros pies, sino que miraba absorto las alturas todavía iluminadas, donde las golondrinas, en gran número, atravesaban el aire. Al cabo de cierto tiempo, en el que los puntos negros se volvieron cada vez más diminutos, Gerald nos preguntó si sabíamos que aquellos vencejos jamás dormían en tierra. Una vez que habían levantado el vuelo, dijo, mientras cogía a Toby y le acariciaba la barbilla, no volvían a tocar el suelo. Por eso se elevaban dos o tres millas al hacerse de noche, y planeaban allí arriba, moviendo sólo de cuando en cuando las alas desplegadas, trazando curvas, hasta que, al romper el día, descendían hasta nosotros. Tan sumido había estado Austerlitz en su historia galesa y yo en escucharla, que no nos dimos cuenta de lo tarde que se había hecho. Hacía tiempo que se habían servido las últimas rondas, y los últimos clientes, salvo nosotros dos, habían desaparecido. El barman había recogido los vasos y ceniceros, limpiado las mesas con un trapo y colocado bien las sillas, y esperaba ahora en la salida, con la mano en el interruptor de la luz, porque quería echar el cierre detrás de nosotros. La forma en que él, a quien el cansancio enturbiaba ya la vista, nos dijo *Good night, gentlemen*, inclinando ligeramente la cabeza a un lado, me pareció una muestra extraordinaria de respeto, casi una absolución o una bendición. Y no menos cortés y amable con nosotros fue enseguida Pereira, el gerente del Great Eastern Hotel, cuando entramos en la recepción. Con camisa blanca almidonada y un chaleco gris de paño, el pelo impecablemente peinado con raya, estaba de pie, francamente expectante, detrás de la recepción, una de esas personas raras y a menudo misteriosas, pensé al mirarlo, que están indefectiblemente en su puesto y de los que no cabe imaginar que tengan nunca la necesidad de acostarse. Después de haber quedado con Austerlitz para el día siguiente, Pereira, tras haber sabido mis deseos, me guió por una escalera al primer piso, a una habitación decorada con mucho terciopelo rojo, brocado y muebles de caoba oscura, donde estuve sentado hasta casi las tres de la mañana, en un escritorio débilmente iluminado por los faroles de la calle —la calefacción de hierro crepitaba suavemente y sólo raras veces pasaba fuera, por la Liverpool Street, alguno de los taxis negros—, para anotar con palabras clave y frases inconexas tanto como pude de lo que Austerlitz me había contado durante toda la velada. A la mañana siguiente me desperté tarde y, después del desayuno, leí largo rato los periódicos, en los que, junto a las noticias habituales de los llamados sucesos cotidianos y mundiales, tropecé con una de un hombre sencillo que, después de morir su mujer, a la que había cuidado durante una enfermedad larga y grave con la mayor entrega, había caído en una tristeza tan profunda que tomó la decisión de quitarse la vida, y concretamente por medio de una guillotina construida con sus propias manos en el rectángulo de hormigón de la escalera exterior del sótano de su casa en Halifax, que pareció a su sentido artesanal, después de sopesar a fondo otras posibilidades, el instrumento más fiable para realizar su propósito, y efectivamente, lo habían encontrado en uno de esos aparatos de decapitar, según se decía en el breve artículo, construido de una forma extraordinariamente sólida y esmerada hasta en lo más mínimo, y cuya cuchilla oblicua, como se decía luego, apenas podían levantar dos personas, con la cabeza separada del tronco y los alicates con que había cortado el alambre todavía en su mano rígida. Cuando le conté esa historia a Austerlitz, que me había recogido alrededor de las once, mientras bajábamos hacia el río por Whitechapel y Shoreditch, durante mucho rato no dijo nada,

quizá porque, como me reproché luego, había encontrado de mal gusto mi forma de destacar los aspectos absurdos del caso. Sólo abajo, en la orilla del río, donde nos quedamos un rato de pie mirando el agua de un pardo grisáceo que se metía en la tierra, me dijo, mientras, como hacía a veces, me miraba con ojos muy abiertos y espantados, que podía comprender muy bien al carpintero de Halifax, porque nada podía ser peor que echar a perder incluso el fin de una vida desgraciada. Luego fuimos a pie el resto del camino, desde Wapping y Shadwell, más lejos río arriba, hasta los tranquilos depósitos de agua en los que se reflejan las torres de oficinas de Dockland, y hasta el túnel para peatones que lleva bajo la curva del río. Allí, al otro lado, subimos por el parque de Greenwich hasta el observatorio real, en el que, en aquel día frío de antes de Navidad, salvo nosotros apenas había visitantes. En cualquier caso, no recuerdo que, en las horas que pasamos allí y, cada uno por su cuenta, estudiamos los ingeniosos instrumentos de observación y medición expuestos en las vitrinas, cuadrantes y sextantes, cronómetros y péndulos, encontráramos a nadie.

Sólo en el observatorio octogonal situado sobre la vivienda de los antiguos astrónomos de la Corte, en la que Austerlitz y yo reanudamos poco a poco nuestra deslavazada conversación, apareció, si no me equivoco, un turista japonés solitario que, después de haber surgido en el umbral, silenciosamente y de improviso, dio una vez la vuelta al vacío octógono y desapareció enseguida, siguiendo la dirección de la flecha verde. Me admiró en aquella habitación, como observó Austerlitz ideal para sus ideas, la sencilla belleza de las tablas de distinta anchura del suelo, las ventanas insólitamente altas, cada una de ellas dividida en ciento veintidós rectángulos de vidrio rodeado de plomo, por los que en otro tiempo apuntaban los largos telescopios hacia las oscuridades del sol y de la luna, la intersección de las órbitas de las estrellas con la línea del meridiano, la lluvia de meteoritos de las Leónidas y los cometas que, con su cola, volaban por el espacio. Austerlitz, como era su costumbre siempre, hizo algunas fotos, algunas de las rosas de estuco blancas como la nieve del friso de flores que recorría el techo, y otras, a través de los vidrios emplomados, del panorama de la ciudad que, más allá de los terrenos del parque, se extendía hacia el norte y el noroeste, y comenzó, mientras todavía manejaba la cámara, una larga disquisición sobre el tiempo, de la que recuerdo claramente muchas cosas. El tiempo, eso dijo Austerlitz en el observatorio de Greenwich, era con gran diferencia la más artificial de todas nuestras invenciones y, al estar vinculada a planetas que giraban sobre su eje, no menos arbitraria de lo que sería, por ejemplo, un cálculo que partiera del crecimiento de los árboles o de lo que tarda en desintegrarse una piedra caliza, prescindiendo de que el día solar por el que nos regimos no es una medida exacta, por lo que, para calcular el tiempo, tuvimos que idear un sol semiimaginario, cuya velocidad de movimiento no varía y que en su órbita no se inclina hacia el Ecuador. Si Newton pensaba, dijo Austerlitz señalando por la ventana hacia abajo, a la curva de agua, deslumbrante al último reflejo del día, que rodea la llamada isla de los Perros, si Newton creía realmente que el tiempo era un río como el Támesis, ¿dónde estaba el nacimiento y en qué mar desembocaba finalmente? Todo río, como sabemos, está necesariamente limitado a ambos lados. Visto así, ¿cuáles serían las orillas del tiempo? ¿Cómo serían sus cualidades específicas, parecidas por ejemplo a las del agua, que es fluida, bastante pesada y transparente? ¿De qué forma se diferenciaban las cosas sumergidas en el tiempo de las que el tiempo no rozaba? ¿Por qué se indicaban en un mismo círculo las horas de luz y de oscuridad? ¿Por qué estaba el tiempo eternamente inmóvil en un lugar y se disipaba y precipitaba en otro? ¿No se podría decir, dijo Austerlitz, que el tiempo, a través de los siglos y milenios, no ha estado sincronizado consigo mismo? Al fin y al cabo, no hace tanto tiempo que comenzó a extenderse por todas partes. ¿Y no se rige hasta hoy la

vida humana en muchos lugares de la Tierra no tanto por el tiempo como por las condiciones atmosféricas, y de esa forma, por una magnitud no cuantificable, que no conoce la regularidad lineal, no progresa constantemente sino que se mueve en remolino, está determinada por estancamientos e irrupciones, vuelve continuamente en distintas formas y se desarrolla en no se sabe qué dirección? Estar fuera del tiempo, dijo Austerlitz, que para las zonas atrasadas y olvidadas de nuestro propio país era posible hasta hace poco, casi lo mismo que en los continentes por descubrir de ultramar, sigue siendo hoy posible como antes, incluso en una metrópolis regida por el tiempo como es Londres. Efectivamente, los muertos estaban fuera del tiempo, los moribundos y los muchos enfermos que están en su casa o en los hospitales, y no sólo ellos, bastaba cierto grado de infortunio personal para cortarnos de todo pasado y futuro. Realmente, dijo Austerlitz, nunca he tenido reloj, ni un péndulo, ni un despertador, ni un reloj de bolsillo, ni, mucho menos, un reloj de pulsera. Un reloj me ha parecido siempre algo ridículo, algo esencialmente falaz, quizá porque, por un impulso interior que nunca he comprendido, me he opuesto siempre al poder del tiempo, excluyéndome de la llamada actualidad, con la esperanza, como hoy pienso, dijo Austerlitz, de que el tiempo no pasara, no haya pasado, de forma que podría correr tras él, de que todo fuera como antes o, mejor dicho, de que todos los momentos de tiempo coexistieran simultáneamente, o más bien de que nada de lo que la historia cuenta fuera cierto, lo sucedido no hubiera sucedido aún, sino que sucederá sólo en el momento en que pensemos en ello, lo que, naturalmente, abre por otra parte la desoladora perspectiva de una miseria continua y un dolor que nunca cese. Eran alrededor de las tres y media de la tarde y estaba cayendo el crepúsculo cuando salí del observatorio con Austerlitz. Durante un rato permanecimos aún en la explanada amurallada. A lo lejos se oía el sordo chirrido de la ciudad y, en lo alto, el retumbar de los grandes aviones que, con intervalos de poco más de un minuto, volaban sobre Greenwich muy bajos e increíblemente despacio, según me parecía, procedentes del nordeste, para desaparecer otra vez hacia Heathrow. Como extraños monstruos que, por la noche, volvieran a sus guaridas, flotaban sobre nosotros en el aire que se oscurecía, con alas que les salían rígidamente del cuerpo. Los plátanos de las pendientes del parque estaban ya hundidos en las sombras que crecían del suelo; delante de nosotros, al pie de la colina, estaba el amplio campo de hierba, negro como la noche, diagonalmente atravesado por dos senderos de arena clara, estaban las blancas fachadas y las columnatas del Museo Marítimo, más allá del río, en la isla de los Perros, se alzaban las centelleantes torres de cristal hacia la última luz, sobre la oscuridad que aumentaba rápidamente. Al bajar hacia Greenwich, Austerlitz me dijo que el parque había sido pintado muchas veces en los últimos años. En esos cuadros se veían los lugares de hierba y las copas de los árboles, en primer plano normalmente figuras humanas muy pequeñas, en su mayoría señoras con vestidos de color, con miriñaque y quitasol, y además venados blancos semidomados que siempre había habido en el recinto del parque. Al fondo de esos cuadros, sin embargo, detrás de los árboles y detrás de la doble cúpula de la escuela naval, se veía la curva del río y, como una línea trazada, por decirlo así, hacia el confín del mundo, la ciudad de innumerables almas, algo indefinible, agazapado y gris o de color de yeso, una especie de excrecencia o de costra de la superficie de la Tierra, y más alto aún, formando la mitad o más de todo el cuadro, el cielo, del que, muy lejos, quizá caía en ese momento la lluvia. Creo que vi por primera vez uno de esos panoramas de Greenwich en una de las casas de campo amenazadas de derribo que, como ya dije ayer, visité a menudo con Hilary durante mi estancia en Oxford. Recuerdo muy bien aún, dijo Austerlitz, cómo, en una de nuestras excursiones, después de mucho vagar por un parque densamente poblado de arces y abedules, dimos con una de esas casas abandonadas, de las que en los años cincuenta, según un cálculo que hice entonces, se demolía por término medio una cada dos o tres días. Vimos entonces no pocas casas en las que habían arrancado prácticamente todo, los estantes de libros, los revestimientos de madera y pasamanos, los tubos de latón de la calefacción y las chimeneas de mármol; casas cuyos techos se habían hundido y estaban llenas hasta la altura de la rodilla de cascotes, basura y escombros, excrementos de oveja y de ave, y el yeso desprendido del techo, apelmazado en trozos arcillosos. Iver Grove, sin embargo, dijo Austerlitz, que se alzaba en medio de la espesura del parque, al pie de una colina que descendía suavemente hacia el sur, parecía, al menos por fuera, en gran parte intacta. No obstante, cuando nos detuvimos en la ancha escalera de piedra, colonizada por helechos de lengua de vaca y otras malas hierbas, y levantamos la vista hacia las ventanas ciegas, nos pareció como si la casa estuviera presa de un espanto mudo por el fin inminente y vergonzoso que la aguardaba. Dentro, en una de las grandes salas de recibir de la planta baja, encontramos grano esparcido como en una era.

En una segunda sala, adornada de estucos barrocos, cientos de sacos de patatas se apoyaban unos en otros. Estuvimos un buen rato allí ante el espectáculo, hasta que —precisamente cuando me disponía a hacer unas fotos— el propietario de Iver Grove, que resultó ser un tal James Mallord Ashman, vino hacia la casa por la terraza que daba al oeste. Por él, que mostró la mayor comprensión por nuestro interés por aquellas casas que por todas partes se desmoronaban, supimos, en el curso de una larga conversación, que los costes de un saneamiento, por mínimo que fuera, de su casa familiar, que en los años de la guerra había sido requisada como hogar de convalecencia, hubieran superado en mucho sus propios recursos y que, por ello, había decidido trasladarse a Grove Farm, situada al otro extremo del parque y perteneciente a la propiedad, y trabajarla por sí mismo. De ahí, dijo Ashman, dijo Austerlitz, los sacos de patatas y el grano amontonado. Iver Grove había sido construida hacia 1780 por un antepasado de Ashman, dijo Austerlitz, que padecía insomnio y se había dedicado, en un observatorio que instaló en el desván de la casa, a diversos estudios astronómicos, especialmente la llamada selenografía o medición de la luna, por lo que, nos explicó Ashman, había estado también en constante relación con el miniaturista y dibujante al pastel John Russell, de Guildford, famoso más allá de las fronteras de Inglaterra, que en aquella época, durante varios decenios, trabajaba en un mapa lunar de cinco pies por cinco, que superaba con mucho, en detalle y belleza, a todas las representaciones anteriores del satélite terrestre, las de Riccioli y Casini, y también las de Tobias Mayer y Helvelius. En las noches en que la luna no salía o quedaba oculta por las nubes, dijo Ashman, cuando, al terminar la vuelta que habíamos dado juntos por la casa, entramos en la sala de billar, su antepasado había jugado contra sí mismo partida tras partida, hasta el amanecer, en aquella sala arreglada por él mismo. Desde su muerte en la Nochevieja de 1813, nadie había tocado un taco, ni su padre, ni él, Ashman, por no hablar naturalmente de las mujeres.



De hecho, dijo Austerlitz, todo estaba exactamente como debía de haber estado ciento cincuenta años antes. La poderosa mesa de caoba, lastrada por planchas de pizarra incrustadas, se alzaba, inamovible, en

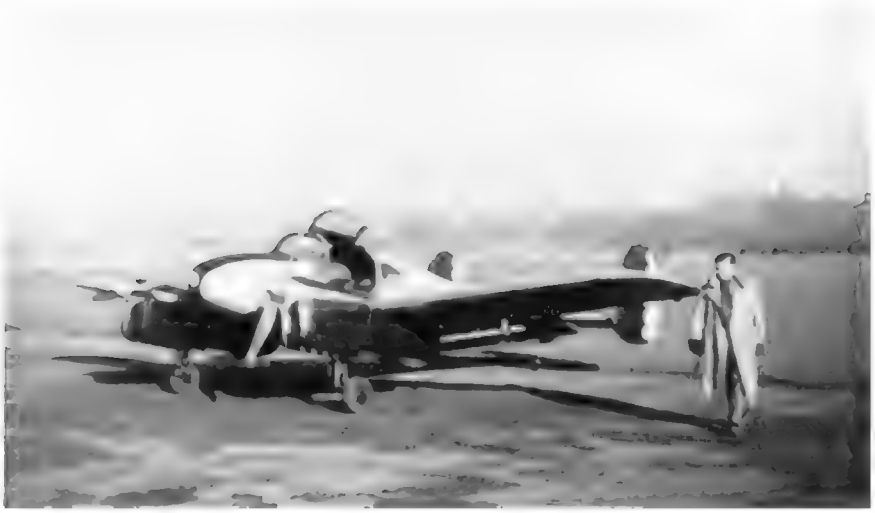
su sitio; el marcador, el reloj de pared, de marco dorado, los soportes para los tacos y las alargaderas, las tizas, los cepillos, los trapos de abrillantar y demás cosas indispensables para el billar estaban guardadas, y nada se tocaba nunca ni se alteraba en forma alguna. Sobre la repisa de la chimenea había un grabado inspirado en la *View from Greenwich Park* de Turner, y en un pupitre de escribir de pie estaba abierto todavía el libro de anotaciones en que el investigador lunar apuntaba las partidas ganadas o perdidas contra sí mismo, con su hermosa letra curva. Las contraventanas estaban siempre cerradas y no penetraba la luz del día. Esa habitación, dijo Austerlitz, había estado evidentemente tan aislada del resto de la casa, que en el transcurso de siglo y medio apenas había podido depositarse una finísima capa de polvo en las molduras, en las cuadradas losas de piedra blanca y negra y en el estirado paño verde, semejante a un universo distinto. Era como si el tiempo, que por lo común pasa irrevocablemente, se hubiera detenido, como si los años que teníamos detrás estuvieran todavía en el futuro, y recuerdo, dijo Austerlitz, que Hilary, cuando estábamos con Ashman en la sala de billar de Iver Grove, hizo una observación sobre la extraña confusión de sentimientos que invade incluso a un historiador en una habitación así, tanto tiempo cerrada al flujo de las horas y los días, y a la sucesión de las generaciones. Ashman repuso entonces que él mismo, en 1941, cuando requisaron la casa, había ocultado las puertas de la sala de billar y la de la habitación de los niños del piso superior, levantando una pared falsa, y que cuando, en el otoño de 1951 o 1952, quitó aquellos tabiques, ante los que había colocado grandes armarios roperos, y volvió a entrar en la habitación de los niños por primera vez desde hacía diez años, no hubiera hecho falta mucho, dijo Ashman, para que perdiera la razón. Simplemente al ver el tren con los vagones de la Great Western Railway y el Arca, desde la que lo miraban, en parejas, los bien educados animales salvados del Diluvio, fue como si se abriera ante él el abismo del tiempo, y cuando pasó el dedo por la hilera de muescas que, a la edad de ocho años, había tallado con furia silenciosa en el borde de la mesilla de noche que había junto a su cama, recordó Ashman, la víspera de ser enviado a la Preparatory School, la misma rabia volvió a invadirlo, y antes de que se diera cuenta de lo que hacía, estaba fuera, en el patio de atrás, disparando con su escopeta contra la torrecilla del reloj de la cochera, en cuya esfera podían verse todavía los impactos. Ashman y Hilary, Iver Grove y Andromeda Lodge, piense en lo que piense, dijo Austerlitz, mientras bajábamos por las laderas de hierba hacia las luces de la ciudad que, en amplio semicírculo, se habían encendido ante nosotros, todo me da una sensación de aislamiento y de no hacer pie. Creo que fue a principios de octubre de 1957, siguió de repente, ya a punto de continuar en el Courtauld Institute mis estudios, comenzados el año anterior, de historia de la arquitectura, cuando estuve por última vez en casa de los Fitzpatrick, para el doble funeral del tío Evelyn y del tío abuelo Alphonso, que habían muerto con un día de diferencia apenas: Alphonso, de apoplejía, mientras recogía sus manzanas favoritas en el huerto, y Evelyn, encogido de miedo y de dolor, en su lecho helado. Las nieblas de otoño llenaron el valle entero la mañana en que fueron enterrados aquellos dos hombres tan distintos, Evelyn, continuamente descontento de sí mismo y del mundo, y Alphonso, alentado por una ecuanimidad feliz. Precisamente cuando el cortejo fúnebre se dirigía al cementerio de Cutiau, el sol atravesó el velo de bruma sobre el Mawddach y una brisa acarició la orilla. Las pocas figuras oscuras, los grupos de álamos, el raudal de luz sobre el agua y el macizo de Cader Idris al otro lado eran los elementos de una escena de despedida que, curiosamente, volví a descubrir en uno de los rápidos dibujos a acuarela con que Turner anotaba a menudo lo que tenía ante los ojos, ya fuera sobre el terreno o bien luego, mirando al pasado. El cuadro, casi insustancial, que lleva el título de *Funeral at Lausanne*, data de 1841, es decir, de una época en que Turner apenas podía viajar y cada vez lo ocupaba más el pensamiento de su mortalidad, y quizá por eso, cuando algo así como aquel pequeño entierro en Lausana surgía de su memoria, trataba de capturar rápidamente con unas pinceladas visiones que, enseguida, volverían a evaporarse.

Sin embargo, lo que me atrajo especialmente en esa acuarela de Turner, dijo Austerlitz, no fue sólo la semejanza de la escena de Lausana con la de Cutiau, sino el recuerdo que despertaba en mí del último paseo que di con Gerald a principios de verano de 1966, por los viñedos que hay sobre Morges, a orillas del lago Leman. En el curso de mi dedicación ulterior a los cuadernos de dibujos y la vida de Turner, tropecé con el hecho, en sí totalmente insignificante pero para mí, no obstante, curiosamente conmovedor, de que él, Turner, en 1798, en un viaje por Gales, estuvo también en el estuario del Mawddach y en aquella época tenía la misma edad que yo en la del entierro de Cutiau. Cuando hablo ahora, dijo Austerlitz, me parece como si estuviera ayer entre los asistentes al entierro en el salón del lado sur de Andromeda Lodge, como si oyera todavía un ligero murmullo y a Adela diciendo que no sabía qué iba a hacer ahora, completamente sola en aquella gran casa. Gerald, que entretanto estaba en el último año de colegio y había venido expresamente a Oswestry para el entierro, me habló de las condiciones en Stower Grange, que no habían mejorado nada, y que calificó de horrible mancha de tinta que desfiguraba para siempre, como decía, las almas de los pupilos. Sólo el hecho de que, desde su ingreso en la sección de vuelo de la Cadet Force, hubiera podido volar una vez por semana, en una Chipmunk, sobre toda aquella miseria, sólo eso, dijo Gerald, hacía que no perdiera la razón. Cuanto más pudiera uno alzarse del suelo, dijo, tanto mejor, y precisamente por eso había tomado también la decisión de emprender estudios de astronomía. Hacia las cuatro de la tarde acompañé a Gerald a la estación de Barmouth. Cuando volví de allí —oscurecía ya, dijo Austerlitz, y una fina llovizna surgía en el aire, aparentemente sin precipitarse—, Adela vino a mi encuentro desde las brumosas profundidades del jardín, envuelta en una prenda de lana, en cuyo borde finamente rizado se formaban en torno a ella millones de diminutas gotas de agua, de una especie de resplandor plateado. En el brazo derecho llevaba un gran ramo de crisantemos de color herrumbre y, cuando sin decir palabra, habíamos atravesado el patio y estábamos en el umbral, levantó la mano libre y me apartó el cabello de la frente, como si, con aquel gesto, supiera que tenía el don de ser recordada. Sí, todavía veo a Adela, dijo Austerlitz; tan bella como era entonces ha seguido siendo para mí, inalterada. No pocas veces, al final de los largos días de verano, jugábamos juntos al bádminton en la sala de baile, desde la guerra vacía, de Andromeda Lodge, mientras Gerald se ocupaba de sus palomas para la noche. Golpe a golpe volaba de un lado a otro el emplumado proyectil. La trayectoria que seguía y durante la cual giraba sobre sí mismo, sin que se supiera cómo, era como una cinta blanca tendida en la hora del atardecer, y Adela flotaba en el aire, lo hubiera podido jurar, mucho más tiempo del que la fuerza de gravedad permitía, a unos palmos del parqué. Después del bádminton, nos quedábamos casi siempre un rato aún en la sala, mirando, hasta que se extinguían, las imágenes que arrojaban los últimos rayos de sol, al atravesar horizontalmente las ramas en movimiento de un espino albar, sobre la pared que había frente a las altas ventanas ojivales. Aquellos escasos dibujos que, en continua sucesión, aparecían en la superficie iluminada, tenían algo de fugaz, de evanescente, que por decirlo así nunca sobrepasaba el momento de su aparición, y sin embargo allí, en aquel entrelazamiento de sol y sombra que continuamente se renovaba, podían verse paisajes de montaña con glaciares y campos de hielo, mesetas, estepas, desiertos, campos de flores, islas marinas, arrecifes de coral, archipiélagos y atolones, bosques doblegados por la tormenta, hierba tembladera y humo a la deriva. Y una vez, todavía lo recuerdo, Adela me preguntó, inclinándose hacia mí: ¿ves las copas de las palmeras y ves la caravana que atraviesa las dunas?... Cuando Austerlitz repitió esa pregunta de Adela, para él

inolvidable, estábamos ya en el camino de vuelta de Greenwich a la ciudad. El taxi avanzaba sólo lentamente en el denso tráfico del atardecer. Había empezado a llover, las luces de los faros relucían sobre el asfalto y surcaban el parabrisas cubierto de perlas plateadas. Casi una hora necesitamos para el trayecto de sólo tres millas —Greek Road, Evelyn Street, Lower Road, Jamaica Road— hasta Tower Bridge. Austerlitz iba echado hacia atrás, con los brazos alrededor de su mochila, mirando en silencio ante sí. Quizá había cerrado los ojos, pensé, pero no me atreví a mirar hacia su lado. Sólo en la estación de Liverpool Street, donde esperó conmigo en el
McDonald's
a que saliera mi tren, Austerlitz, tras una observación casual sobre la iluminación deslumbrante, que no permitía ni una insinuación de sombra —el segundo de terror de la luz del relámpago, dijo, quedaba allí perpetuado, y no había noche ni día—, reanudó su historia. No volví a ver a Adela desde el día del entierro, por mi culpa, comenzó, porque durante todo el tiempo que pasé en París no volví a Inglaterra ni una sola vez, y cuando, continuó, después de empezar a desempeñar mi puesto en Londres, visité en Cambridge a Gerald, que entretanto había terminado sus estudios e iniciado sus trabajos de investigación, Andromeda Lodge había sido vendido y Adela se había ido a Carolina del Norte con un entomólogo llamado Willoughby. Gerald, que había alquilado en aquella época una casita en la diminuta población de Quy, no lejos del campo de aviación de Cambridge, y, con la parte de herencia que había recibido de la disolución de la propiedad, se había comprado una Cessna, volvía una y otra vez en todas nuestras conversaciones, tratasen de lo que tratasen, a su pasión por la aviación. Así recuerdo por ejemplo, dijo Austerlitz, que una vez, cuando hablábamos de nuestros días en el colegio en Stower Grange, me explicó de la forma más detallada cómo, después de haberme ido yo a Oxford, empleó una gran parte de las interminables horas de estudio en elaborar un sistema ornitológico cuyo criterio de clasificación más importante era el grado de aptitud para el vuelo y, cualquiera que fuera la forma en que modificara su sistema, dijo Gerald, dijo Austerlitz, las palomas figuraban siempre en cabeza, no sólo por la velocidad con que recorrían los trayectos más largos, sino también por su arte para la navegación, que las distinguía de todos los demás seres vivos. Se podía soltar a una paloma a bordo de un barco en medio de una tempestad de nieve sobre el Mar del Norte y, con tal de que las fuerzas le alcanzaran, encontraría infaliblemente el camino de vuelta a casa. Hasta hoy nadie sabía cómo esas aves, enviadas a un viaje por un vacío tan amenazador, y a las que sin duda, al presentir las enormes distancias que tendrían que recorrer, el corazón les reventaba casi de miedo, podían dirigirse a su lugar de origen. En cualquier caso, las explicaciones científicas que conocía, había dicho Gerald, según las cuales las palomas se orientaban por los astros, por las corrientes de aire o por los campos magnéticos, resultaban poco más convincentes que las diversas teorías que, siendo un muchacho de doce años, había ideado con la esperanza de que, después de resolver la cuestión, estaría en condiciones de hacer que las palomas volaran también en la dirección opuesta, es decir, por ejemplo de Barmouth al lugar de su destierro en Oswestry, y se imaginaba siempre qué ocurriría si, de repente, descendiesen planeando desde las alturas, con la luz del sol filtrándose por el plumaje de sus alas extendidas, y aterrizaran, haciendo ruidito con la garganta, en el alféizar de la ventana junto a la cual, como decía, se pasaba con frecuencia horas. La sensación de liberación que lo había acometido cuando, en uno de los aviones del Flying corps, había sentido por primera vez debajo de sí la fuerza de sustentación del aire, había dicho Gerald, había sido indescriptible, y él mismo recordaba aún, dijo Austerlitz, qué orgulloso, incluso francamente radiante, había estado Gerald cuando una vez, a finales del verano de 1962 o 1963, despegaron juntos de la pista del aeródromo de Cambridge para dar un vuelo al atardecer. El sol se había puesto ya un rato antes de nuestra partida, pero, en cuanto ganamos altura, nos rodeó de nuevo una claridad deslumbrante, que sólo disminuyó cuando, hacia el sur, seguimos la blanca franja de la costa de Suffolk, las sombras surgieron de la profundidad del mar y, poco a poco, se fueron inclinando sobre nosotros, hasta que el último resplandor se extinguió en los márgenes del mundo occidental. Pronto pudieron reconocerse sólo los contornos de la tierra que teníamos bajo nosotros, las zonas de bosque y los pálidos campos de rastrojos, y nunca olvidaré, dijo Austerlitz, la curva del estuario del Támesis que surgió delante como de la nada, una cola de dragón, negra como grasa de carro, enroscándose en la noche que irrumpía ya y en la que sólo se encendían las luces de la isla de Canvey, Sheerness y Southend-on-Sea. Más tarde, cuando trazamos una curva sobre la Picardía y volvimos a poner rumbo a Inglaterra, veíamos, si levantábamos la vista de las cifras iluminadas e indicadores, a través del cristal de la cabina, toda la bóveda del cielo aparentemente inmóvil pero en realidad en lento giro, tal como nunca había visto antes, las figuras del Cisne, Casiopea, las Pléyades, el Auriga, la Corona Borealis y como se llamen, casi perdidas en el polvo centelleante que esparcían por todos lados las miríadas de estrellas sin nombre. Fue en el otoño de 1965, continuó Austerlitz, después de haberse quedado un momento absorto en sus recuerdos, cuando Gerald

comenzó a elaborar su hipótesis, que hoy sabemos revolucionaria, sobre la llamada Nébula Águila de la constelación de la Serpiente. Habló de gigantescas regiones de gas interestelar que se concentraban en formas parecidas a nubes de tormenta y se proyectaban varios años luz en el vacío, y en las que, en un proceso de condensación que continuamente se intensificaba por influjo de la gravedad, surgían nuevas estrellas. Recuerdo una afirmación de Gerald, en el sentido de que había allí verdaderas guarderías de estrellas, afirmación que no hace mucho vi confirmada en un comentario de periódico a una de las espectaculares fotografías que nos envió a la Tierra en su viaje el telescopio Hubble.

En cualquier caso, dijo Austerlitz, Gerald se trasladó entonces, para continuar sus trabajos de Cambridge, a un instituto de investigaciones astrofísicas de Ginebra, donde lo visité varias veces y fui testigo, cuando salíamos de la ciudad y caminábamos por las orillas del lago, de cómo sus ideas, como las propias estrellas, iban surgiendo paulatinamente de la niebla giratoria de sus fantasías astrofísicas. Gerald me habló entonces también de las excursiones que hacía en su Cessna sobre las montañas resplandecientes de nieve o la cumbre volcánica del Puy de Dôme, bajando por el hermoso Garona hasta Burdeos.



Sin duda estaba predestinado a no volver de uno de esos vuelos, dijo Austerlitz. Fue un mal día cuando supe que se había estrellado en los Alpes de Saboya, y quizá el comienzo de mi propia decadencia, de aquel encerrarme en mí mismo cada vez más enfermizo con el transcurso del tiempo.

Casi había pasado un trimestre cuando fui de nuevo a Londres y visité a Austerlitz en su casa de Alderney Street. Cuando nos despedimos en diciembre, habíamos convenido que, una vez más, esperaría noticias de él. En el curso de las semanas, dudé cada vez más de volver a saber nada, temí varias veces haberle hecho alguna observación irreflexiva o resultado desagradable de algún modo. Pensé también que quizá, siguiendo su costumbre anterior, podía haberse ido de viaje sencillamente, con destino desconocido y por tiempo indefinido. Si hubiera comprendido realmente entonces que para Austerlitz había momentos sin

comienzo ni fin y que, por otra parte, toda su vida le parecía a veces un punto ciego sin duración, sin duda habría sabido esperar mejor. En cualquier caso, un día estaba en mi correo aquella postal de los años veinte o treinta, que mostraba un campo de tiendas blancas en el desierto egipcio, fotografía de una campaña que nadie recordaba ya, en cuyo reverso decía sólo *Saturday 19 March, Alderney Street*, un signo de interrogación y una A mayúscula por Austerlitz.

La Alderney Street está bastante fuera, en el East End de Londres. No lejos del llamado cruce de Mile End, donde siempre hay embotellamientos de tráfico y en cuyas aceras, los domingos, los vendedores de telas y vestidos montan sus puestos en las aceras y cientos de personas se apiñan, está esa calle, notablemente silenciosa, paralela a la ancha carretera de salida. Recuerdo ahora más o menos un bloque de viviendas bajo y de aspecto de fortaleza, al lado mismo de la esquina, un quiosco de color verde hierba, en el que, aunque las mercancías estaban expuestas, no se veía ningún vendedor, el campo de césped rodeado de una cerca de hierro colado y, se podía suponer, no hollado nunca, y el muro de ladrillo de unos cincuenta metros de largo a la derecha, a cuyo extremo, la primera de una hilera de seis o siete, estaba la casa de Austerlitz. En el interior, que daba la impresión de ser muy espacioso, sólo había el mobiliario más imprescindible, sin cortinas ni alfombras. Las paredes eran de un gris mate claro y las tablas del suelo de un gris mate oscuro. En la habitación de delante, a la que Austerlitz me llevó primero, había, además de una otomana pasada de moda, que me pareció extrañamente alargada, sólo una gran mesa, igualmente barnizada de gris mate, en la que, en líneas derechas y a intervalos exactos, había unas docenas de fotografías, en su mayoría de fecha antigua y un tanto desgastadas en los bordes. Había entre aquellas fotos que, por decirlo así, yo conocía ya, fotos de comarcas belgas desiertas, de estaciones de ferrocarril y viaductos del metro de París, del invernadero de palmeras del Jardin des Plantes, de diversas mariposas nocturnas y polillas, de palomares artísticamente construidos, de Gerald Fitzpatrick en el campo de aviación de las proximidades de Quy y de una serie de puertas y portones pesados. Austerlitz me dijo que, a veces, se sentaba allí durante horas y colocaba aquellas fotografías, u otras que sacaba de sus reservas, con el reverso hacia arriba, como en un juego de paciencia, y que, asombrándose siempre de nuevo de lo que veía, les iba dando la vuelta una a una, movía las fotos de un lado a otro y las superponía en un orden basado en parecidos de familia, o las iba eliminando del juego, hasta que no quedaba más que la gris superficie de la mesa o hasta que, agotado por el esfuerzo de pensar y recordar, tenía que echarse en la otomana. No es raro que esté aquí echado hasta la noche, sintiendo cómo el tiempo vuelve hacia atrás dentro de mí, dijo Austerlitz al pasar a la trasera de las dos habitaciones de la planta baja, donde encendió el pequeño fuego de gas y me invitó a sentarme en una de las dos sillas que había a ambos lados de la chimenea. Tampoco en aquella habitación había casi objetos de mobiliario, sólo las tablas del suelo y las paredes grises, sobre las que, en el crepúsculo que poco a poco se espesaba, se movía el reflejo de las llamas que titilaban azules. Todavía oigo el ligero susurro del gas al salir, recuerdo lo fascinado, que estuve todo el tiempo, mientras Austerlitz preparaba en la cocina el té, por la imagen reflejada del fuego que, más allá de las puertas encristaladas de la galería, a cierta distancia de la casa, parecía arder entre los arbustos del jardín, negros ya casi como la noche. Cuando Austerlitz había entrado con la bandeja del té y empezado a tostar rebanadas de pan blanco en las azules llamas de gas con un, así llamado, *toasting-fork*, hice una observación sobre lo incomprensible de las imágenes reflejadas, a la que respondió que también él, a menudo, después de caer la noche, se sentaba en aquella habitación, mirando aquel punto de luz, aparentemente inmóvil, y

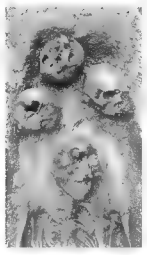
que inevitablemente tenía que pensar en cómo una vez, hacía muchos años, en una exposición de Rembrandt en el Rijksmuseum de Amsterdam, no había querido detenerse delante de ninguna de las obras maestras de gran formato, innumerables veces reproducidas, y en cambio había permanecido mucho tiempo de pie ante un cuadro pequeño, de unos veinte por treinta centímetros y procedente, por lo que recordaba, de la colección de Dublín, que, según la inscripción, representaba la huida a Egipto, aunque no había podido reconocer ni a la Sagrada Familia, ni al niño Jesús ni al animal de tiro, sino únicamente, en medio del brillante barniz negro de la oscuridad, un diminuto punto de fuego que todavía, dijo Austerlitz, tengo ante los ojos... ¿Pero dónde, añadió al cabo de un momento, debo reanudar mi historia? Compré esta casa, después de volver de Francia, por la suma hoy francamente ridícula de novecientas cincuenta libras, y luego desempeñé mi docencia treinta años, hasta que, en 1991, me jubilé anticipadamente, en parte, dijo Austerlitz, por la estupidez que, como me consta, se extiende cada vez más también por las universidades, y en parte porque confiaba en poder llevar al papel mis investigaciones sobre la historia de la arquitectura y de la civilización, como me había propuesto desde hacía tiempo. Quizá yo, eso me dijo Austerlitz, me hubiera hecho ya una idea de la amplitud de sus intereses, de la orientación de su pensamiento y del estilo de sus observaciones y comentarios, hechos siempre improvisadamente y, en el mejor de los casos, recogidos en forma provisional, que últimamente abarcaban miles de páginas. Ya en París tuve la intención de reunir en un libro mis estudios, pero luego fui aplazando cada vez más su redacción. Las diversas ideas que me hice en diversos momentos de ese libro que escribiría iban desde el plan de una obra sistemáticamente descriptiva en varios volúmenes hasta una serie de ensayos sobre temas como la higiene y el saneamiento, la arquitectura de los establecimientos penitenciarios, templos profanos, hidroterapia, jardines zoológicos, salidas y llegadas, luz y sombra, vapor y gas, y otros semejantes. Naturalmente, ya la primera ojeada a mis papeles traídos del Instituto a Alderney Street mostró que, en su mayor parte, se trataba de esbozos, que ahora me parecían inútiles, falsos y mal trazados. Lo que, hasta cierto punto, resistió el examen comencé a recrearlo y ordenarlo de nuevo, para hacer surgir ante mis ojos, como en un álbum, la imagen del paisaje, sumido ya casi en el olvido, que había recorrido como viajero.

Sin embargo, cuanto mayores eran los esfuerzos que, durante meses, dediqué a ese propósito, tanto más lamentables me parecían los resultados y tanto más me acometía, simplemente al abrir los legajos y pasar las innumerables páginas escritas por mí en el curso del tiempo, una sensación de repugnancia y de asco, dijo Austerlitz. Y, sin embargo, dijo, leer y escribir habían sido siempre su ocupación favorita. Con cuánto placer, dijo Austerlitz, me he quedado ante un libro hasta muy entrado el crepúsculo, hasta que no podía descifrar ya nada y mis pensamientos comenzaban a dar vueltas, y qué protegido me sentía cuando, en mi casa, en la noche oscura, me sentaba ante el escritorio y sólo tenía que ver cómo la punta del lápiz, al resplandor de la lámpara, por decirlo así por sí mismo y con fidelidad total seguía a su sombra, que se deslizaba regularmente de izquierda a derecha y renglón por renglón sobre el papel pautado. Ahora, sin embargo, escribir se me había hecho tan dificil, que a menudo necesitaba un día entero para una sola frase, y apenas había escrito una frase así, pensada con el mayor esfuerzo, se me mostraba la penosa falsedad de mi construcción y lo inadecuado de todas las palabras por mí utilizadas. Cuando, sin embargo, mediante

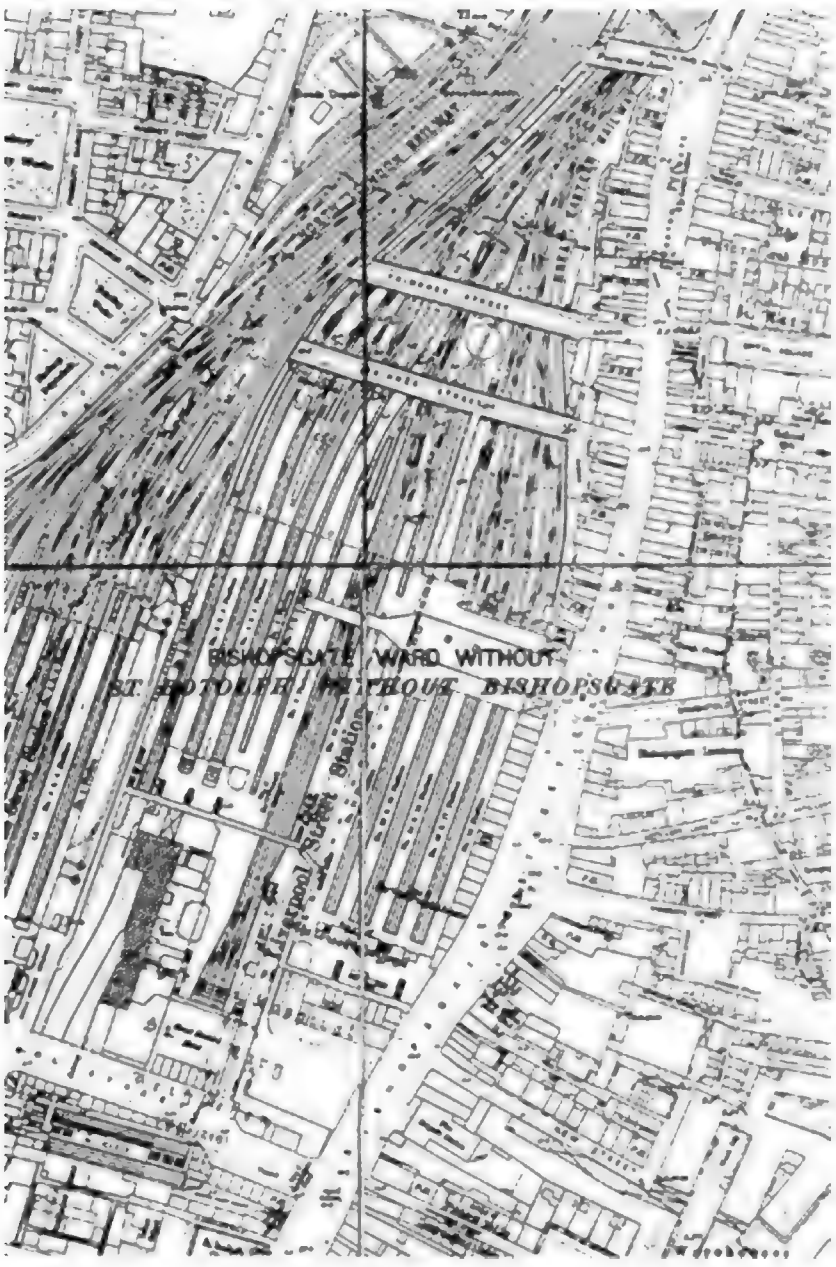
una especie de autoengaño, conseguía a veces considerar que había hecho mi trabajo diario, a la mañana siguiente me miraban siempre, en cuanto echaba la primera ojeada al papel, los peores errores, inconsecuencias y deslices. Hubiera escrito poco o mucho, me parecía siempre al leerlo tan fundamentalmente equivocado, que, al punto, tenía que destruirlo y comenzar de nuevo. Pronto me resultó imposible aventurar el primer paso. Como un equilibrista en la cuerda floja que no sabe ya cómo poner un pie delante de otro, sentía sólo la oscilante plataforma debajo de mí y me daba cuenta con horror de que los extremos del balancín que centelleaban muy lejos, en los bordes de mi campo de visión, no eran ya, como antes, mis luces orientadoras, sino malignos señuelos que querían precipitarme en el vacío. De vez en cuando ocurría aún que se perfilara en mi cabeza un razonamiento con hermosa claridad, pero sabía ya, mientras eso sucedía, que no estaba en condiciones de retenerlo, porque, en cuanto tomara el lápiz, las infinitas posibilidades del idioma, a las que antes podía abandonarme con confianza, se convertirían en una mescolanza de frases de pésimo gusto. No había giro de frase que no resultara ser una lamentable muletilla, ni palabra que no sonara vacía y falaz. Y en ese espantoso estado de ánimo me pasaba horas y días mirando a la pared, me atormentaba el espíritu y aprendía poco a poco a comprender lo horrible que es que incluso la tarea o el deber más nimio, como, por ejemplo, ordenar un cajón de cosas diversas, pueda ser superior a nuestras fuerzas. Era como si alguna enfermedad ya latente en mí se dispusiera a declararse, como si algo desmoralizador y obstinado se hubiera metido en mi interior y, poco a poco, lo paralizara todo. Sentía ya tras mi frente la infame apatía que precede al desmoronamiento de la personalidad, sospechaba que en realidad no tenía memoria ni capacidad intelectual, ni una verdadera existencia, que durante toda mi vida sólo me había ido extinguiendo y apartando del mundo y de mí mismo. Si alguien hubiera venido para llevarme al patíbulo, hubiera permitido tranquilamente que me ocurriera lo que fuera sin decir palabra, sin abrir los ojos, lo mismo que las personas sumamente mareadas, cuando, por ejemplo, van en vapor por el Mar Caspio, tampoco oponen la menor resistencia si alguien les comunica que las van a tirar por la borda. Pasara lo que pasara dentro de mí, dijo Austerlitz, la sensación de pánico en que me sumía el estar a punto de escribir una frase, sin saber cómo empezar esa frase o, en general, cualquier otra, se extendió pronto a la operación, en sí más sencilla, de leer, hasta que, inevitablemente, al intentar comprender una página entera, caía en un estado de la mayor confusión. Si se puede considerar al idioma como una antigua ciudad, como un laberinto de calles y plazas, con distritos que se remontan muy atrás en el tiempo, con barrios demolidos, saneados y reconstruidos, y con suburbios que se extienden cada vez más hacia el campo, yo parecía alguien que, por una larga ausencia, no se orienta ya en esa aglomeración, que no sabe ya para qué sirve una parada de autobús, qué es un patio trasero, un cruce de calles, un bulevar o un puente. Toda la estructura del idioma, el orden sintáctico de las distintas partes, la puntuación, las conjunciones y, en definitiva, hasta los nombres de las cosas corrientes, todo estaba envuelto en una niebla impenetrable. Tampoco entendía lo que yo mismo había escrito en el pasado, sí, especialmente eso. Sin cesar pensaba únicamente: una frase así es algo que sólo supuestamente tiene sentido, en realidad, en el mejor de los casos, provisionalmente, una especie de excrecencia de nuestra ignorancia con la que, como algunas plantas y animales marinos con sus tentáculos, tanteamos a ciegas en la oscuridad que nos rodea. Precisamente lo que, por lo común, puede dar la impresión de una inteligencia metódica, la exposición de una idea por medio de cierta habilidad estilística, me parecía entonces nada más que una empresa totalmente arbitraria o demencial. En ninguna parte veía ya una conexión, las frases se disolvían en palabras aisladas, las palabras, en una sucesión arbitraria de letras, las letras en signos inconexos y éstos en una huella gris azulada, que brillaba plateada aquí o allá y que algún ser reptante había segregado y arrastrado tras sí, y cuya vista me llenaba cada vez más de sentimientos de horror y vergüenza. Un atardecer, dijo Austerlitz, saqué de la casa todos mis papeles, atados y sueltos, los libros de notas y cuadernos de notas, los archivadores y legajos de mis clases, todo lo que estaba cubierto de mi escritura, y lo tiré al extremo más lejano del jardín en el montón de estiércol, cubriéndolo con capas de hojas podridas y unas paladas de tierra. Es cierto que luego me creí durante unas semanas, mientras arreglaba mi cuarto y repintaba el suelo y las paredes, aligerado de la carga de mi vida, pero enseguida me di cuenta de que las sombras se extendían sobre mí. Sobre todo en las horas del crepúsculo vespertino, que normalmente habían sido siempre mis preferidas, me invadía una especie de angustia, al principio difusa pero luego cada vez más densa, que hacía que el hermoso espectáculo de los colores que iban desvaneciéndose se tornase en una palidez malvada y sin luz, el corazón se me encogiera en el pecho hasta una cuarta parte de su tamaño natural y en mi cabeza sólo quedara un pensamiento: en el rellano de la escalera, en un tercer piso de cierto edificio de Great Portland Street en el que hacía años, después de una visita al médico, había tenido un extraño arrebato, precipitarme por encima de la barandilla en la oscura profundidad del pozo. Visitar a alguno de mis conocidos, de todas formas no numerosos, o mezclarme con la gente de un modo normal me resultaba entonces imposible. Me horrorizaba,

dijo Austerlitz, escuchar a alguien, y mucho más hablar yo, y, cuando eso siguió así, comprendí poco a poco lo aislado que estaba y había estado siempre, lo mismo entre los galeses que entre los ingleses y franceses. Nunca pensé en mi verdadero origen, dijo Austerlitz. Tampoco me había sentido perteneciente a una clase, una profesión o una fe religiosa. Entre artistas e intelectuales me sentía tan mal como en la vida burguesa, y desde hacía mucho tiempo no creía ser ya capaz de entablar una amistad personal. Apenas conocía a alguien, pensaba enseguida que me había acercado demasiado, apenas me prestaba alguien atención comenzaba a retirarme. En realidad, al final me unían a las personas sólo ciertas formas de cortesía, claramente llevadas al extremo y que, como hoy sé, dijo Austerlitz, no se orientaban tanto a la persona que fuera sino a permitirme hacer caso omiso del hecho de que siempre, hasta donde podía recordar, había estado sobre un fondo de innegable desesperación. En aquella época, después de mi labor destructora en el jardín y de haber vaciado la casa, ocurrió también que, para evitar el insomnio que me atormentaba en medida cada vez mayor, comencé a vagar de noche por Londres. Durante más de un año, creo, dijo Austerlitz, al caer la oscuridad salía de casa, caminando sin cesar, por Mile End y Bow Road, pasando por Stratford, hasta Chigwell y Romford, a través de Bethnal Green y Canonbury, atravesando Holloway y Kentish Town, hasta llegar al Hampstead Heath, hacia el sur sobre el río hasta Pecam y Dulvich, o hacia el oeste, hasta Richmond Park. Se puede ir realmente a pie, en una sola noche, casi de un extremo a otro de esta gigantesca ciudad, dijo Austerlitz y, cuando uno se acostumbra a ese caminar solitario y a encontrar en el camino sólo espectros nocturnos aislados, pronto se asombra de que por todas partes, en casas innumerables, lo mismo en Greenwich que en Bayswater o Kensington, los londinenses de todas las edades, al parecer por acuerdo hace tiempo concertado, estén echados en sus camas, tapados y, como deben creer, a seguro, mientras que, en verdad, sólo están tendidos, con el rostro vuelto hacia el suelo por miedo, como en otro tiempo en un descanso al atravesar el desierto. Mis andanzas me llevaron hasta los barrios más apartados, a las antesalas de la metrópoli a las que, de otro modo, nunca hubiera ido y, cuando se hacía de día, volvía a Whitechapel con el metro, junto con todas las demás pobres almas que a esa hora afluían de nuevo de la periferia al centro. Me pasó entonces varias veces en las estaciones que, entre los que venían hacia mí por los pasillos embaldosados, en las escaleras mecánicas que descendían escarpadamente hacia las profundidades, o a los que divisaba tras los grises cristales de un tren que partía, creía reconocer algún rostro que conocía de antes. Esos rostros conocidos tenían siempre algo distinto de todos los demás, y me perseguían e inquietaban a veces días enteros. Realmente comencé a ver entonces, la mayoría de las veces al volver de mis excursiones nocturnas, a través de una especie de un humo o velo que se desplazaba, colores y formas de una corporeidad por decirlo así disminuida, imágenes de un mundo descolorido, una escuadra de barcos de vela que, desde el estuario del Támesis que centelleaba a la luz de la tarde, surcaba el mar hacia las sombras, un coche de caballos en Spitalfields, con un cochero de chistera, una transeúnte con un vestido de los años treinta que bajaba la vista al pasar por mi lado. Era en momentos de especial debilidad, en los que creía no poder continuar, cuando tenía esas alucinaciones. A veces me parecía como si a mi alrededor se extinguieran los ruidos de la ciudad, como si el tráfico fluyera en silencio por la calzada o como si alguien me hubiera tirado de la manga. También oía cómo, a mi espalda, hablaban en algún idioma extraño, lituano, húngaro o algo así, muy ajeno, pensaba, dijo Austerlitz. En la estación de Liverpool Street, que me atraía irresistiblemente una y otra vez en mis andanzas, tuve varias de esas experiencias. Esa estación, cuya ala principal se encuentra de quince a veinte pies bajo el nivel de la calle, era, antes de su reconstrucción comenzada a finales de los ochenta, uno de los lugares más oscuros y siniestros de Londres, una especie de entrada al averno, como se ha observado muchas veces.

La gravilla entre las vías, las resquebrajadas traviesas, las paredes de ladrillo, las molduras y cristales de las altas ventanas laterales, los quioscos de madera de los inspectores, las columnas de hierro colado que se alzaban con capiteles de hojas de palma, todo estaba ennegrecido por una capa pegajosa, formada en el transcurso de los años por polvo de carbón y hollín, vapor de agua, azufre y gasóleo. Incluso en los días soleados, sólo un gris difuso, iluminado apenas por los globos de luz, atravesaba el techo de cristal del recinto, y en esa eterna oscuridad, llena de una confusión de voces sofocadas y de un suave raspar y arrastrar de pies, se movían a raudales las innumerables personas que bajaban de los trenes o se dirigían a ellos, juntas o separadas y, en las barreras y pasos estrechos, remansadas como el agua ante una presa. Cada vez, dijo Austerlitz, cuando al volver del East End bajaba en la estación de Liverpool Street, me quedaba allí una o dos horas al menos, me sentaba en un banco con otros viajeros y personas sin hogar ya cansados a primera hora de la mañana o me apoyaba en algún lado contra una barandilla, sintiendo al hacerlo aquel tirón constante dentro de mí, una especie de dolor de corazón que, como empezaba a sospechar, se debía a la vorágine del tiempo pasado. Sabía que en el terreno sobre el que se levantaba la estación se extendían en otro tiempo prados pantanosos que llegaban hasta los muros de la ciudad, los cuales, durante los fríos inviernos de la llamada pequeña edad glaciar, se helaban durante meses y en los que los londinenses patinaban, con patines de hueso atados bajo las suelas, lo mismo que los habitantes de Amberes sobre el Escalda, a veces hasta medianoche, al resplandor titilante de los troncos que ardían en braseros situados aquí o allá. Más tarde se drenaron poco a poco esos prados pantanosos, se plantaron olmos, se instalaron huertos de hierbas, estanques de peces y blancos senderos de arena por los que pudieran pasear los ciudadanos al acabar su jornada, y pronto se construyeron también pabellones y casas de campo, hasta Forest Park y Arden. En los terrenos de la actual ala principal de la estación y del Great Eastern Hotel, así continuó Austerlitz, se alzaba hasta el siglo XVII el convento de la orden de Santa María de Belén, que fundó un tal Simon FitzMary tras haberse salvado de forma milagrosa de manos de los sarracenos, en una cruzada, para que en adelante los piadosos hermanos y hermanas rogaran por la salvación del fundador y de sus antecesores, su cesores y parientes. Al convento pertenecía también, fuera de Bishopsgate, el hospital para perturbados e indigentes que ha pasado a la historia con el nombre de Bedlam. Casi compulsivamente, dijo Austerlitz, cuando estaba en la estación, trataba de imaginarme una y otra vez dónde, en el espacio luego atravesado por otros muros y ahora nuevamente alterado, habían estado las habitaciones de los ocupantes del asilo, y a menudo me he preguntado si el sufrimiento y los dolores que se acumularon allí durante siglos han desaparecido realmente alguna vez, si todavía hoy, como creía sentir a veces en un frío soplo de aire en la frente, no nos cruzábamos con ellos en nuestros recorridos por las naves y en las escaleras. O me imaginaba también poder ver los pálidos campos que se extendían hacia el oeste de Bedlam, veía las blancas sendas de ropa tendidas sobre la hierba verde y las figuritas de tejedores y lavanderas y, más allá de los campos pálidos, los lugares donde se enterraba a los muertos desde que los cementerios de las iglesias de Londres no podían acoger a más. Lo mismo que los vivos, los muertos, cuando están demasiado apretados, se trasladan a una zona menos poblada, donde, a distancia conveniente entre sí, pueden encontrar reposo. Sin embargo, siguen llegando cada vez más, en sucesión ininterrumpida, para cuyo alojamiento finalmente, cuando todo está ocupado, se cavan tumbas en las tumbas, hasta que por todo el campo se encuentran huesos a diestro y siniestro.



Donde, en otro tiempo, estaban los pálidos campos y los camposantos, en la zona de la estación de Broad Street, construida en 1865, aparecieron en 1984, en las excavaciones realizadas en el curso de los trabajos de demolición bajo una parada de taxis, más de cuatrocientos esqueletos. Yo estaba entonces con mucha frecuencia dijo Austerlitz, en parte por mi interés por la historia de la arquitectura y en parte también por otras razones, para mí incomprensibles, e hice fotografías de los restos mortales y recuerdo que uno de los arqueólogos, con el que entré en conversación, me dijo que en cada metro cúbico de tierra sacada de aquella fosa se habían encontrado, por término medio, los esqueletos de ocho personas. Sobre la capa de tierra depositada encima de los cuerpos hundidos con el polvo y los huesos la ciudad creció, en el curso de los siglos XVII y XVIII, en una maraña cada vez más intrincada de calles y casas pútridas, fabricadas con maderos, terrones de barro y cualquier otro material disponible, para los más humildes habitantes de Londres. Hacia 1860 y 1870, antes de comenzar los trabajos de construcción de las dos estaciones del nordeste, esos barrios miserables fueron desalojados por la fuerza y se removieron y desplazaron enormes masas de tierra, con los enterrados en ella, para que las vías del ferrocarril, que en los planos preparados por los ingenieros parecían las fibras musculares y nerviosas de un atlas anatómico, pudieran llegar hasta los confines de la ciudad. Pronto la zona que había ante Bishopsgate no fue más que un barrizal pardo grisáceo, una tierra de nadie en la que no se movía un alma.



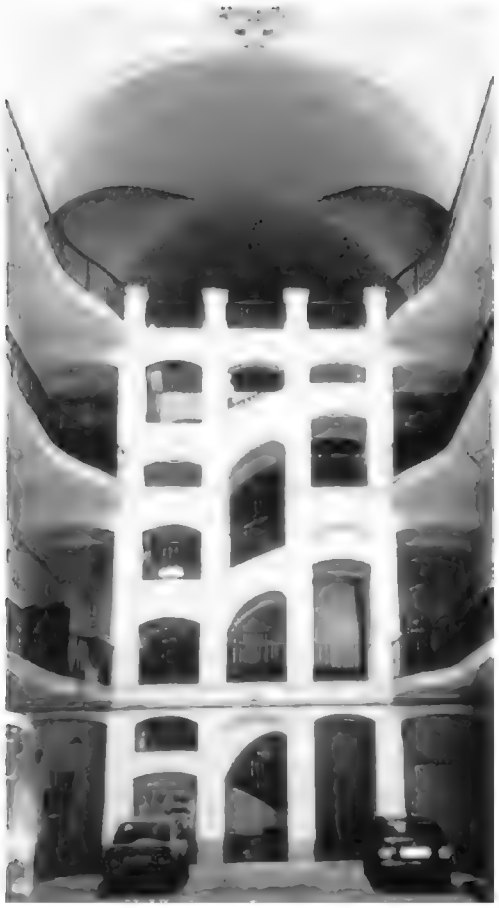
El arroyo de Wellbrook, las fosas de agua y los estanques, las fochas, becasinas y garzas, los olmos y moreras, el parque de ciervos de Paul Pindar, los enfermos mentales de Bedlam y los hambrientos de Angel Alley, de Peter Street, de Sweet Apple Court y de Swan Yard habían desaparecido, y desaparecidas estaban hoy las multitudes de millones y millones que, un día tras otro, pasaron durante un siglo entero por las

estaciones de Broadgate y Liverpool Street. Para mí, sin embargo, dijo Austerlitz, era en aquel tiempo como si volvieran los muertos de su ausencia y llenaran la penumbra que me rodeaba con su incesante ir y venir, peculiarmente lento. Recuerdo, por ejemplo, que una tranquila mañana de domingo estaba sentado en un banco del andén especialmente oscuro al que llegaban los trenes del barco de Harwich, y que contemplé allí largo tiempo a un hombre que, con su raído uniforme de ferroviario, llevaba un turbante blanco como la nieve y, con una escoba, recogía aquí o allá algo de la basura que había en el pavimento. En esa tarea, que, en su inutilidad, recordaba las penas eternas que, al parecer, dijo Austerlitz, tendremos que sufrir después de nuestra vida, aquel hombre que, profundamente olvidado de sí mismo, realizaba siempre los mismos movimientos, se servía de, en lugar de un verdadero recogedor, una caja de cartón con uno de los lados arrancado, que él iba empujando con el pie poco a poco, primero subiendo por la plataforma y luego bajando otra vez, hasta llegar al punto de partida, una puerta baja en la valla de la obra que se alzaba ante la fachada interior de la estación hasta el segundo piso, por la que había salido hacía media hora y por la que, a trompicones según me pareció, volvió a desaparecer. Hasta hoy me resulta inexplicable qué me indujo a seguirlo, dijo Austerlitz. Damos casi todos los pasos decisivos de nuestra vida por algún impreciso impulso interior. En cualquier caso, aquella mañana de domingo me encontré de repente tras la alta valla de la obra, directamente ante la entrada del llamado Ladies Waiting Room, de cuya existencia en aquella parte remota de la estación no había tenido hasta entonces la menor idea. No se veía por ninguna parte al hombre del turbante. Tampoco en el andamio se movía nada. Dudé si entrar por la puerta de vaivén pero, apenas puse la mano en la manilla de latón, entré enseguida, a través de una cortina de fieltro colgada en el interior contra las corrientes de aire, a una gran sala evidentemente no usada desde hacía años, como un actor, dijo Austerlitz, que sale al escenario y, en el momento de salir, olvida irrevocablemente y por completo lo que se ha aprendido de memoria, el papel que tantas veces ha interpretado. Es posible que pasaran minutos u horas, durante los cuales, sin poder moverme del sitio, estuve de pie en aquella sala, según me pareció de techo enormemente alto, con el rostro levantado hacia la luz de un gris helado, parecida a la de la luna, que entraba por una galería situada bajo el techo abovedado y flotaba sobre mí como una red o un tejido poco espeso, en algunos sitios deshilachado. A pesar de que esa luz era muy clara en lo alto, una especie de polvo centelleante se podría decir, cuando descendía parecía ser absorbida por las paredes y las regiones más bajas de la sala, como si sólo aumentara la oscuridad y corriera en verdugones negros, más o menos como la lluvia por los troncos lisos de las hayas o por una fachada de hormigón. A veces, cuando fuera, sobre la ciudad, se desgarraba la cubierta de nubes, algunos haces de rayos entraban en la sala de espera, que sin embargo se extinguían ya a medio camino la mayoría de las veces. Otros rayos, en cambio, describían curiosas trayectorias que infringían las leyes de la física, y giraban en espiral o remolino sobre sí mismos, antes de ser tragados por las vacilantes paredes. Apenas en un abrir y cerrar de ojos veía entretanto enormes espacios que se abrían, filas de pilares y columnatas que llevaban a las mayores distancias, bóvedas y arcos de ladrillo que soportaban pisos y más pisos, escalinatas de piedra, escaleras de madera y escalerillas que conducían la vista cada vez más arriba, pasarelas y puentes que cruzaban los abismos más profundos y en los que se apiñaban figuras diminutas, presos, pensé, dijo Austerlitz, que buscaban una salida de aquella mazmorra y, cuanto más miraba a lo alto con la cabeza dolorosamente echada atrás, tanto más me parecía como si el espacio interior en que me encontraba se extendiera, como si continuara infinitamente en el más improbable de los escorzos, curvándose al mismo tiempo sobre sí mismo, como sólo era posible en un universo falso semejante. Una vez creí ver, muy arriba, una cúpula rota, en cuyos bordes, sobre un parapeto, crecían helechos, sauces jóvenes y otros arbustos en los que las garzas habían construido nidos grandes y desordenados, y las vi desplegar las alas e irse volando por el aire azul. Recuerdo, dijo Austerlitz, que, en medio de aquella visión de cautiverio y liberación, me atormentaba la idea de si había ido a parar al interior de una ruina o al de un edificio sólo en proceso de construcción. En cierto modo, en aquella época, en la que la nueva estación surgía literalmente de la construcción derribada, ambas cosas eran ciertas, y lo decisivo no era esa pregunta, que en el fondo era sólo una distracción, sino los fragmentos de recuerdos que comenzaban a desplazarse por las zonas exteriores de mi conciencia, imágenes como, por ejemplo, la de una tarde a finales de noviembre de 1968, cuando, con Marie de Verneuil, a la que conocía de mi época de París y de la que todavía tendré que hablar, estaba en la nave de la maravillosa iglesia de Salle en Norfolk, que se alza sola en una extensa campiña, y no pronuncié las palabras que hubiera debido pronunciar. Fuera, la blanca niebla había subido de los campos, y los dos mirábamos en silencio cómo se arrastraba lentamente por el umbral de la puerta, una nebulosidad que avanzaba baja, rizándose, y que poco a poco se extendía por el suelo de piedra, cada vez se adensaba más y ascendía visiblemente, hasta que sólo sobresalíamos de ella de medio cuerpo y temimos que pronto no nos dejara respirar. Recuerdos como ése eran los que me venían en el abandonado Ladies Waiting Room de la

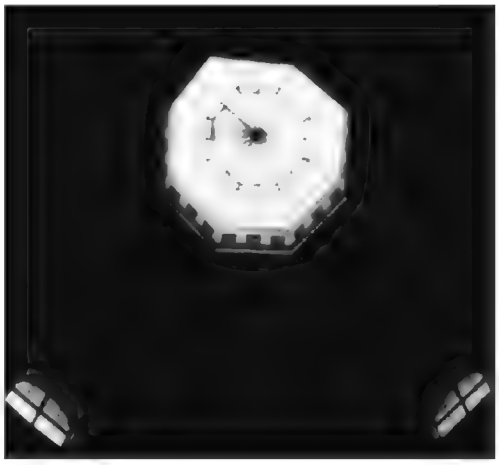
estación de Liverpool Street, recuerdos tras los cuales y en los cuales se escondían cosas que se remontaban mucho más atrás, siempre entrelazados entre sí, exactamente como las bóvedas laberínticas que creía reconocer en aquella luz gris polvorienta y que se continuaban en sucesión interminable. Realmente tenía la sensación, dijo Austerlitz, de que la sala de espera, en cuyo centro estaba yo como deslumbrado, contenía todas las horas de mi pasado, todos mis temores y deseos reprimidos y extinguidos alguna vez, como si el dibujo de rombos negros y blancos de las losas de piedra que tenía a mis pies fuera el tablero para la partida final de mi vida, como si se extendiera por toda la planicie del tiempo. Quizá por eso viera también en la semipenumbra de la sala dos personas de mediana edad vestidas al estilo de los años treinta, una mujer con una gabardina ligera y un sombrero ladeado sobre el pelo y, junto a ella, un hombre flaco, que llevaba traje oscuro y alzacuello. Y no sólo vi al pastor y a su mujer, dijo Austerlitz, sino que vi también al chico que habían venido a buscar. Estaba sentado solo, en un banco apartado. Las piernas, enfundadas en medias blancas hasta la rodilla, no le llegaban al suelo aún y, de no haber sido por la mochila que sostenía abrazada en su regazo, creo, dijo Austerlitz, que no lo habría reconocido. Así, sin embargo, lo reconocí por la mochila, y me acordé, por primera vez hasta donde podía recordar, de mí mismo, en el momento en que comprendí que debió de ser a esa sala de espera adonde llegué a Inglaterra, hacía más de medio siglo. El estado en que caí entonces, dijo Austerlitz, como tantas otras cosas, no sé describirlo; era un desgarramiento lo que sentía en mí, y vergüenza y pesar, o algo totalmente distinto de lo que no se puede hablar porque faltan palabras, lo mismo que me faltaron en aquella ocasión, en que me abordaron dos extranjeros cuyo idioma no entendía. Recuerdo sólo que, al ver al chico sentado en el banco, tuve conciencia, por su estupor apático, de la destrucción que el estar solo había producido en mí en el curso de tantos años, y me invadió un terrible cansancio al pensar que nunca había estado realmente vivo, o que acababa de nacer ahora, en cierto modo en vísperas de mi muerte. Sobre las razones que pudieron inducir al predicador Elias y a su pálida mujer, en el verano de 1939, a recogerme en su casa, sólo puedo hacer conjeturas, dijo Austerlitz. Al no tener hijos, como no tenían, confiaban quizá en poder contrarrestar la congelación de sus sentimientos, que indudablemente les resultaba más insoportable cada día, dedicándose juntos a la educación de aquel chico de cuatro años y medio, o quizá pensaron que estaban obligados ante una instancia más alta a realizar una obra que excediera la caridad cotidiana y supusiera entrega personal y sacrificio. Posiblemente creían también tener que salvar de la condenación eterna a mi alma no rozada por la fe cristiana. Tampoco puedo decir ya qué me ocurrió en los primeros tiempos en Bala, bajo la custodia del matrimonio Elias. Recuerdo mi nueva ropa, que me hizo muy desgraciado, y también la inexplicable desaparición de mi mochila verde, y recientemente me he imaginado incluso poder entrever algo de la extinción de mi lengua materna, de sus sonidos de mes en mes menos audibles, que durante algún tiempo al menos estuvieron dentro de mí como una especie de arañar o golpear de algo encerrado, que, cuando se quiere escuchar, se interrumpe y calla por miedo. Y sin duda las palabras totalmente olvidadas por mí en un plazo breve, con todo lo que formaba parte de ellas, hubieran seguido enterradas en el abismo de mi memoria si, por una concatenación de circunstancias diversas, no hubiera entrado aquel domingo por la mañana en la antigua sala de espera de la estación de Liverpool Street, unas semanas antes como máximo de que, a consecuencia de los trabajos de reconstrucción, desapareciera para siempre. No tengo idea de cuánto tiempo estuve en la sala de espera, dijo Austerlitz, ni sé de qué manera volví a salir ni por qué camino anduve a través de Bethnal Green o Stepney, hasta que, al caer la oscuridad, llegué por fin a casa y, agotado como estaba, me acosté con la ropa empapada y caí en un sueño profundo y angustiado, del que, como pude descubrir después de cálculos repetidos, no desperté hasta la mitad de la noche del día siguiente. En ese sueño, en el que mi cuerpo se hacía el muerto mientras por mi cabeza pasaban pensamientos febriles, yo estaba en lo más recóndito de una fortaleza en forma de estrella, en una mazmorra aislada de todo el mundo, desde la que tenía que intentar salir al aire libre, a través de largos corredores de techo bajo que me llevaban a través de todas las construcciones por mí visitadas y descritas. Era un mal sueño, que no quería terminar, cuya trama principal se interrumpía muchas veces por otros episodios en los que, a vista de pájaro, veía un paisaje sin luz por el que se apresuraba un tren muy pequeño, doce vagones en miniatura de color tierra y una locomotora negra como el carbón bajo un penacho de humo que se estiraba hacia atrás y cuyo extremo, como el de una gran pluma de avestruz, se agitaba continuamente de un lado a otro por la velocidad de la marcha. Luego otra vez, por la ventana de un compartimiento, vi oscuros bosques de abetos, el valle de un río profundamente hundido, montañas de nubes en el horizonte y molinos de viento que descollaban por encima de los tejados de la casas apiñadas a su alrededor y cuyas anchas aspas, golpe a golpe, iban cortando el amanecer. Durante aquellos sueños, dijo Austerlitz, había sentido detrás de sus ojos cómo las imágenes, que habían sido de una impresionante proximidad, salían literalmente de él, pero, después de despertar, apenas podía retener siquiera su contorno. Me di cuenta entonces de qué poca práctica tenía en recordar y cuánto, por el

contrario, debía de haberme esforzado siempre por no recordar en lo posible nada y evitar todo lo que, de un modo o de otro, se refería a mi desconocido origen. Así, por inconcebible que hoy me parezca, no sabía nada de la conquista de Europa por los alemanes, del Estado de esclavos que establecieron, ni de la persecución a la que yo había escapado, o si algo sabía, no era más de lo que sabe la chica de una tienda, por ejemplo, de la peste o del cólera. Para mí, el mundo acababa al terminar el siglo XIX. Más allá no me atrevía a ir, aunque, en realidad, toda la historia de la arquitectura y la civilización de la edad burguesa que yo investigaba se orientaba hacia la catástrofe que ya se perfilaba entonces. No leía periódicos, porque, como hoy sé, temía revelaciones desagradables, encendía la radio sólo a horas determinadas, perfeccionaba cada vez más mis reacciones defensivas y creaba una especie de sistema de cuarentena e inmunidad que, al mantenerme en un espacio cada vez más estrecho, me ponía a salvo de todo lo que de algún modo, por remoto que fuera, estuviera en relación con mi historia anterior. Además, me ocupaba continuamente de aquella acumulación de conocimientos que había continuado durante decenios y que me servía de memoria sustitutiva y compensatoria, y si, a pesar de todas las precauciones, como no podía dejar de ocurrir, me llegaba alguna noticia peligrosa para mí, era evidentemente capaz de cerrar ojos y oídos y, en pocas palabras, de olvidar aquello como cualquier otra molestia. Esa autocensura de mi pensamiento, el constante rechazo de cualquier recuerdo que apareciera en mí, exigía sin embargo de cuando en cuando, según continuó Austerlitz, mayores esfuerzos y llevó inevitablemente por fin a la paralización casi completa de mi capacidad lingüística, la destrucción de todos mis dibujos y notas, mis interminables vagabundeos por Londres y las alucinaciones que tenía cada vez con más frecuencia, hasta llegar a mi derrumbamiento nervioso en el verano de 1992. Sobre cómo pasé el resto del año, dijo Austerlitz, no puedo dar ninguna información; sólo sé que, a la primavera siguiente, cuando se había producido cierta mejora en mi estado, en uno de mis primeros paseos por la ciudad, en las proximidades del Museo Británico, entré en una librería de viejo que anteriormente había visitado regularmente en busca de grabados de arquitectura. Hojeé distraído en las distintas cajas y cajones, y contemplé, a veces durante minutos enteros, una bóveda en estrella o un friso romboidal, una ermita, un monóptero o un mausoleo, sin saber por qué ni para qué. La propietaria de la librería, Penelope Peacefull, una mujer muy bella que admiraba hacía años, estaba sentada, como era su costumbre en las horas de la mañana, ligeramente de lado, junto a su escritorio cargado de papeles y libros, resolviendo con la mano izquierda el crucigrama de la última página del *Telegraph*. De vez en cuando me sonreía y luego volvía a mirar a la calle, sumida en sus pensamientos. Reinaba el silencio en la librería, y sólo de la pequeña radio que Penelope, como siempre, tenía a su lado, surgían voces suaves, y esas voces, al principio apenas perceptibles pero pronto para mí sumamente claras, me cautivaron de tal modo que olvidé totalmente las hojas que tenía ante mí y me quedé inmóvil, como si no pudiera perderme ni una de las sílabas que salían de aquel aparato, un tanto chirriante. Lo que oí fueron las voces de dos mujeres, que hablaban entre sí de cómo en el verano de 1939, siendo niñas, las habían enviado a Inglaterra en un transporte especial. Mencionaron toda una serie de ciudades —Viena, Munich, Danzig, Bratislava, Berlín—, pero sólo cuando una de las dos comenzó a decir que su transporte, después de un viaje de dos días a través del Deutsche Reich y de Holanda, donde habían visto desde el tren las grandes aspas de los molinos de viento, había sido con el transbordador *Prague* de Hook a Harwich, por el Mar del Norte, supe, sin lugar a dudas, que aquellos recuerdos fragmentarios eran también parte de mi vida. Estaba demasiado asustado por la súbita revelación para anotar las direcciones y números de teléfono al final del programa. Me veía sólo aguardando, en un muelle, en una larga fila doble de niños que en su mayoría llevaban mochilas o carteras. Volvía a ver los grandes sillares a mis pies, la mica en la piedra, el agua gris pardusca en el puerto, las sogas y cadenas de ancla que ascendían oblicuas, la proa del buque, más alta que una casa, las gaviotas que, chillando furiosamente, volaban sobre nuestras cabezas, los rayos de sol que irrumpían a través de las nubes y a la chica pelirroja de capa escocesa y boina de terciopelo que se ocupó en nuestro compartimiento de los niños pequeños en el viaje a través del paisaje oscuro, aquella chica con la que, como ahora recuerdo, soñé con frecuencia que, en una habitación iluminada por una lamparilla azulada, me tocaba una canción divertida con una especie de bandoneón. *Are you all right*?, oí de repente como muy lejos, y necesité un momento para comprender dónde estaba y que Penelope quizá había considerado preocupante mi súbita petrificación. Sólo dejando vagar mis pensamientos, recuerdo haberle respondido, de hecho en el Hook van Holland, a lo que Penelope, levantando ligeramente su bello rostro, sonrió comprensiva, como si no pocas veces hubiera tenido que esperar en aquel puerto desolado. *One way to live cheaply and without tears*?, me preguntó inesperadamente, mientras daba golpecitos con la punta del bolígrafo en el crucigrama del periódico doblado, pero, cuando iba a confesarle que siempre me había sido imposible resolver ni el más sencillo de esos retorcidos acertijos ingleses, dijo: *Oh, rent free*
it's

!, y garrapateó veloz las ocho letras en las últimas casillas vacías. Después de despedirnos, estuve sentado una hora en un banco de Russell Square bajo los altos plátanos, todavía totalmente desnudos. Era un día soleado. Algunos estorninos desfilaban por la hierba de un lado a otro, a su estilo peculiarmente diligente y picoteando con ligereza las flores de los crocos. Yo los miraba, veía cómo sus colores verdidorados relucían en el plumaje oscuro, según cómo se volvieran hacia la luz, y llegué a la conclusión de que no sabía si había venido a Inglaterra con el *Prague* o con algún otro barco, pero la simple mención del nombre de esa ciudad en el contexto actual bastaba para convencerme de que tendría que volver allí. Pensé en las dificultades que había encontrado Hilary cuando, durante mis últimos meses en Stower Grange, comenzó a ocuparse de mi nacionalización y en cómo no había logrado saber nunca nada, ni en las diversas oficinas de asuntos sociales de Gales, ni en el Foreign Office, ni en los comités de ayuda bajo cuya dirección habían llegado a Inglaterra los transportes de niños refugiados, y que habían perdido parte de sus archivos durante los traslados y puestas a salvo realizados varias veces durante los bombardeos de Londres, en las circunstancias más difíciles y casi exclusivamente por personal auxiliar no cualificado.



Me informé en la embajada checa de las direcciones de organismos que en un caso como el mío entraban en consideración y luego, en cuanto llegué al aeropuerto de Ruzyné, en un día demasiado claro, en cierto modo sobreexpuesto, en el que la gente, según dijo Austerlitz, parecía tan enferma y gris como si todos fueran fumadores crónicos, casi en estado terminal, fui en taxi a la Karmelitská, en el Barrio Menor, donde está el archivo estatal en un edificio muy extraño, que se remonta mucho en el tiempo, si es que, como tantas cosas en esa ciudad, no está fuera del tiempo.

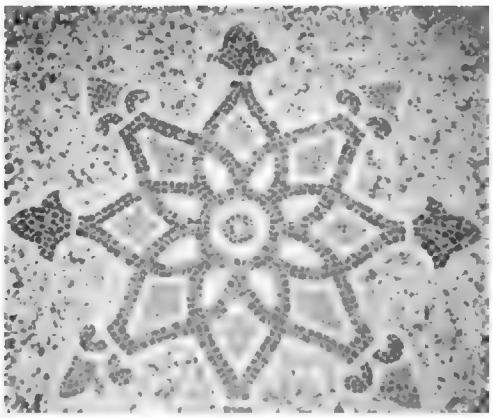


Se entra en él por una estrecha puerta, empotrada en el portal principal, y se encuentra uno al principio en una entrada crepuscular, de bóveda de medio punto, por la que en otro tiempo los carruajes y calesas penetraban en el patio interior, cubierto por una cúpula de cristal de, por lo menos, veinte metros por cincuenta, y rodeado en tres pisos por galerías que dan acceso a las oficinas, por cuyas ventanas puede verse la calle, de forma que todo el edificio, que por fuera parece sólo un palacio, está constituido por cuatro alas, de no más de tres metros de profundidad, dispuestas en torno al patio de una forma en cierto modo ilusionista, en las que no hay pasillos ni corredores, como es habitual en la arquitectura penitenciaria de la época burguesa, en la que se impuso el modelo de alas de celdas construidas en torno a un patio rectangular o redondo y dotadas en su parte interior de pasarelas practicables, como el más apropiado para el cumplimiento de las penas. Pero no fue sólo una prisión lo que me recordó el patio interior del archivo de la Karmelitská, sino también un convento, una escuela de equitación, una ópera y un manicomio, y todas esas ideas se mezclaban en mí, mientras contemplaba la luz crepuscular que bajaba de lo alto y creía ver a su través, en las galerías, una densa multitud en la que algunos se quitaban el sombrero o agitaban pañuelos como en otro tiempo los pasajeros de un vapor que zarpara. En cualquier caso, hizo falta algún tiempo para que yo volviera un tanto a la normalidad y me dirigiera a la ventanilla desde la que el portero no me había perdido de vista desde que atravesé el umbral y, atraído por la luz del patio interior, pasé por su lado sin darme cuenta. Había que inclinarse mucho hacia la ventanilla, demasiado baja, si se quería hablar con el guardián, que, según todas las apariencias, estaba arrodillado en el suelo de su cobertizo.

Aunque, por mi parte, adopté pronto esa postura, no conseguí hacerme comprender de ningún modo, dijo Austerlitz, por lo que también el guardián, finalmente, con una larga tirada de la que no pude entender más que las palabras varias veces repetidas con énfasis especial *anglický* y *angličan*, llamó por teléfono desde el interior del edificio a una de las empleadas del archivo, que, realmente enseguida, mientras yo rellenaba aún uno de los formularios de visita, apareció a mi lado, según suele decirse, como caída del cielo. Tereza

Ambrosová, así se presentó ante mí, y me preguntó enseguida, en su inglés un poco torpe pero, por lo demás, totalmente correcto, qué deseaba. Tereza Ambrosová era una mujer pálida, casi transparente, de unos cuarenta años quizá. Cuando subimos al tercer piso, en un ascensor muy estrecho que rozaba por un lado con el pozo, en silencio y cohibidos por la antinatural proximidad física a que se ve uno forzado en un cajón así, vi una suave pulsación en la curva de una vena azulada bajo la piel de su sien derecha, una pulsación casi tan rápida como la del cuello de un lagarto cuando permanece inmóvil sobre una piedra al sol. Llegamos a la oficina de la señora Ambrosová a lo largo de una de las galerías que rodeaban el patio. Apenas me atreví a mirar por encima de la barandilla a lo hondo, donde había dos o tres automóviles estacionados, que desde arriba parecían curiosamente alargados, mucho más largos en cualquier caso de lo que parecían en la calle. En la oficina, a la que entramos directamente desde la galería, había por todas partes, en los armarios de persiana, en los estantes que se curvaban, en un carrito que al parecer servía expresamente para transportar expedientes, en un anticuado sillón de orejas colocado contra la pared y en los dos escritorios situados frente a frente, grandes montones de legajos atados con bramante, no pocos de ellos oscurecidos y quebradizos en los bordes. Entre aquellas montañas de papeles habían encontrado asiento su buena docena de plantas de interior en sencillos tiestos de arcilla y cacharros de porcelana multicolores, mimosas y mirtos, áloes de gruesas hojas, gardenias y una gran hoya carnosa. La señora Ambrosová, que con excepcional cortesía había arrimado una silla para mí junto a su escritorio, me escuchó, con la cabeza un poco ladeada, de la forma más atenta, cuando yo, por primera vez en mi vida, comencé a explicar a alguien que, por diversas circunstancias, mi origen había permanecido oculto para mí y que, por otras razones, me había abstenido de investigar sobre mí mismo, pero ahora, como consecuencia de una serie de acontecimientos significativos, había llegado a la conclusión o, por lo menos, a formular la conjetura de que, a la edad de cuatro años y medio, en los meses que siguieron inmediatamente al estallido de la guerra, había dejado la ciudad de Praga con alguno de los llamados transportes de niños que salieron de allí y, por eso, había venido al archivo con la esperanza de poder encontrar en el registro, con sus direcciones, a las personas de mi apellido que vivían en Praga en el período comprendido entre 1934 y 1939, que sin duda no podían ser muchas. Al dar esas explicaciones no sólo muy superficiales sino, como me pareció de pronto, francamente absurdas, entré en tal pánico, que comencé a tartamudear y apenas pude decir ya palabra. De pronto noté el calor que salía del grueso radiador, repetidas veces pintado con malas pinturas de aceite, bajo la ventana abierta de par en par, oía sólo el ruido que subía de la Karmelitská, el pesado rodar del tranvía, los aullidos de las sirenas de la policía y de ambulancias lejanas, en alguna parte, y no me tranquilicé hasta que Tereza Ambrosová, que me miraba preocupada con sus ojos extrañamente profundos y de color violeta, me dio un vaso de agua y, mientras me bebía lentamente el vaso, que tuve que sostener con ambas manos, me dijo que el registro de los habitantes de la época de que se trataba se había conservado intacto, y que el apellido Austerlitz era en efecto uno de los menos comunes y, por ello, no debería presentar dificultad especial prepararme los correspondientes extractos para el día siguiente por la tarde. Se ocuparía personalmente del asunto. No puedo recordar ya, dijo Austerlitz, con qué palabras me despedí de la señora Ambrosová, cómo salí del archivo o por dónde anduve después; sólo recuerdo que, no lejos de la Karmelitská, en un pequeño hotel de la isla de Kampa, alquilé una habitación, y estuve allí sentado junto a la ventana hasta que se hizo oscuro, mirando el agua gris pardusca y perezosa del Moldava, y la ciudad, como me temía totalmente desconocida y con la que no tenía ahora ninguna relación, al otro lado de la corriente. Los pensamientos me pasaban por la cabeza con angustiosa lentitud, a cual más impreciso e increíble. Durante toda la noche estuve en parte echado sin dormir y en parte atormentado por sueños desagradables, en los que tenía que subir y bajar escaleras y llamar inútilmente a cientos de puertas, hasta que en uno de los suburbios más exteriores, que no pertenecía ya a la ciudad, un portero llamado Bartoloměj Smečka, que llevaba una casaca imperial y un chaleco de fantasía floreado con una cadena de reloj de oro atravesada, salió de una especie de mazmorra y, después de haber estudiado el papel que le alargué, se encogió de hombros lamentándolo y dijo que la tribu de los aztecas, por desgracia, se había extinguido hacía muchos años y, todo lo más, sobrevivía aquí o allá algún papagayo que todavía entendía algunas palabras de su idioma. Al día siguiente, continuó Austerlitz, fui otra vez al archivo estatal de la Karmelitská, donde primero, para concentrarme un poco, hice algunas fotos del gran patio interior y de la escalera que llevaba a las galerías, que por su forma asimétrica me recordó a las torres sin finalidad determinada que tantos nobles ingleses hacen construir en sus jardines y parques. En cualquier caso, subí finalmente por esa escalera, mirando un rato al vacío en cada descansillo, por una de las irregulares aberturas del muro, al patio sólo una vez atravesado por un empleado del archivo, que llevaba bata blanca de laboratorio y doblaba la pierna derecha hacia dentro un poco al andar. Cuando entré en la oficina de Tereza Ambrosová, ella estaba ocupada precisamente regando los plantones de geranio que había en

diversos tiestos en el alféizar, entre la ventana interior y la exterior. Se desarrollan mejor en esta atmósfera demasiado caliente que en el frío de la primavera en casa, dijo la señora Ambrosová. La calefacción de vapor no se puede regular ya, dijo, y por eso esto, especialmente en esta época de año, es como un invernadero. Quizá por ello se sintió mal usted ayer. He anotado ya las direcciones de los Austerlitz del registro. Como suponía, no eran más de media docena. La señora Ambrosová dejó a un lado la pequeña regadera verde y me alargó una hoja de papel de su escritorio. Austerlitz Leopold, Austerlitz Viktor, Austerlitz Tomáš, Austerlitz Jeroným, Austerlitz Edvard y Austerlitz František estaban allí uno tras otro y, al final, una Austerlitzová Agáta, evidentemente sola. Después del nombre figuraba siempre la profesión —comerciante de textiles al por mayor, rabino, fabricante de vendas, jefe de oficina, platero, propietario de imprenta, cantante— con el distrito y la dirección: VII U vozovky, II Betlemská, etc. La señora Ambrosová opinó que, antes de atravesar el río, debía empezar por el Barrio Menor, en la Šporkova, una pequeña calle situada algo más arriba del palacio de Schönborn, en la que, según el registro de habitantes de 1938, Ágata Austerlitzová tuvo su vivienda en la casa n.º 12. Y así, dijo Austerlitz, apenas había llegado a Praga, había vuelto a encontrar el lugar de mi primera infancia, de la que, hasta donde podía recordar, se había eliminado todo rastro en mi memoria. Y al dar vueltas en el laberinto de calles, por las casas y patios entre la Vlašská y la Nerudova, y totalmente cuando, subiendo paso a paso, sentí bajo los pies los adoquines irregulares de la Šporkova, fue como si hubiera recorrido antes esos caminos, como si se abriera para mí el recuerdo, no por el esfuerzo de recordar, sino por mis sentidos tanto tiempo entumecidos y ahora otra vez despiertos. Es verdad que no podía reconocer nada con certeza, pero sin embargo tenía que detenerme una vez y otra, porque la vista se me había quedado prendida en una reja de ventana hermosamente forjada, el puño de hierro de una campanilla o las ramas de un pequeño almendro que crecían por encima del muro de un jardín. Una vez estuve largo rato ante la entrada de una casa, dijo Austerlitz, mirando un bajorrelieve incrustado en el liso revoque sobre la piedra clave del arco de la puerta y no mayor de un pie cuadrado, que mostraba, ante un fondo estrellado y verde mar, un perro de color azul con una rama en la boca, que, como yo, estremecido hasta la raíz del pelo, adivinaba, había traído de mi pasado.



Y luego el aire fresco al entrar en el vestíbulo de la Šporkova n.º 12, la caja de metal empotrada en la pared inmediatamente al lado de la entrada, para la electricidad, con el símbolo del rayo, la flor de mosaico de ocho hojas, gris paloma y blanco de nieve, en el manchado suelo de piedra artificial de la entrada, el olor a cal mojada, la escalera que ascendía suavemente, los botones de hierro en forma de avellana a intervalos determinados, en el pasamanos de la barandilla..., nada más que letras y signos del cajón de imprenta de las cosas olvidadas, pensé y entré así en una confusión de sentimientos tan feliz y al mismo tiempo temerosa, que tuve que sentarme más de una vez en los escalones de la silenciosa escalera y apoyar la cabeza contra la pared.

Tal vez pasó una hora antes de que, finalmente, llamara en el piso superior en la vivienda del lado derecho, y luego media eternidad, según me pareció, hasta que oí algo que se movía dentro, se abrió la puerta y apareció ante mí Věra Ryšanova que, en los años treinta, cuando —eso me contó pronto— estudiaba filología románica en la Universidad de Praga, había sido vecina de mi madre Agáta y mi niñera. El hecho de que no la reconociera inmediatamente, aunque a pesar de su fragilidad no hubiera cambiado nada en el fondo, se debió, creo, dijo Austerlitz, al estado de excitación en que me encontraba y en el que apenas daba crédito a mis ojos. De modo que me limité a balbucear una frase que me había aprendido con dificultad el día anterior: *Promiňte, prosím, že Vás obtěžuji. Hledám paní Agáta Austerlizovou, která zde možná v roce devatenáct set třicet osm bydlela.* Busco a una señora Agáta Austerlitzová, que posiblemente vivió aquí en 1938. Věra se tapó el rostro con gesto de sobresalto, con ambas manos, que me parecieron infinitamente familiares, me miró por encima de las puntas de sus dedos extendidos, y dijo sólo, en voz muy baja pero con una claridad para mí maravillosa: *Jacquot, que vraiment toi*
est-ce
c'est
? Nos abrazamos, nos cogimos de las manos, nos volvimos a abrazar, no sé cuántas veces, hasta que Věra me llevó por el oscuro vestíbulo al cuarto en que todo estaba como había estado hacía casi sesenta años. Los

muebles, que Věra había heredado en mayo de 1933, con la vivienda, de su tía abuela, el armario de vitrina, a la izquierda un Polichinela enmascarado de Meissen y a la derecha su amada Colombina, la librería encristalada con los cincuenta y cinco pequeños volúmenes de color carmesí de la *Comédie humaine*, el secreter, el largo sofá, la manta de pelo de camello plegada a sus pies, las azuladas acuarelas de los montes de Bohemia, las plantas con flores en la repisa de la ventana, todo aquello, durante todo el tiempo de mi vida que ahora se precipitaba dentro de mí, había permanecido en su sitio, porque Věra, como me dijo, dijo Austerlitz, desde que me perdió y perdió a mi madre, que era para ella como una hermana, no había soportado ningún cambio. No recuerdo en qué orden Věra y yo nos contamos nuestras respectivas historias aquella tarde y noche de marzo, dijo Austerlitz, pero creo que, después de omitir todo lo que tanto me había oprimido en el curso del tiempo, le hablé brevemente de mí, y hablamos al principio de mis desaparecidos padres, Agáta y Maximilian. Maximilian Aychenwald, que procedía de San Petersburgo, donde su padre, hasta el año de la revolución, había tenido un comercio de especias, había sido en el Partido Socialdemócrata Checoslovaco uno de los funcionarios más activos, dijo Věra, y conoció a mi madre, quince años más joven, que entonces iniciaba su carrera de actriz teatral y había actuado en varias ciudades de provincias, en Nikolsburg, en uno de los numerosos viajes que hacía como orador en actos públicos y reuniones de empresa. En mayo de 1933, cuando apenas me había mudado aquí a la Šporkova, dijo Věra, a la vuelta de una estancia en París, llena de las más hermosas experiencias, como no se cansaban de repetirme, vinieron a vivir juntos a esta casa, a pesar de que siguieron sin casarse. Agáta y Maximilian, dijo Věra, fueron siempre muy aficionados a todo lo francés. Maximilian había sido desde el principio republicano y había soñado con hacer de Checoslovaquia, en medio de la marea fascista que se extendía inconteniblemente por toda Europa, una especie de segunda Suiza, una isla de libertad; Agáta, por su parte, tenía de un mundo mejor una idea más colorida, inspirada en Jacques Offenbach, a quien admiraba sobre todas las cosas, razón también por la que yo, dijo Věra, había recibido mi nombre, no muy usual entre los checos. Fue ese interés por la civilización francesa, en todas sus formas de expresión, que yo, como romanista apasionada, compartía tanto con Agáta como con Maximilian, el que hizo que, tras nuestra primera conversación el día en que se mudaron, comenzara a crecer entre nosotros una amistad, y de esa amistad surgió, por decirlo así como es natural, me dijo Věra dijo Austerlitz, el que ella, Věra, que, a diferencia de Agáta y Maximilian, podía disponer en gran medida de su tiempo, se ofreciera después de mi nacimiento a encargarse durante unos años de las tareas de niñera, hasta mi ingreso en la enseñanza preescolar, oferta que no lamenté luego ni una sola vez, dijo Věra, porque, antes incluso de que yo pudiera hablar, fue siempre como si nadie la comprendiera mejor que yo, y ya a una edad de menos de tres años la entretenía con mi arte para conversar, de la forma más agradable. Cuando íbamos entre los perales y cerezos por los prados en pendiente del jardín del seminario o, los días calurosos, por los umbríos terrenos del parque del palacio de Schönborn, el francés era, tras haber llegado a un acuerdo con Agáta, nuestro idioma habitual, y sólo cuando volvíamos a casa, a últimas horas de la tarde, cuando ella nos preparaba la cena, yo hablaba checo, por decirlo así, para las cosas más domésticas e infantiles. En medio de esa observación, la propia Věra, involuntariamente como supongo, dijo Austerlitz, había pasado de un idioma a otro, y yo, que ni en el aeropuerto ni en los archivos del Estado, incluso ni siquiera al aprenderme de memoria la pregunta que, si hubiera dado con la dirección equivocada, sin duda no me habría ayudado mucho, había tenido ni de lejos la idea de haber tenido contacto alguno con el checo, comprendía ahora, como un sordo que, por un milagro, recupera el oído, casi todo lo que decía Věra, y sólo quería cerrar los ojos y seguir escuchando sus polisilábicas palabras apresuradas. En la buena estación del año especialmente, dijo Věra, lo primero que ella hacía al volver del paseo diario era apartar a un lado los geranios del alféizar, para que yo, desde mi lugar favorito junto al antepecho de la ventana, pudiera mirar afuera, al jardín de las lilas y la casa de poca altura que había enfrente, en la que tenía su taller Moravec, el sastre jorobado, y mientras ella cortaba el pan y hacía hervir el agua, la informara con un comentario apresurado de lo que hacía Moravec en aquel momento, si, por ejemplo, estaba remendando el borde desgastado de una chaqueta, rebuscaba en su caja de botones o cosía un forro acolchado a un abrigo. Lo más importante para mí era sin embargo, dijo Věra, dijo Austerlitz, no perderme el momento en que Moravec dejaba la aguja y el hilo, las grandes tijeras y el resto de sus herramientas, despejaba su mesa cubierta de fieltro, desplegaba sobre ella una hoja doble de periódico y sobre ésta la cena, de la que sin duda se había alegrado ya durante mucho tiempo y que, alternativamente y según las estaciones, consistía en un poco de queso blanco fresco con cebollino, un rábano largo, algunos tomates con cebolla, un arenque ahumado o patatas hervidas. Ahora deja el brazo de madera del maniquí en el armario, ahora sale de la cocina, ahora se trae una cerveza, ahora afila el cuchillo, se corta una rodaja del duro embutido, echa un buen trago de su vaso, se limpia con el dorso de la mano la espuma de la boca, así o de forma parecida, dijo

Věra, siempre de la misma forma y sin embargo siempre distinta, había descrito yo casi todas las tardes la cena del sastre, y había tenido que ser con frecuencia advertido de que no olvidara mi propio pan con mantequilla cortado en tiras. Věra, mientras me hablaba de mi extraña habilidad para observar, se había puesto de pie y había abierto las ventanas interiores y exteriores, para permitirme mirar al jardín del vecino, en el que las lilas florecían en aquel momento tan blancas y espesas, que en el crepúsculo que se iniciaba parecía como si hubiera nevado en plena primavera. Y el aroma dulzón que brotaba del jardín amurallado, la luna en cuarto creciente que estaba ya sobre los tejados, el repicar de campanas abajo en la ciudad y la fachada amarilla de la casa del sastre con la galería verde en la que Moravec que, como dijo Věra, no vivía hacía ya tiempo, no era raro ver cómo una plancha de planchar pesada, llena de carbones encendidos, oscilaba en el aire, ésas y otras imágenes, dijo Austerlitz, se alineaban una tras otra, y cuanto más hundidas y encerradas en mí estuvieran, tanto más iluminadoras me volvían a la mente al mirar por la ventana, incluso cuando Věra, sin decir palabra, abrió la puerta de su habitación, en la que, junto a la cama con dosel heredada de su tía abuela, con sus columnas retorcidas y los altos almohadones, estaba todavía el pequeño canapé en el que yo dormía siempre que mis padres no estaban en casa. La media luna entraba en la habitación oscura, una blusa blanca colgaba (como también colgaba con frecuencia entonces, eso lo recuerdo, dijo Austerlitz) del picaporte de la ventana entreabierta; vi a Věra como había sido entonces, cuando se sentaba a mi lado en el diván y me contaba historias de los Montes Gigantes y del bosque de Bohemia, y yo miraba sus ojos extrañamente hermosos, desdibujados al atardecer, cuando, llegados al final feliz, se quitaba las gafas de alta graduación y se inclinaba hacia mí. Más tarde, mientras ella estudiaba sus libros a mi lado, con gusto, recordaba ahora, me quedaba un rato despierto, protegido, como sabía que estaba, por mi solícita guardiana y por el blanquecino resplandor del círculo de luz que la rodeaba durante sus lecturas. Me lo podía imaginar todo con el más mínimo esfuerzo, el sastre encorvado, que ahora estaría sin duda en su alcoba, la luna, que daba la vuelta a la casa, el dibujo de la alfombra y del papel de la pared, incluso el curso de las delgadas grietas en las baldosas de la alta estufa. Sin embargo, si me cansaba del juego y quería dormir, sólo tenía que escuchar hasta que Věra pasara la página, y ahora siento todavía, o sólo ahora vuelvo a sentir cómo era cuando mi conciencia se disolvía entre las amapolas y zarcillos grabados en el lechoso cristal de la puerta, antes de percibir el ligero susurro de la siguiente hoja al ser pasada. En nuestros paseos, así continuó Věra cuando estábamos otra vez sentados en la sala y con sus dos manos inseguras me dio una taza de té de menta, casi nunca íbamos más allá del jardín del seminario, las instalaciones de Chotek y las demás zonas verdes del Barrio Menor. Sólo a veces, en verano, habíamos emprendido con el cochecito, que, como quizá recuerdo, llevaba un molinillo de colores, excursiones un poco más largas, hasta la isla de Sofie, la escuela de natación a orillas del Moldava o la plataforma de observación del monte de Petřín, desde donde contemplábamos una hora o más toda la ciudad extendida ante nosotros, con sus muchas torres, que yo conocía de memoria, lo mismo que los nombres de los siete puentes que cruzaban el centelleante río. Desde que no puedo salir ya de la casa y, por ello, no me ocurre casi nada nuevo, dijo Věra, las imágenes que entonces nos alegraban tanto vuelven con claridad creciente, casi como fantasías. Entonces me parece a menudo, dijo Věra, como si volviera a ver, lo mismo que una vez, de niña, en Reichenberg, un diorama y, en las cajas llenas de un extraño fluido, las figuras congeladas en su movimiento, cuyo realismo, incomprensiblemente, se debía a su extrema reducción. En años posteriores nunca he visto nada más encantador que entonces, en aquel diorama de Reichenberg: el amarillo desierto de Siria, las cumbres de los Alpes de Zillertal, que se alzaban blancas y luminosas sobres los oscuros bosques de abetos, o el momento inmortalizado en que Goethe en Weimar, vistiendo un corto abrigo revoloteante de color café, estaba a punto de subir al coche de posta, en el que ya estaba atada su maleta. Y ahora acompaña a esas reminiscencias de mi infancia el recuerdo de nuestras excursiones juntos desde la Šporkova, por el Barrio Menor. Cuando se tiene un recuerdo, se cree a veces estar viendo el pasado a través de una montaña de cristal y, cuando te cuento esto, dijo Věra, cierro los párpados y nos veo a los dos, reducidos a nuestras pupilas enfermizamente dilatadas, mirando desde la torre de observación del monte de Petřín las verdes colinas, donde en ese momento el funicular, como una gruesa oruga, sube monte arriba, mientras mucho más lejos, al otro lado de la ciudad, entre las casas al pie del Vyšehrad, viene el tren que siempre esperabas con tanta ansiedad, y lentamente, arrastrando una blanca nube de vapor, atraviesa el puente del río. A veces, cuando el tiempo era malo, dijo Věra, íbamos a visitar a mi tía Otýlie en su tienda de guantes de la Šeříková, que administraba desde los tiempos de la guerra mundial y que, como un recinto sagrado o un templo, estaba llena de una atmósfera amortiguada que excluía todo pensamiento profano. La tía Otýlie era una señorita soltera de apariencia alarmantemente delicada. Llevaba siempre una prenda plisada de seda negra, de cuello de quita y pon de encaje blanco, y se movía envuelta en una nubecilla de muguete. Cuando no estaba atendiendo a alguna de sus, como decía siempre, respetadas clientas, se

ocupaba sin pausa de mantener el orden y la jerarquía creados por ella, mantenidos durante decenios a través de todas las vicisitudes de la historia y que sólo ella comprendía realmente, en su surtido de cientos, si no miles de pares de guantes de lo más variado, del que formaban parte tanto los de hilo de algodón para uso diario como las más distinguidas creaciones de París o Milán, de terciopelo o gamuza. Sin embargo, cuando íbamos a visitarla, dijo Věra, sólo se ocupaba de ti, te mostraba esto o aquello, y te dejaba tirar los cajones planos que se deslizaban con suavidad excepcional y no sólo sacar un guante tras otro sino incluso probártelos, explicándote cada modelo con la mayor paciencia, totalmente como si viera en ti a su presunto sucesor en el negocio. Y recuerdo, eso me dijo Věra, dijo Austerlitz, que fue con la tía Otýlie con quien aprendiste a contar a los tres años y medio, con una serie de negros botoncitos brillantes de malaquita, cosidos a un guante semilargo de terciopelo que te gustaba especialmente... *jedna, dva, tři*, contaba Věra, y yo, dijo Austerlitz, seguí contando entonces, *čtyři, pět, šest, sedm*, sintiéndome como quien se aventura inseguro por el hielo. Profundamente excitado, como estaba en mi primera visita a la Šporkova, no recuerdo ya exactamente todas las historias de Věra, dijo Austerlitz, pero creo que de la tienda de guantes pasamos, por algún giro de la conversación, al Teatro de los Estados, en el que Agáta, en el otoño de 1938, debutó en Praga en el papel de Olimpia, con el que soñaba desde el comienzo de su carrera. A mediados de octubre, dijo Věra, cuando la opereta estaba ya totalmente ensayada, fuimos juntos al ensayo general y, en cuanto entramos en el teatro por la entrada de artistas, dijo ella, yo, aunque antes, en el camino por la ciudad había hablado sin parar, caí en un respetuoso silencio. También durante la representación de las escenas más o menos caprichosamente ordenadas, y luego, al ir a casa en tranvía, estuve extraordinariamente silencioso y absorto en mis pensamientos. Fue por esa observación más bien casual de Věra, dijo Austerlitz, por lo que a la mañana siguiente entré en el Teatro de los Estados y estuve allí largo tiempo en el patio de butacas, exactamente debajo del cenit de la cúpula, después de haber conseguido, dando una propina nada insignificante al portero, hacer algunas fotos en el auditorio recientemente renovado. A mi alrededor ascendían hacia las alturas las filas de butacas, cuya ornamentación dorada centelleaba; delante de mí el proscenio, en el que Agáta había estado alguna vez, era como un ojo ciego. Y cuanto más me esforzaba por hacerme una idea al menos de la aparición de ella, tanto más me parecía que el teatro se estrechaba, como si yo mismo hubiera encogido y estuviera, como Pulgarcito, encerrado en una funda o un cofrecillo forrado de terciopelo. Sólo al cabo de cierto tiempo, cuando alguien se deslizó rápidamente por el escenario tras el telón echado y, con su paso rápido, provocó un movimiento ondulado en los pesados pliegues, sólo entonces, dijo Austerlitz, comenzaron a agitarse las sombras y vi abajo, en la fosa de la orquesta, al director como un escarabajo con su frac y otras figuras negras, que manejaban toda clase de instrumentos, oí cómo éstos se mezclaban con las voces y de repente creí divisar, entre la cabeza de uno de los músicos y el cuello de un contrabajo, en la clara franja de luz que había entre el suelo de tablas y el borde del telón, un zapato azul celeste, bordado de lentejuelas plateadas. Cuando hacia la tarde del mismo día visité a Věra por segunda vez en su vivienda de la Šporkova y, en respuesta a una pregunta, me confirmó que Agáta, con su vestido de Olimpia, había llevado efectivamente unos zapatos azul celeste con lentejuelas, creí que algo me estallaba en la cabeza. Věra dijo que, evidentemente, me había impresionado mucho el ensayo general en el Teatro de los Estados, en primer lugar sin duda, como sospechaba, porque yo temía que Agáta se hubiera transformado verdaderamente en una figura sin duda encantadora, pero para mí totalmente ajena, y yo mismo, continuó Austerlitz, me acordé entonces de haber estado lleno de un pesar hasta entonces desconocido, cuando, mucho después de la hora de irme a dormir, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, había estado echado en el diván a los pies de la cama de Věra, escuchando las campanadas de los cuartos de hora de los relojes de las torres y esperando a que Agáta volviera a casa, hasta que oí detenerse el coche que la traía de otro mundo, entró por fin en la habitación y se sentó a mi lado, envuelta en un extraño olor a teatro, mezcla de perfume disperso y polvo. Ella lleva un corpiño de seda gris ceniza, atado delante, pero no puedo reconocer su rostro, sino sólo un velo irisado que flota cerca de su piel, de un color lechoso turbiamente blanquecino, y entonces veo, dijo Austerlitz, cómo se le desliza el chal del hombro derecho cuando me acaricia la frente con la mano... En mi tercer día en Praga, así siguió diciendo Austerlitz, después de haberme recuperado un poco, subí muy de mañana al jardín del Seminario. Los cerezos y perales de los que me había hablado Věra habían sido talados y, en su lugar, habían plantado otros, cuyas delgadas ramas no darían fruto en mucho tiempo. El camino ascendía dando curvas a través de los prados húmedos de rocío. A mitad de la ascensión me encontré con una anciana señora con un teckel grueso de color castaño rojizo que no podía andar bien y se detenía de cuando en cuando para mirar ante sí con el ceño fruncido. Su vista me recordó que, en mis paseos con Věra, había visto a menudo a esas ancianas señoras con perritos cascarrabias, que llevaban casi todos un bozal de alambre y quizá por eso eran tan callados y tan malos. Hasta el mediodía más o menos estuve entonces sentado en un banco al sol,

mirando por encima de las casas del Barrio Menor y del Moldava el panorama de la ciudad que, exactamente como el barniz de un cuadro, me parecía atravesado por las grietas y torcidas resquebrajaduras del tiempo pasado.

Otro de esos dibujos surgidos por ninguna ley reconocible, dijo Austerlitz, encontré poco después en las enredadas raíces de un castaño que se aferraba a un lugar muy escarpado, al que, como sé por Věra, dijo Austerlitz, me gustaba trepar de niño. También los tejos verdinegros que crecían entre los altos árboles me resultaban conocidos, tan conocidos como el aire fresco que me rodeaba en el fondo del barranco y como las anémonas que cubrían el suelo de los bosques en número infinito, ahora en abril ya marchitas, y comprendí entonces por qué, hacía años, en una de mis expediciones a una casa de campo con Hilary, me quedé sin voz cuando, en un parque de Gloucestershire muy parecido en toda su disposición al jardín de Schönborn, estuvimos de pronto ante una pendiente hacia el norte, cubierta de hojas finamente plumosas y flores de marzo, blancas como la nieve, de *Anemona morosa*.

Así, con el nombre botánico de las umbrías anémonas, había terminado Austerlitz aquella velada de finales del invierno de 1997, en la que estábamos en la casa de Alderney Street, rodeados, según me parecía, de un silencio insondable, otra parte de su relato. Pasó un cuarto de hora o media hora aún con aquellas llamas azules, regularmente flameantes, del pequeño fuego de gas, antes de que Austerlitz se levantara y dijera que quizá lo mejor sería que yo pasara la noche en su casa, y entonces me precedió por la escalera y me llevó a una habitación que, exactamente como la planta baja, estaba casi vacía. Sólo contra una pared había, abierta, una especie de cama de campaña, que tenía asideros a ambos lados y, en consecuencia, parecía una camilla. Junto a la cama había una pequeña caja de Château Gruaud-Larose, con su escudo negro grabado a fuego y, sobre la caja, al resplandor suave de una lámpara, un vaso, una garrafa de agua y una antigua radio en una caja de baquelita marrón oscuro. Austerlitz me deseó las buenas noches y cerró cuidadosamente la puerta tras sí. Me acerqué a la ventana, miré afuera, a la abandonada Alderney

Street, volví a la habitación, me senté en la cama, me solté los cordones de los zapatos, pensé en Austerlitz, al que oía ahora dar vueltas en el cuarto de al lado, y entonces vi en la penumbra, en la repisa de la chimenea, al levantar otra vez la vista, la pequeña colección de siete cajas de baquelita de distintas formas y no más de dos o tres pulgadas de altura, cada una de las cuales, como resultó al ir abriéndolas una tras otra y poniéndolas bajo la lámpara, contenía los restos mortales de alguna polilla que en aquella casa —eso me había contado Austerlitz— había llegado al fin de su vida. A una de ellas, un ser ingrávido de color marfil, con las plegadas alas de una tela tejida no se sabe cómo, la volqué de su caja de baquelita en la palma de mi mano derecha vuelta hacia arriba. Sus patas, que había encogido bajo el tronco cubierto de escamas, como si acabara de saltar un último obstáculo, eran tan finas que apenas podía reconocerlas. También su antena, que se curvaba sobre todo el cuerpo, temblaba en los límites de la visibilidad. Claros eran en cambio los ojos negros y fijos, un poco salientes, que estudié largo rato antes de volver a hundir en su angosta tumba a aquel espíritu de la noche, posiblemente muerto hacía ya años pero no afectado por ningún signo de destrucción. Antes de acostarme, encendí la radio que estaba junto a mi cama sobre la caja de Burdeos. En su cuadrante iluminado y redondo aparecían los nombres de las ciudades y estaciones con las que, en mi infancia, relacionaba las más exóticas ideas: Monte Ceneri, Roma, Ljubljana, Estocolmo, Bermünster, Hilversum, Praga y otras. Puse el volumen muy bajo y escuché un idioma para mí incomprensible que, desde gran distancia, se esparcía por el éter, una voz de mujer que a veces se hundía entre las olas, luego emergía de nuevo y se cruzaba con el juego de dos manos cuidadosas que, en algún lugar desconocido para mí, se movían sobre el teclado de un Bösendorfer o un Pleyel, produciendo fragmentos musicales que me acompañaron hasta muy entrado en el sueño, creo que de *El clave bien temperado*. Cuando me desperté por la mañana, de la rejilla de latón de apretada malla del altavoz sólo venía un débil ruido de fondo y una especie de arrastrar. Poco después, en el desayuno, cuando me puse a hablar de la misteriosa radio, Austerlitz dijo que él tenía la opinión de que las voces que, al comenzar la oscuridad, atravesaban el aire y de las que podíamos captar muy poco, tenían, como los murciélagos, su propia vida, que rehuía la luz del sol. A menudo, en sus largas noches de insomnio de los últimos años, las veía al oír a las locutoras de Budapest, Helsinki o La Coruña, seguir muy lejos sus caminos zigzagueantes y deseaba estar en su compañía. Sin embargo, para volver a mi historia... Fue después del paseo por el jardín de Schónborn cuando Věra, otra vez juntos en su vivienda, me habló por primera vez detalladamente de mis padres, de sus orígenes, hasta donde sabía, de su vida y de la aniquilación de su existencia en pocos años. Tu madre Agáta, comenzó, creo, dijo Austerlitz, que a pesar de su apariencia oscura y un poco melancólica era una mujer sumamente optimista, que en ocasiones se inclinaba incluso a la despreocupación. En eso era completamente como el viejo Austerlitz, su padre, que tenía en Sternberg una fábrica de feces turcos y babuchas, y sabía situarse simplemente por encima de toda contrariedad. Lo oí hablar una vez, cuando estaba de visita en la casa, del auge considerable que había experimentado su negocio desde que los hombres de Mussolini llevaban esos cubrecabezas semiorientales y él apenas podía fabricar y enviar a Italia suficientes. También Agáta creía entonces, animada como se sentía por el reconocimiento público que, mucho más rápidamente de lo que se había atrevido a esperar, había conseguido como cantante de ópera y de opereta, que a la corta o a la larga todo iría mejor, mientras que Maximilian, a pesar de su carácter alegre, que compartía con Agáta desde que la conocía, eso decía Věra, dijo Austerlitz, estaba convencido de que los advenedizos llegados al poder en Alemania y las corporaciones y multitudes que se multiplicaban bajo su gobierno hasta lo imprevisible y que, como decía a menudo, lo aterrorizaban literalmente, se habían entregado desde el principio a una pasión ciega de conquista y destrucción, cuyo punto álgido era la mágica palabra mil que el canciller del Reich, como se podía oír en la radio, repetía continuamente en sus discursos. Mil, diez mil, veinte mil, mil veces mil y miles de miles, profería con voz ronca la idea inculcada a los alemanes de su propia grandeza y del objetivo final que los esperaba. Sin embargo, dijo Věra, continuó Austerlitz, Maximilian no creía de ningún modo que el pueblo alemán hubiera sido empujado a su infortunio; más bien, en su opinión, partiendo de los sueños de cada uno y de los deseos guardados en familia, se había recreado de nuevo en esa forma perversa, produciendo los gerifaltes nazis, a los que Maximilian consideraba sin excepción atolondrados y holgazanes, como exponentes simbólicos de su turbulencia interior. Maximilian contaba ocasionalmente, según recordaba Věra, dijo Austerlitz, cómo una vez, en la primavera de 1933, después de una asamblea sindical en Teplitz, se había adentrado un trecho en los Montes Metálicos y había tropezado allí, en el jardín de una taberna, con algunos excursionistas que, en un pueblo del lado alemán, habían comprado toda clase de cosas, entre ellas una nueva clase de caramelos con una cruz gamada de color frambuesa en la masa, que realmente se deshacían en la boca. Al ver aquellas golosinas nazis, había dicho Maximilian, le resultó bruscamente claro que los alemanes estaban reorganizando toda su producción, desde la industria pesada hasta aquellas cosas

de mal gusto, y no porque se lo ordenaran, sino, cada uno en su propio campo, por entusiasmo ante el resurgimiento nacional. Věra siguió diciéndome, dijo Austerlitz, que Maximilian, en los años treinta, fue a Austria y Alemania varias veces, para poder apreciar mejor su desarrollo general, y que recordaba muy bien cómo, inmediatamente después de su regreso de Nuremberg, describió la inmensa recepción que se dispensó al Führer cuando fue al congreso del Partido. Ya horas antes de su llegada todos los habitantes de Nuremberg y los venidos de todas partes, no sólo de Franconia y de Baviera sino también de las partes más alejadas del país, de Holstein y Pomerania lo mismo que de Silesia y de la Selva Negra, estaban de pie, codo con codo y con expectante excitación, a lo largo de la ruta predeterminada, hasta que finalmente, surgiendo de los bramidos de júbilo, apareció la caravana de pesados Mercedes y, a paso lento, se deslizó por la estrecha calle que partía el mar de rostros radiantes levantados y brazos ansiosamente tendidos. Maximilian había dicho, dijo Věra, que, en aquella multitud convertida en un solo ser vivo y recorrida y estremecida por extrañas contracciones, se había sentido realmente como un cuerpo extraño que pronto sería triturado y expulsado. Había visto desde el lugar de la iglesia de San Lorenzo donde estaba cómo la caravana se abría paso lentamente a través de las masas ondulantes que bajaban por el Barrio Viejo, cuyas casas de gabletes puntiagudos y encorvados, con sus ocupantes que colgaban de las ventanas como racimos de uva, parecían un gueto desesperadamente abarrotado, al que ahora, había dicho Maximilian, llegara el salvador tanto tiempo esperado. De igual forma, dijo Věra, Maximilian había hablado luego repetidas veces de la espectacular película del congreso del Partido, que había visto en un cine de Munich y que lo había confirmado en su sospecha de que los alemanes, saliendo de la humillación que no habían podido superar, estaban desarrollando una idea de sí mismos como pueblo elegido para mesianizar el mundo. Los sobrecogidos espectadores no sólo eran testigos de cómo el avión del Führer descendía lentamente hacia tierra a través de las montañas de nubes; no sólo se invocaba la trágica historia anterior compartida en la ceremonia de homenaje a los caídos, en la que Hitler y Hess y Himmler, a los acordes de una marcha fúnebre que estremecía hasta lo más íntimo el alma de toda la nación, como nos describió Maximilian, recorrían la ancha calle de las derechas columnas y compañías formadas, gracias al poder del nuevo Estado, por cuerpos alemanes inamovibles; no sólo se veía a los guerreros que prometían morir por la patria, los gigantescos bosques de banderas que oscilaban misteriosamente y se movían a la luz de las antorchas hacia la noche... No, se veía también, dijo Věra, contó Maximilian, a vista de pájaro, una ciudad de tiendas blancas que al amanecer llegaban hasta el horizonte, de las cuales, en cuanto se hizo un poco de luz, salieron los alemanes, solos, en parejas o en pequeños grupos y, en cortejo silencioso que cada vez se iba cerrando más, se dirigieron todos en la misma dirección, como si siguieran un llamamiento más alto y, tras largos años en el desierto, estuvieran por fin en camino hacia la Tierra Prometida. Después de esa experiencia de Maximilian en el cine de Munich, sólo hicieron falta unos meses para poder oír por la radio a los austríacos, que se contaban por cientos de miles, afluyendo a la Heldenplatz de Viena, y con sus gritos se precipitaban sobre nosotros, como una oleada, durante horas enteras, dijo Věra. El paroxismo colectivo de las masas vienesas, dijo ella, marcó, en opinión de Maximilian, el punto de inflexión. Todavía resonaba como un siniestro bramido en nuestros oídos cuando, apenas terminado el verano, aparecieron en Praga los primeros refugiados expulsados de la llamada Marca Oriental, que al parecer antes de su expulsión habían sido robados por sus antiguos conciudadanos de todo, salvo unos chelines, y con la falsa esperanza, como sin duda sabían, de poder mantenerse así a flote en un país extranjero, iban de puerta en puerta como vendedores ambulantes, ofreciendo horquillas y prendedores para el pelo, lápices y papel de cartas, corbatas y otros artículos de mercería, lo mismo que en otro tiempo sus antepasados habían recorrido el país en Galizia, Hungría y el Tirol con sus bultos a la espalda. Todavía recuerdo, dijo Věra, dijo Austerlitz, a uno de esos vendedores ambulantes, un tal Saly Bleyberg, que en Leopoldstadt, no lejos de la Praterstern, había instalado un garaje en la época dificil de entreguerras y que, cuando Agáta lo invitó a un café, nos contó las historias más horribles de la bajeza de los vieneses: con qué medios lo habían obligado a traspasar su negocio a un tal señor Haselberger, de qué forma había sido estafado luego en el precio de venta, de todos modos ridículo, cómo lo despojaron de sus depósitos bancarios y valores y le confiscaron todo el mobiliario y su coche Steyr, y cómo, por último, él, Saly Bleyberg, y los suyos, sentados en sus maletas en el vestíbulo, tuvieron que oír las negociaciones entre el portero borracho y una pareja joven evidentemente recién casada, que había venido para ver su vivienda que quedaba libre. Aunque ese relato del pobre Bleyberg, que continuamente arrugaba el pañuelo en la mano con rabia impotente, superaba con mucho las peores imaginaciones, y aunque la situación después del Acuerdo de Munich se hizo prácticamente desesperada, dijo Věra, Maximilian se quedó aún en Praga todo el invierno, ya fuera por su labor en el Partido, entonces especialmente urgente, o bien porque, mientras pudiera, no quería renunciar a creer que el derecho protegía a las personas. Agáta, por su parte, no estaba dispuesta a irse a Francia antes que

Maximilian, a pesar de que él se lo había aconsejado reiteradamente, y así ocurrió que tu padre, entonces en el máximo peligro, me dijo Věra, dijo Austerlitz, no voló solo a París hasta la tarde del 14 de marzo, cuando era ya casi demasiado tarde. Todavía recuerdo, dijo Věra, que, cuando se despidió, llevaba un maravilloso traje cruzado de color ciruela y un sombrero de fieltro negro de ala ancha, con una cinta verde. A la mañana siguiente, el día apenas despuntaba aún, entraron realmente los alemanes en Praga, en medio de una espesa tormenta de nieve que en cierto modo parecía crearlos de la nada y, cuando cruzaron el puente y sus carros de combate subieron por la Narodni, un profundo silencio se extendió por toda la ciudad. La gente se apartaba, desde ese momento caminaba más despacio, como en sueños, como si ya no supiera adónde ir. Lo que nos molestó especialmente, eso, dijo Austerlitz, observó Věra, fue el inmediato cambio a la conducción por la derecha. Con frecuencia, dijo, el corazón me perdía un latido cuando veía a un coche circular a toda velocidad por el lado derecho, porque inevitablemente tenía la idea de que, en lo sucesivo, tendríamos que vivir en un mundo equivocado. Evidentemente, continuó Věra, para Agáta era mucho más difícil que para mí arreglárselas bajo el nuevo régimen. Desde que los alemanes habían dictado las normas aplicables a la población judía, sólo podía hacer sus compras a determinadas horas; no podía tomar un taxi, tenía que viajar en el tranvía en el último coche, no podía ir a un café ni al cine, ni a un concierto o cualquier reunión pública. Tampoco podía ya subir a un escenario, y el acceso a las orillas del Moldava, a los jardines y parques que tanto le gustaban, le estaba vedado. A ninguna parte donde hay verde puedo ir, dijo una vez, y añadió que ahora comprendía realmente lo hermoso que era poder estar sin preocupaciones contra la barandilla, en un vapor fluvial. La lista de limitaciones que de día en día se alargaba —todavía oigo decir a Věra, dijo Austerlitz, que pronto estuvo prohibido ir por el lado de la acera que daba al parque, entrar en una lavandería o tintorería, o utilizar un teléfono público— llevó pronto a Agáta casi al borde de la desesperación. La veo ahora otra vez ir de un lado a otro por el cuarto, dijo Věra, la veo darse en la frente con la mano abierta y gritar, marcando las sílabas: ¡No-lo-com-pren-do! ¡Nun-ca-lo-com-pren-de-ré! Sin embargo, iba a la ciudad tan frecuentemente como podía y recitando, en no sé cuáles ni cuántos lugares, hacía cola durante horas en la única oficina de correos a la que tenían acceso los cuarenta mil judíos de Praga para enviar un telegrama; obtenía informaciones, entablaba relaciones, depositaba dinero, aportaba certificados y garantías y, cuando volvía, se torturaba los sesos hasta avanzada la noche. Sin embargo, cuanto más y más tiempo se esforzaba, tanto más desaparecía incluso la esperanza de obtener un permiso de salida, y por eso se decidió finalmente, en el verano, cuando ya se hablaba de la guerra inminente y de la agravación de las restricciones que sin duda se produciría cuando estallara, a enviarme a mí al menos, como me dijo Věra, dijo Austerlitz, a Inglaterra, después de haber conseguido, por mediación de uno de sus amigos del teatro, incluir mi nombre en uno de los escasos transportes de niños que fueron en aquellos meses de Praga a Londres. Věra recordaba, dijo Austerlitz, que la alegre excitación que sintió Agáta por ese primer éxito de sus esfuerzos se oscureció por la preocupación y el pesar al imaginarse cómo me sentiría, un niño que no había cumplido aún los cinco años y había estado siempre protegido, en el largo viaje en tren y, luego, entre personas extrañas en un país extraño. Por otra parte, dijo Věra, Agáta decía que ahora que se había dado el primer paso, sin duda habría pronto para ella una salida y podríais vivir todos juntos en París. De esa forma, no sabía qué hacer entre sus ilusiones y el miedo a hacer algo irresponsable e imperdonable, y quién sabe, me dijo Věra, si no se hubiera quedado contigo si hubieran faltado unos días más para tu salida de Praga. Sólo me quedó una imagen poco clara y en cierta medida borrosa del momento de la despedida en la estación Wilson, dijo Věra, añadiendo después de reflexionar un poco que yo llevaba mis cosas en una maletita de cuero y, en una mochila, algunos víveres —*un petit sac á dos avec quelques viatiques*, dijo Austerlitz—, ésas habían sido exactamente las palabras de Věra que, como pensaba entretanto, resumían toda su vida posterior. Věra recordaba también la chica de doce años con el bandoneón, a cuyos cuidados me había confiado, un cuadernillo de Chaplin comprado en el último momento, el revolotear, parecido al de una bandada de palomas que emprendiera el vuelo, de los pañuelos blancos con los que los padres que quedaban atrás despedían a sus hijos, y la extraña sensación que tuvo de que el tren, después de haber avanzado interminablemente despacio, no se había ido realmente sino sólo, en una especie de maniobra engañosa, había rodado un trecho saliendo de la nave encristalada y allí, ni siquiera a media distancia, se había hundido. Agáta, sin embargo, cambió desde ese día, continuó Věra, dijo Austerlitz. Lo que había conservado de su alegría y confianza, a pesar de todas las dificultades, estaba ahora cubierto por una melancolía contra la que, evidentemente, no podía nada. Un intento, creo, dijo Věra, hizo aún de comprar su libertad, pero luego no salió ya prácticamente nunca de casa, tenía miedo de abrir las ventanas, se quedaba sentada inmóvil durante horas en el azul sillón de terciopelo, en el rincón más oscuro del salón, o estaba echada en el sofá con las manos ante la cara. Sólo esperaba qué sucedería ahora y, sobre todo, esperaba correo de Inglaterra y de París. De Maximilian tenía varias direcciones, la de un hotel en el

Odéon, la de un pequeño piso de alquiler en las proximidades de la estación de metro Glacière y una tercera, dijo Věra, en un distrito que ya no recuerdo, y se atormentaba pensando haber confundido las direcciones en algún momento absolutamente decisivo y, de esa forma, haber causado la interrupción de la correspondencia, pero al mismo tiempo temía que las cartas que le había dirigido Maximilian hubieran sido retenidas por el servicio de seguridad al llegar a Praga. Realmente, su buzón en la época que llegó hasta el invierno de 1941, mientras Agáta vivía aún en la Šporkova, estaba siempre vacío, por lo que, como me dijo una vez de forma extraña, era como si precisamente los mensajes en que poníamos nuestras últimas esperanzas fueran desviados o tragados por los malos espíritus que por todas partes zumbaban en el aire a nuestro alrededor. Hasta qué punto esa observación de Agáta recogía los invisibles terrores bajo los cuales la ciudad de Praga se humillaba entonces, sólo lo comprendí, dijo Věra, más tarde, cuando conocí la auténtica medida de la perversión del derecho entre los alemanes y de los actos de violencia que perpetraban a diario en el sótano del palacio Petschek, en la prisión de Pankrác y en el lugar de ejecución fuera, en Kobylisy. Por una contravención, una simple vulneración del orden reinante, se podía, después de haber tenido noventa segundos para defenderse ante un juez, ser condenado a muerte y ahorcado de inmediato en la sala de ejecuciones que estaba al lado mismo de la de juicios, y a lo largo de la cual había un carril de hierro bajo el techo, del que colgaban los cuerpos sin vida que, según hiciera falta, se iban corriendo. La cuenta de ese procedimiento expeditivo se enviaba a los parientes del ahorcado o guillotinado, con la observación de que se podía saldar en plazos mensuales. Aunque en aquella época no se supo mucho de ello fuera, por toda la ciudad se extendía el miedo a los alemanes como un miasma taimado. Agáta afirmaba que entraba incluso con las ventanas y puertas cerradas y cortaba el aliento. Cuando vuelvo la mirada a los dos años que siguieron al llamado estallido de la guerra, me parece como si en aquella época todo girase hacia abajo en un remolino, cada vez más aprisa. En la radio se precipitaban las noticias que daban los locutores con un tono curiosamente agudo, exprimido de la garganta, de los éxitos innegables de la Wehrmacht, que pronto ocuparía todo el continente europeo y cuyas campañas poco a poco, con una lógica aparentemente aplastante, abrían a los alemanes la perspectiva de un imperio, en el que todos, gracias a pertenecer a aquel pueblo elegido, seguirían la carrera más brillante. Creo, me dijo Věra, dijo Austerlitz, que hasta los últimos de los alemanes que dudaban fueron dominados en aquellos años de victorias arrolladoras por una especie de euforia de las alturas, mientras que nosotros, los oprimidos, vivíamos en cierto modo bajo el nivel del mar y teníamos que ver cómo la economía de todo el país era invadida por las SS y una empresa tras otra era traspasada a fideicomisarios alemanes. Hasta la fábrica de feces y babuchas de Sternberg se había arianizado. Aquello de lo que podía disponer Agáta bastaba apenas para lo más necesario. Sus haberes bancarios estaban bloqueados desde que había tenido que presentar una declaración de patrimonio de ocho páginas, con docenas de categorías. Le estaba también estrictamente prohibido enajenar cualesquiera valores reales, como cuadros o antigüedades, y recuerdo, dijo Věra, que una vez, en una de aquellas proclamaciones de la Potencia ocupante, mostró un párrafo en el que decía que, en caso de infracción, tanto el judío de que se tratara como el adquirente debían contar con que la policía del Estado adoptaría las medidas más severas. ¡El judío de que se tratara!, había exclamado Agáta, y luego: ¡Cómo escribe esa gente! Te puedes desmayar. A finales de otoño de 1941, creo, dijo Věra, que Agáta tuvo que llevar al llamado Centro de Entrega Obligatoria la radio, su gramófono, con los discos que tanto quería, sus prismáticos y gemelos de ópera, los instrumentos de música, sus joyas, las pieles y el guardarropa que había dejado Maximilian. Por algún error cometido con ese motivo fue enviada en un día helado —el invierno, dijo Věra, ha llegado este año muy pronto— a palear nieve en el campo de aviación de Ruzyně, y al día siguiente a las tres, en medio de la noche más silenciosa, los dos mensajeros hacía ya tiempo esperados de la comunidad de culto llegaron con la noticia de que Agáta debía prepararse para su transporte en un plazo de seis días. Aquellos mensajeros, así me dijo Věra, dijo Austerlitz, que eran sorprendentemente semejantes y tenían un rostro impreciso y brillante, llevaban chaquetas con diversos pliegues, bolsillos, botones y un cinturón, que, sin que se pudiera saber con claridad para que servían, parecían especialmente apropiados. En voz baja hablaron algún tiempo con Agáta y le entregaron un fajo de impresos en los que, como resultó, todo estaba determinado y prescrito hasta el más mínimo detalle: dónde y cuándo tenía que encontrarse la persona mencionada, qué prendas de vestir —falda, gabardina, cubrecabezas, orejeras, mitones, camisón, ropa interior, etc.—, qué artículos de uso personal, como por ejemplo costurero, grasa para cuero, hornillo de alcohol y velas, eran recomendables, que el peso total de la pieza de equipaje principal no debía superar los cincuenta kilos, qué cosas se podían llevar como equipaje de mano y provisiones, cómo debían marcarse las maletas con nombre, destino y número asignado; que todos los formularios adjuntos debían llenarse por completo y firmarse, que no estaba permitido llevar colchones ni otros artículos de mobiliario, ni hacer mochilas o bolsas de viaje con alfombrillas persas,

abrigos u otros restos de tejidos valiosos, que el llevar encendedores así como fumar en el lugar de embarque y, en general, en adelante quedaba prohibido y que toda orden de los órganos oficiales debía obedecerse en cualquier caso de la forma más exacta. Agáta no estaba en condiciones de seguir esas instrucciones redactadas, como yo también veía ahora, dijo Věra, en un lenguaje francamente repulsivo; más bien metió sin orden ni concierto en una bolsa algunas cosas absolutamente poco prácticas, como alguien que va a hacer una excursión de fin de semana, de forma que finalmente, por imposible que me resultara y culpable que me hiciera sentir, me encargué yo del equipaje, mientras ella, apartada, se apoyaba en la ventana y miraba la calle vacía. A primera hora de la mañana del día fijado, las dos, todavía en la oscuridad, nos fuimos, con el equipaje atado al trineo y, sin cambiar palabra, a través de la nieve que giraba a nuestro alrededor, recorrimos el largo camino bajando por la orilla izquierda del Moldava y pasando junto al Baumgarten, hasta llegar al Palacio de la Feria en Holešovice. Cuanto más nos acercábamos a ese lugar, con tanta mayor frecuencia aparecían, saliendo de la oscuridad, pequeños grupos de personas muy cargadas que, a través de la tormenta de nieve, que se había hecho más espesa, se movían con esfuerzo hacia el mismo lugar, de forma que, poco a poco, se iba formando una larga caravana muy extendida, con la que, hacia las siete de la mañana, llegamos a la entrada, iluminada por una sola bombilla eléctrica. Allí aguardamos en la multitud de los convocados, sólo agitada de vez en cuando por un temeroso murmullo, entre los que había ancianos y niños, gente distinguida y sencilla, y todos, como se les había ordenado, llevaban al cuello su número de transporte, colgado de un bramante. Agáta me pidió pronto que la dejase. Al despedirnos me abrazó y dijo: Ahí al otro lado está el parque Stromovka. ¿Darás de cuando en cuando un paseo por mí? Me ha gustado tanto ese hermoso terreno. Quizá cuando mires el agua oscura de los estanques, quizá veas un día mi rostro. Sí, y entonces, dijo Věra, me fui a casa. Tardé más de dos horas en volver a la Šporkova. Traté de imaginarme dónde estaría Agáta, si aguardaría todavía ante la puerta de entrada o estaría ya dentro en la Feria de Muestras.

Qué aspecto tenía aquello sólo lo supe años más tarde por alguien que sobrevivió. Los citados para el transporte fueron conducidos a un barracón de madera sin calefacción, helado en pleno invierno. Era un lugar inhóspito donde, bajo la turbia luz de las lámparas, reinaba la mayor confusión. A muchos de los que acababan de llegar les registraron el equipaje, y tuvieron que entregar dinero, relojes y otros objetos de valor a un guía del grupo principal, llamado Fiedler y temido por su brutalidad. En una mesa había una montaña entera de cubiertos de plata, pieles de zorro y capas de astracán. Se recogían datos personales, se distribuían cuestionarios y se entregaban las llamadas legitimaciones de ciudadanía con el sello EVACUADO o GUETIZADO. Los funcionarios alemanes y sus ayudantes checos y judíos se ajetreaban de un lado a otro, y había muchos gritos, maldiciones y también golpes. Los que iban a viajar tenían que quedarse en los lugares que se les habían asignado. La mayoría permanecían mudos, algunos lloraban silenciosamente, pero tampoco eran raros los arrebatos de desesperación, gritos y ataques de ira. Varios días duró la estancia en la barraca del Palacio de la Feria, hasta que, finalmente, a primera hora de una mañana, cuando no había casi nadie por allí, fueron acompañados por guardias a la próxima estación de Holešovic, donde la «vagonificación», como la llamaban, duró todavía casi tres horas. En épocas posteriores, dijo Věra, he hecho a menudo el camino de Holešovic, hasta el parque Stromovka y la Feria de Muestras, y la mayoría de las veces he ido al Lapidario, instalado allí en los años sesenta, he mirado durante horas las muestras de minerales de las vitrinas —los cristales de pirita, la malaquita verde oscuro de Siberia, la mica, el granito y el cuarzo de Bohemia, el basalto negro como la pez, la caliza de color amarillo isabelino—, y me he preguntado sobre qué cimientos se asienta nuestro mundo. En la Šporkova, me dijo Věra, dijo Austerlitz, el mismo día en que Agáta tuvo que dejar su vivienda, apareció un enviado del Centro Fideicomisario de Bienes Confiscados y puso un sello de papel en la puerta. Entre Navidad y Año Nuevo vino un tropel de personajes muy sospechosos que se llevaron todo lo que había quedado, los muebles, las lámparas y candelabros, las alfombras y cortinas, los libros y partituras, la ropa de los armarios y cajones, las sábanas, almohadas, edredones, mantas, la ropa blanca, la vajilla y los utensilios de cocina, los tiestos y paraguas, los alimentos no utilizados, incluso las peras y cerezas en conserva abandonadas durante años en el sótano y las patatas sobrantes, hasta la última cuchara, todo junto, a alguno de los cincuenta depósitos, en donde, con la minuciosidad característica de los alemanes, se registraron esas cosas sin dueño, una a una, según su valor, se valoraron, se lavaron, limpiaron o arreglaron como fuera necesario y, finalmente, se guardaron en estantes. Por último, dijo Věra, apareció en la Šporkova también un fumigador. Ese fumigador me parecía una persona especialmente siniestra, con una mirada aviesa que me atravesaba. Hasta hoy me persigue en sueños, en que lo veo fumigando las habitaciones, rodeado de nubes tóxicas... Cuando Věra terminó su relato, así continuó Austerlitz aquella mañana en Alderney Street, me dio, tras una larga pausa en la que el silencio del piso de la Šporkova parecía aumentar a cada respiración, dos fotografías de pequeño formato, quizá nueve por seis centímetros, de la mesita auxiliar que tenía junto a su sillón, fotografías que había descubierto la víspera por casualidad en uno de los cincuenta y cinco volúmenes carmesíes de Balzac que, sin saber por qué, cogió. Věra dijo que no recordaba haber abierto la puerta de cristal y sacado el libro de entre los otros, sino que se veía sólo allí, sentada en aquel sillón, pasando las páginas —por primera vez desde entonces, subrayó— de la historia, que como es sabido trata de una gran injusticia, del coronel Chabert. Cómo habían ido a parar aquellas fotografías entre las hojas, dijo Věra, era para ella un enigma. Posiblemente, porque Agáta había tornado prestado el volumen, cuando estaba todavía en la Šporkova, en las últimas semanas anteriores a la entrada de los alemanes.

En cualquier caso, una de las fotografías muestra un teatro de provincias, quizá de Reichenau o de Olmütz u otro lugar, en el que Agáta actuó ocasionalmente antes de su primer contrato en Praga. A primera vista, eso dijo Věra, dijo Austerlitz, había pensado que las dos personas del ángulo inferior izquierdo eran Agáta y Maximilian —eran tan diminutas que no se podían ver bien—, pero luego se había dado cuenta, naturalmente, de que se trataba de otras personas, quizá el empresario y un prestidigitador y su ayudante. Se había preguntado, dijo Věra, qué espectáculo se estaría representando entonces ante aquel horrible decorado, y había pensado, por la alta montaña al fondo y el salvaje paisaje de bosques, que podía ser *Guillermo Tell* o *La sonámbula* o la última obra de Ibsen. Se me apareció el chico suizo con la manzana en la cabeza; viví el momento de terror en la pasarela que cede al ser pisada por la sonámbula, e imaginé que, allí arriba, en las paredes rocosas, se estaba desencadenando ya el alud que arrastraría al abismo a aquellos pobres extraviados (¿cómo habían llegado a aquella comarca desolada?). Pasaron minutos, dijo Austerlitz, en los que me pareció ver también la nube de nieve dirigiéndose al valle, hasta que oí a Věra seguir hablando de la impenetrabilidad que parece propia de esas fotografías surgidas del olvido. Se tenía la impresión, dijo, de que algo se movía dentro de ellas, de que se percibían pequeños suspiros de desesperación, *gémissements de désespoir*, dijo ella, dijo Austerlitz, como si las imágenes tuvieran su propia memoria y se acordaran de nosotros, de cómo fuimos antes nosotros, los supervivientes, y los que no están ya entre nosotros.

Sí, y este de aquí, en la otra fotografía, dijo Věra al cabo de un momento, ése eres tú, Jacquot, en febrero de 1939, aproximadamente medio año antes de haberte marchado de Praga. Debías acompañar a Agáta a un baile de máscaras, en casa de uno de sus influyentes admiradores, y expresamente para esa ocasión te confeccionaron ese traje blanco como la nieve. *Jacquot Austerlitz, páže růžové královny*, dice al reverso, de mano de tu abuelo, que en aquella época había venido de visita. La fotografía estaba delante de mí, dijo Austerlitz, pero no me atrevía a tocarla. Continuamente daban vueltas en mi cabeza las palabras *páže růzové královny, páže růžové královny*, hasta que, desde la lejanía, me llegó su significado y volví a ver el cuadro viviente con la Reina de las Rosas y el chico pequeño que le llevaba la cola. Sin embargo, de mí mismo en ese papel no me acuerdo, por mucho que me esforzara aquella noche y también después. Sin duda reconocía el insólito arranque del pelo, echado sobre la frente, pero por lo demás todo se había extinguido en mí por un abrumador sentido del pasado. Desde entonces he estudiado la fotografía muchas veces, el campo desnudo y liso en que me encuentro, pero sin que pueda recordar dónde estaba; la zona oscura y borrosa sobre el horizonte, el cabello rizado del niño, espectralmente claro en su borde exterior, la capa sobre el brazo aparentemente doblado o, como pensé una vez, dijo Austerlitz, roto o entablillado, los seis grandes botones de madreperla, el sombrero extravagante con su pluma de garza y hasta los pliegues de

las medias, he examinado todos los detalles con lupa, sin encontrar el menor punto de apoyo. Y siempre sentía la mirada inquisitiva del paje que había venido a reclamar su parte y que esperaba al amanecer en el campo desierto a que levantara el guante y apartara la desgracia que lo aguardaba. Aquella tarde en la Šporkova, cuando Věra me enseñó la foto del niño caballero, no me sentí conmovido o afectado, como cabría suponer, dijo Austerlitz, sino sólo sin habla ni comprensión, e incapaz de pensar en nada. Incluso más adelante, cuando pensaba en aquel paje de cinco años, sentía una especie de pánico ciego. Una vez soñé que, tras una larga ausencia, había vuelto al apartamento de Praga. Todos los muebles están en su sitio. Sé que mis padres volverán pronto de las vacaciones y que tengo que darles algo importante. De que han muerto hace años no tengo conciencia. Sólo pienso en que son ya viejísimos, alrededor de los noventa o los cien, como serían en realidad si vivieran. Sin embargo, cuando finalmente están en el umbral, tienen como mucho treinta y tantos años. Entran, dan una vuelta por las habitaciones, cogen esto o aquello, se sientan un rato en el salón y hablan entre sí en el enigmático lenguaje de los tartamudos. A mí no me hacen ningún caso. Sospecho ya que enseguida volverán a irse al lugar, en alguna parte de las montañas, donde ahora tienen su casa. No me parece, dijo Austerlitz, que comprendamos las leyes que rigen el retorno del pasado, pero cada vez me parece más como si no hubiera tiempo, sino diversos espacios, imbricados entre sí, entre los que los vivos y los muertos, según el talante en que se encuentran, van de un lado a otro, y cuanto más lo pienso tanto más me parece que nosotros, los que todavía nos encontramos con vida, a los ojos de los muertos somos irreales y sólo a veces, en determinadas condiciones de luz y requisitos atmosféricos, resultamos visibles.

Hasta donde puedo recordar, dijo Austerlitz, siempre he tenido la impresión de no tener lugar en la realidad, como si no existiera, y nunca ha sido esa impresión tan fuerte como en aquella velada en la Šporkova, cuando me penetró la mirada del paje de la Reina de las Rosas. Tampoco al día siguiente, en el viaje a Terezín, pude imaginarme quién o qué era yo. Recuerdo que estuve en una especie de trance en el andén de la desolada estación de Holevsovice, que los raíles a ambos lados se perdían en el infinito, que sólo podía percibirlo todo borrosamente, y que luego, en el tren, me apoyaba en una ventana del pasillo y miraba los suburbios septentrionales que pasaban, las vegas del Moldava y las villas y casas con jardín de la otra orilla. Una vez vi, al otro lado del río, una gigantesca cantera cerrada, luego muchos cerezos en flor, algunos pueblos muy distantes unos de otros y nada más en el desnudo paisaje de Bohemia. Cuando salí del tren en Lovošice, aproximadamente una hora después, creía llevar semanas de viaje, cada vez más hacia el este y cada vez más atrás en el tiempo. La plaza que había delante de la estación estaba vacía, salvo por una campesina con varios abrigos, que esperaba tras un puesto improvisadamente montado a que se le ocurriera a alguien comprar alguno de los repollos que había amontonado ante sí en un poderoso baluarte. No se veía ningún taxi, de forma que emprendí a pie el camino, saliendo de Lovošice en dirección a Terezín. En cuanto se deja atrás la ciudad, de cuyo aspecto no puedo acordarme ya, dijo Austerlitz, se abre hacia el norte un amplio panorama: en primer plano, un campo de color verde cardenillo, detrás de él una planta petroquímica devorada a medias por la herrumbre, de cuyas torres de refrigeración y chimeneas se alzaban blancas nubes de humo, probablemente sin interrupción desde hacía una larga serie de años. Más allá aún, vi las cónicas montañas de Bohemia, que rodean en semicírculo la llamada caldera de Bohuševice y desde la que las cimas más altas desaparecían aquella mañana fría y gris en el cielo que colgaba muy bajo. Fui por el margen de la derecha carretera, mirando siempre si no se dibujaba la silueta de la fortaleza, que no podía estar a más de hora y media de distancia. La idea que yo tenía era la de una construcción poderosa que se elevaba mucho sobre los alrededores, pero Terezín, muy al contrario, se esconde tan profundamente en las húmedas tierras bajas de la confluencia del Eger y el Elba que, como he leído luego, ni desde las colinas que rodean Leitmeritz ni desde su proximidad inmediata puede verse de la ciudad más que la chimenea de la fábrica de cerveza y la torre de la iglesia. Los muros de ladrillo levantados en el siglo XVIII, indudablemente en dura servidumbre, sobre una planta en estrella, se alzan de un amplio foso y apenas sobresalen del nivel de los campos que tiene delante. Además, en la antigua explanada y los muros cubiertos de hierba han

crecido en los últimos tiempos toda clase de arbustos y matorrales, con lo que se tiene la impresión de que Terezín sea no tanto una ciudad fortificada como una ciudad camuflada, en gran parte hundida en el suelo pantanoso de la zona de inundación. En cualquier caso, cuando aquella mañana fría y húmeda estaba en la carretera principal de Lovošice a Terezín, no sospeché hasta el final lo cerca que me encontraba ya de mi destino.

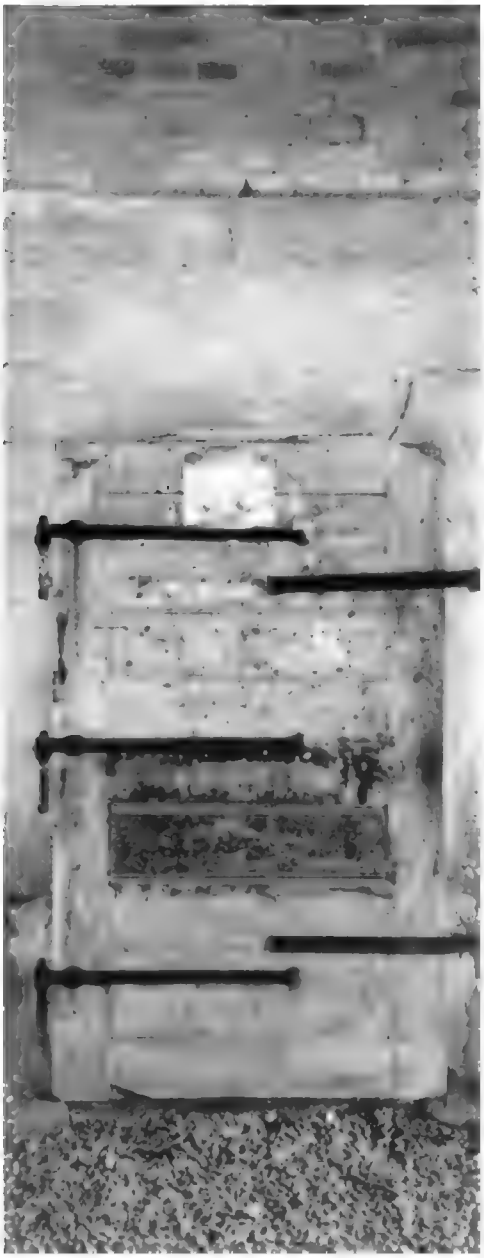
Todavía me impedían la vista algunos arces y castaños, negros por la lluvia, pero, cuando estuve entre las fachadas de las antiguas casas de la guarnición, di unos pasos más y me encontré en la Plaza de los Desfiles, bordeada por una doble hilera de árboles.

Lo más llamativo y hasta hoy, para mí, incomprensible de ese lugar, dijo Austerlitz, fue desde el principio que estaba desierto. Sabía por Věra que, desde hacía muchos años, Terezín había vuelto a ser un municipio ordinario y, sin embargo, pasó casi un cuarto de hora antes de que, al otro lado de la plaza, viera a la primera persona, una figura inclinada hacia delante que avanzaba de forma interminablemente lenta, apoyada en un bastón, y sin embargo, cuando aparté sólo un momento los ojos de ella, desapareció de repente. Por lo demás, no encontré en toda la mañana a nadie en las calles rectas y solitarias de Terezín, salvo un perturbado mental de ropa desgarrada que se cruzó en mi camino entre los tilos del parque de la fuente y, gesticulando con violencia y hablando una especie de alemán balbuceado, contaba no sé qué historia, antes de que también él, con el billete de cien coronas que le había dado aún en la mano, desapareciera cuando se estaba yendo, como suele decirse, tragado por la tierra.

Si ya la desolación de la ciudad fortificada, construida como el ideal Estado del Sol de Campanella siguiendo una retícula estrictamente geométrica, resultaba sobremanera opresiva, más aún lo era la frialdad de sus mudas fachadas, detrás de cuyas ventanas ciegas, por mucho que las mirase, no se agitaba ni una cortina.

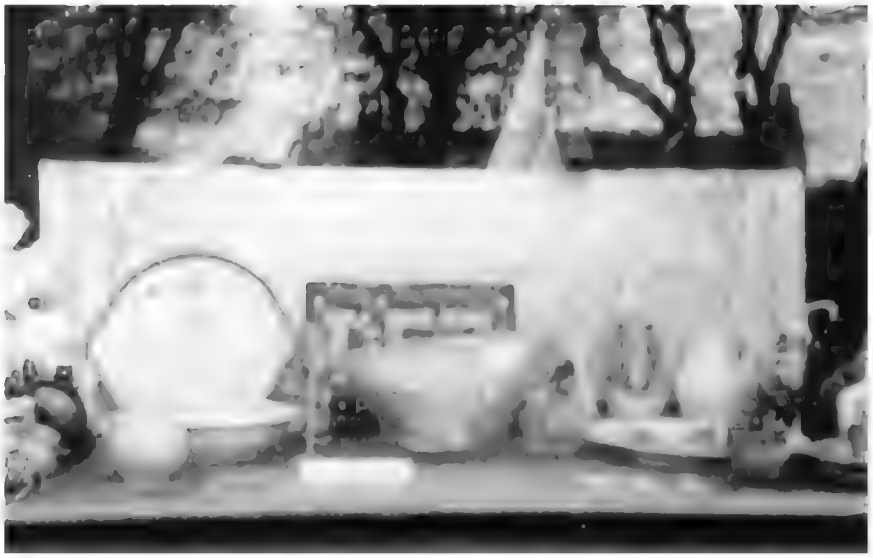
No podía imaginarme, dijo Austerlitz, quién vivía en aquellos edificios desiertos, ni si vivía alguien, a pesar de que, por otra parte, me había llamado la atención el alto número de cubos de basura, toscamente numerados con pintura roja, que se alineaban contra la pared en los patios traseros. Lo más inquietante, sin embargo, me parecieron las puertas y portales de Terezín, que todos, como creí observar, cerraban el acceso a una oscuridad nunca penetrada, en la que, eso pensé, dijo Austerlitz, no se movían más que la cal desprendida de las paredes y las arañas, que tejían sus telas, corrían por las tablas del suelo con sus pasitos apresurados o colgaban expectantes de sus telas.

No hace mucho, en el umbral del sueño, miré el interior de uno de esos barracones de Terezín. Estaba lleno, capa a capa, de telas de esos hábiles animales, desde el suelo hasta el techo. Todavía recuerdo cómo, semidormido, intenté retener aquella visión gris polvorienta, que a veces se estremecía en una ligera corriente de aire, y distinguir lo que ocultaba, pero se disolvía cada vez más y se superponía a ella el recuerdo que surgía en mi memoria al mismo tiempo de los cristales centelleantes de los escaparates del ANTIKOS BAZAR, en el lado occidental de la plaza de la ciudad, ante los que estuve largo tiempo hacia el mediodía, con la esperanza, como se vio inútil, de que quizá viniera alguien y abriera aquella extraña tienda.



El ANTIKOS BAZAR es, salvo por una diminuta tienda de alimentación, por lo que pude ver, dijo Austerlitz, casi la única tienda de Terezín. Ocupa toda la parte delantera de uno de los mayores edificios y tiene también, creo, una gran profundidad.

Naturalmente no podía ver más que lo que había expuesto en los escaparates y no constituía sin duda más que una pequeña parte de los cachivaches acumulados en el interior del bazar. Pero incluso aquellas cuatro naturalezas muertas, evidentemente compuestas totalmente al azar y que, según parecía, habían crecido de forma por completo natural en las ramas negras, reflejadas en los cristales, de los tilos que había en torno a la plaza, tenían para mí tal atractivo, que durante mucho rato no pude apartarme de ellas y, con la frente apretada contra los fríos cristales, estudiaba las cien cosas distintas, como si de alguna de ellas, o de su relación entre sí, se pudiera deducir una respuesta clara a las muchas preguntas, inimaginables, que me agitaban.



¿Qué significaba aquel mantel de días festivos de encaje blanco, colocado en el respaldo de la otomana, o aquel sillón de salón con su descolorida funda de brocado? ¿Qué secreto escondían los tres morteros de distintos tamaños que tenían algo de sentencia de oráculo, los cuencos de cristal, jarrones de cerámica y jarros de barro, la placa metálica de anuncio con la inscripción *Theresienstädter Wasser*, la cajita de conchas, el organillo en miniatura, el pesacartas redondo, en cuyas esferas de cristal flotaban maravillosas flores marinas, el barco en miniatura, una especie de corbeta con las velas desplegadas, la chaqueta regional de una tela de verano clara y ligera, los botones de cuerno de ciervo, la desmesurada gorra de oficial ruso y la guerrera de uniforme correspondiente, de color verde oliva, con hombreras doradas, la caña de pescar, el zurrón de cazador, el abanico japonés, el paisaje interminable pintado en la pantalla de una lámpara con finas pinceladas, junto a un río que corría quizá por Bohemia o quizá por el Brasil? Y luego estaba, en una vitrina del tamaño de una caja de zapatos, sobre un trozo de rama, aquella ardilla disecada, desfigurada ya en algunos sitios por la polilla, que mantenía inexorablemente fijo en mí su ojo de botón de cristal, y cuyo nombre checo —*veverka*— vuelvo a recordar aquí desde lejos, como el de un amigo caído hace tiempo en el olvido. ¿Qué, me pregunté, dijo Austerlitz, podía significar el río que no surgía de ninguna parte ni desembocaba en parte alguna, sino que constantemente refluía, qué con *veverka*, la ardilla siempre petrificada en la misma pose, o con el grupo de porcelana de color marfil que representaba a un héroe a caballo que se volvía hacia atrás cuando su corcel acababa de encabritarse y que, con el brazo izquierdo, levantaba a una mujer inocente que había abandonado su última esperanza, para salvarla de una desgracia no visible para el espectador pero sin duda horrible?

Tan intemporales como ese momento de salvación, inmortalizado pero que ocurría siempre precisamente entonces, eran todos los objetos de adorno, utensilios y recuerdos que, por razones imposibles de investigar, habían sobrevivido a sus anteriores poseedores y superado el proceso de destrucción, de forma que ahora sólo podía percibir entre ellos, débil y apenas reconocible, mi propia sombra. Todavía mientras aguardaba ante el bazar, continuó Austerlitz al cabo de un momento, había empezado a llover ligeramente, y como ni el propietario de la tienda, que figuraba como un tal Augustýn Němeček, ni nadie más aparecía, finalmente seguí, subiendo y bajando algunas calles, hasta que, de repente, en el ángulo nordeste de la plaza de la ciudad, estuve ante el llamado Museo del Gueto, que antes no había visto. Subí las escaleras y entré en el vestíbulo, donde, detrás de una especie de mesa con caja registradora, había una señora de edad indeterminada, con una blusa de color lila y un peinado ondulado pasado de moda. Dejó a un lado la labor de ganchillo que estaba haciendo y me alargó, inclinándose un poco, la entrada. A mi pregunta de si era ese día el único visitante, me respondió que el museo se había abierto hacía poco y que, por eso, venía poca gente del extranjero, especialmente en aquella época del año y con aquel tiempo. Y los habitantes de la ciudad, de todas formas, no venían, y volvió a coger el pañuelo blanco, al que estaba

poniendo una cenefa de lazos que parecían flores. De manera que recorrí solo las salas, dijo Austerlitz, las del entresuelo y las del piso superior, me detuve ante los gráficos, leí los letreros, unas veces a toda prisa, otras palabra por palabra, contemplé las reproducciones fotográficas, no di crédito a mis ojos y varias veces tuve que apartar la vista y mirar por una de las ventanas al jardín de atrás, por primera vez con una idea de la historia de la persecución, que mi sistema de prevención había mantenido tanto tiempo alejada de mí y que ahora, en aquella casa, me rodeaba por todas partes. Estudié los mapas del Gran Imperio Alemán y sus protectorados, que en mi sentido topográfico, por lo demás muy desarrollado, sólo habían sido siempre manchas en blanco, seguí el recorrido de las líneas ferroviarias que lo atravesaban, me deslumbraron los documentos sobre la política demográfica de los nacionalsocialistas, la evidencia de su manía por el orden y la limpieza, llevada a la práctica de forma en parte improvisada y en parte con un despliegue imaginativo hasta en sus últimos detalles, supe de la creación de una economía de la esclavitud en toda la Europa central, del premeditado desgaste de las fuerzas de trabajo, de los orígenes y lugares de fallecimiento de las víctimas, por qué trayectos habían sido transportadas y adónde, qué nombres llevaron durante su vida y qué aspecto tenían ellas y sus guardianes. Todo eso lo comprendí y, sin embargo, no lo comprendí, porque cada detalle que se me revelaba en mi recorrido por el museo, a mí, que había permanecido ignorante, como temía, por mi propia culpa, yendo y volviendo de una sala a otra, superaba con mucho mi capacidad de comprensión. Vi bultos de equipaje, con los que los internados de Praga y de Pilsen, Würzburg y Viena, Kufstein y Karlsbad, y otros lugares innumerables, habían llegado a Terezín, objetos como bolsos de mano, hebillas de cinturón, cepillos de ropa y peines que habían fabricado en los distintos talleres, planes de producción y proyectos elaborados de la forma más detallada para la explotación agrícola de las zonas verdes de las fosas de los muros y de fuera, en la explanada, donde, en parcelas exactamente delimitadas, debían cultivarse avena y cáñamo, y lúpulo y calabazas y maíz. Vi balances, registros de fallecidos, listas de todos los tipos imaginables e hileras interminables de números y cifras, con los que los administradores debían quedarse tranquilos al saber que nada escapaba a su vigilancia. Y cada vez que pienso ahora en el museo de Terezín, dijo Austerlitz, veo la planta enmarcada de la fortaleza en forma de estrella, acuarelada para la real e imperial cliente de Viena en suaves tonos castaños y verdosos y adaptada al terreno que se plegaba a su alrededor, el modelo de un mundo aprovechado por la razón y regulado hasta el más mínimo detalle. Nunca fue sitiada esa fortaleza inexpugnable, ni siquiera en 1866 por los prusianos, sino que, si se prescinde de que no pocos presos políticos del imperio habsbúrguico se consumieron en las casamatas de una de sus defensas, durante todo el siglo XIX fue una guarnición tranquila para dos o tres regimientos y unos dos mil paisanos, una ciudad apartada, de muros pintados de amarillo, patios interiores, arcadas, árboles podados, panaderías, tabernas, cervecerías, casinos, cuarteles para la tropa, armerías, conciertos al aire libre, salidas ocasionales de maniobras, con mujeres de oficiales que se aburrían infinitamente y un reglamento de servicio, según se pensaba, vigente para toda la eternidad. Por último, dijo Austerlitz, cuando la empleada se me acercó y me dijo que pronto tendrían que cerrar, yo había estado leyendo, en uno de los gráficos, no sé cuántas veces, que, a mediados de diciembre de 1942, es decir, en la época en que Agáta llegó a Terezín, se había encerrado en el gueto, una superficie edificada de un kilómetro cuadrado como máximo, a unas sesenta mil personas, y poco después, cuando volví a estar fuera en la desierta plaza de la ciudad, me pareció como si no se los hubieran llevado de allí, sino que vivieran, lo mismo que entonces, apretados en las casas, en los sótanos y en los desvanes, como si subieran y bajaran incesantemente las escaleras, mirasen por las ventanas, deambularan en gran número por las calles y callejas, y llenaran incluso, en asamblea silenciosa, todo el espacio del aire, rayado en gris por la fina lluvia. Con esa imagen ante los ojos subí al anticuado autobús que surgió de la nada y se detuvo a mi lado junto a la acera, a unos pasos de la entrada del museo. Era uno de esos autobuses que van del interior del país a la capital. El conductor me dio sin decir palabra el cambio de un billete de cien coronas, que luego, como recuerdo, mantuve firmemente apretado en la mano hasta Praga. Por fuera pasaban los campos bohemios, cada vez más oscuros, los palos desnudos para el lúpulo, campos de color pardo oscuro, en gran parte llanos y vacíos. El autobús tenía una calefacción excesiva. Sentía cómo la frente se me llenaba de gotas de sudor y una opresión en el pecho. Una vez, al volverme, vi que los pasajeros, sin excepción, iban dormidos. Con el cuerpo torcido, se apoyaban y colgaban de sus asientos. A uno se le había caído la cabeza hacia delante, a otro hacia un lado o hacia atrás. Varios roncaban suavemente. Sólo el conductor miraba hacia delante, a la cinta de la carretera que relucía bajo la lluvia. Como ocurre con frecuencia cuando se viaja hacia el sur, tuve la impresión de que descendíamos continuamente y, sobre todo cuando llegamos a los suburbios de Praga, me pareció que bajábamos por una especie de rampa hacia un laberinto, en el que avanzábamos lentamente, unas veces así y otras al revés, hasta que perdí todo sentido de orientación. Por eso también, cuando llegamos a la estación de autobuses de Praga, que a aquella hora temprana del atardecer era un

lugar de trasbordo abarrotado, me abrí paso entre los miles de personas que aguardaban, y subían o se apeaban de los autobuses, y tomé un camino equivocado. Eran tantos, dijo Austerlitz, los que fuera, en la calle, afluían en masa hacia mí, en su mayoría con grandes maletas y rostros pálidos y afligidos, que creí que sólo podían venir del centro de la ciudad. Sin embargo, como vi luego en el plano, no llegué al centro como creí al principio, en línea más o menos recta, sino que lo rodeé en un amplio círculo que me llevó casi hasta Vyšehrad, y luego, a través de Neustadt y a lo largo de la orilla del Moldava, hasta mi hotel en la isla de Kampa. Era ya tarde cuando, agotado de tanto andar, me eché y traté de conciliar el sueño escuchando el agua que fuera, ante mi ventana, se precipitaba por la presa. Sin embargo, tanto si mantenía los ojos muy abiertos como cerrados, durante toda la noche vi imágenes de Terezín y del Museo del Gueto, los ladrillos de los muros de la fortaleza, los escaparates del bazar, las interminables listas de nombres, una maleta de cuero con una doble etiqueta del Hotel Bristol de Salzburgo y Viena, los portales cerrados que había fotografiado, la hierba que crecía entre los adoquines, un montón de briquetas ante la entrada de un sótano, el ojo de cristal de la ardilla y las sombras de Agáta y de Věra, mientras arrastraban un trineo cargado entre los torbellinos de nieve agitada, hasta el recinto ferial de Holešovic. Sólo hacia el amanecer dormí un rato, pero incluso entonces, en la más profunda inconsciencia, la sucesión de imágenes no se interrumpió sino que se condensó en una pesadilla, en la que, no sé de dónde, apareció en medio de una comarca devastada la ciudad de Dux, del norte de Bohemia, de la que hasta entonces lo único que sabía era que Casanova pasó allí los últimos años de su vida, en el palacio del conde Waldstein, escribiendo sus memorias, numerosos tratados matemáticos y esotéricos y la novela futurista en cinco volúmenes *Icosameron*. En mi sueño vi al envejecido *roué*, reducido al tamaño de un muchacho, rodeado de las hileras estampadas de oro de la biblioteca del conde de Waldstein, formada por más de cuarenta mil volúmenes, inclinado sobre su escritorio, totalmente solo, en una desolada tarde de noviembre. Había dejado a un lado la peluca empolvada, y su propio cabello ralo, en cierto modo como signo de la caducidad de su cuerpo, flotaba como una nubecita blanca en torno a su cabeza. Con el hombro izquierdo un poco levantado, escribía ininterrumpidamente. No se oía más que el raspar de la pluma, que sólo cesaba cuando el escritor levantaba la vista unos segundos, dirigiendo sus ojos acuosos, casi ciegos ya para la distancia, hacia la escasa claridad de fuera, sobre el parque de Dux. Más allá del cercado terreno yacía, en profunda oscuridad, toda la región que se extiende desde Teplice hasta Most y Komutov. Allá en el norte, de un extremo a otro del horizonte, estaba la sierra fronteriza como una pared negra y, delante, bordeándola, la tierra levantada y arañada, pendientes escarpadas y terrazas que descendían mucho más allá de la superficie anterior. Donde antes había habido suelo firme, donde había caminos, donde había vivido la gente, corrían zorros por los campos y toda clases de aves volaban de arbusto en arbusto, no había ahora más que un espacio vacío y, en su fondo, piedra y grava y agua estancada, no rozada siquiera por ninguna brisa. Como barcos iban a la deriva en la oscuridad las siluetas de las centrales eléctricas, en las que ardía el lignito, paralelepípedos blanqueados, torres de refrigeración de crestas dentadas, chimeneas que se alzaban muy altas, sobre las que había penachos de humo inmóviles contra los colores enfermizos como verdugones del cielo occidental. Sólo en el pálido lado nocturno del firmamento se veían algunas estrellas, luces herrumbrosas y humeantes que se iban extinguiendo una tras otra y dejaban costras en las órbitas por las que siempre se habían movido. Hacia el sur, en amplio semicírculo, se levantaban los conos de los volcanes bohemios extinguidos, que en aquella pesadilla yo deseaba que entraran en erupción y lo cubrieran todo de polvo negro... Sólo hacia las dos y media del día siguiente, después de haberme recuperado un poco, fui de la isla de Kampa a la Šporkova para hacer, de momento, mi última visita, continuó Austerlitz. Había dicho ya a Věra que primero tenía que repetir el viaje en tren de Praga a Londres, a través de Alemania, para mí desconocida, pero volvería pronto y quizá tomase un apartamento cerca de ella para un período bastante largo. Era uno de esos días radiantes de primavera, claros como el cristal. Věra se quejó de un dolor sordo detrás de los ojos, que la atormentaba ya desde primeras horas de la mañana, y me pidió que corriera las cortinas de la ventana del lado soleado. Recostada en la penumbra en su sillón de terciopelo rojo, con los cansados párpados bajos, me escuchó cuando le conté lo que había visto en Terezín. Le pregunté también a Věra cuál era el nombre checo para ardilla y, al cabo de un momento, respondió, mientras una sonrisa se extendía lentamente por su hermoso rostro, que era veverka. Y entonces Věra me contó, dijo Austerlitz, cómo en el otoño habíamos visto a menudo desde el muro superior que limitaba el jardín de Schónborn, a las ardillas que escondían sus tesoros. Siempre, cuando volvíamos luego a casa, tú tenías que leerme, aunque te lo sabías de memoria desde la primera a la última línea, tu libro favorito, que trataba del cambio de las estaciones, dijo Věra, y añadió que, especialmente de las ilustraciones de invierno, en que había liebres, corzos y perdices paralizados de asombro en el paisaje recientemente nevado, yo nunca me cansaba, y siempre, cuando llegábamos a la página, dijo Věra, dijo Austerlitz, en que se decía que la nieve se deslizaba

entre el ramaje de los árboles y pronto cubriría todo el suelo del bosque, levantaba la vista y le preguntaba: Pero, si todo se vuelve blanco, ¿cómo sabrán las ardillas dónde han guardado sus provisiones? *Ale když všechno zakryje sníh, jak veverky najdou to místo, kde si schovaly zásoby*? Exactamente así, dijo Věra, sonaba la pregunta que repetía una y otra vez, y siempre me preocupaba de nuevo. Sí, ¿cómo lo saben las ardillas, y qué saben en general, y cómo nos acordamos y qué es lo que no descubrimos al final? Habían pasado seis años desde nuestra despedida ante el portal del recinto ferial de Holešovic, continuó Věra, cuando supo que, en septiembre de 1944, Agáta había sido enviada al Este con otros mil quinientos internados de Terezín. Ella misma, dijo Věra, había sido después casi incapaz de pensar, ni en Agáta, ni en lo que le habría pasado, ni en su propia vida que continuaba hacia un futuro sin sentido. Durante semanas apenas había estado en su sano juicio, había sentido una especie de tirón fuera de su cuerpo, había buscado hilos rotos y no podía creer que todo hubiera sido realmente así. Todas sus investigaciones, interminablemente prolongadas, por dar con mi paradero en Inglaterra o con el de mi padre en Francia habían sido infructuosas. Probara lo que probara, era siempre como si todas las huellas acabaran en la arena, porque en aquella época, en que un ejército de censores sembraba el desconcierto en el servicio postal, pasaban a menudo meses antes de recibir una respuesta del extranjero. Quizá, había dicho Věra, dijo Austerlitz, hubiera sido distinto si ella misma hubiera podido dirigirse a las instancias adecuadas, pero para eso le faltaban tanto la posibilidad como los medios. Y de esa forma pasaron de pronto los años, en retrospectiva como un solo día de plomo. Sin duda había prestado sus servicios docentes y se había ocupado de las cosas necesarias para la existencia, pero desde aquel tiempo no había vuelto a sentir ni a respirar. Sólo en los libros del siglo pasado y antepasado había creído encontrar a veces una idea de lo que quería decir estar viva. Después de esas observaciones de Věra se producía con frecuencia un silencio bastante largo, como si ninguno de los dos supiéramos cómo seguir, y las horas pasaron en el oscurecido piso de la Šporkova sin que nos diéramos cuenta. Hacia el anochecer, cuando me despedí de Věra, sosteniendo su mano ingrávida en la mía, recordó de pronto cómo Agáta, el día de mi partida de la estación Wilson, cuando el tren desapareció de su vista, se volvió hacia ella y le dijo: El año pasado fuimos de aquí a Marienbad. Y, ahora, ¿adónde iremos? Esa reminiscencia, que al principio no entendí del todo, comenzó pronto a preocuparme, tanto que, aunque normalmente no telefoneo casi nunca, llamé a Věra esa misma noche, desde el hotel Insel. Sí, me dijo con voz ya débil por el cansancio, en aquella época, en verano de 1938, fuimos todos juntos a Marienbad, Agáta, Maximilian, ella misma y yo. Los huéspedes del balneario, obesos o demasiado flacos, que se movían por las instalaciones de forma extrañamente lenta, irradiaban, como dijo Agáta una vez de pasada, algo extraordinariamente pacífico. Nos alojábamos en la doble pensión Osborne-Balmoral, inmediatamente detrás del Hotel Palace. Por las mañanas íbamos casi siempre a los baños, y por las tardes paseábamos interminablemente por los alrededores. Yo no tenía de aquella estancia veraniega, en la que contaba cuatro años de edad, ninguna clase de recuerdo, dijo Austerlitz, y quizá fue por eso por lo que, más tarde, a finales de agosto de 1972, precisamente allí, en Marienbad, no sentí más que un terror ciego ante el mejor giro que quería tomar entonces mi vida. Marie de Verneuil, con la que mantenía correspondencia desde mi época de París, me había invitado a acompañarla a un viaje a Bohemia, donde quería realizar diversas investigaciones sobre el desarrollo de los balnearios europeos, para sus estudios de historia de la arquitectura, y, como creo poder decir hoy, dijo Austerlitz, intentar liberarme de mi aislamiento. Ella lo había arreglado todo del mejor modo. Su primo, Frédéric Félix, que era agregado de la embajada francesa en Praga, nos había enviado al aeropuerto una enorme limusina Tatra, que nos condujo luego directamente a Marienbad. Estuvimos sentados dos o tres horas en el fondo cómodamente acolchado del coche, mientras éste se dirigía hacia el oeste a través de un paisaje desierto, por una carretera totalmente recta en grandes trechos, a veces bajando a los valles, y subiendo luego a extensas mesetas, en las que se podía ver a la mayor distancia, hasta donde, dijo Marie, Bohemia limita con el Mar Báltico. A veces pasábamos junto a cordilleras cubiertas de bosques azules, que se destacaban nítidas como una hoja de sierra contra el cielo uniformemente gris. No había prácticamente tráfico. Sólo rara vez venía hacia nosotros algún pequeño automóvil, o adelantábamos a algún camión que se arrastraba subiendo por las largas pendientes, dejando atrás densas nubes de humo. Sin embargo, desde que habíamos salido del recinto del aeropuerto de Praga, nos seguían dos motoristas de uniforme, guardando siempre la misma distancia. Llevaban cascos de cuero y brillantes gafas protectoras con su atuendo, y los cañones de sus carabinas sobresalían en ángulo sobre su hombro derecho. A mí, los dos acompañantes no solicitados me parecían inquietantes, dijo Austerlitz, sobre todo cuando subíamos una de las crestas onduladas y durante un rato desaparecían de nuestro espejo retrovisor para aparecer inmediatamente después, recortándose tanto más amenazadores a contraluz. Marie, que no era tan fácil de intimidar, se limitó a reírse y dijo que se trataba evidentemente de los dos escoltas especialmente ofrecidos en la ČSSR a los visitantes como comitiva de honor. Cuando nos acercábamos a

Marienbad, por una carretera que descendía una y otra vez entre colinas boscosas, se había hecho oscuro y recuerdo, dijo Austerlitz, haber sentido una ligera inquietud cuando salimos de los pinos que crecían espesos hasta las casas y nos deslizamos silenciosamente por el lugar, parcamente iluminado por unas farolas. El coche se detuvo ante el Hotel Palace. Marie dijo algo todavía al chófer, mientras él descargaba nuestras cosas, y luego entramos también en el vestíbulo, en cierto modo duplicado por una serie de altos espejos de pared, que estaba tan desierto y silencioso que se hubiera podido pensar que era mucho más de medianoche. Hizo falta algún tiempo para que el recepcionista, que estaba en la portería de pie ante un pupitre, levantara la vista de sus lecturas y se dirigiera a sus tardíos huéspedes con un murmurado *Dobrý večer* apenas audible. Aquel hombre extraordinariamente delgado, en el que lo primero que llamaba la atención era cómo, a pesar de que no podía tener más de cuarenta años, tenía la frente arrugada en abanico sobre el puente de la nariz, realizó las formalidades necesarias con la mayor lentitud, casi como si se moviera en una atmósfera más densa, sin decir más, pidió ver nuestros visados, hojeó nuestros pasaportes y su propio libro de registro, hizo una entrada de cierta extensión con una escritura garabateada en un cuaderno escolar de rayas, nos hizo llenar un cuestionario, revolvió en un cajón buscando la llave y, finalmente, haciendo sonar una campanilla, hizo venir a un criado encorvado, que llevaba una bata de nailon que le llegaba a la rodilla y, lo mismo que el jefe de la recepción de la casa, padecía un cansancio enfermizo que le paralizaba los miembros. Cuando subió precediéndonos al tercer piso con nuestras dos ligeras maletas —el ascensor de rosario, hacia el que Marie me había llamado la atención en cuanto entramos en el vestíbulo, llevaba evidentemente muchísimo tiempo fuera de servicio—, finalmente, como un alpinista que se aproxima a la cumbre por una cresta difícil, apenas podía avanzar y tuvo que descansar varias veces, mientras nosotros aguardábamos también unos escalones más abajo. En nuestro camino no encontramos alma viviente, salvo otro criado que, vestido con la misma bata gris que su colega y que quizá, eso pensé, dijo Austerlitz, llevaban todos los empleados del hotel balneario de administración estatal, estaba dormido en una silla en el último rellano, con la cabeza caída hacia delante y a su lado, en el suelo, una bandeja de metal con cristales rotos. La habitación que abrieron para nosotros era la número 38..., una habitación grande, realmente como un salón. Las paredes estaban cubiertas con un papel de brocado de color borgoña, muy desgastado en algunos lugares. También eran de ese color las cortinas de la puerta y la cama, que estaba en una alcoba y en la que los blancos almohadones se alzaban de forma extrañamente escarpada. Marie comenzó inmediatamente a instalarse, abrió todos los armarios, fue al cuarto de baño, probó los grifos de agua y la gigantesca y anticuada ducha, y miró por todas partes de la forma más detenida. Era extraño, dijo finalmente, tenía la impresión de que, aunque todo lo demás estaba en perfecto orden, no habían quitado el polvo del secreter desde hacía años. ¿Qué explicación, me preguntó, dijo Austerlitz, puede tener ese curioso fenómeno? ¿Es el escritorio quizá el lugar de los fantasmas? No recuerdo ya lo que le respondí, dijo Austerlitz, pero sí me acuerdo de que, tarde en la noche, estuvimos juntos unas horas aún sentados junto a la ventana abierta y de que Marie me contó muchas cosas de la historia del balneario, de la deforestación del valle en torno a los manantiales, a comienzos del siglo XIX, de las primeras viviendas y hostales clasicistas construidos en las laderas y del rápido auge económico de todo. Arquitectos, albañiles, encaladores, cerrajeros y estucadores vinieron de Praga, Viena y todas partes, muchos hasta del Véneto. Uno de los jardineros de la corte del príncipe Lobkowitz comenzó a transformar el suelo de los bosques en un parque paisajístico inglés, plantó árboles nativos y exóticos, instaló céspedes llenos de arbustos, avenidas, arcadas y pabellones de observación. Surgieron del suelo, cada vez más y más soberbios, salones, baños, salas de lectura, una sala de conciertos y un teatro, en el que pronto actuaron los más diversos corifeos. En 1873 se levantó la gran columnata de hierro colado, y Marienbad fue entonces uno de los balnearios más socialmente aceptable de Europa. De las fuentes minerales y los llamados manantiales de Auschowitz, dijo Marie —y entonces, dijo Austerlitz, se dejó arrastrar por su peculiar sentido de lo cómico a una auténtica coloratura médico-diagnóstica— que habían tenido mucho éxito para curar la obesidad entonces muy extendida entre la clase burguesa, la suciedad de estómago, la inercia intestinal y otras obstrucciones del abdomen, las irregularidades de la menstruación, la cirrosis hepática, la hipocondría del bazo, las enfermedades de riñón, vejiga y aparato urinario, las inflamaciones glandulares y las malformaciones de tipo escrofuloso, pero también la debilidad del sistema nervioso y muscular, la flojera, los temblores de miembros, parálisis, flujos mucosos y sanguíneos, prolongadas erupciones cutáneas y casi cualquier otra afección patológica imaginable. Tengo en mi mente una imagen, dijo Marie, de hombres muy gruesos que, sin hacer caso de los consejos médicos, se entregan a los placeres de la mesa, en aquella época tan bien provista en los balnearios, para reprimir, mediante su creciente corpulencia, los resultados de la preocupación que continuamente los agita por la seguridad de su posición social, y veo también a otros huéspedes del balneario, en su mayoría señoras, que, pálidos y un poco cetrinos ya, y profundamente

sumidos en sí mismos, deambulan por los sinuosos senderos de un templo de manantiales a otro, o bien, desde los puntos de observación, el alto de Amalia o el castillo de Miramont, siguen con talante elegíaco el espectáculo de las nubes que cruzan sobre el estrecho valle. Por el extraño sentimiento de felicidad que surgía en mí mientras escuchaba a mi interlocutora, dijo Austerlitz, se me ocurrió paradójicamente la idea de que también yo, de forma no distinta a la de los huéspedes de Marienbad hace cien años, había sido acometido por una enfermedad insidiosa, idea que se unía a la esperanza de estar empezando a curarme. Realmente, nunca en mi vida había dormido mejor que esa primera noche que pasé con Marie. Oía su respiración regular. A la luz de los relámpagos que de cuando en cuando atravesaban el cielo, aparecía a mi lado, por un segundo brevísimo, su hermoso rostro, y luego la lluvia, al caer, susurraba fuera constantemente, las blancas cortinas se agitaban dentro de la habitación y sentí al dormirme como una ligera disminución de la presión detrás de mi frente, la creencia o la esperanza de haber sido liberado por fin. En realidad, sin embargo, todo fue muy distinto. Antes ya del amanecer me desperté con un sentimiento tan abismal de trastorno, que, sin ser capaz de mirar siquiera a Marie, me incorporé como una persona mareada y tuve que sentarme en el borde de la cama. Había soñado que uno de los criados nos había traído como desayuno una bebida de color verde cardenillo sobre una bandeja de metal, y un periódico francés que, en un artículo de la primera página, debatía la necesidad de una reforma de la administración de los baños y hablaba varias veces de la triste suerte de los empleados del hotel, *qui portent*, eso, dijo Austerlitz, se decía en el periódico de mi sueño, *ces longues blouses grises comme en portent les quincailleurs*. El resto de la página se componía casi exclusivamente de esquelas mortuorias del tamaño de un sello de correos, cuyas letras diminutas sólo podía descifrar yo con gran esfuerzo. Se trataba de esquelas no sólo en francés sino también en alemán, polaco y holandés. Todavía hoy recuerdo, dijo Austerlitz, a Frederieke van Wincklmann, de la que se decía que había *kalm en rustig van ons heengegaan*, la extraña palabra *rouwkamer* y la observación: *De bloemen worden na de crematieplechtigheid neergelegd aan de voet van het Indisch Monument te Den Haag*. Me había acercado a la ventana y miré a lo largo de la calle principal, todavía mojada por la lluvia, y a los grandes hoteles que se alzaban en semicírculo contra las alturas, Pacifik, Atlantic, Metropole, Polonia y Bohemia, con sus filas de balcones, torres en las esquinas y construcciones sobre el tejado, que emergían de la niebla matutina como transatlánticos en un mar oscuro. En algún momento del pasado, pensé, he cometido un error y ahora estoy en una vida falsa. Más tarde, en un paseo por el pueblo desierto hasta la columnata de la fuente, me pareció como si alguien anduviera a mi lado o como si algo me hubiera rozado. Toda nueva perspectiva que se abría al doblar una esquina, toda fachada, toda escalera me parecían a la vez conocidas y totalmente extrañas. Me daba cuenta del mal estado de los edificios en otro tiempo señoriales, los canalones rotos, los muros negros del agua de lluvia, el enlucido abierto, la tosca mampostería que aparecía debajo, las ventanas en parte claveteadas con tablas y chapa ondulada como expresión exacta de mi estado anímico, que no podía explicarme a mí mismo ni podía explicar a Marie, no en aquel primer paseo por el parque abandonado ni tampoco a última hora de la tarde, cuando estuvimos sentados en el crepuscular *kavárna* de Mesto Moskva, bajo un cuadro de nenúfares rosas de por lo menos cuatro metros cuadrados. Encargamos, recuerdo, dijo Austerlitz, un helado, o mejor dicho, según resultó, un dulce parecido a un helado, una masa como de yeso, con sabor a almidón de patata, cuya cualidad más destacada era que ni siquiera después de más de una hora llegó a fundirse. Además de nosotros, sólo había en el Mesto Moskva dos señores ancianos que jugaban al ajedrez en una de las mesas de atrás. También el camarero, que, con las manos a la espalda, miraba a través de las ahumadas cortinas de red, perdido en sus pensamientos, al vertedero cubierto de perifollo gigante del otro lado de la calle, era de edad avanzada. Su cabello blanco y su bigote estaban cuidadosamente recortados y, aunque llevaba también una de aquellas batas de color gris ratón, se lo podía uno imaginar fácilmente con frac de un negro profundo, de corte impecable, con una corbata de lazo de terciopelo sobre la pechera rígida, radiante de una limpieza sobrenatural, y zapatos de charol relucientes, en los que se reflejaran las lámparas de un gran vestíbulo de hotel. Cuando trajo a Marie un paquete plano de cuarenta cigarrillos cubanos, adornado con un bonito motivo de palmeras, y luego, con toda elegancia, le dio fuego, pude ver que ella lo admiraba enormemente. El humo cubano flotaba en el aire entre nosotros, en estrías azules, y pasó algún tiempo antes de que Marie me preguntara en qué pensaba, por qué estaba tan abstraído, tan encerrado en mí mismo; cómo había podido hundirme de repente desde mi felicidad de ayer, que había podido sentir. Y mi respuesta fue sólo que no lo sabía. Creo, dijo Austerlitz, que traté de explicarle que algo desconocido me trastornaba en Marienbad, algo muy obvio, como un nombre corriente o una denominación que no se puede recordar por nada ni por nadie en el mundo. Hoy me resulta imposible acordarme de cómo pasamos esos días en Marienbad, dijo Austerlitz. A menudo estuve horas echado en los baños de agua burbujeante y en las cabinas de reposo, lo que, por una parte, me sentó bien, pero quizá debilitó mi resistencia, tantos años

mantenida, a la aparición de los recuerdos. Una vez estuvimos en un concierto en el teatro Gogol. Un pianista ruso llamado Bloch tocó ante media docena de oyentes las *Papillons* y las *Escenas infantiles*. Al volver al hotel, Marie me habló, un poco como advertencia, me pareció, dijo Austerlitz, del oscurecimiento interior y la locura de Schumann y de cómo finalmente, en medio del gentío del carnaval de Düsseldorf, saltó sobre el parapeto del puente al helado Rin, y dos pescadores tuvieron que sacarlo. Luego vivió una serie de años, dijo Marie, en una institución privada para perturbados mentales de Bonn o Bad Godesberg, donde Clara lo visitaba a intervalos con el joven Brahms y, como no se podía hablar ya con aquel ser totalmente apartado del mundo, que tarareaba desafinadamente para sí, las mayoría de las veces se limitaban a mirarlo un rato en su habitación, a través de la mirilla de la puerta. Mientras escuchaba a Marie y trataba de imaginarme al pobre Schumann en su habitación de Bad Godesberg, tenía constantemente otra imagen ante los ojos, la de un palomar por cuyo lado pasamos en una excursión a Königswart. Como la hacienda a que pertenecía, ese palomar, que quizá databa de la época de Metternich, se encontraba en un estado de decadencia avanzado. El suelo en el interior de aquella cima rodeada de paredes estaba cubierto de excrementos de paloma prensados por su propio peso, que sin embargo alcanzaban ya una altura de más dos pies, una masa apelmazada en la que yacían los cuerpos de algunas de las aves caídas, mortalmente enfermas, de sus nichos, mientras que sus compañeras todavía vivas, con una especie de demencia senil, se arrullaban mutuamente quejándose, en la oscuridad que había bajo el techo, donde apenas se podía ver, mientras algunos plumones, girando en pequeños remolinos sobre sí mismos, descendían lentamente por el aire. Cada una de esas imágenes de Marienbad, la de Schumann loco y la de las palomas confinadas en ese lugar de horror, me hizo imposible, por el tormento que entrañaban, lograr el más mínimo autoconocimiento. El último día de nuestra estancia, siguió finalmente Austerlitz, fuimos a través del parque al atardecer, en cierto modo como despedida, a los llamados manantiales de Auschowitz. Hay allí un pabellón delicadamente construido, totalmente encristalado y pintado interiormente de blanco. En aquel pabellón del manantial, iluminado por los rayos del sol poniente y en el que reinaba un silencio completo, salvo el rítmico salpicar del agua, Marie me preguntó, acercándose a mí, si sabía que al día siguiente era mi cumpleaños. Mañana, dijo, en cuanto nos despertemos, te desearé toda la felicidad del mundo, y será como si deseara a una máquina, cuyo mecanismo no conozco, un buen funcionamiento.

¿Puedes decirme, dijo ella, dijo Austerlitz, cuál es la razón de que seas tan inaccesible? ¿Por qué, dijo, desde que estamos aquí, eres como un estanque helado? ¿Por qué veo que tus labios se abren, como si quisieras decir, quizá incluso gritar algo, y luego no oigo nada? ¿Por qué, al llegar, no sacaste tus cosas y has vivido, por decirlo así, de la mochila? Los dos estábamos separados unos pasos, como dos actores en el teatro. El color de los ojos de Marie cambiaba con la luz decreciente. Y yo traté otra vez de explicarle y explicarme los inconcebibles sentimientos que me habían acosado en los últimos días; de decirle que, como loco, pensaba continuamente que por todas partes me rodeaban signos y secretos; que incluso me parecía como si las mudas fachadas de las casas supieran alguna cosa mala de mí, y que siempre había creído que tenía que estar solo, lo que ahora, a pesar de mi añoranza de ella, era más fuerte que nunca. No es cierto, dijo Marie, que necesitemos la ausencia y la soledad. No es cierto. Sólo eres tú el que tiene miedo, no sé de qué. Siempre te has mantenido un poco distante, lo he entendido muy bien, pero ahora es como si estuvieras ante un umbral que no te atreves a traspasar. Yo no podía darme cuenta entonces de cuánta razón tenía Marie en todo, pero hoy, dijo Austerlitz, sé por qué tenía que apartarme cuando alguien se me acercaba demasiado, y por qué, al apartarme, creía estar salvado y, al mismo tiempo, me consideraba un ser espantosamente malo, un intocable. Caía el crepúsculo mientras íbamos por el parque. A ambos lados del blanco camino de arena, que continuaba en curva, había árboles y arbustos oscuros, y Marie, a la que poco después perdí por completo, sólo por mi culpa, se puso a hablar a media voz para sí, de lo que sólo recuerdo sus palabras sobre los pobres amantes *qui se promenaient dans les allées désertes du parc*. Estábamos casi de vuelta en el pueblo, dijo Austerlitz, y entonces, en un lugar donde la niebla blanca subía ya de los campos, vino, como saliendo de la nada, un pequeño grupo de diez o doce personas pequeñas, enviadas allí para descansar por alguna empresa estatal bohemia o quizá de algún país socialista hermano, y cruzó nuestro camino. Eran figuras llamativamente bajas, ligeramente encorvadas. Se desplazaban en fila india, y cada una de ellas sostenía en la mano uno de los vasos de plástico estropeados de los que en aquella época se bebía el agua del manantial de Mariánské Lázně. También recuerdo, añadió Austerlitz, que todas llevaban sin excepción delgados impermeables de perlón, de color gris azulado, como habían estado de moda en Occidente hacia finales de los cincuenta. Hasta hoy oigo a veces el seco crujir con que, tan inesperadamente como habían aparecido por un lado del camino, desaparecieron por el otro… Durante toda la noche después de mi última visita a la Šporkova, continuó Austerlitz, me preocuparon los recuerdos de Marienbad. En cuanto empezó a aclarar fuera, hice el equipaje, dejé el hotel de la isla de Kampa y crucé el puente de Carlos, envuelto en la niebla temprana, atravesando las callejas de la Ciudad Vieja y cruzando la todavía desierta plaza de Wenceslao hasta la estación central de la Wilsonova que, según resultó, no se parecía en nada a la idea que me había hecho de ella por el relato de Věra. La construcción de Jugendstil en otro tiempo famosa mucho más allá de Praga había sido rodeada, evidentemente en los años sesenta, de feas fachadas de cristal y defensas de hormigón, y necesité algún tiempo para encontrar una entrada al recinto parecido a una fortaleza, por una rampa para taxis que llevaba al piso bajo. La nave baja del sótano en la que me encontraba ahora estaba abarrotada de una multitud de viajeros, que habían pasado la noche allí entre sus equipajes, en grupos o familias, y que, en su gran mayoría, dormían aún. Aquel campamento inabarcable en su totalidad estaba inmerso en una luz lila rojiza, realmente infernal, que salía de una plataforma algo elevada, de sus buenos diez metros por veinte, en la que, en varias baterías, había como un centenar de máquinas tragaperras; funcionando débilmente en punto muerto zumbando para sus adentros. Pasé por encima de los cuerpos inmóviles echados en el suelo, y subí y bajé escaleras, sin poder orientarme en el laberinto de la estación, compuesto sólo, en realidad, por los más diversos puestos de venta. Una vez pregunté a un funcionario uniformado que venía hacía mí: *Hlavní nádráží? Wilsonovo nádráží*?, y fui conducido por él cuidadosamente de la manga, como un niño perdido, a una esquina algo apartada, ante una placa conmemorativa en la que se decía que la estación fue dedicada en 1919 a la memoria de Wilson, presidente americano amante de la libertad. Cuando había descifrado la placa y dado las gracias con la cabeza al funcionario, que había permanecido a mi lado, él me llevó, doblando unas esquinas y subiendo

unos escalones, a una especie de entresuelo, desde el que podía ver, hacia arriba, la poderosa cúpula de la anterior estación Wilson o, mejor, sólo la mitad de la cúpula, porque la otra mitad había sido cortada, por decirlo así, por una nueva construcción que se adentraba en ella. A lo largo del semicírculo del borde de la cúpula corría una galería en la que habían puesto mesas de café. Allí, después de haberme comprado un billete para el Hook van Holland, estuve sentado media hora aún, hasta la salida de mi tren, intentando remontarme hacia atrás por los decenios, acordarme de cómo era cuando, en los brazos de Agáta —eso, dijo Austerlitz, me lo había contado Věra—, casi me descoyuntaba el cuello porque no quería apartar los ojos de la cúpula que, enormemente lejana, se curvaba sobre nosotros. Sin embargo, ni Agáta, ni Věra, ni yo mismo salimos del pasado. A veces me parecía como si los velos fueran a rasgarse; creía, quizá por una fracción de segundo, sentir el hombro de Agáta o ver el dibujo de la portada del cuadernillo de Chaplin que Věra me había comprado para el viaje, pero en cuanto quería retener ese fragmento o, si se puede decir así, enfocarlo mejor, desaparecía en el vacío que daba vueltas sobre mí. Tanto más me asombró, sí, dijo Austerlitz, me asustó incluso el que, un poco más tarde, cuando, inmediatamente antes de la salida del tren a las siete y trece, miré por la ventanilla del pasillo del vagón, me diera cuenta, con una certeza que no dejaba lugar a la menor duda, de que había visto ya una vez en la misma penumbra el dibujo de la cubierta de cristal y acero de los andenes, compuesto de triángulos, arcos redondos, líneas horizontales y verticales, y diagonales, y cuando el tren salió luego de la estación de forma infinitamente lenta, por un pasillo entre las partes traseras de edificios de viviendas de muchos pisos, hacia el túnel negro que atravesaba la Ciudad Nueva, y luego, atravesó con golpeteo regular el Moldava, para mí fue realmente, dijo Austerlitz, como si el tiempo se hubiera detenido desde el día de mi primera partida de Praga.

Era una mañana negra, opresiva. En la mesita de mantel blanco del vagón restaurante de los ferrocarriles checos, donde me había sentado para poder mirar mejor afuera, ardía una pequeña lámpara, rodeada de volantes rosas, como las que antes había en las ventanas de los burdeles belgas. El cocinero, con el gorro torcido sobre la cabeza, se apoyaba fumando a la entrada de su cocina, hablando con el camarero, un hombrecito flaco de pelo rizado, con chaleco de pata de gallo y pajarita amarilla. Fuera, bajo el cielo que colgaba muy bajo, pasaban campos y prados, estanques de carpas, bosques, un recodo del río, un bosquecillo de alisos, elevaciones y depresiones y, junto a Beroun, si bien recuerdo, una calera que se extendía por una zona de una milla cuadrada o más: chimeneas y silos altos como torres que desaparecían en la baja cubierta de nubes, enormes bloques rectangulares de hormigón que se había vuelto quebradizo, cubiertos de una oxidada tela ondulada, cintas transportadoras que subían y bajaban, molinos para triturar la piedra caliza, montañas de grava en forma de cono, barracas y transportes de mercancías, todo uniformemente cubierto de depósitos calcáreos y de un polvo gris pálido. Luego otra vez la abierta campiña y por ninguna parte, por mucho que mirase, algún vehículo en las carreteras, por ninguna parte un solo hombre, salvo los jefes de estación que, ya fuera por aburrimiento, ya por costumbre o a causa de algún reglamento que tenían que observar, salían a la plataforma hasta en las estaciones más pequeñas, como Holoubkov, Chrást o Rokykany, con la roja gorra en la cabeza y, según me parecía ver, en su mayoría con bigotes rubios, para no perderse, ni siquiera en aquella pálida mañana de primavera, el paso atronador del expreso de Praga. De Pilsen, donde nos detuvimos algún tiempo, sólo recuerdo, dijo Austerlitz, que salí al andén y fotografié el capitel de una columna, porque había desencadenado en mí un reflejo de reconocimiento. Sin embargo, lo que me inquietó al verla no fue si las formas complicadas del capitel, cubiertas de una costra de color morado, se habían quedado realmente en mi memoria cuando en su momento, en el verano de 1939, pasé por Pilsen con el transporte de niños, sino la idea, en sí absurda, de que aquella columna de hierro colado, en cierto modo devuelta a la vida, me recordaba y, si se puede decir así, dijo Austerlitz, daba testimonio de lo que yo mismo no recordaba. Más allá de Pilsen, el tren fue hacia las montañas que dividían Bohemia y Baviera. Pronto bosques oscuros se acercaron al trazado de la vía e hicieron más lenta la marcha. Vapores de niebla o nubes que, bajas y a la deriva, flotaban entre los abetos chorreantes, hasta que el trayecto, al cabo de una hora más o menos, volvió a subir, el valle se alejó cada vez más poco a poco, y salimos a una comarca despejada. No sé lo que había esperado de Alemania, pero, adondequiera que mirase, dijo Austerlitz, veía por todas partes poblaciones y pueblos limpios, patios de fábricas y de edificios ordenados, jardines cuidados, leña debidamente apilada bajo los techos, caminos regularmente asfaltados a través de los prados, calles por las que pasaban zumbando veloces coches de colores, bien aprovechadas parcelas boscosas, arroyos regulados y nuevos edificios de estaciones, ante los que, evidentemente, no tenían que salir los jefes de estación. El cielo se había despejado en algunos lugares, amables manchas de sol iluminaban aquí o allá el paisaje, y el tren, que en el lado checo parecía avanzar sólo con dificultad, se apresuró de pronto con una ligereza que rayaba en lo improbable. Hacia el mediodía llegamos a Nuremberg, y cuando vi ese nombre en una garita de señales, escrito con la ortografía alemana que no me era familiar (Nürnberg), volví a recordar lo que Věra había dicho del relato de mi padre sobre el Congreso del Partido Nacionalsocialista en 1936, y el entusiasmo desbordante de la gente allí congregada. Quizá por eso, dijo Austerlitz, aunque en realidad sólo había querido averiguar cuáles eran las próximas conexiones de tren, salí de la estación de Nuremberg sin pensármelo y entré en aquella ciudad para mí desconocida. Nunca había pisado antes suelo alemán, había evitado siempre saber lo más mínimo de la topografía alemana, la historia alemana o las condiciones de vida alemanas de hoy, y por eso Alemania, dijo Austerlitz, era para mí, probablemente, el más desconocido de todos los países, más ajeno incluso que el Afganistán o el Paraguay. En cuanto salí del paso subterráneo de la explanada, fui absorbido por una multitud incalculable que, como el agua de un río, fluía por toda la anchura de la calle, pero no sólo en una dirección, sino en ambas direcciones, en cierto modo río arriba y río abajo a la vez. Creo que era sábado, el día en que la gente va de compras a la ciudad e inunda esos paraísos para peatones que, al parecer, como desde entonces me han dicho, dijo Austerlitz, existen más o menos de la misma forma en todas las ciudades. Lo primero que me llamó la atención en mi excursión fue el gran número de abrigos y sombreros de *loden* grises, pardos y verdes y, en general, lo bien y adecuadamente que estaban todos vestidos y lo notablemente sólidos que eran los zapatos de los peatones de Nuremberg. No me atrevía a mirar mucho rato el rostro de los que venían hacia mí. También me impresionó qué pocas voces oía a mi alrededor, qué silenciosamente se movían aquellas personas por la ciudad, y me inquietó que, al levantar la vista a las fachadas de ambos lados de la calle, incluso a los edificios más antiguos a juzgar por su estilo, que se remontaba a los siglos XV o XVI, en ninguna parte, en los gabletes, marcos de ventana o alféizares, se podía ver una línea torcida o una huella de tiempos pasados. Recuerdo, dijo Austerlitz, que el pavimento era ligeramente escarpado bajo mis

pies, que una vez vi dos cisnes blancos como la nieve por encima del pretil de un puente, en el agua negra, y luego, muy alto sobre los tejados de las casas, el castillo, de algún modo reducido, del tamaño de un sello de correos por decirlo así. No pude decidirme a entrar en un restaurante o a comprar algo al menos en alguno de los numerosos puestos y chiringuitos. Cuando, al cabo de una hora aproximadamente, quise rehacer el camino de la estación, tuve cada vez más la sensación de luchar contra una corriente que se había hecho más fuerte, ya fuera porque yo tenía que ir cuesta arriba, ya porque realmente se movían más personas en una dirección que en la otra. En cualquier caso, dijo Austerlitz, sentí más miedo a cada minuto, de forma que finalmente, no muy lejos de la estación, tuve que detenerme en la casa editora del *Nürnberger Nachrichten*, bajo el arco de una ventana de arenisca rojiza, y esperar a que la multitud de compradores hubiera disminuido un poco. Cuánto tiempo estuve con los sentidos aturdidos al borde de aquel pueblo de alemanes que pasaba por mi lado sin interrupción no puedo decirlo ya con seguridad, dijo Austerlitz, pero creo que debían de ser ya las cuatro o las cinco cuando una mujer de edad, que llevaba un sombrero tirolés con una pluma de gallo y que, sin duda por mi mochila, me tomó por una persona sin hogar, se detuvo a mi lado, sacó con dedos gotosos una moneda de un marco de su bolso, y me la alargó cuidadosamente como limosna. Todavía tenía yo en la mano esa moneda acuñada en 1956 con la cabeza del canciller Adenauer, cuando, finalmente, a última hora de la tarde, seguí mi viaje hacia Colonia, dijo Austerlitz. Casi todo el tiempo estuve en el pasillo del tren, mirando por la ventanilla. Entre Würzburg y Frankfurt, creo, el trayecto atravesaba una comarca boscosa, robles y hayas desnudos, y también coníferas, milla tras milla. Desde muy lejos recordé, mientras miraba al exterior, que en la casa del predicador en Bala y también más tarde había soñado a menudo con un país sin fronteras ni nombre, totalmente cubierto de oscuros bosques, que yo tenía que cruzar sin saber adónde, y aquello que ahora veía pasar por fuera, aquello, me di cuenta, dijo Austerlitz, era el original de las imágenes que durante tantos años me habían acosado. También entonces me acordé de otra obsesión que había tenido mucho tiempo: la de un hermano gemelo que había hecho conmigo aquel viaje interminable y que, sin moverse, se había sentado en el rincón de la ventana del compartimiento, mirando fijamente a la oscuridad. No sabía nada de él, ni siquiera cómo se llamaba, y nunca había cambiado una palabra, pero, al pensar en él, me atormentaba continuamente la idea de que, hacia el final del viaje, murió de consunción y estuvo echado con el resto de nuestras cosas en la red de equipajes. Sí, y luego, continuó Austerlitz, en alguna parte detrás de Frankfurt, cuando por segunda vez en mi vida entré en el valle del Rin, al ver la Torre de los Ratones en el, así llamado, Binger Loch, supe con absoluta certeza por qué la torre del embalse de Vyrnwy me había parecido siempre tan siniestra. No podía apartar los ojos del río que fluía en el crepúsculo pesadamente, de las gabarras que, aparentemente inmóviles, yacían sobre el agua hasta el bordillo, de los árboles y arbustos de la otra orilla, el fino rayado de los viñedos, las líneas transversales más claras de los muros de apoyo, las grises rocas y quebradas que, hacia un lado, llevaban a un reino, según pensé, prehistórico e inexplorado.

Mientras estaba todavía bajo el hechizo de aquel paisaje, para mí, dijo Austerlitz, realmente mitológico, el sol poniente se abrió paso entre las nubes, llenó el bosque entero con su resplandor e iluminó las alturas del otro lado, en las que, en el lugar por donde acabábamos de pasar, tres chimeneas gigantescas se alzaban hacia el cielo, como si la cordillera del borde oriental hubiera sido vaciada en su totalidad y fuera sólo el camuflaje exterior de un centro de producción que se extendiera bajo tierra muchas millas cuadradas. La

verdad, dijo Austerlitz, es que cuando se viaja por el valle del Rin, apenas se puede saber en qué época se encuentra uno. Incluso de los castillos, que se alzan muy alto sobre el río y llevan nombres extraños y de alguna manera falsos, como Reichenstein, Ehrenfels o Stahleck, no se puede decir, cuando se contemplan desde la estación, si son de la Edad Media o fueron construidos sólo por los barones de la industria del siglo pasado. Algunos de ellos, por ejemplo el castillo del Gato y el castillo del Ratón, parecen remontarse a la leyenda, y hasta las ruinas parecen a primera vista un decorado de teatro romántico. En cualquier caso, en mi descenso por el Rin, ya no sabía en qué época de mi vida estaba. A través del resplandor del atardecer, veía la aurora incandescente que en otro tiempo se extendió por la otra orilla y pronto encendió el cielo entero, y también cuando hoy pienso en mis viajes por el Rin, de los que el segundo apenas fue menos terrible que el primero, todo se confunde en mi mente, lo que viví y lo que leí, los recuerdos que surgen y vuelven a hundirse, las imágenes que escapan y los dolorosos puntos muertos en los que ya no hay nada. Veo ese paisaje alemán, dijo Austerlitz, tal como fue descrito por viajeros anteriores, el gran río no regulado y que en algunos lugares invade las orillas, los salmones que retozan en el agua, los cangrejos que se arrastran por la fina arena; veo los oscuros dibujos de tinta china que Victor Hugo hizo de los castillos del Rin, y a John Mallord Turner mientras, no lejos de la asesina ciudad de Bacharach, sentado en un taburete plegable, pinta acuarelas con mano ágil, veo las aguas profundas del Vyrnwy y los habitantes de Llanwddyn sumergidos en él, y veo, dijo Austerlitz, al gran ejército de los ratones, del que se dice que su gris gentío fue una plaga para el país, mientras se precipitan en la corriente y, con las pequeñas gargantas apenas por encima de las ondas, nadan desesperadamente para llegar a la isla salvadora. Imperceptiblemente, el día había declinado mientras Austerlitz hablaba, y la luz comenzaba ya a disminuir cuando salimos juntos de la casa de Alderney Street para andar un trecho hacia la ciudad, por la Mile End Road, hasta el gran cementerio de Tower Hamlets, que, lo mismo que el conjunto de edificios del hospital de St. Clement, oscuro y rodeado de un alto muro de ladrillo, con el que limita, según una observación hecha por Austerlitz de pasada, era uno de los escenarios de esa fase de su historia. En el crepúsculo que lentamente caía sobre Londres, anduvimos por los caminos entre los monumentos y mausoleos, cruces de mármol, estelas y obeliscos, urnas panzudas y figuras de ángeles de piedra levantadas en la época victoriana para conmemorar a los queridos difuntos, con frecuencia sin alas o muy dañadas por otros conceptos y precisamente petrificadas en el momento de levantarse del suelo, según me pareció.

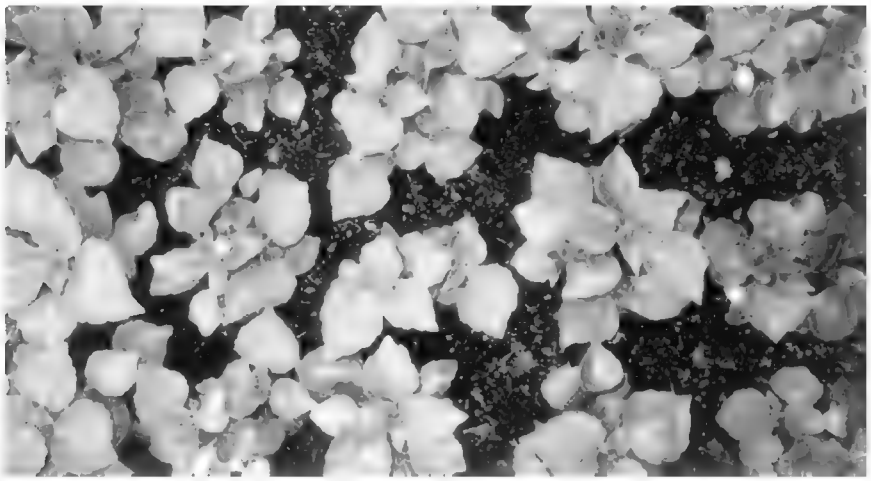
La mayoría de esos monumentos habían sido privados de su perpendicularidad o quizá derribados por completo por obra de las raíces de los arces que surgían por todas partes.

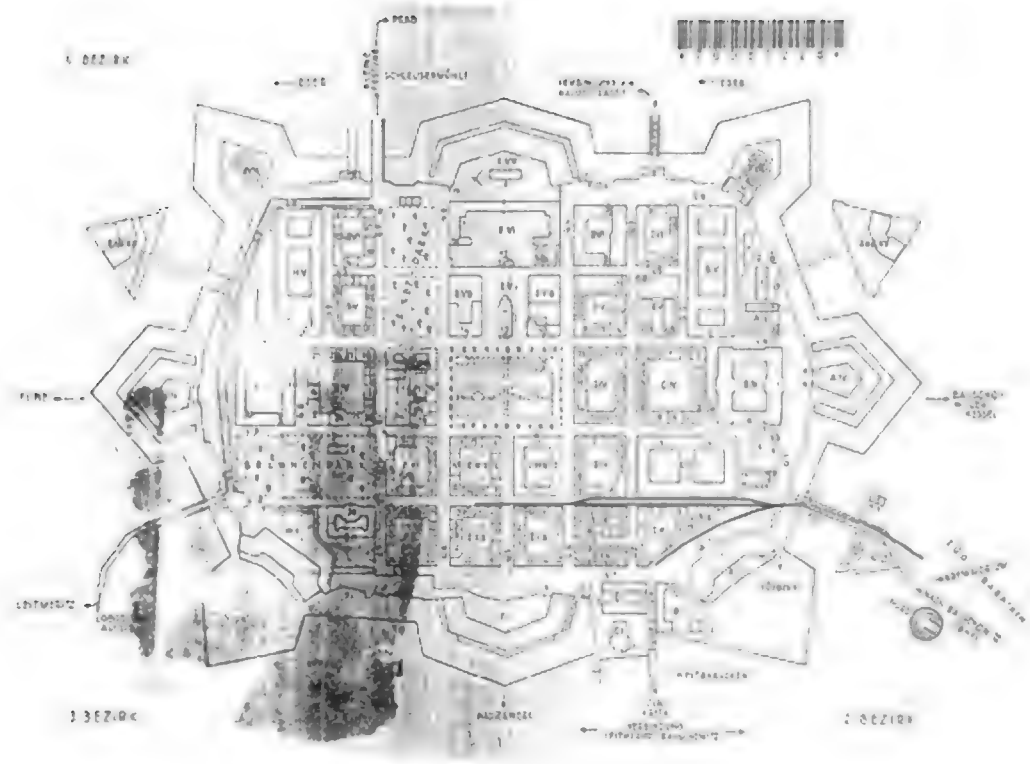
Los sarcófagos cubiertos de líquenes verde pálido, blanco grisáceo, ocre o naranja estaban rotos, las propias tumbas en parte levantadas del suelo, en parte hundidas en él, de forma que se podía creer que un terremoto hubiera sacudido el barrio de los muertos o que éstos, convocados al Juicio Final, habían salido de su morada, trastornando, en su pánico, el buen orden impuesto por nosotros. En las primeras semanas después de su regreso de Bohemia, así continuó Austerlitz su relato, ahora andando, me aprendía de memoria las fechas de nacimiento y fallecimiento de los muertos, se había llevado guijarros y hojas de hiedra a casa, también una rosa de piedra una vez y una mano de ángel rota, pero por mucho que me tranquilizaran los paseos por Tower Hamlets de día, dijo Austerlitz, tanto más me acometían de noche los terribles estados de ansiedad, que a veces duraban horas y horas y continuamente se intensificaban. Evidentemente me servía de poco haber descubierto las fuentes de mi trastorno y, mirando atrás en los años anteriores, pudiera verme con la mayor claridad como a un niño apartado de la noche a la mañana de su vida habitual: la razón no podía nada contra el sentido de rechazo y aniquilación que siempre había reprimido y ahora brotaba en mí con violencia. En medio de los quehaceres más sencillos, al atarme los cordones de los zapatos, al lavar el servicio de té o mientras esperaba que el agua hirviera en la tetera, me acometía aquella horrible ansiedad. De repente se me secaban la lengua y el paladar como si llevara días en el desierto, tenía que luchar cada vez más para respirar, mi corazón comenzaba a revolotear y palpitar hasta mi garganta, me invadía un sudor frío por todo el cuerpo, incluso en el dorso de mi mano temblorosa, y todo lo que miraba aparecía cubierto por un velo rayado de negro. Creía tener que gritar y de mis labios no salía ningún sonido, quería salir a la calle y no me movía del sitio, me veía realmente, después de una concentración larga y dolorosa, reventar por dentro y esparcir partes de mi cuerpo por una comarca oscura y lejana. Hoy no puedo decir ya cuántos de esos ataques tuve en aquella época, pero un día, después de haberme derrumbado en el camino hacia el quiosco al final de Alderney Street y haber golpeado con la cabeza en el bordillo, fui ingresado en el hospital St. Clement, después de una serie de estancias en diversos hospitales y centros, y allí volví a encontrarme en una de las salas de hombres, después de volver en mí tras

un estado de ausencia mental, como luego me explicaron, de casi tres semanas de duración, que no afectó a mis funciones corporales pero paralizó todos mis procesos mentales y emociones. En el estado extrañamente irreal en que me encontraba a causa de los medicamentos que me habían administrado, paseaba por allí, dijo Austerlitz, señalando con la mano izquierda la fachada de ladrillo del edificio del establecimiento que se alzaba detrás de los muros, desconsolado y contento al mismo tiempo, dando vueltas todo el invierno por los pasillos, miraba desde arriba durante horas, por una de las empañadas ventanas, al cementerio en que ahora estamos, y no sentía en la cabeza más que las paredes calcinadas de mi cerebro.

Más tarde, cuando se produjo cierta mejoría, miraba al amanecer con el catalejo que me había prestado uno de los enfermeros a los zorros que corrían en libertad por el cementerio, luego a las ardillas, que saltaban de un lado a otro y se quedaban luego inmóviles, los rostros de las personas solitarias que aparecían ocasionalmente, y los lentos movimientos de alas de una lechuza que volaba regularmente al caer la oscuridad, en amplias curvas, sobre las lápidas. A veces hablaba con alguno de los otros pacientes del hospital, como por ejemplo con un techador, que afirmaba poder recordar con toda claridad el momento en que, en pleno trabajo, en un lugar determinado detrás de su frente, algo excesivamente tenso se había roto y, en el graznante transistor que tenía delante metido en un cabrio, oyó por primera vez a los mensajeros de la desgracia que desde entonces lo perseguían sin cesar. También pensaba allí no pocas veces en la locura del predicador Elias, dijo Austerlitz, y en la casa de piedra de Denbigh en que pereció. Sólo en mí mismo, en mi propia historia y mi estado actual me resultaba imposible pensar. Hasta principios del mes de abril, un año después de mi regreso de Praga, no me dieron de alta. La doctora que sostuvo conmigo la última conversación en el establecimiento me aconsejó buscar alguna ocupación física ligera, por ejemplo en una empresa de horticultura, y por eso, durante los dos años siguientes, todas las mañanas temprano, cuando los empleados de oficina afluían en masa a la City, yo iba en dirección opuesta a Romford, a mi nuevo lugar de trabajo, uno de los viveros de plantas ornamentales mantenido por el municipio al borde de un amplio parque, en el que, junto a los jardineros cualificados, trabajaban también algunos disminuidos físicos o necesitados de tranquilidad mental.

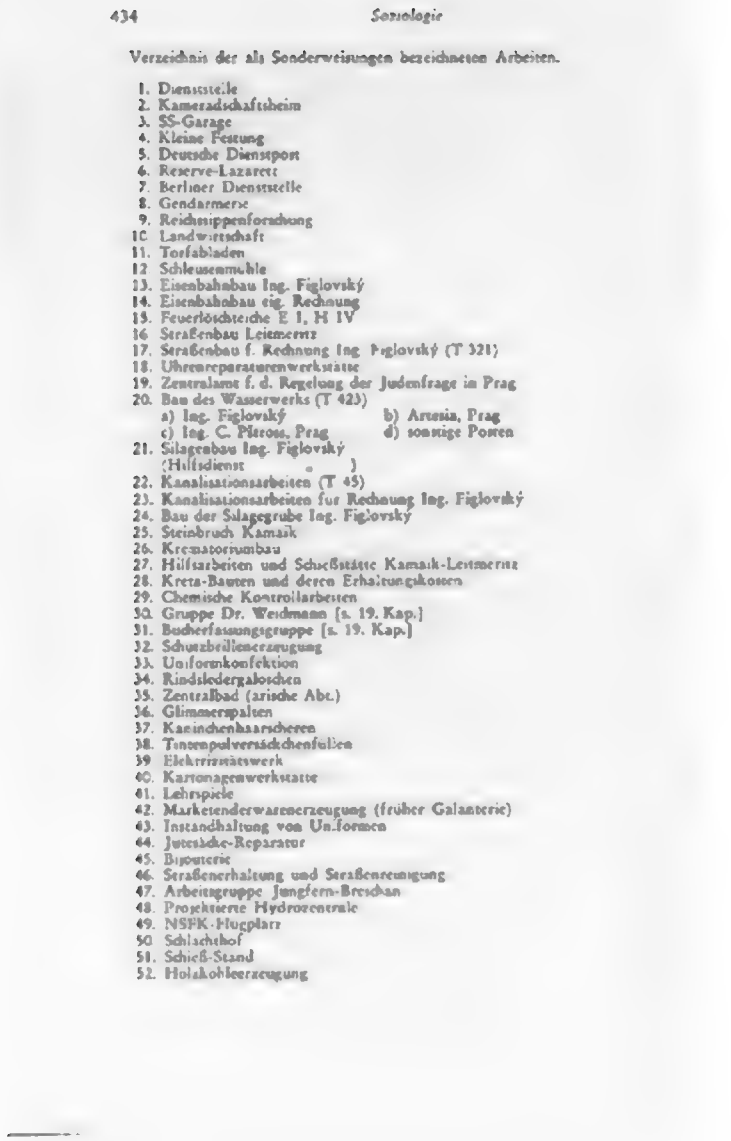
No sabría decir, dijo Austerlitz, por qué allí en Romford, en el curso de los meses, me restablecí en cierta medida, si fueron las personas marcadas por sus padecimientos mentales, pero también en parte alegres, en cuya compañía me encontraba, el ambiente cálido y húmedo, siempre igual, de los invernaderos, el olor del suelo musgoso que llenaba la atmósfera entera, la rectilineidad de los dibujos que se ofrecían a la vista o la continuidad del trabajo mismo, el cuidadoso picar semillas y cambiar de maceta,





el trasplante de las plantas cuando se hacían grandes, el cuidado de las camas y el regado con la fina manguera, que era, de todas mis ocupaciones, la que más me gustaba. En las horas de la noche y en los fines de semana, dijo Austerlitz, comencé entonces, en mi época de ayudante de jardinero en Romford, a estudiar la obra de casi ochocientas páginas de letra pequeña que H. G. Adler, para mí desconocido hasta entonces, había escrito entre 1945 y 1947, en las condiciones más difíciles, en parte en Praga y en parte en Londres, sobre el establecimiento, desarrollo y organización interna del gueto de Theresienstadt, y hasta su publicación por una editorial alemana en 1955 había revisado varias veces. La lectura, que me permitió, línea a línea, conocer lo que en mi visita a la ciudad fortificada no había podido imaginarme, por mi ignorancia casi completa, se desarrolló, a causa de mis deficientes conocimientos de alemán, de forma interminablemente larga; en efecto, dijo Austerlitz, podría decir muy bien que para mí fue casi tan difícil como descifrar una escritura cuneiforme o jeroglífica egipcia o babilónica. Tenía que desentrañar sílaba a sílaba las palabras compuestas muchas veces formadas que no figuraban en mi diccionario, las cuales, evidentemente eran producidas sin cesar por el lenguaje especializado y administrativo de los alemanes que imperaba por todas partes en Theresienstadt. Y cuando había deducido por fin el significado de denominaciones y conceptos como *Barackenbestandteillager* (almacén de repuestos de barracones), *Zusatzkos tenberechnungsschein* (certificado de cálculo de costos suplementarios), *Bagatellreparaturwerkstiitte* (taller de reparaciones menores), *Menagetransportkolonnen* (columnas de transporte de rancho), *Küchenbeschwerdeorga ne* (órgano encargado de quejas de cocina), *Reinlichkeitsreihenuntersuchung* (inspección higiénica en serie) o *Entwesungsübersiedlung* (traslado de desparasitación) —para mi sorpresa, Austerlitz articulaba esas palabras alemanas enrevesadas sin titubear y sin el menor rastro de acento—, continuó, tenía que intentar, con el mismo esfuerzo, encajar el significado que yo presumía en la frase de que se tratara y en el contexto ulterior, lo que amenazaba escapárseme una y otra vez, por un lado, porque no pocas veces necesitaba para una sola página hasta medianoche y, en ese largo proceso, se perdían muchas cosas, y por otro porque el sistema del gueto, con su deformación en cierto modo futurista de la vida social, conservaba para mí el carácter de lo irreal, a pesar de que Adler lo describe hasta el último detalle en toda su realidad. Por eso me parece hoy imperdonable haber impedido la investigación de mi pasado lejano durante muchos años, sin duda no premeditadamente, pero sí por mí mismo, y que ahora sea demasiado tarde para visitar a Adler, que hasta su muerte en el verano de 1988 vivió en Londres, para hablar con él de ese lugar extraterritorial, en el que a veces, como sin duda he mencionado ya, dijo Austerlitz, había unas sesenta mil personas metidas a la fuerza en una superficie de apenas algo más de un kilómetro cuadrado, industriales y fabricantes, abogados y médicos, rabinos y catedráticos de universidad, cantantes y compositores, directores de bancos, comerciantes, taquígrafas, amas de casa, agricultores, obreros y millonarios, gentes de Praga y del resto del Protectorado, de Eslovaquia, de Dinamarca, de Holanda, de Viena y Munich, Colonia y Berlín, del Palatinado, de la Baja Franconia y de Westfalia, de las que cada uno tenía que arreglárselas con unos

dos metros cuadrados de vivienda y todos, en la medida en que de algún modo pudieran hacerlo, o mejor dicho, hasta que, como se decía, fueran «envagonados» y enviados al Este,



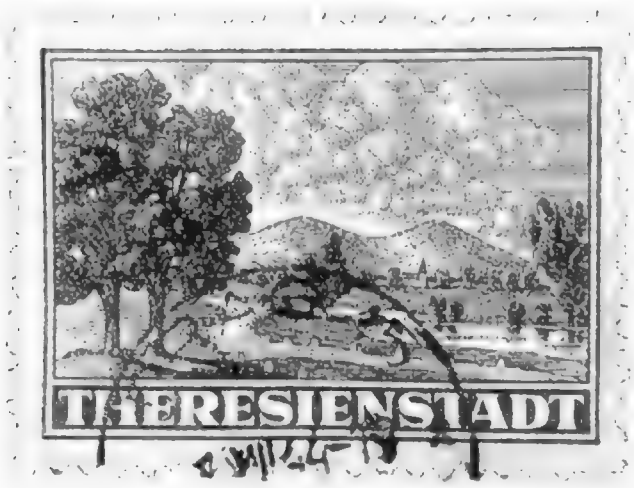
434 Soziologie

Verzeichnis der als Sonderweisungen bezeichneten Arbeiten.

1. Dienststelle
2. Kameradschaftsheim
3. SS-Garage
4. Kleine Festung
5. Deutsche Dienstpost
6. Reserve-Lazarett
7. Berliner Dienststelle
8. Gendarmerie
9. Reichsippenforschung
10. Landwirtschaft
11. Torfabladen
12. Schleusenmühle
13. Eisenbahnbau Ing. Figlovský
14. Eisenbahnbau eig. Rechnung
15. Feuerlöschteiche E 1, H IV
16. Straßenbau Leitmeritz
17. Straßenbau f. Rechnung Ing. Figlovský (T 321)
18. Uhrenreparaturenwerkstätte
19. Zentralamt f. d. Regelung der Judenfrage in Prag
20. Bau des Wasserwerks (T 423)
a) Ing. Figlovský b) Artesia, Prag
c) Ing. C. Pfirrou, Prag d) sonstige Posten
21. Silagebau Ing. Figlovský
(Hilfsdienst)
22. Kanalisationsarbeiten (T 45)
23. Kanalisationsarbeiten für Rechnung Ing. Figlovský
24. Bau der Silagegrube Ing. Figlovský
25. Steinbruch Kamaik
26. Krematoriumbau
27. Hilfsarbeiten und Schießstätte Kamaik-Leitmeritz
28. Kreta-Bauten und deren Erhaltungskosten
29. Chemische Kontrollarbeiten
30. Gruppe Dr. Weidmann [s. 19. Kap.]
31. Bücherfassungsgruppe [s. 19. Kap.]
32. Schuhzubehörerzeugung
33. Uniformkonfektion
34. Rindsledergaloschen
35. Zentralbad (arische Abt.)
36. Glimmerspalten
37. Kaninchenhaarscherei
38. Tintenpulverstückchenfüllen
39. Elektrizitätswerk
40. Kartonagenwerkstatte
41. Lehrspiele
42. Marketenderwarenerzeugung (früher Galanterie)
43. Instandhaltung von Uniformen
44. Juteschuhe-Reparatur
45. Bijouterie
46. Straßenerhaltung und Straßenreinigung
47. Arbeitsgruppe Jungfern-Breschan
48. Projektierte Hydrozentrale
49. NSFK-Flugplatz
50. Schlachthof
51. Schieß-Stand
52. Holzkohleerzeugung

estaban obligadas a trabajar, sin la más mínima remuneración, en alguna de las manufacturas creadas por el Departamento de Comercio Exterior para obtener beneficios, en el taller de vendajes, en la talabartería, en la producción de guarnicionería, en la fabricación de accesorios de moda, en la de suelas de madera y chanclos de cuero de vaca, en el patio del carbón, en la producción de juegos como «Tres en raya», «No te enfades, hombre» y «Para ti el sombrero», partiendo mica, esquilando conejos, embotellando tinta en polvo, criando los gusanos de seda de las SS o en los numerosos talleres de la economía interior, en la sala de prendas de vestir, la de remiendos del distrito, el puesto de venta al por menor, el depósito de trapos, con el grupo de encuadernación de libros, la brigada de cocina, el pelotón de pelar patatas, el aprovechamiento de los huesos o la sección de colchones, en el cuidado de enfermos y achacosos, en la desinfección y la lucha contra los roedores, en la oficina de ubicación, en la inspección central, en la autoadministración, que tenía su sede en la barraca BV llamada «El castillo», o en el transporte de mercancías, que dentro de los muros se realizaba con una mescolanza de los más diversos carros y con unas cuatro docenas de anticuados coches fúnebres, que habían llevado de las abandonadas comunidades rurales del protectorado a Theresienstadt, donde, con dos hombres enganchados en las lanzas y de cuatro a ocho empujando y agarrando los rayos de las ruedas, se movían por las callejas abarrotadas, extraños vehículos balanceantes de los que, pronto, se descascarilló la pintura negra plateada y, de forma tosca, se serraron las estropeadas superestructuras, los altos pescantes y los techos almenados soportados por columnas salomónicas, de forma que las partes inferiores, numeradas y escritas con cal, apenas revelaban ya su

función de otro tiempo, una función, dijo Austerlitz, que evidentemente desempeñaban todavía hoy con frecuencia, porque una parte considerable de lo que en Theresienstadt había que transportar a diario eran los muertos, de los que siempre había muchos porque, por la gran densidad de población y la alimentación deficiente, no se podía contener enfermedades infecciosas como la escarlatina, la enteritis, la difteria, la ictericia y la tuberculosis, y porque la edad media de los transportados al gueto desde la zona del Reich era de más de setenta años, y esas personas, a las que, antes de ser enviadas, se les hablaba de un agradable balneario climatológico llamado Theresienstad, con hermosos jardines, caminos para pasear, pensiones y villas y a las que, en muchos casos, se las había convencido u obligado a firmar unos, así llamados, contratos de compra de hogar, por un valor de hasta ochenta mil marcos, como consecuencia de esas ilusiones que les habían hecho concebir, habían llegado a Theresienstadt equipadas de una forma completamente equivocada,

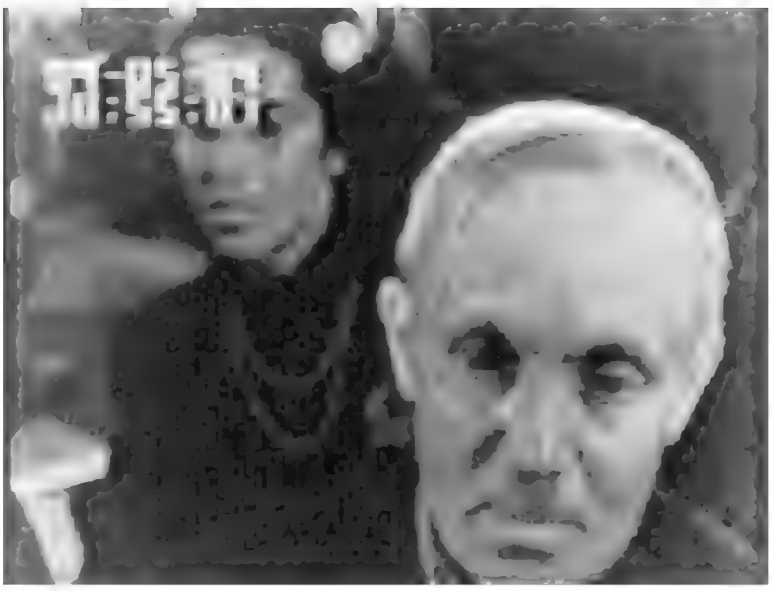


con sus mejores prendas y toda clase de cosas y recuerdos totalmente inútiles en el equipaje, a menudo ya con cuerpo y alma devastados, no dueños ya de sus sentidos, delirando, sin recordar con frecuencia ni su nombre y, en su estado debilitado, no sobrevivían al llamado «paso de las esclusas» en absoluto o sólo unos días, o bien, por la extrema transformación psicopática de su personalidad, una especie de infantilismo ajeno a la realidad, acompañado de una pérdida de la capacidad de hablar y de actuar, eran llevados inmediatamente al departamento psiquiátrico situado en la casamata del Cuartel de los Caballeros, donde, en las espantosas condiciones allí existentes, morían al cabo de una o dos semanas, de forma que, aunque no faltaban en Theresienstadt médicos ni especialistas, que, lo mejor que podían, cuidaban de sus compañeros de reclusión, y a pesar de la caldera de desinfección instalada en el secadero de malta de la antigua cervecería y de la cámara de cianuro de hidrógeno y de otras medidas higiénicas introducidas por la comandancia en una gran campaña contra los piojos, la cifra de muertos —lo que por otra parte, dijo Austerlitz, estaba totalmente de acuerdo con las intenciones de los señores del gueto— ascendió, sólo en los diez meses comprendidos entre agosto de 1942 y mayo de 1943, a más de veinte mil y, como consecuencia, la carpintería de la antigua escuela de equitación no pudo hacer ya suficientes ataúdes de madera, en el depósito central de la casamata de la puerta de acceso de la calle, hacia Bohuševice, había a veces más de quinientos cadáveres echados unos encima de otros y los cuatro hornos de nafta encendidos día y noche, en ciclos de cuarenta minutos de trabajo, fueron utilizados hasta el máximo de su capacidad, dijo Austerlitz, y además, continuó, ese sistema de internamiento y trabajos forzados de Theresienstadt, omnicomprensivo y que, en definitiva, sólo se orientaba a la extinción de la vida, cuyo plan de organización, reconstruido por Adler, regulaba con un celo administrativo descabellado todas las funciones y competencias, desde la utilización de brigadas enteras para construir el tramo final del ferrocarril de Bohusevice a la fortaleza, hasta el único vigilante de la torre, que tenía que mantener en marcha el reloj de la cerrada iglesia católica, ese sistema tenía que ser constantemente supervisado y reflejado en estadísticas, especialmente en lo que al número total de habitantes del gueto se refería, una tarea que excedía con mucho las necesidades civiles, si se piensa que continuamente llegaban nuevos transportes y que regularmente se hacían selecciones para enviar a otro lado a los excluidos, marcando sus expedientes con un R.N.E.: *Ruckkehr Nicht Erwünscht* (retorno no deseado), por lo que también los responsables de las SS, para quienes la corrección numérica era uno de los principios más altos, hicieron varios censos, una vez incluso, dijo Austerlitz, el 10 de noviembre de 1943, en el que todos los habitantes del gueto —sin excluir a niños, ancianos y semiimpedidos—, después de haber sido congregados ya al amanecer en los patios de las barracas, tuvieron que ir a la

depresión de Bohusevice, delante de los muros, al aire libre, donde, vigilados por gendarmes armados, fueron formados en bloques bajo tablillas numeradas, sin poder salir de las filas un minuto, y obligados, durante todo aquel día cubierto de bancos de niebla húmeda y fría, a esperar a las SS, que llegaron finalmente a las tres en sus motocicletas, hicieron el recuento y lo repitieron luego dos veces, antes de que, como era hora de cenar, se quedaran convencidos de que el resultado alcanzado, junto con los pocos que quedaban dentro de los muros, correspondía efectivamente a la cifra de cuarenta mil ciento cuarenta y cinco aceptada por ellos, después de lo cual se fueron deprisa, olvidando por completo dar la orden de regreso, de forma que aquella multitud de muchos miles permaneció aquel 10 de noviembre hasta muy entrada la oscuridad en la depresión de Bohusevice, empapada hasta los huesos y crecientemente excitada, inclinados y vacilantes como juncos bajo las ráfagas de lluvia que ahora barrían el campo, hasta que finalmente, empujados por una oleada de pánico, se dirigieron en masa a la ciudad, de la que la mayoría sólo había salido aquella vez desde su traslado a Theresienstadt y donde pronto, dijo Austerlitz, después de comenzar el nuevo año, en vista de la visita prevista de una comisión de la Cruz Roja a principios del verano de 1944, que las instancias decisivas del Reich consideraban una buena oportunidad de disimular el carácter de la deportación, se emprendió la llamada *Verschönerungsaktion* (Campaña de embellecimiento), en el curso de la cual los habitantes del gueto, bajo la dirección de las SS, tuvieron que realizar un enorme programa de saneamiento: se instalaron céspedes, senderos para pasear y un cementerio para urnas, con columbario, se pusieron bancos e indicadores que, al estilo alemán, se adornaron con tallas alegres y ornamentaciones florales, se implantaron más de mil rosales, una casa cuna para niños de pañales y una guardería con frisos de adorno, cajones de arena, pequeñas piscinas y tiovivos, y el antiguo cine OREL, que hasta entonces había servido de alojamiento miserable para los habitantes del gueto más ancianos y donde colgaba todavía del techo la gran araña en la oscura sala, se transformó en pocas semanas en sala de conciertos y teatro, mientras que en otras partes, con cosas de los almacenes de las SS, se abrían tiendas de alimentación y utensilios domésticos, ropa de señora y caballero, zapatos, ropa interior, artículos de viaje y maletas; también había una casa de reposo, una capilla, una biblioteca circulante, un gimnasio, una oficina de correos y mensajería, un banco, cuya oficina de dirección estaba provista de una especie de escritorio de mariscal de campo y un juego de sillones, así como un café, ante el que, con sombrillas y sillas plegables, se creaba un ambiente de balneario que invitaba a los transeúntes a quedarse, y las medidas de mejora y embellecimiento no acababan, se serró, martilleó, pintó y barnizó hasta que se acercó el momento de la visita y Teheresienstadt, después de haber enviado otra vez al Este, en medio de toda aquella agitación, a siete mil quinientas de las personas menos presentables, por decirlo así para aclarar, se convirtió en una ciudad digna de Potemkin, posiblemente incluso en un El Dorado que fascinó a algún que otro habitante o le dio ciertas esperanzas, donde la comisión, compuesta de dos daneses y un suizo, al ser llevada por las calles de acuerdo con un plan y horario detalladamente elaborados por la comandancia y por las limpias aceras, fregadas con lejía muy temprano, pudo ver con sus propios ojos qué personas más amables y contentas, a las que se evitaban los horrores de la guerra, miraban por las ventanas, qué atildadamente iban todos vestidos, qué bien estaban atendidos los escasos enfermos, cómo se distribuía una buena comida en platos y se repartía el pan con blancos guantes de terliz, cómo, en todas las esquinas, carteles de acontecimientos deportivos, cafés-teatros, representaciones teatrales y conciertos invitaban, y cómo los habitantes de la ciudad, al acabar el trabajo, acudían a miles a las murallas y bastiones, y tomaban allí el aire, casi como pasajeros en un transatlántico, un espectáculo en definitiva tranquilizador, que los alemanes al terminar la visita, sea con fines de propaganda, sea para legitimar ante sí mismos su manera de proceder, recogieron en una película a la que, según cuenta Adler, dijo Austerlitz, todavía en marzo de 1945, cuando una gran parte de los que colaboraron en ella no vivían ya, se le puso una música popular judía y de la que, al parecer, se encontró una copia en la zona de ocupación británica, que él, Adler, dijo Austerlitz, sin embargo no había visto y que ahora, al parecer, había desaparecido totalmente. Durante meses, eso dijo Austerlitz, he buscado inútilmente en el Imperial War Museum y en otros lugares indicios del paradero de esa película, porque, aunque antes de salir de Praga fui a Theresienstadt y a pesar del relato de las circunstancias de allí, escrito por Adler con tanto esmero y leído atentamente por mí hasta la última nota, me resultaba imposible situarme en el gueto e imaginarme que Agáta, mi madre, hubiera estado entonces en aquel lugar. Continuamente pensaba, si volviera a aparecer la película, quizá pudiera ver o adivinar cómo fue realmente, y de forma alternativa me imaginaba que reconocería sin lugar a dudas a Agáta, una mujer joven en comparación conmigo, quizá entre los clientes del falso café, como vendedora en una tienda de accesorios de moda, donde estaría sacando con cuidado de un cajón un precioso par de guantes, o como Olympia en *Los cuentos de Hofmann*, que, como cuenta Adler, se representó durante la campaña de embellecimiento en Theresienstadt. También me imaginaba, dijo Austerlitz, verla en la calle con vestido de

verano y una gabardina ligera: sola en un grupo de habitantes del gueto que callejeaban, se dirigía directamente hacia mí, acercándose paso a paso, hasta que finalmente, como creía sentir, salía de la película y entraba dentro de mí. Esas fantasías fueron la razón de que entrara en un estado de gran excitación cuando el Imperial War Museum, a través del Archivo Federal de Berlín, consiguió facilitarme un vídeo de la película de Theresienstadt que buscaba. Todavía recuerdo muy bien, dijo Austerlitz, cómo, en una de las cabinas de vídeo del Museo, metí la casete en la negra abertura del aparato, con manos temblorosas, y cómo entonces, sin poder absorber nada de aquello, vi desarrollarse diversos trabajos en una fragua, en el yunque y la forja, en los talleres de cerámica y talla, en la guarnicionería y la manufactura de zapatos —un continuo, absurdo martillear y batir, soldar, cortar, encolar y coser—, cómo, durante segundos, aparecían ante mí aquellos rostros desconocidos en sucesión ininterrumpida, cómo los trabajadores y trabajadoras salían al fin de la jornada de las barracas y atravesaban un campo desierto, bajo un cielo lleno de nubes blancas inmóviles, cómo jugaban al fútbol en el patio interior de un cuartel ante un público numeroso, que se agolpaba en las arcadas a nivel del suelo y en el primero y segundo pisos, cómo los hombres estaban bajo las duchas en la casa central de baños, cómo caballeros de aspecto cuidado tomaban libros a préstamo en la biblioteca, cómo una orquesta daba un auténtico concierto, cómo fuera, en los huertos situados ante los muros de la fortaleza, bañados por la luz del verano, una docena de personas se dedicaba a rastrillar las remolachas, regar los arbustos de judías y tomates y examinar las hojas de col buscando orugas de mariposa blanca, cómo después de comenzar la velada, la gente se sienta, aparentemente contenta, en bancos delante de sus casas, cómo los niños pueden todavía corretear un poco, uno lee un libro, otro habla con la vecina y más de uno se echa sencillamente junto a la ventana, con los brazos cruzados, como era antes habitual al caer la noche. Sin embargo, al principio no registré nada de esas imágenes en mi cabeza, sino que centellearon simplemente ante mis ojos en una especie de irritación continua, que aumentó aún cuando resultó, para mi espanto, que la casete de Berlín, que llevaba el título original de «El Führer regala una ciudad a los judíos», era sólo una serie de escenas agrupadas de unos catorce minutos, apenas iba más allá del comienzo y, a diferencia de lo que había esperado, no podía ver a Agáta en ninguna parte, por mucho que mirase la cinta y que me esforzara en descubrirla entre los rostros fugaces. La imposibilidad de poder ver mejor las imágenes que, en cierto modo, se desvanecían ya al aparecer, dijo Austerlitz, me condujo finalmente a la idea de encargar una copia a cámara lenta del fragmento de Theresienstadt, que se extendiera a una hora entera, y realmente, en ese documento, cuatro veces más largo, que desde entonces he visto una y otra vez, se veían cosas y personas que hasta entonces se me habían ocultado. Ahora parecía como si los hombres y mujeres trabajaran en sueños en los talleres, tanto tiempo hacía falta para que, al coser, levantaran en alto la aguja con el hilo, tan pesadamente dejaban caer sus párpados, tan lentamente se movían sus labios y levantaban los ojos hacia la cámara. Al andar parecían flotar, como si sus pies no tocaran ya el suelo. Las formas de los cuerpos se habían vuelto borrosas y, especialmente en las escenas rodadas fuera a la clara luz del día, se habían difuminado en los bordes, como los contornos de la mano humana en las fotos fluidas y electrográficas hechas en París por Louis Darget a comienzos de siglo. Los numerosos pasajes dañados de la cinta, que antes apenas había notado, se fundían ahora en una imagen, la disolvían y hacían surgir dibujos de un blanco claro, salpicado de manchas negras, que me recordaron las tomas aéreas del extremo norte o, mejor, lo que se ve en una gota de agua con el microscopio. Lo más inquietante, sin embargo, dijo Austerlitz, fue la transformación de los ruidos en la versión a cámara lenta.

En una secuencia breve al principio mismo, en la que se ve la elaboración del hierro al rojo en una herrería y el herrado de un buey de tiro, la alegre polka de algún compositor de operetas austríaco que puede oírse en la banda de sonido de la copia berlinesa se ha convertido en una marcha fúnebre que se arrastra con lentitud francamente grotesca, y también las otras piezas musicales añadidas a la película, entre las que sólo pude identificar el cancán de *La Vie Parisienne* y el scherzo de *El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn, se mueven en una especie de mundo subterráneo, por decirlo así, a profundidades aterradoras, dijo Austerlitz, a las que jamás ha descendido ninguna voz humana. Del comentario hablado no se comprende ya nada. Donde, en la copia de Berlín, con tono enérgico, forzado a salir por la laringe, se hablaba de grupos de acción y centurias que realizaban los más diversos trabajos según las necesidades y, en caso necesario, eran readaptados, de forma que toda persona que quisiera trabajar tenía la posibilidad de integrarse sin fricciones en el proceso laboral, en ese lugar, dijo Austerlitz, sólo se percibía ahora un rugido amenazador, como sólo había oído antes una vez, un día de mayo insólitamente cálido, hace muchos años, en el Jardin des Plantes de París, cuando, tras uno de esos arrebatos de indisposición, me senté un rato en un banco, al lado de un aviario, no lejos de la casa de las fieras, en la que los leones y tigres desde donde yo estaba eran invisibles y que, eso pensé entonces, dijo Austerlitz, habían perdido el sentido común en la cautividad, elevaban su sordo rugido de protesta hora tras hora sin parar. Y luego, siguió contando Austerlitz, hacia el final está la secuencia, relativamente larga, del estreno de una obra musical compuesta en Theresienstadt que, si no me equivoco, es el *Estudio para orquesta de cuerda* de Pavel Haas. Vemos primero desde atrás la sala, cuyas ventanas están abiertas de par en par y en la que se sienta un gran número de oyentes, pero no en filas, como es habitual en los conciertos, sino, como en una taberna, siempre cuatro en una mesa, sobre sillas seguramente hechas expresamente en la carpintería del gueto y casi alpinas, con un corazón aserrado en el respaldo. En el curso de la representación, la cámara, en primeros planos, trata de escoger personas determinadas, entre ellas un anciano caballero cuya cabeza canosa rapada ocupa el lado derecho de la imagen, mientras en la mitad izquierda, un poco retraída y más bien hacia el borde exterior, aparece el rostro de una joven, casi no diferenciado de la sombra que lo rodea, por lo que, al principio, tampoco me di cuenta de su presencia.



Lleva, dijo Austerlitz, un collar al cuello de tres finas vueltas, que apenas se destaca de su vestido oscuro y cerrado, y una flor blanca, a un lado, en el pelo. Parece exactamente, pienso, tal como, según mis débiles recuerdos y los escasos puntos de referencia que hoy tengo, me imaginaba a la actriz Agáta, y miro una vez y otra vez ese rostro, para mí igualmente extraño y familiar, dijo Austerlitz, rebobino la cinta, fotograma a

fotograma, mirando el indicador de tiempo del extremo superior izquierdo de la pantalla, las cifras que le tapan una parte de la frente, los minutos y los segundos, de 10.53 a 10.57, y las centésimas de segundo, que pasan tan rápidas que no se las puede descifrar y retener... Al comienzo de este año, así continuó finalmente Austerlitz, que, como con frecuencia, en medio de su relato había caído en una profunda abstracción, el relato de su vida, al comienzo de este año, dijo, no mucho tiempo después de nuestro último encuentro, fui a Praga por segunda vez, reanudé mis conversaciones con Věra, establecí una especie de fondo de pensiones para ella en un banco, y me ocupé en general de mejorar su situación, lo más que pude. Cuando no hacía demasiado frío, nos hacíamos llevar por un chófer de taxi, que yo había contratado para que prestara servicio ocasionalmente a Věra, a alguno de los lugares que ella había mencionado y, desde hacía una eternidad, como ella decía, no había visto. Desde la torre de observación de Petřín, volvimos a mirar a la ciudad y a los coches y trenes que, lentamente, se dirigían por la orilla del Moldava y se arrastraban por los puentes. En el Wintergarten, paseamos un poco bajo el pálido sol del invierno, estuvimos unas dos horas en el Planetario, en los terrenos de exposición de Holešovic, y nos aprendimos los nombres de las constelaciones, que todavía no conocíamos, alternativamente en francés y en checo, y una vez fuimos a Liboc a la reserva de caza, en la que, en el hermoso paisaje, hay un pabellón de recreo en forma de estrella edificado por el archiduque del Tirol Ferdinand, del que Věra me había dicho que era uno de los lugares de excursión preferidos de Agáta y Maximilian. Varios días sucesivos estuve examinando en el Archivo Teatral de Praga en la Celetná los datos correspondientes a 1938 y 1939, y allí, entre cartas, expedientes personales, programas y recortes de periódico amarillentos, tropecé con la fotografía, no firmada, de una actriz, que parecía concordar con el oscuro recuerdo de mi madre, y en la que Věra, que había contemplado antes largo rato el rostro de la espectadora copiado por mí de la película de Theresienstadt y luego, sacudiendo la cabeza, la había dejado a un lado, reconoció inmediatamente y sin duda alguna, como dijo, a Agáta, tal como era en aquella época...

Con todo aquello, Austerlitz y yo habíamos hecho todo el camino de vuelta desde el camposanto, detrás del hospital de St. Clement, hasta Liverpool Street. Cuando nos despedimos delante de la estación, Austerlitz me dio a mí, en un sobre que llevaba, la fotografía del Archivo Teatral de Praga, como recordatorio, según dijo, porque ahora estaba, dijo, a punto de irse a París para investigar el paradero de su padre y volver a situarse en la época en que él mismo había vivido allí, por un lado, liberado de su vida de falso inglés; por otra, aplastado por el sordo sentimiento de no pertenecer ni a ese Estado, al principio extraño, ni a ningún otro.

* * *

Fue en septiembre del mismo año cuando recibí una postal de Austerlitz con su nueva dirección (6 rue des cinq Diamants, in the thirteenth arrondissement), lo que, como sabía, equivalía a una invitación para visitarlo cuanto antes. Cuando llegué a la Gare du Nord, después de una sequía que duraba ya más de dos meses y había agostado por completo grandes partes del país, seguían reinando temperaturas de pleno verano, que no cedieron hasta bien entrado octubre. Ya muy de mañana, el termómetro subía a más de veinticinco grados, y hacia el mediodía la ciudad gemía bajo el peso de la gigantesca campana de humos de plomo y gasolina que flotaba sobre toda la ile de France. El aire gris azulado, que cortaba el aliento, era inamovible. El tráfico se movía pulgada a pulgada por los bulevares, las altas fachadas de piedra temblaban

como imágenes reflejadas en la luz deslumbrante, las hojas de los árboles de las Tullerías y del jardín de Luxemburgo estaban abrasadas, la gente en los vagones de metro y en los interminables pasillos subterráneos, por los que soplaba un cálido viento del desierto, parecía mortalmente agotada. Me reuní con Austerlitz, como habíamos convenido, el día de mi llegada en el bistrot-bar Le Havane, en el boulevard Auguste Blanqui, no lejos de la estación de metro de La Glacière. Cuando entré en el local, bastante oscuro hasta de día, se veían en una pantalla de televisión de por lo menos dos metros cuadrados, colocada muy alta en la pared, imágenes de las nubes de humo que, desde hacía muchas semanas, asfixiaban en Indonesia pueblos y ciudades, arrojando una ceniza blanca grisácea sobre las cabezas de los que, por la razón que fuera, se arriesgaban a salir de casa con una máscara protectora en el rostro. Los dos contemplamos un rato las imágenes de la catástrofe del otro extremo del mundo, antes de que Austerlitz, sin ninguna introducción, como era su costumbre siempre, comenzara su relato. En mi primera época en París, a finales de los años cincuenta, así dijo volviéndose hacia mí, tenía una habitación en casa de una señora de edad, casi transparente, llamada Amélie Cerf, en la casa del número 6 de la rue Émile Zola, a sólo unos pasos del Pont Mirabeau, cuya informe masa de hormigón veo todavía a veces en mis pesadillas. En realidad, dijo, había tenido entonces la intención de volver a alquilar un apartamento allí, en la rue Émile Zola, pero luego me decidí a alquilar algo aquí, en el distrito trece, por donde mi padre, Maximilian Aychenwald, que tuvo en la rue Barrault su última dirección, debió de andar algún tiempo, antes de desaparecer, sin dejar rastro y de forma irrevocable. En cualquier caso, mis investigaciones en la casa, hoy en su mayor parte vacía, de la rue Barrault no tuvieron éxito, y tampoco mis preguntas en las oficinas de empadronamiento, tanto por la proverbial antipatía de los funcionarios parisienses, más marcada aún en aquel cálido verano, como porque a mí mismo me resultaba cada vez más dificil formular mis peticiones, que tenía que reconocer como desesperadas. Por eso, pronto me limité a vagar, sin plan ni objetivo, por las calles que salían del boulevard August Blanqui, subiendo por un lado hasta la Place
d'Italie
y bajando de nuevo por el otro hasta La Glacière, siempre con la esperanza, contra toda sensatez, de que mi padre pudiera venir de pronto a mi encuentro, o salir de esta o aquella puerta. Horas y horas he estado sentado aquí también, tratando de imaginarme a mi padre con su traje cruzado de color ciruela, entretanto quizá un poco raído, mientras, inclinado sobre una de las mesas del café, escribe a sus seres queridos de Praga unas cartas que nunca llegaron.

No hacía más que preguntarme si habría sido internado ya en los alojamientos semiacabados de Drancy, después de la primera redada en París, en agosto de 1941, o si no lo fue hasta julio del año siguiente, cuando un ejército de gendarmes franceses sacó a trece mil conciudadanos judíos de sus casas, en la llamada *grande rafle*, en la que más de un centenar de los perseguidos se tiraron por la ventana desesperados o se quitaron la vida de otras formas. A veces creía ver pasar a toda velocidad el coche de policía sin ventanas, por la ciudad paralizada de espanto, y la multitud de personas detenidas, acampadas al aire libre en el Vélodrome
d'Hiver
, y los trenes de transporte con los que pronto las enviaron a Drancy y Bobigny; veía imágenes de su viaje a través de Gran Reich Alemán. Además, veía a mi padre, siempre con su bonito traje y su sombrero de terciopelo negro, derecho y tranquilo entre toda aquella gente asustada. Otras veces pensaba que Maximilian, sin duda, habría dejado París a tiempo, se habría dirigido hacia el sur, habría cruzado a pie los Pirineos y, en su huida, habría desaparecido en algún lugar. O me parecía, como ya he dicho, dijo Austerlitz, que mi padre estaba todavía en París, esperando sólo, en cierto modo, una buena oportunidad para mostrarse. Esas sensaciones me agitaban indefectiblemente en algunos lugares que pertenecían más al pasado que al presente. Si, por ejemplo, en mis paseos por la ciudad, miro en alguna parte uno de esos patios tranquilos en los que, desde hace decenios, nada ha cambiado, siento casi físicamente cómo la corriente del tiempo se desacelera en el campo de gravitación de las cosas olvidadas. Todos los momentos de mi vida me parecen entonces reunidos en un solo espacio, como si los acontecimientos futuros existieran ya y sólo aguardaran a que nos presentáramos de una vez en ellos, lo mismo que, atendiendo una invitación que hemos aceptado, nos presentamos en un momento determinado en una casa determinada. Y ¿no sería

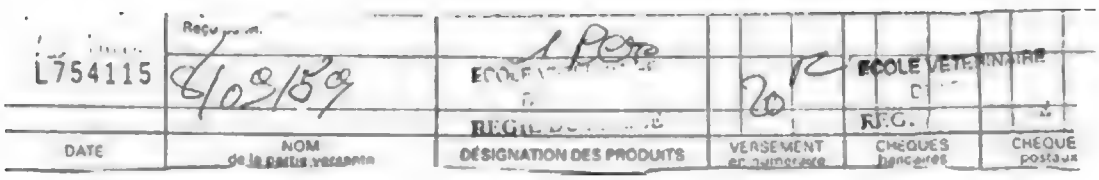
imaginable, continuó Austerlitz, que tuviéramos también citas en el pasado, en lo que ha sido y en gran parte se ha extinguido, y tuviéramos que visitar lugares y personas que, casi más allá del tiempo, tienen una relación con nosotros? Más o menos así he estado últimamente, una mañana especialmente sofocante en el Cimetiére de Montparnasse, establecido por los hermanos hospitalarios en el siglo XVII, en un terreno del Hôtel de Dieu hoy rodeado de altas torres de oficinas, deambulando entre los sepulcros, construidos en una parte un poco apartada, de los Wólfflin, Wormser, Meyerbeer, Ginsberg, Franck y muchas otras familias judías, y me pareció que, a pesar de no haber sabido nada de mis orígenes durante tanto tiempo, había estado ya entre ellas o me acompañaban aún. Leí todos sus hermosos nombres alemanes y los retuve..., recordando a mi casera de la rue Emile Zola, entre ellos el de cierto Hippolyte Cerf, que, nacido en 1807 en Neuf-Brisach, se había llamado antes sin duda Hippolyt Hirsch y, según la inscripción sepulcral, muchos años después de su matrimonio con cierta Antoinette Fulda de Frankfurt, había muerto en París el 8 de marzo de 1890, es decir, el 16 de adar de 5650. Entre los hijos de esos antepasados que se habían trasladado de Alemania a la capital francesa estaban Adolphe y Alfonse, así como Jeanne y Pauline, las cuales aportaron a la familia, como yernos, a los señores Lanzberg y Ochs, y así otra generación más hasta llegar a Hugo y Lucie Sussfeld, de soltera Ochs, de la que en el interior del estrecho mausoleo, semicubierta por una esparraguera seca, había una placa conmemorativa que decía que los dos matrimonios murieron en 1944 durante su deportación.

Desde aquella época, que se remontaba ya a medio siglo, apenas había pasado una docena de años cuando, con mi par de cosas, me mudé a la casa de Amélie Cerf en la rue Émile Zola, pensé, dijo Austerlitz, mientras a través de las poco espesas ramas de la esparraguera descifraba las palabras *morts en déportation.*

¿Qué eran, me pregunté, doce o trece de esos años? ¿No eran un solo punto doloroso, inalterable? ¿Era quizá Amélie Cerf, que, tal como la recuerdo, apenas existía físicamente como persona, la última superviviente de su estirpe? ¿Quizá por ello nadie pudo dedicarle unas palabras en el mausoleo familiar? ¿Ha llegado a reposar siquiera en esa tumba o, como Hugo y Lucie, se disolvió en el aire gris? En cuanto a mí, así continuó Austerlitz después de una larga pausa, tanto entonces, en mi primera época en París, como luego también en mi vida, me he esforzado por no levantar la vista del objeto de mis estudios. Durante la semana iba a diario a la Bibliothéque Nationale en la rue Richelieu, donde casi siempre permanecía en mi sitio, en muda solidaridad con los muchos otros trabajadores intelectuales, perdiéndome en las notas de letra pequeña de las obras que consultaba, en los libros cuya mención encontraba en esas notas, así como en los de las notas de estos libros, retrocediendo así cada vez más, de las descripciones científicas de la realidad a los detalles más raros, en una especie de regresión constante que se reflejaba en la forma pronto confusa de mis notas, cada vez más ramificadas y divergentes. A mi lado se sentaba casi siempre un señor de edad, de pelo cuidadosamente cortado y manguitos protectores, que trabajaba desde hacía años en un diccionario de historia de la iglesia en el que había llegado hasta la letra K y que, en consecuencia, nunca podría terminar. Con una letra diminuta y realmente esmerada, llenaba una tras otra pequeñas fichas, sin titubear nunca ni tachar nada, y las iba poniendo ante sí en un orden exacto. En algún momento posterior, dijo Austerlitz, vi una vez, en un documental en blanco y negro sobre la vida interior de la Bibliothéque Nationale, cómo los mensajes neumáticos pasaban rápidamente de las salas de lectura a las estanterías, a lo largo de un sistema nervioso por decirlo así, y cómo los investigadores, vinculados en su conjunto con el aparato de la biblioteca, formaban un ser muy complejo y en continuo desarrollo, que necesitaba alimentarse de miríadas de palabras para poder producir a su vez otras miríadas de palabras. Creo que esa película, que sólo he visto una vez pero que en mi imaginación se ha vuelto cada vez más fantástica y monstruosa, llevaba el título de *Toute la mémoire du monde*, y había sido hecha por Alain Resnais. No pocas veces me preocupaba entonces la cuestión de si, en aquella sala de biblioteca, llena de ligeros zumbidos, crujidos y carraspeos, me encontraba en la Isla de los Bienaventurados o, por el contrario, en una colonia penitenciaria, cuestión que me rondó también por la cabeza el día, que se me ha quedado especialmente en el recuerdo, en que levanté la vista de mi lugar de trabajo de entonces en la colección de manuscritos y documentos del primer piso, para mirar quizá durante una hora las altas filas de ventanas del ala del otro lado, en las que se reflejaban las oscuras placas de pizarra del techo, el radiante cielo azul helado y la veleta de metal blanca como la nieve con la golondrina recortada en ella, que volaba hacia arriba tan azul como el propio cielo. Las imágenes reflejadas en los viejos cristales eran un tanto onduladas o rizadas, y recuerdo, dijo Austerlitz, que, al mirarlas, por alguna razón para mí incomprensible, se me saltaron las lágrimas. Fue aquel día igualmente, añadió Austerlitz, cuando Marie de Verneuil, que trabajaba como yo en la colección de documentos y debió de notar mi extraño arrebato de tristeza, me pasó un mensaje en el que me invitaba a tomar un café. En el estado en qué me encontraba, no busqué ninguna explicación a lo insólito de su conducta, sino que con una inclinación de cabeza muda, expresé mi acuerdo y, casi obedientemente, se podría decir, dijo Austerlitz, salí con ella de la biblioteca por la escalera y atravesando el patio interior, en una de esas mañanas frescas, de algún modo festivas, fuimos por calles en las que soplaba una agradable brisa hasta el Palais Royal, donde estuvimos sentados entonces largo tiempo bajo las arcadas, inmediatamente al lado de un escaparate en el que, como recuerdo, dijo Austerlitz, había expuestos cientos y cientos de soldados de plomo con los uniformes multicolores del ejército de Napoleón, en formación de marcha y de combate. Marie no me contó en ese primer encuentro, lo mismo que tampoco luego, apenas nada de sí misma y de su vida, posiblemente porque procedía de una familia muy distinguida, y yo en cambio, como sin duda se figuró, por decirlo así de ninguna parte. La conversación en el café de las arcadas, durante la cual Marie encargó alternativamente té de menta y helado de vainilla, giró principalmente, después de descubrir nuestro interés común, en torno a cuestiones de la historia de la arquitectura, entre ellas, como aún recuerdo perfectamente, dijo Austerlitz, un molino de papel en la Charente, que Marie había visitado no hacía mucho con uno de sus primos, y que, eso dijo ella, dijo Austerlitz, era uno de los lugares más misteriosos en que había estado nunca. El enorme edificio, hecho de vigas de roble, se alza medio oculto entre árboles y arbustos en el recodo de un río de un verde profundo, dijo Marie. Dos hermanos, que dominan completamente sus trabajo y de los que uno tiene un ojo bizco y el otro un hombro anormalmente alto, se ocupan en el interior de la transformación de la masa hinchada, de papel y trapo, en pliegos de papel limpios y no escritos, que se secan luego en los estantes de un gran espacio en el primer piso. Allí, dijo Marie, se está rodeado de una tranquila penumbra, se ve la luz del día a través de las grietas de las persianas, se oye el agua precipitarse suavemente por la presa y la rueda del molino girar pesadamente, y sólo se desea la paz eterna. Todo lo que Marie significó para mí en adelante,

dijo Austerlitz, estaba ya decidido en esa historia del molino de papel con la que, sin hablar de sí misma, me abrió su vida espiritual. En las semanas y meses que siguieron, así continuó Austerlitz, paseamos juntos con frecuencia por el jardín de Luxemburgo, las Tullerías y el Jardin des Plantes, recorriendo arriba y abajo la explanada entre los plátanos podados, la fachada occidental del Museo de Historia Natural, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda, entrando en el invernadero de palmeras y saliendo de él, por los intrincados caminos del jardín alpino o a través del desolado terreno del zoo, en el que en otro tiempo se exhibían enormes animales traídos de las colonias africanas, elefantes, jirafas, rinocerontes, dromedarios y cocodrilos, mientras que ahora, dijo Austerlitz, la mayoría de los recintos, dotados de lamentables restos naturales, troncos de árbol, rocas artificiales y charcos de agua, estaban desiertos y abandonados. No era raro oír gritar en nuestros paseos a alguno de los niños, que los adultos siguen llevando al zoo: *Mais il est où? Pourquoi il se cache? Pourquoi il ne bouge pas? est mort*
Est-ce
qu'il
? Recuerdo sólo que, en un cercado sin hierba y polvoriento, vi a una familia de gamos en hermosa armonía y, al mismo tiempo, asustada, junto a un comedero de heno, y que Marie me rogó especialmente que hiciera una foto del grupo.

Dijo entonces, lo que me ha resultado inolvidable, dijo Austerlitz, que los animales encerrados y nosotros, su público humano, nos mirábamos *à travers une brèche*
d'incompréhension
. Marie pasaba una semana cada dos o tres, continuó Austerlitz dando otro giro a su relato, con sus padres y parientes, que poseían varias fincas, en parte en la comarca boscosa de Compiégne y en parte más allá en la Picardía, y en esos momentos, cuando ella no estaba en París, lo que me sumía en un estado de ansiedad, me dedicaba a explorar regularmente los distritos exteriores de la ciudad, iba con el metro a Montreuil, Malakoff, Charenton, Bobigny, Bagnolet, Le Pré St. Germain, St. Denis, St. Mandé y otros lugares, recorría las calles dominicalmente despobladas y hacía cientos de las que llamaba fotos de *banlieu*, que, en su vacuidad, como sólo comprendí más tarde, correspondían exactamente a mi huérfano estado de ánimo. En una de esas expediciones suburbanas, en un domingo insólitamente opresivo en que grises nubes de tormenta venían por el cielo desde el suroeste, descubrí fuera, en Maisons-Alfort, en la amplia superficie de la École Vétérinaire fundada hace doscientos años, el Museo de Veterinaria, de cuya existencia nada había sabido hasta entonces. En el portal estaba sentado un viejo marroquí, que llevaba una especie de albornoz y un fez. La entrada que me vendió por veinte francos la he guardado siempre en mi billetera, dijo Austerlitz y, después de haberla sacado, me la tendió por encima de la mesa del *bistrot* a la que estábamos sentados, como si tuviera con él una relación especial.



En el interior del museo, siguió relatando Austerlitz, en la escalera bien proporcionada y en las tres salas de exposiciones del primer piso, no encontré a alma viviente, y por eso me resultaron tanto más monstruosas, en el silencio reforzado aún por el crujido del parqué bajo mis pies, los especímenes reunidos en armarios de cristal que llegaban casi hasta el techo, los cuales databan casi exclusivamente de finales del XVIII o de comienzos del XIX: reproducciones en yeso de los más diversos rumiantes y roedores; cálculos renales, tan grandes y perfectamente esféricos como bolas de jugar a los bolos, encontrados en camellos de circo; un lechón de sólo unas horas, seccionado, cuyos órganos se habían vuelto transparentes por un proceso químico de diafanización, y que ahora flotaba en el líquido que lo rodeaba, como un pez de las profundidades que nunca vería la luz del día; el feto azul pálido de un caballo, bajo cuya delgada piel el mercurio inyectado en la red venosa para mejor contraste había formado al filtrarse dibujos como de escarcha;

cráneos y esqueletos de las criaturas más diversas, sistemas digestivos enteros en formaldehído, órganos

patológicamente deformados, corazones encogidos e hígados hinchados, árboles respiratorios, algunos de tres pies de alto y que, con sus ramificaciones petrificadas y de color herrumbre, parecían formaciones coralígenas, así como, en el departamento teratológico, monstruosidades de toda especie imaginable e inimaginable, terneros de dos rostros y dos cabezas, cíclopes con frentes gigantescas, un ser humano nacido en Maisons-Alfort el día del destierro del Emperador a la Isla de Santa Elena, cuyas piernas unidas le daban aspecto de sirena, una oveja de diez patas y criaturas aterradoras, compuestas apenas por un trozo de piel, un ala encorvada y media garra. Sin embargo, lo más espantoso con mucho, eso dijo Austerlitz, era la figura de un jinete de tamaño natural que podía verse en una vitrina de la parte de atrás del último gabinete del Museo, que el anatomista y disecador Honoré Fragonard, en el apogeo de su fama en la época de la Revolución, había desollado de la forma más artística, de modo que, con los colores de la sangre coagulada, se veía claramente cada fibra de los tensos músculos del jinete, así como del caballo que se precipitaba hacia delante con expresión de pánico, junto con las venas azules y los tendones ocres. Fragonard, que descendía de la famosa familia del perfumero provenzal, disecó al parecer durante su carrera, dijo Austerlitz, más de tres mil cadáveres y partes de cuerpos, y por consiguiente él, agnóstico, que no creía en la inmortalidad del alma, debió de estar día y noche inclinado sobre la muerte, rodeado del olor dulzón de la descomposición y evidentemente movido por el deseo de asegurar al cuerpo perecedero, por un proceso de vitrificación y transformando de esa forma su sustancia corruptible en plazo muy breve en un milagro de cristal, una participación al menos en la vida eterna. En las semanas que siguieron a mi visita al Museo de Veterinaria, así continuó Austerlitz su historia, mirando hacia fuera, al bulevar, me resultó imposible recordar nada de lo que acabo de contar, porque fue al regreso de Maisons-Alfort cuando, en el metro, tuve el primero de los desmayos que luego se repitieron varias veces, acompañados de una pérdida temporal pero completa de memoria, que en los manuales de psiquiatría, por lo que sé, dijo Austerlitz, se denominan con la expresión epilepsia histérica. Sólo cuando revelé las fotografías tomadas en Maisons-Alfort aquel domingo de septiembre conseguí, mediante esas fotos y guiado por las preguntas pacientes que me hacía Marie, reconstruir mis enterradas experiencias. Recordé otra vez que el calor de la tarde pesaba, blanco, sobre los patios de la Facultad de Veterinaria cuando salí del Museo, que al ir a lo largo del muro creí haber llegado a un terreno escarpado e intransitable, que sentí la necesidad de sentarme pero seguí andando hacia los rayos centelleantes del sol, hasta que llegué a la estación de metro, donde, en la oscuridad aplastante del túnel, tuve que esperar el tren siguiente. En el vagón en que fui en dirección Bastille, dijo Austerlitz, había muy pocas personas. Recordé luego a un gitano que tocaba el acordeón y a una mujer muy morena de Indochina, con el rostro aterradoramente estrecho y ojos muy hundidos en las órbitas. De los otros escasos viajeros sólo recordaba que todos miraban de lado hacia la oscuridad, en la que no había nada que ver salvo el pálido reflejo del vagón en que estaban. Poco a poco recordé también que, durante el viaje, me sentí de pronto mal, cómo un dolor fantasma se extendía por mi pecho y cómo pensé: Voy a morir de este corazón débil que he heredado, no sé de quién. Sólo volví en mí en la Salpêtrière, a la que me habían llevado y donde ahora, en alguna parte del gigantesco complejo de edificios, crecido por sí mismo durante siglos, por decirlo así, y que forma un universo propio entre el Jardin des Plantes y la Gare
d'Austerlitz
, estaba echado en una de las salas de hombres, con frecuencia ocupadas por cuarenta pacientes o más. En la semiinconsciencia en que estuve allí todavía durante días, me vi vagar por un laberinto de pasillos, bóvedas, galerías y grutas, en el que los nombres de diversas estaciones de metro —Campo Formio, Crimée, Elysée, Iéna, Invalides, Oberkampf, Simplon, Solferino, Stalingrad—, así como ciertas decoloraciones y manchas en el aire, parecían indicarme que aquél era el lugar de destierro de los que habían caído en el campo del honor o perdido de otra manera la vida. Vi a lo lejos a ejércitos de esos irredentos apiñarse sobre puentes para ir a la otra orilla o venir hacia mí por los pasillos del túnel, con la mirada fija, fría y extinguida. De vez en cuando se mostraban también apartados, en una de las catacumbas, donde, con trajes de plumas raídos y polvorientos, se acurrucaban en el suelo de piedra, haciendo con las manos gesto de escarbar. Y una vez, así recordé cuando comenzó la mejoría, dijo Austerlitz, me vi a mí mismo en uno de esos estados de inconsciencia, mientras, con la dolorosa sensación de que algo que había en mí quería liberarse del olvido, estaba ante un cartel de anuncio pintado con ágiles pinceladas y pegado a la pared del túnel, que representaba a una familia feliz en vacaciones de invierno en Chamonix. Al fondo se alzaban, blancas como la nieve, las cumbres de las montañas y encima había un maravilloso cielo azul, cuyo borde superior no cubría por completo un anuncio amarillento de la administración municipal de París, de julio de 1943. Quién sabe, dijo Austerlitz, qué hubiera sido de mí en la Salpêtrière, cuando no podía recordar quién era yo, ni mi historia anterior, ni nada en absoluto, y, como luego me dijeron, hablaba incoherentemente en varios idiomas, si uno de los enfermeros, un hombre de pelo rojo y ojos centelleantes

llamado Quentin Quignard, no hubiera descubierto en mi cuadernito, bajo las casi ilegibles iniciales *M. de V.*, la dirección 7, place des Vosges, que Marie, después de nuestra primera conversación en el café de las arcadas del Palais Royal, había escrito en un hueco entre mis notas. Ella estuvo horas y días enteros, después de haberla hecho venir, sentada junto a mi cama, hablando sin necesidad de estímulo conmigo, que al principio ni siquiera sabía quién era ella, a pesar de que, al mismo tiempo, la echaba de menos, dijo Austerlitz, especialmente cuando me hundía en el cansancio que tanto pesaba sobre mí y, con mi último impulso de conciencia, trataba de sacar la mano de debajo de la manta para despedirme de ella y al mismo tiempo como signo de que esperaba volver a verla. En una de sus visitas regulares a mi lecho de enfermo en la Salpêtrière, Marie me trajo de la biblioteca de su abuelo un librito de medicina publicado en 1755 en Dijon *pour toutes sortes de maladies, internes et externes, invétérées et difficiles à guérir*, como decía en la portada, un ejemplo realmente acabado del arte de imprimir, en cuyo prefacio el propio impresor, un tal Jean Ressayre, en una de las dedicatorias que precede a la colección de recetas, recuerda a las señoras piadosas y caritativas de las clases altas que han sido elegidas por la más alta instancia que gobierna nuestros destinos como instrumento de la divina compasión, y que, si sus corazones se vuelven a los abandonados y afligidos en su miseria, obtendrán del cielo, para sí y los restantes miembros de su familia, toda clase de felicidades, prosperidades y bendiciones. Leí varias veces cada línea de ese hermoso prefacio, dijo Austerlitz, y lo mismo las recetas para preparar aceites aromáticos, polvos, esencias e infusiones para calmar los nervios enfermos, limpiar la sangre de las secreciones de bilis negra y alejar la melancolía, en las que se hablaba de ingredientes como hojas de rosa pálidas y oscuras, violetas, flores de ciruelo, azafrán, melisa y eufrasia, y realmente, con la lectura de ese librito, del que todavía hoy me sé pasajes enteros de memoria, recuperé mi sentido de mí mismo y mi capacidad de recordar, dijo Austerlitz, y pude dominar poco a poco la paralizante debilidad física que me había acometido tras la visita al Museo de Veterinaria, de forma que pronto, del brazo de Marie, pude deambular por los pasillos, llenos de una luz difusa y gris polvorienta, de la Salpêtrière. Al ser dado de alta en esa fortaleza hospitalaria, que se extiende por un terreno de treinta hectáreas y, con sus pacientes en cuatro mil camas, representa en cada momento casi todo el registro de las posibles enfermedades de la humanidad, reanudamos nuestros paseos por la ciudad, continuó Austerlitz. Entre las imágenes que me quedaron entonces en la memoria está la de una niña con un mechón de pelo rebelde y ojos verdes de agua helada, que, saltando a la comba en una de las plazas de piedra caliza apisonada del Luxemburgo, tropezó con el borde de su impermeable, demasiado largo, y se hizo una rozadura en la rodilla, una escena que Marie consideró como algo *déjà vu*, porque, como dijo, hacía más de veinte años le había ocurrido exactamente en el mismo lugar lo mismo, lo que le pareció entonces vergonzoso y provocó su primer presentimiento de muerte por la infelicidad que le causó. No mucho tiempo después, una noche de sábado neblinosa, fuimos por la zona semiabandonada que se extiende entre las vías de la Gare
d'Austerlitz
y el Quai
d'Austerlitz
en la orilla izquierda del Sena, y en la que entonces no había más que lugares de trasbordo, almacenes, depósitos de mercancías, naves de despacho de aduanas y algún que otro garaje. En uno de los patios vacíos, no lejos de los terrenos de la estación, el circo ambulante Bastiani había instalado su carpa, pequeña, muy remendada y rodeada de bombillas naranjas. Entramos, sin habernos puesto de acuerdo, precisamente cuando la representación se acercaba a su fin. Unas docenas de mujeres y niños se sentaban en sillas bajas en torno a la pista, es decir, en realidad no era una pista, dijo Austerlitz, sino un redondel limitado sólo por la primera fila de espectadores, con unas paladas de serrín esparcidas y tan estrecho que ni siquiera un caballito hubiera podido trotar en círculo dentro. El último número, que llegamos a ver, estaba a cargo de un prestidigitador de capa azul marino, que sacó de una chistera un maravilloso gallito enano de plumas de colores, no mucho mayor que una urraca o un cuervo. Evidentemente domada por completo, aquella ave de espléndido colorido hizo una especie de recorrido en miniatura por toda clase de escaleras, escalerillas y obstáculos, que tenía que superar, dio golpeando con el pico la solución exacta de problemas de cálculo como dos por tres o cuatro menos uno, que el prestidigitador le mostraba en distintos cartones escritos, se echó a dormir en el suelo a una palabra susurrada, extrañamente ladeado y con las alas extendidas, y volvió a desaparecer finalmente en el interior de la chistera. Después de salir el prestidigitador, la luz se fue extinguiendo lentamente y, en cuanto nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, vimos en el techo de la carpa, encima, una multitud de estrellas pintadas en la tela con pintura luminosa, lo que daba realmente la impresión de encontrarse uno fuera, al aire libre. Y, mientras mirábamos todavía con cierta emoción, como recuerdo, dijo Austerlitz, aquel firmamento artificial, cuyo

borde inferior casi podía tocarse con la mano, entraron uno tras otro todos los miembros de la *troupe* de feriantes, el prestidigitador y su guapa mujer, y sus tres hijos de rizos negros, no menos guapos, el último de ellos con un farol y acompañado de un ganso blanco como la nieve. Cada uno de aquellos artistas llevaba un instrumento. Si recuerdo bien, dijo Austerlitz, una flauta travesera, una tuba un tanto abollada, un bandoneón y un violín, y todos iban vestidos al estilo oriental, con largos abrigos ribeteados de piel, y los hombres con un turbante verde claro. A una señal que se dieron, comenzaron a tocar de una forma tan contenida y, sin embargo, penetrante, que, aunque durante toda mi vida he sido casi indiferente a toda clase de música, o quizá por eso, me conmovió hondamente desde el primer compás. Lo que aquellos cinco feriantes tocaron aquella tarde de sábado en la carpa de circo detrás de la Gare
d'Austerlitz
para su diminuto público, venido de Dios sabe dónde, no podría decirlo, dijo Austerlitz, pero me pareció, dijo, como si soplara desde una gran distancia, del Este, pensé, del Cáucaso o de Turquía. Tampoco sé ya lo que me recordaron los sonidos producidos por aquellos músicos, que sin duda no sabían leer una partitura. A veces me parecía como si escuchara en su música algún himno litúrgico galés hacía tiempo olvidado, otras veces, muy suaves y sin embargo vertiginosos, los giros de un vals, un motivo tirolés o el paso arrastrado de una marcha fúnebre, en la que los que escoltan el féretro suspenden un momento el pie en el aire a cada paso, antes de posarlo en el suelo. Lo que ocurrió dentro de mí cuando escuché aquella música nocturna totalmente exótica, extraída de la nada, por decirlo así, por aquella gente de circo con sus instrumentos un tanto desafinados, no lo comprendo aún, dijo Austerlitz, lo mismo que, en su momento, no hubiera podido decir si el pecho se me encogía de dolor o, por primera vez en mi vida, se me henchía de felicidad. Por qué determinados timbres, oscurecimientos de tono o síncopas lo afectan tanto a uno, a alguien como yo, básicamente poco musical, no lo entenderé nunca, pero hoy, en retrospectiva, me parece que el misterio de que entonces me sintiera conmovido se encierra en la imagen del ganso blanco como la nieve, que permaneció inmóvil y rígido entre los actores, mientras tocaban. Alargando un poco el cuello hacia delante y con los párpados bajos, escuchó en el espacio cubierto por la carpa del cielo pintado, hasta que las últimas notas se extinguieron, como si conociera su propia suerte y también la de aquellos en cuya compañía se encontraba…

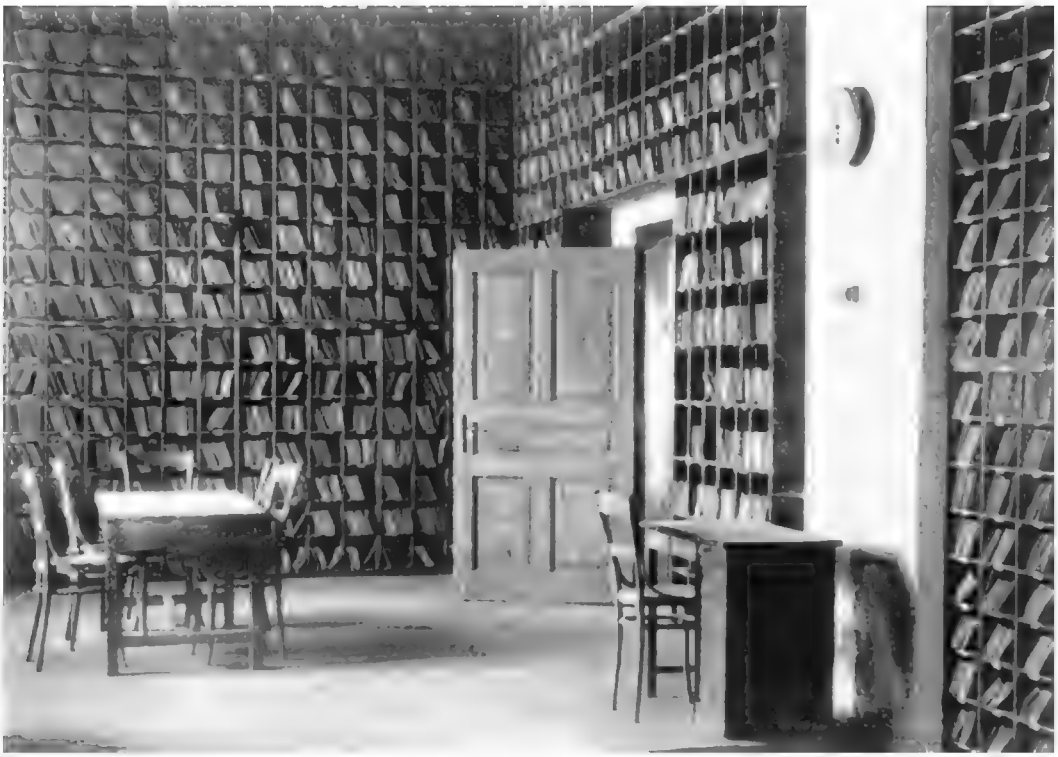
Como sabría yo quizá, así recomenzó Austerlitz su historia en nuestro siguiente encuentro en la Brasserie Le Havane, en la zona cada vez más venida a menos de la orilla izquierda del Sena, donde había estado, en su época, en aquella representación de circo que le resultaba inolvidable, se ha establecido entretanto, con el nombre del presidente francés, una nueva Biblioteca Nacional. La vieja biblioteca de la rue Richelieu ha sido cerrada, de lo que pude convencerme no hace mucho, dijo Austerlitz; la sala abovedada con las lámparas de porcelana verdes que daban una luz tan agradable y tranquilizante está abandonada, los libros han desaparecido de las estanterías en semicírculo, y sus lectores, que en otro tiempo estaban en contacto con sus vecinos y en tácito acuerdo con los que los habían precedido, y se sentaban en sus pupitres numerados con pequeñas chapas de esmalte, parecen haberse disuelto en el aire fresco. No creo, dijo Austerlitz, que muchos de los viejos lectores vayan a la nueva biblioteca del Quai François Mauriac. Si no se quiere ir en uno de esos metros sin conductor que dirige una voz espectral a la estación de la biblioteca, situada en una desolada tierra de nadie, no hay más remedio que cambiar a un autobús en la place Valhubert o bien hacer a pie el último trecho, muy ventoso, a lo largo de la orilla del río, hasta ese edificio, inspirado evidentemente, en su monumentalismo, en el deseo del presidente del Estado de perpetuarse y que, como me di cuenta ya en mi primera visita, dijo Austerlitz, en todas sus dimensiones exteriores y su constitución interna, es contrario al ser humano y de antemano intransigentemente opuesto a las necesidades de cualquier lector verdadero. Si se llega a la nueva Biblioteca Nacional desde la place Valhubert, se encuentra uno al pie de una escalinata que rodea todo el complejo, de una longitud de trescientos o, mejor, trescientos cincuenta metros, en ángulo recto por ambos lados de la calle y compuesta

por innumerables tablas de madera acanalada, que parece el zócalo de un zigurat. Si se trepan por lo menos cuatro docenas de escalones, tan estrechamente medidos como escarpados, lo que hasta para los visitantes jóvenes no carece totalmente de peligro, dijo Austerlitz, se llega a una explanada, literalmente abrumadora para la vista, hecha de las mismas tablas acanaladas que la escalera, la cual se extiende entre las cuatro torres de veinte pisos de la biblioteca, que se alzan en las esquinas, por una superficie de unos nueve campos de fútbol. Especialmente en los días en que el viento, lo que ocurre no pocas veces, dijo Austerlitz, empuja la lluvia sobre ese llano totalmente desprotegido, se podría pensar que, por algún error, se encontrara uno en la cubierta del *Berengaria* o de algún otro de los gigantes del océano, y sin duda no extrañaría nada que, de repente, mientras sonaba una sirena de niebla, los horizontes de la ciudad de París comenzaran a subir y bajar con respecto al nivel de las torres, al mismo tiempo que el vapor surcaba las crestas de las olas o que alguna de las figuras diminutas, que se habían atrevido a subir insensatamente a cubierta, era barrida por una ráfaga tormentosa por encima de la borda y arrastrada lejos sobre el desierto de agua del Atlántico. Las cuatro torres de cristal, a las que, dijo Austerlitz, se ha dado, con un gesto que recuerda las novelas futuristas, los nombres de *La tour des lois, La tour des temps, La tour des nombres* y *La tour des lettres*, causan realmente a quien mira sus fachadas y adivina el espacio todavía vacío en su mayor parte tras las cortinas corridas una impresión babilónica. Cuando estuve por primera vez en la cubierta de paseo de la nueva Biblioteca Nacional, dijo Austerlitz, necesité algún tiempo para descubrir el lugar desde el que los visitantes, por una cinta transportadora, son llevados al piso bajo, en realidad la planta baja.

Ese transporte descendente —después de haber subido con el mayor esfuerzo a la meseta— me pareció enseguida algo absurdo, que evidentemente —no se me ocurre otra explicación, dijo Austerlitz—, tiene por objeto deliberado infundir inseguridad y humillar al lector, sobre todo porque el viaje termina ante una puerta corredera de aspecto provisional, el día de mi primera visita cerrada con una cadena atravesada, en la que hay que dejarse registrar por personal de seguridad semiuniformado. El suelo del gran vestíbulo en que se entra entonces está cubierto por una alfombra de color rojo herrumbroso, en la que, muy separados entre sí, hay algunos asientos bajos, bancos tapizados sin respaldo y pequeñas sillas de tipo plegable, en las que los visitantes de la biblioteca sólo pueden acurrucarse de forma que las rodillas les quedan a la altura de la cabeza, por lo que mi primer pensamiento al verlos fue, dijo Austerlitz, que aquellas figuras aisladas o en pequeños grupos que se acuclillaban en el suelo se habían sentado allí, con el último resplandor de la tarde, en su camino a través del Sáhara o por la península de Sinaí. No hace falta decir, continuó Austerlitz, que del rojo vestíbulo del Sinaí no se puede pasar sin más al bastión interior de la biblioteca; hay que exponer antes sus pretensiones en uno de los puestos de información ocupados por media docena de señoras y, si esas pretensiones van más allá, por poco que sea, del caso más simple, hay que tomar número como en

una oficina de impuestos y esperar más aún, hasta que alguno de los otros empleados de la biblioteca lo invita a uno a pasar a una cabina separada, donde, como si se tratara de un asunto sumamente turbio y, en cualquier caso, sólo tratable sin publicidad, hay que expresar los deseos y recibir las instrucciones correspondientes. A pesar de esas medidas de control, conseguí finalmente, dijo Austerlitz, sentarme en la nueva sala de lectura general *Haut-de-jardin*, en la que, en la época que siguió, pasé horas y días enteros, mirando distraídamente, como ahora acostumbro, al patio interior, esa extraña reserva natural, cortada por decirlo así en la superficie de la cubierta de paseo y hundida a dos o tres pisos de profundidad, en la que han plantado alrededor de un centenar de pinos piñoneros, que trajeron aquí de la Forét de Bord, no sé cómo, dijo Austerlitz, a este lugar de exilio. Si se mira desde la cubierta a las extendidas copas de color verde grisáceo de esos árboles, que quizá siguen pensando en su patria normanda, parece como si se mirara por encima de un brezal irregular, mientras que desde la sala de lectura sólo se ven los troncos manchados de rojo que, a pesar de estar sujetos con cables de acero que ascienden oblicuamente, se balancean ligeramente de un lado a otro los días de tormenta, como las plantas acuáticas de un acuario. A veces, en las ensoñaciones a que me entregaba en la sala de lectura me parecía ver, dijo Austerlitz, en aquellos cables que ascendían diagonalmente desde el suelo hasta la cubierta de coníferas, a artistas de circo que subían tanteando paso a paso hacia lo alto, con sus balancines de extremos temblorosos, o bien, siempre en los límites de la invisibilidad, a dos ardillas deslizándose unas veces por acá y otras por allá, de las que una historia apócrifa que ha llegado a mis oídos dice que fueron llevadas allí con la esperanza de que se multiplicaran y, para distracción de los lectores que ocasionalmente levantan la vista de sus libros, fundaran una numerosa colonia de su especie en el bosquecillo de pinos artificial. Muchas veces ha ocurrido también, dijo Austerlitz, que los pájaros se extravíen en el bosque de la biblioteca, vuelen hacia los árboles reflejados en los cristales de la sala de lectura y, tras un golpe sordo, caigan sin vida al suelo. Desde mi lugar en la sala de lectura he pensado mucho en la relación que tienen esos accidentes, no previstos por nadie, es decir, la muerte súbita de un ser desviado de su rumbo natural, lo mismo que los fenómenos de paralización del sistema electrónico de datos, que se producen una y otra vez, con el cartesiano plan general de la Biblioteca Nacional, y he llegado a la conclusión de que, en todo proyecto diseñado y desarrollado por nosotros, el dimensionamiento de las magnitudes y el grado de complejidad del sistema de información y dirección son los factores decisivos y, en consecuencia, la perfección omnicomprensiva y absoluta del concepto puede coincidir muy bien en la práctica, incluso, en fin de cuentas, tiene que coincidir con una disfunción crónica y una inestabilidad constitucional. Al menos para mí, dijo Austerlitz, que sin embargo he pasado una gran parte de mi vida dedicado al estudio de los libros y me he sentido prácticamente en casa en la Bodleiana, el Museo Británico o la rue Richelieu, esa nueva biblioteca gigantesca, que según una concepción desagradable y constantemente utilizada hoy, debe ser el tesoro de toda nuestra herencia literaria, ha resultado inútil en la búsqueda de las huellas de mi padre, desaparecido en París. Enfrentado un día y otro con un aparato que parecía consistir sólo en obstáculos y me atacaba cada vez más los nervios, dejé de lado mis investigaciones por un tiempo, y en cambio, una mañana en la que por alguna razón recordé los cincuenta y cinco volúmenes carmesíes de la biblioteca de la Šporkova, comencé a leer las novelas, para mí desconocidas hasta entonces, de Balzac, y concretamente la historia del coronel Chabert, citado por Věra, un hombre cuya carrera gloriosa al servicio del Emperador se quiebra en el campo de batalla de Eylau, cuando, al ser alcanzado por un sablazo, cae de la silla de su caballo. Años más tarde, tras un largo peregrinaje por Alemania, el coronel, resucitado por decirlo así de entre los muertos, vuelve a París para reclamar el derecho a su hacienda, a su mujer, la condesa Ferraud, que entretanto ha vuelto a casarse, y su propio nombre. Aparece ante nosotros como un fantasma, dijo Austerlitz, en la oficina del abogado Derville, es un viejo soldado, totalmente seco y magro, como se dice en ese pasaje. Sus ojos parecen cubiertos de una opacidad como de nácar, y centellean a la luz de las velas. Su rostro de hoja de cuchillo está lívido y lleva al cuello una mala corbata de seda negra. *Je suis le colonel Chabert, celui qui est mort á Eylau*, con esas palabras se presenta y habla de la fosa común (una *fosse des morts*, como escribe Balzac, dice Austerlitz), a la que fue arrojado al día siguiente de la batalla, con otros caídos, y donde finalmente volvió en sí, como cuenta, en medio de los mayores dolores., *ou crus entendre*
J'entendis
, así citó Austerlitz de memoria, mientras miraba por la ventana de la *brasserie* al boulevard August Blanqui, *des gémissements poussés par le monde des cadavres au milieu duquel je gisais. Et quoique la mémoire de ces moments soit bien ténébreuse, quoique mes souvenirs soient bien confus, malgré les impressions de souffrances encore plus profondes que je devais éprouver et qui ont brouillé mes idées, il y a des nuits où je crois encore entendre ces soupirs étouffé.* Sólo unos días después de esa lectura, que, así continuó Austerlitz, precisamente por sus rasgos melodramáticos reforzó la sospecha que he tenido siempre de que la frontera entre la muerte

y la vida es más permeable de lo que generalmente creemos, en la sala de lectura, al abrir una revista de arquitectura norteamericana —fue exactamente a las seis de la tarde—, tropecé con una fotografía gris de gran formato que mostraba una habitación de paredes cubiertas hasta el techo de casilleros en los que se guardan los expedientes de los reclusos, en la llamada pequeña fortaleza de Terezín.



Recuerdo, dijo Austerlitz, que, en mi primera visita al gueto de Bohemia, no fui capaz de entrar en la defensa situada en la explanada, fuera de la ciudad en forma de estrella, y quizá por eso, al ver la habitación del registro, me agobió la idea compulsiva de que allí, en la pequeña fortaleza de Terezín, en sus húmedas casamatas donde tantos habían perecido, hubiera debido estar mi verdadero lugar de trabajo, y que era culpa mía el no haberlo utilizado. Mientras me atormentaba con esos pensamientos y sentía claramente, así siguió Austerlitz, cómo los signos del trastorno que una y otra vez me acosa se mostraban en mi rostro, fui abordado por un empleado de la biblioteca llamado Henri Lemoine, que me reconoció de mi primera estancia en París, en la que iba a diario a la rue Richelieu. ¿Jacques Austerlitz?, preguntó Lemoine, deteniéndose junto a mi pupitre e inclinándose un poco hacia mí, y así comenzamos, dijo Austerlitz, en la sala de lectura Haut de Jardin, que a esa hora se iba vaciado paulatinamente, una larga conversación susurrada sobre la progresiva extinción de nuestra capacidad para recordar, paralela a la proliferación de la información, y sobre el colapso ya en curso,
l'effondrement
, como dijo Lemoine, de la Bibliothéque Nationale. El nuevo edificio de la biblioteca, que, por su trazado, lo mismo que por su reglamentación interna, raya en lo absurdo y trata de excluir al lector, como enemigo potencial, era casi, eso, dijo Austerlitz, dijo Lemoine, la manifestación oficial de la necesidad que se anunciaba cada vez más insistentemente de terminar con todo aquello que tenía aún una vida en el pasado. En cierto punto de nuestra conversación, dijo Austerlitz, Lemoine, atendiendo un ruego expresado por mí casualmente, me llevó al piso decimoctavo de la torre del sur, donde, desde el llamado *belvedere*, se puede ver toda la aglomeración urbana crecida en el transcurso de milenios del subsuelo, ahora totalmente vaciado: una pálida formación de piedra caliza, una especie de excrecencia que, con sus incrustaciones concéntricas, se extiende mucho más lejos de los bulevares Davout, Soult, Poniatowski, Masséna y Kellermann, hasta la desdibujada periferia exterior, que se pierde más allá de los suburbios. Unas millas al sureste había, en el gris uniforme, una mancha verde pálido de la que sobresalía una especie de cono truncado, que Lemoine dijo era la colina del Mono del Bois de Vincennes. Más cerca vimos las embrolladas vías de tráfico, por las que trenes y automóviles se arrastraban de un lado a otro como escarabajos negros y orugas. Era extraño, dijo Lemoine, siempre tenía allí arriba la impresión de que abajo, silenciosa y lentamente, la vida se pulverizaba, de que el cuerpo de la ciudad estaba invadido por una enfermedad oscura que proliferaba bajo tierra, y recordé, dijo Austerlitz, cuando Lemoine hizo esa observación, los meses del invierno de 1959, durante los cuales, en la rue Richelieu, estudié la obra en seis volúmenes,

orientadora para mi propio trabajo de investigación, *París, ses organes, ses fonctions et sa vie dans la seconde moitié du XIXéme siécle*, que Maxime du Camp, que antes, como escribió, había viajado por los desiertos de Oriente surgidos del polvo de los muertos, inició hacia 1890, después de una visión para él impresionante que tuvo en el Pont Neuf, y terminó en sólo siete años. Desde el otro lado del piso del *belvedere*, dijo Austerlitz, se podía mirar hacia el norte, por encima de la banda diagonal del Sena, del barrio de Marais y de la Bastilla. Un muro tormentoso de color tinta se inclinaba sobre la ciudad, que ahora se iba hundiendo en las sombras y de cuyas torres, palacios y monumentos no se pudo distinguir ya pronto más que los blancos contornos de la cúpula del Sacré Coeur. Estábamos sólo a un paso detrás de los cristales que llegan hasta el suelo. Si se hundía la mirada en lo profundo, sobre la clara cubierta de paseo y las copas de los árboles que se destacaban oscuras de ella, se sentía la atracción del abismo y era necesario dar un paso atrás. A veces, dijo Lemoine, dijo Austerlitz, le parecía sentir allí arriba la corriente del tiempo en torno a su frente y sus sienes, pero probablemente, añadió, sólo era un reflejo de la conciencia que se ha formado en mi cabeza de las diversas capas que ahí abajo, sobre el suelo de la ciudad, se han ido superponiendo. En el terreno baldío que había entre los centros de clasificación de la Gare
d'Austerlitz
y el Pont Tolbiac, donde hoy se alza esta biblioteca, había por ejemplo hasta el final de la guerra un gran almacén al que los alemanes llevaron todo el botín saqueado en las viviendas de los judíos de París. Fueron unos cuarenta mil apartamentos, creo, dijo Lemoine, los que vaciaron en una campaña de un mes, para la que se requisó el parque móvil de la Unión de Transportistas de Muebles de París y se utilizó un ejército de más de quinientos embaladores. Todos los que tomaron parte de algún modo en ese programa de expropiación y reutilización, organizado hasta el último detalle, dijo Lemoine, los Estados Mayores encargados y en parte rivales de la Potencia ocupante, las autoridades financieras y fiscales, las oficinas de empadronamiento y catastro, los bancos y agencias de seguros, la policía, las empresas de transporte, y los propietarios y porteros de las viviendas, habían sabido indudablemente que de las personas internadas en Drancy difícilmente volvería ninguna. La mayoría de los objetos de valor, depósitos bancarios, acciones e inmuebles, sumariamente expropiados, se encuentran hasta hoy, dijo Lemoine, en manos de la ciudad o del Estado. Y allí abajo, en el almacén de Austerlitz-Tolbiac, se amontonó a partir de 1942 todo lo que nuestra civilización ha producido, sea para embellecer la vida, sea para el simple uso doméstico, desde cómodas Louis XVI, porcelanas de Meissen, alfombras persas y bibliotecas enteras, hasta el último salero o pimentero. Incluso, como me dijo no hace mucho alguien que trabajó en ese depósito, había cajas de cartón para la resina extraída, por razones higiénicas, de las cajas de violín confiscadas. Más de quinientos historiadores de arte, anticuarios, restauradores, ebanistas, relojeros, peleteros y costureros, traídos de Drancy y vigilados por un contingente de soldados indochinos, se ocupaban catorce horas diarias de poner en condiciones los bienes que entraban y de clasificarlos por valor y tipo: cubiertos de plata con cubiertos de plata, cacharros de cocina con cacharros de cocina, juguetes con juguetes, y así sucesivamente. Más de setecientos trenes salieron de aquí hacia las destrozadas ciudades del Reich. No era raro, dijo Lemoine, que, por las naves del almacén, que los reclusos llamaban Les Galéries
d'Austerlitz
, anduvieran dirigentes del Partido llegados de Alemania y altos cargos de las SS y la Wehrmacht destinados en París, con sus esposas u otras señoras, para elegir algún mueble para su villa de Grunewald, un servicio de Sévres, un abrigo de piel o un piano Pleyel. Las cosas más valiosas, como es natural, no fueron enviadas a granel a las ciudades bombardeadas; adónde fueron no quiere saberlo ya nadie, lo mismo que, en general, toda esa historia está enterrada, en el sentido más exacto de la palabra, bajo los cimientos de la Grande Bibliothéque de nuestro faraónico presidente, dijo Lemoine. Abajo, en los paseos desiertos, desaparecían los últimos restos de claridad. Las copas del bosquecillo de pinos, que desde aquella altura habían parecido tierra musgosa verde, eran ahora un cuadrado uniformemente negro. Durante un rato, dijo Austerlitz, seguimos en silencio juntos en el *belvedere*, mirando afuera a la ciudad, que ahora centelleaba al resplandor de sus luces.

Cuando me reuní otra vez brevemente con Austerlitz, antes de dejar París, para tomar un café matutino en el boulevard Auguste Blanqui, me dijo que el día anterior había recibido una información de un empleado del centro de documentación de la rue Geoffroy
l'Asnier
, en el sentido de que Maximilian Aychenwald, a finales de 1942, había sido internado en el campo de Gurs, y que él, Austerlitz, tenía que visitar ahora ese lugar, situado muy al sur, en las estribaciones de los Pirineos. Curiosamente, eso dijo Austerlitz, pocas horas después de nuestro encuentro, cuando él, saliendo

de la Bibliothéque Nationale, había cambiado de tren en la Gare
d'Austerlitz
, había tenido el presentimiento de que se estaba acercando a su padre.

Como quizá supiera yo, el miércoles anterior se había interrumpido una parte del tráfico ferroviario a causa de una huelga y, en el insólito silencio que por ello reinaba en la Gare
d'Austerlitz
, se le había ocurrido que desde allí, de aquella estación, la más próxima a su piso de la rue Barrault, su padre habría salido de París poco después de entrar los alemanes. Me imaginé verlo, dijo Austerlitz, asomándose, al irse, por la ventanilla de su compartimiento, y vi también la blanca nube de vapor que se elevaba de la locomotora al ponerse ésta en movimiento pesadamente. Luego anduve semiaturdido por la estación, a través de los laberínticos pasos subterráneos y por puentes para peatones, subiendo y bajando escaleras. Esta estación, dijo Austerlitz, me ha parecido siempre la más misteriosa de todas las de París. En mi época de estudiante pasé muchas horas en ella, e incluso escribí una especie de memoria sobre su trazado e historia. Entonces me fascinaba especialmente la forma en que los trenes del metro que vienen de la Bastilla, después de haber atravesado el Sena, se dirigen hacia un lado por el viaducto de hierro y, en cierto modo, son tragados por la fachada. Al mismo tiempo, me sentía intranquilo por la nave situada tras esa fachada, iluminada sólo por una luz escasa y casi totalmente vacía, en la que se alzaba un escenario toscamente hecho de vigas y tablas, con armazones como patíbulos y toda clase de garfios de hierro oxidados, del que me dijeron luego que servía para guardar bicicletas. Cuando entré por primera vez en ese escenario una tarde de domingo, en plenas vacaciones, no se veía allí, sin embargo, ninguna bicicleta y posiblemente por eso, o por las plumas de paloma desprendidas que había por todas partes en las tablas del suelo, tuve la impresión de encontrarme en la escena de un crimen no expiado. Por lo demás, dijo Austerlitz, la siniestra construcción de madera sigue existiendo hoy.

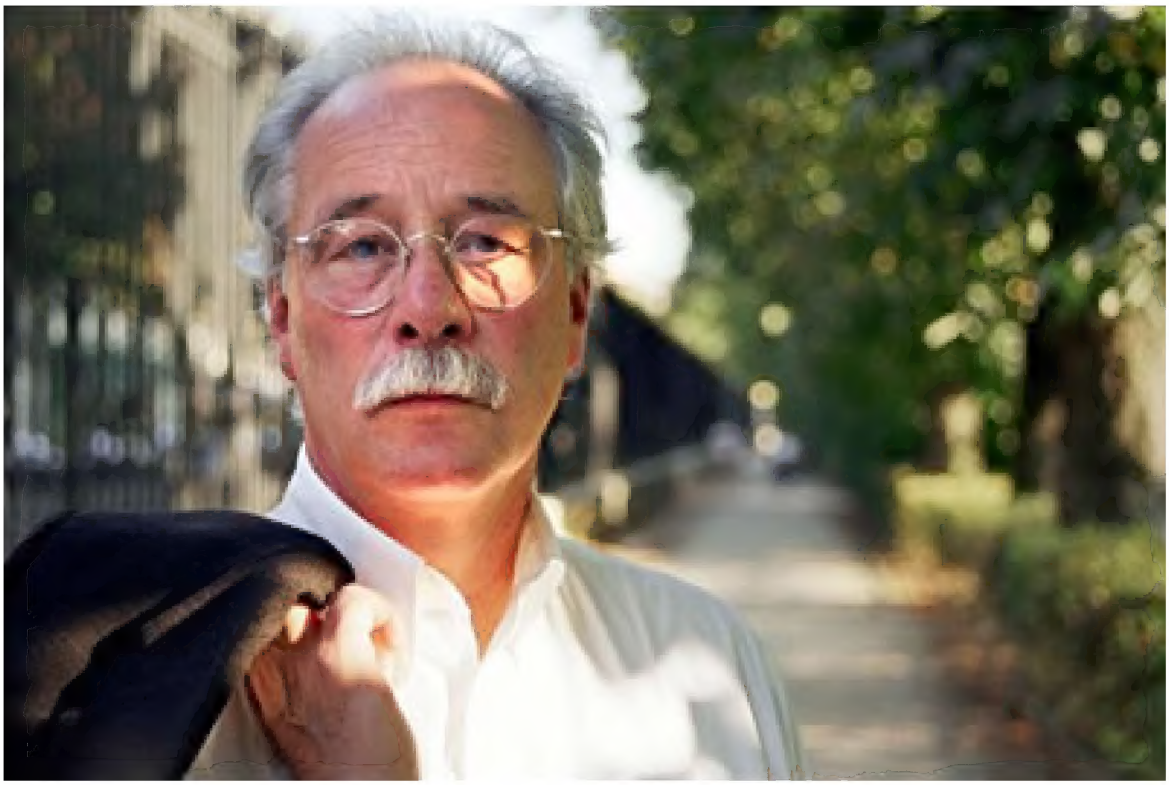
Ni siquiera las plumas de las palomas grises se han volado. Y luego están esas manchas oscuras, aceite lubricante o ácido carbólico o algo totalmente distinto, no se sabe. También me impresionó de forma desagradable, cuando aquella tarde de domingo estaba en el andamio, mirando hacia arriba, a través de la luz crepuscular, el artístico enrejado de la fachada norte, el que en su borde superior, como sólo noté al

cabo de un rato, dos figuras, probablemente ocupadas en reparaciones, se movieran, colgadas de cuerdas, como arañas negras en su red... No sé qué significa todo eso, dijo Austerlitz, y por eso seguiré buscando a mi padre y también a Marie Verneuil. Eran casi las doce cuando nos despedimos ante la estación de metro de La Glacière. Antes, dijo finalmente Austerlitz, había aquí grandes pantanos, en los que la gente patinaba en invierno, lo mismo que ante la
Bishop's
Gate de Londres, y me dio la llave de su casa de Alderney Street. Podía alojarme allí siempre que quisiera, dijo, y estudiar las fotos en blanco y negro, que serían lo único que quedaría de su vida. Tampoco, dijo aún, debía dejar de llamar al portal empotrado en el muro de ladrillo adyacente a su casa, porque detrás de ese muro se encontraba, aunque no hubiera podido verlo desde ninguna de sus ventanas, un lugar con tilos y lilas, en el que, desde el siglo XVIII, se había enterrado a los miembros de la comunidad asquenazi, entre ellos el rabino David Tevele Schiff y el rabino Samuel Falk, *baalshem* de Londres. Había descubierto el cementerio, dijo Austerlitz, del que, como sospechaba ahora, solían volar las polillas a su casa, sólo unos días antes de su partida de Londres, cuando el portal empotrado en el muro, por primera vez en todos los años que había vivido en la Alderney Street, estaba abierto.

Por dentro paseaba una mujer de quizá setenta años, llamativamente pequeña, guardiana del cementerio, según resultó, en zapatillas, por los caminos que había entre las tumbas. A su lado, casi tan alto como ella, iba un perro pastor belga, ya canoso, que respondía al nombre de Billie y era muy tímido. A la clara luz de la primavera, que brillaba a través de las hojas de los tilos recién abiertas, se hubiera podido pensar, me dijo Austerlitz, haber entrado en un cuento de hadas que, como la propia vida, envejeciera con el paso del tiempo. La historia del cementerio de Alderney Street, con la que Austerlitz se despidió de mí, no se me iba de la cabeza, y puede ser que, por eso, me apeara en Amberes en el viaje de vuelta, para ver otra vez el Nocturama e ir a Breendonk. Pasé una noche inquieta en un hotel de Astridsplein, en una habitación fea y tapizada de papel marrón, que daba hacia atrás sobre cortafuegos, chimeneas de ventilación y tejados planos, separados entre sí por alambre de espino. Creo que se estaba celebrando alguna fiesta popular en la ciudad. En cualquier caso, hasta la madrugada se oyeron sirenas de ambulancias y de policía. Al despertarme de un mal sueño, vi, con intervalos de diez a doce minutos, las diminutas flechas plateadas de los aviones atravesar el espacio aéreo azul radiante, sobre las casas todavía en penumbra.

Cuando hacia las ocho dejé el Flamingo Hotel —así se llamaba, si recuerdo bien— había abajo junto a la recepción, detrás de la cual no apareció nadie, una mujer de unos cuarenta años, de color ceniza, con los ojos vueltos a un lado, sobre una alta camilla. Fuera, en la acera, conversaban dos enfermeros. Atravesé la Astridsplein hasta la estación, me compré un café en un vaso de cartón y fui con el primer tren suburbano a Mechelen, desde donde anduve los diez kilómetros hasta Willebroek, atravesando el extrarradio y los suburbios, en gran parte ya edificados, de la ciudad. De lo que vi en ese camino me ha quedado poco en la memoria. Sólo recuerdo una casa llamativamente baja, realmente no más ancha que una habitación, de ladrillo morado, que estaba en un terreno igualmente pequeño, rodeado por seto de tuya y que me pareció muy belga. Al lado mismo de la casa había un canal, por el que, precisamente cuando pasé yo, se deslizaba una larga gabarra, cargada de repollos tan grandes y redondos como balas de cañón, al parecer sin conductor y sin dejar traza sobre la negra superficie del agua. Como treinta años antes, el tiempo se había vuelto insólitamente caluroso para cuando llegué a Willebroek. La fortaleza seguía inalterada en la isla de un gris azul, pero el número de visitantes, evidentemente, había aumentado. En el estacionamiento aguardaban varios autobuses, mientras que una multitud de escolares vestidos de colores se apiñaban dentro, delante de la caja y junto a la caseta del portero. Algunos de ellos se habían adelantado ya por el puente hacia el oscuro portal, por el que no me atreví a entrar ni siquiera después de muchas vacilaciones. Pasé algún tiempo en un barracón de madera, en el que la gente de las SS había instalado un taller de imprenta para producir diversos formularios y tarjetas de felicitación. El techo y las paredes crujían con el calor, y se me ocurrió la idea de que se me podía incendiar el pelo de la cabeza, como a San Julián en su ruta por el desierto. Más tarde me senté en el foso que rodea a la fortaleza. En la distancia, sobre los terrenos de la colonia penitenciaria, vi los altos edificios de Mechelen, que cada vez avanzaban más hacia los alrededores. En el agua oscura nadaba un ganso gris, unas veces un trecho en una dirección y otras en otra. Saqué de la mochila el libro que Austerlitz me había dado en nuestro primer encuentro en París. Era del filólogo londinense Dan Jacobson (un colega al que no había conocido en todos aquellos años, me había dicho Austerlitz) y trataba de la búsqueda por el autor de su abuelo, el rabino Yisrael Yehoshua Melamed, llamado Heschel. Todo lo que había dejado Heschel a su nieto consistía en un calendario de bolsillo, un documento de identidad ruso, una funda de gafas gastada, en la que, con las gafas, había un trozo de seda descolorido y casi desintegrado ya, y una fotografía de estudio que muestra a Heschel con una chaqueta de paño negra y un sombrero de copa, de terciopelo negro, en la cabeza. Su único ojo, al menos eso parece en la cubierta del libro, está en sombra; en el otro se puede reconocer aún, como una manchita blanca, la luz de la vida, que se extinguió cuando Heschel, poco después de la Primera Guerra Mundial, murió a los treinta y cinco años de un ataque al corazón. Fue esa muerte prematura la que hizo que Menuchah, la mujer del rabino, se decidiera en 1920 a emigrar con sus nueve hijos de Lituania a Sudáfrica y que, como consecuencia, el propio Jacobson pasara la mayor parte de su infancia en la ciudad del mismo nombre situada junto a las minas de diamantes de Kimberley. La mayoría de las minas, eso leí en mi lugar frente a la fortaleza de Breendonk, habían sido ya cerradas en aquella época, incluso las dos mayores, la Kimberley Mine y la De Beers Mine, y como no estaban cercadas, cualquiera que se atreviera podía llegar hasta el borde más avanzado de aquellas minas gigantescas y echar una ojeada a una profundidad de varios miles de pies. Había sido realmente aterrador, escribe Jacobson, ver abrirse, a un paso del suelo firme, semejante vacío, y comprender que no había transición, sino sólo aquel borde: en un lado, la vida sobreentendida y, al otro, su inimaginable contrario. El abismo al que no llegaba ningún rayo de luz es la imagen de Jacobson para el pasado extinguido de su familia y su pueblo, que, como él sabe, no se puede recuperar ya desde allí abajo. En casi ninguna parte encuentra Jacobson, en su viaje a Lituania, huellas de sus antepasados, por todos lados sólo signos de una aniquilación de la que el corazón enfermo de Heschel había protegido a sus

deudos, al dejar de latir. De la ciudad de Kaunas, donde estaba el estudio en que Heschel, en su época, fue fotografiado, dice Jacobson que los rusos habían construido a su alrededor, a finales del XIX, un cinturón de doce fortalezas, que luego en 1914, a pesar de las posiciones elevadas en que habían sido levantadas, a pesar de su gran número de cañones, del espesor de sus muros y de lo laberíntico de sus pasillos, resultaron totalmente inútiles. Algunos de los fuertes, escribe Jacobson, se desmoronaron luego, otros habían servido de prisión a los lituanos, y luego, otra vez, a los rusos. En 1941 pasaron a poder de los alemanes, también el mal afamado fuerte IX, en el que, temporalmente, se establecieron puestos de mando de la Wehrmacht y donde, en los tres años siguientes, mataron a más de treinta mil personas. Sus restos, según Jacobson, yacen a cien metros de los muros, bajo un campo de avena. Hasta entrado mayo de 1944, cuando hacía mucho que la guerra estaba perdida, siguieron llegando a Kaunas transportes del oeste. Los últimos mensajes de los encerrados en las mazmorras de la fortaleza así lo atestiguan. *Nous sommes neuf cents Français*, escribe Jacobson, rasguñó uno de ellos en la fría pared de cal del búnker. Otros nos dejaron sólo una fecha y una indicación de lugar con su nombre: Lob, Marcel, de St. Nazaire; Wechsler, Abram, de Limoges; Max Stern, París, 18 de mayo de 1944. Terminé de leer junto al foso de agua de la fortaleza de Breendonk el capítulo decimoquinto de *Kingdom*
Heshel's
, y luego emprendí el camino de vuelta a Mechelen, adonde llegué cuando se estaba haciendo de noche.



WINFRIED GEORG SEBALD fue un escritor alemán nacido en Allgäu (Baviera). Con 26 años llegó a Norwich (Inglaterra) para dar clases en la Universidad de East Anglia y dónde, desde 1987, ocupó la cátedra de literatura europea. Fue fundador del prestigioso British Centre for Literary Translation, del que fue director hasta 1994.

Escritor tardío, su primera novela *Vértigo* (1990), la escribió cuando contaba 46 años; fijó las formas y los territorios de una narrativa que en sólo diez años y otros tres libros, *Los emigrados* (1996), *Los anillos de Saturno* (2000) y *Austerlitz* (2002), le convirtieron en autor de culto.

Sebald poseedor de una prosa exquisita donde es patente cómo cada palabra es amada por lo que es y cada frase por su música, se dedicó sistemáticamente, durante años, a tratar de entender el peso especificó que tiene la cultura de los muertos sobre la cultura de los vivos. El caso de su patria fue el mejor ejemplo que pudo haber escogido. Como parte de la mal llamada "literatura del Holocausto", la figura de Sebald es decisiva para todo aquel que esté realmente interesado en la historia de la cultura reciente.

Su literatura transgenérica, riquísima y compleja mezcla de ensayo, novela, libro de viajes y poesía situarán a Sebald, si es que no lo está ya, en la cumbre de los escritores llamados universales.

Max Sebald, como así le llamaban sus amigos, y que solía ocultar su presencia tras la figura de un caminante más de las tierras desoladas de Norwich, murió víctima de un accidente automovilístico, tras sufrir un infarto y estrellarse contra un camión, el 16 de diciembre de 2001.

Notas

[1] Al examinar estas notas, vuelvo a recordar que, en febrero de 1971, durante una corta estancia en Suiza, estuve en Lucerna, entre otros lugares, y allí, después de visitar el museo del Glaciar, me detuve bastante rato, al volver a la estación, en el puente sobre el lago, porque, contemplando la cúpula del edificio de la estación y, detrás de ella, el macizo Pilatus, blanco de nieve, que se alzaba hacia el claro cielo de invierno, tuve que pensar en las observaciones hechas por Austerlitz cuatro años y medio antes en la Centraal Station de Amberes. Unas horas más tarde, en la noche del 5 de febrero, cuando hacía tiempo que estaba otra vez profundamente dormido en mi habitación de hotel en Zurich, se declaró en la estación de Lucerna un incendio que se extendió con gran velocidad y destruyó por completo la estructura de la cúpula. Las imágenes que vi al día siguiente en los periódicos y la televisión, y que durante varias semanas no pude apartar de mi cabeza, me causaron una sensación inquietante y atemorizante, que se concretó en la idea de que yo era el culpable o, por lo menos, uno de los culpables del incendio de Lucerna. Muchos años después aún, he visto a veces en sueños cómo las llamas brotaban de la cúpula e iluminaban todo el panorama de los Alpes nevados.

<<